CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

2



En la ciudad de PATZCUARO, puede el turista encontrar aparte del clima delicioso, todo el encanto de las ciudades quietas, severas, donde el espíritu puede gozar de la paz y apartamiento de las cosas vanas.

Por sus calles tortuosas, llenas de misterio y de recuerdos seculares, por donde atardeciendo todavía se ven personajes que con paso tardo caminan hacia la colegiata, urgidos por las sonoras voces de las campanas que llaman a la oración.

En su plazas anchurosas, sombreadas por robustos y añosos fresnos se forman los tianguis más típicos de la región.

Y desde el estribo la vista se dilata y se regocija al contemplar el turquí de la laguna surcada de canoas con sus pescadores que cantan, mientras tienden sus redes que tiñe de oro el sol.

RROCARRILES NACIONALES DE MEXIC

¡¡A SUS ORDENES!!

Lo único igual a "Coca-Cola" es

Coca-Cola

MARCA REGISTRADA



REG. Nº 4598 "A" D.S.P. PROP. Nº B-16 S. S.

Embotellada bajo contrato con "Coca-Cola de México", por:
INDUSTRIA EMBOTELLADORA DE MEXICO, S. A.
Calle del Cedro 387
Tel. Mex. Q-06-74 Q-21-47 Eric. 16-18-08 16-28-33
MEXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 2 Marzo-Abril de 1947 Vol. XXXII

INDICE

DIMENSION IMAGINARIA

EL SELLO DE ORGULLO DE TODO MEXICANO





CUANDO ADQUIERE USTED UN PRODUCTO CON LA MARCA *Nacional* SABE QUE COMPRA UN ARTICULO **DE LA MEJOR CALIDAD** Y QUE PUEDE COMPARARSE VENTAJOSAMENTE CON CUALQUIER ARTICULO IMPORTADO QUE LE PUEDAN OFRECER.

CUANDO USTED COMPRA UN ARTICULO *Nacional* IMPULSA EFICAZMENTE EL PROGRESO NACIONAL. PORQUE NUESTRA FABRICA SOSTIENE 1200 FAMILIAS MEXICANAS QUE SON UN FACTOR IMPORTANTE EN EL DESARROLLO ECONOMICO Y SOCIAL DE MEXICO. Y PORQUE NUESTRA PLANTA AYUDA ASIMISMO. A FORMAR LOS ELEMENTOS TECNICOS ESPECIALIZADOS INDISPENSABLES PARA LA INDUSTRIALIZACION DEL PAIS.

Comprando artículos de producción nacional su dinero se queda en México!

Coopere a la Campaña de Recuperación Económica de México.

DISTRIBUIDORA MEXICANA, S. A.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS DE LOS PRESTIGIADOS EQUIPOS DE ACERO *Nacional*

UNA ORGANIZACION DE MEXICANOS

DIRECTOR GENERAL ANTONIO RUIZ GALINDO

OFICINAS GENERALES CIUDAD INDUSTRIAL "D M NACIONAL" CALZADA SN JUAN DE ARAGON NUM 528 VILLA GUSTAVO A MADERO D F TELS. DIRECTOS ERICSSON 17-23-00 17-23-60 17-23-63 17-23-81 17-24-00 17-05-96. MEX 39-02-00 39-02-07 39-02-08. 39-02-09. APDO 2471 MEXICO D F

SALAS DE EXPOSICION Y VENTAS MADERO NO 22 TELEFONOS ERIC 12-00-80. MEX. 36-19-97, 36-30-63. BOLIVAR 25 ERIC. 18-20-99, 18-66-68 MEX. 35-65-80, 36-10-58 INFORMES EN NUESTRAS OFICINAS ESPECIALES DE BOLIVAR 21 PRIMER PISO ERICSSON 13-27-43 18-66-67 18-66-68

HORA BUENA PARA EL TURISMO

El turismo en México se encuentra de enhorabuena. Por primera vez en la historia de la República se ha dado el caso de que un Presidente, al tomar posesión de su cargo, haya dedicado en su discurso atención especial a los problemas turísticos para considerarlos con favorables ojos y prometerles ayuda. Si a ello se añade que este mismo Presidente, Miguel Alemán, en su campaña a través del país, cuando era candidato, señaló con insistencia este sector del turismo como uno de aquellos que reclamaban atención y fomento dedicados, la conclusión que se desprende es obvia: se acercan para el turismo en México días brillantes.

Porque esta moderna y agradable industria no es cosa artificial aquí, que haya que crear desde sus inicios, sino que es árbol brotado espontáneamente en terreno fecundo, ya en pleno crecimiento, y que sólo necesita del cuidado y riego natural para ganar en frondosidad y atraer a su sombra a las gentes de sus contornos. Basta contar los hoteles construídos estos años últimos en la ciudad de México y en las demás del país, asi como comprobar la calidad excelente de su instalación y de su trato, para convencerse de la prosperidad turística que tales síntomas anuncian y a que responden. Pues bien, si a estas circunstancias viene a sumarse el favor oficial que al tiempo que incremente el ir y venir solícito de los amigos innumerables de México y de sus curiosos en el mundo entero, permita mejorar hasta sus últimos detalles esta industria compleja, fuente para unos de incomparable placer, de riqueza, para otros, de manera que quien llegue a México se sienta seguro de encontrar aquellas comodidades y aquel trato digno de los intensos atractivos de nuestro país, no cabe duda de que, en efecto, alborea para nosotros una época de prosperidad turística sin precedente. Y como de esta prosperidad, directa o indirectamente, a todos ha de tocarnos algo, hemos de concluir que no sólo el turismo sino todos, estamos de enhorabuena.

F. L. S.

Para más informes, diríjase a la Asociación Mexicana de Turismo.



Avenida Juárez 76,
MÉXICO, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO VI VOL. XXXII

2

MARZO - ABRIL
1947

MÉXICO, 1º DE MARZO DE 1947

REGISTRADO COMO ARTÍCULO DE SEGUNDA CLASE EN LA ADMINISTRACIÓN DE CORREOS DE MÉXICO, D. F. CON FECHA 23 DE MARZO DE 1942.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO, D. F.

SUMARIO

INDICE DE ILUSTRACIONES

Fotograbados de

FOTOGRABADORES Y ROTOGRABADORES UNIDOS, S. DE R. L.
Bucareli 24. - México, D. F.

Nuestro Tiempo

EL PROBLEMA DE LA GUERRA Y DE LA PAZ
(1815-1919-1945)

Por *Guillermo* DIAZ DOIN

Unless we end war, war will end us.
LORD BRYCE.

CONSTITUYE una gran equivocación creer que la paz es el estado natural de las sociedades y del mundo, y que, por el contrario, las guerras representan una perturbación de ese orden natural. Nada más erróneo que semejante suposición. La paz, lo mismo que la guerra, son cosas que hacen los hombres. No vienen a nosotros como don gracioso o como consecuencia de una sanción divina. Son, una y otra, realidades fabricadas por el hombre, que es en definitiva el motor último de la historia. El ser humano, con sus aciertos o con sus errores, dirige o desvía el rumbo de los acontecimientos. Por consiguiente, no aceptamos esa filosofía pesimista, que es el determinismo, con su lastre de fatalidad. Concebimos, a lo sumo, el proceso histórico como resultado de una conjugación de la libertad con la necesidad, es decir que estimamos que la aventura cósmica viene a ser como una empresa en que el hombre, y en último extremo los pueblos, sortean los escollos de lo fatal. O, en otros términos, como el triunfo del espíritu nos que nos vienen impuestos a los hombres desde afuera, sino sobre la materia, de la libertad sobre la naturaleza.

Pues bien, como digo, la paz y la guerra no son fenóme- que son el premio o el castigo de nuestros propios yerros o nuestras propias equivocaciones. Son hechuras humanas. Y, esta posibilidad de desencadenar los acontecimientos, es lo que nos diferencia de la bestia, ser encerrado por completo dentro de la rigurosa órbita de las leyes zoológicas. Nosotros, como

hombres, es decir como entes dotados de discernimiento y de razón, poseemos una dimensión metafísica, que es la libertad. Ella nos permite evadirnos de la realidad circundante, unas veces transformándola mediante nuestra imaginación, otras, transmutándola *efectivamente* mediante nuestro esfuerzo creador.

Es cierto que el hombre está encerrado en su circunstancia, y que ésta le acompaña en su trayectoria vital como una sombra, de la que no puede salirse. Pero también es cierto que toda circunstancia está constituída por una serie de posibilidades, entre las que cabe optar, elegir, y esta libertad de elección es lo que da rango y categoría excelsa al ser humano, distinguiéndolo del bruto. Quiere decirse, pues, que el mundo en que vivimos se va haciendo y transformando a imagen y semejanza del hombre. No es una circunstancia estática, pasiva, dentro de la cual nos movemos, sino que, por el contrario, es dúctil, maleable, susceptible de moldear a nuestro gusto. Operamos sobre una entidad cósmica integrada por unos elementos esenciales e indestructibles, pero en nuestras manos radica la gran posibilidad de, sin desconocerlos, combinarlos en nuevas formas hasta producir realidades que parecen distintas. Ello ocurre en el mundo físico, donde superamos las leyes naturales obedeciéndolas, de acuerdo con la máxima de Bacon, y en el mundo moral; si bien es cierto que en este último es donde menos progresos ha conseguido el hombre. En lo moral, desde Platón a nuestros días hemos caminado a paso de tortuga, mientras que en el orden técnico la distancia recorrida ha sido asombrosa. Esa notable diferencia de ritmo, esa ausencia de sincronización entre el progreso de la ciencia física y mecánica, de un lado, y, por otro, de la organización político-social y los conceptos éticos, es, dicho sea entre paréntesis, una de las causas de este gran desconcierto y crisis en que vivimos. La forma de Estado que cristalizó en la Edad Moderna, es decir el Estado nacional, resulta anacrónica si la consideramos a la luz de los descubrimientos e invenciones de nuestro siglo, del que la última palabra es la llamada desintegración del átomo. Vemos, pues, que mientras en lo político se ha producido un estancamiento, en lo científico y en la aplicación industrial de esa ciencia se han hecho avances insospechados. El desequili-

brio entre lo moral y lo físico, empleamos estos dos términos como símbolos contrapuestos, no puede ser más evidente.

Mas prescindiendo de esa radical diferencia entre el progreso técnico y el político-social, es indudable que ambos son el corolario de los esfuerzos constantes del hombre. Empleando una metáfora, diríamos que éste, a modo de Sansón bíblico, lleva el mundo sobre sus espaldas, gravitando sobre él. Cuanto le rodea es obra suya, y mantener esa obra, aun con todas sus imperfecciones, exige un esfuerzo hercúleo y una vigilia constante. Y ello ocurre, como en todo, por lo que respecta a la paz. Esta es una de las muchas cosas susceptibles de conseguir mediante el esfuerzo creador del hombre. No se trata de un regalo de los dioses, sino que, por el contrario, hay que organizarla. No es el resultado, como creen muchos, de un mero no obrar, de un estado negativo de pasividad, sino que requiere una actividad constante y positiva y unos planes bien concebidos. La paz representa el triunfo de la razón y de la inteligencia frente a las tendencias belicistas e insolidarias de las sociedades humanas. Mientras aquellos impulsos rebeldes discurren por cauces establecidos, la guerra no hace su aparición. Esta se presenta, cuando esos cauces resultan insuficientes para dar paso a las corrientes turbulentas y pugnaces de las agrupaciones políticas. Guerra y paz son, pues, en este sentido, cara y cruz, anverso y reverso de un mismo fenómeno social. Representan intentos de solución a un mismo problema: el de las relaciones de los pueblos. Cuando no se logra dar estabilidad a las mismas, se recurre a la guerra para poner término a esa situación de desequilibrio. Es decir que la situación de paz es sucedida por el estado de guerra. El conflicto en potencia se transforma en realidad bélica. Esta es la razón de que se afirme que la guerra sucede a la paz, que no la destruye. Esa es la significación de las palabras de Clausewitz, el gran teórico teutón, cuando afirma que "la guerra no es sino la continuación de las actividades diplomáticas por otros medios". En cierto modo en esta misma interpretación abunda Ortega y Gasset, cuando dice que "la guerra, repitamos, era un medio que habían inventado los hombres para solventar ciertos conflictos". Evidentemente el problema no estriba en desistir del empleo de ese instrumento de solución, sino en ver el modo de reemplazarlo por otra fórmula que resulte menos onerosa al

género humano. El propio Ortega señala el camino en que hay que marchar, aunque sin precisarlo, como no sea por exclusión, al decir que "no es, pues, la voluntad de paz lo que importa últimamente en el pacifismo. Es preciso que este vocablo deje de significar una buena intención y represente un sistema de nuevos medios de trato entre los hombres. No se espere en este orden nada fértil mientras el pacifismo, de ser un gratuito y cómodo deseo, no pase a ser un difícil conjunto de nuevas técnicas". Es decir, que no basta con condenar la guerra, ni con desear platónicamente la paz. Es necesario algo más. Hay que buscar un sustitutivo a la guerra, como medio de zanjar las disputas entre las naciones. Mientras no se encuentre, todo lo que se intente en otro orden será infructuoso. Más pronto o más tarde, la guerra asomará su rostro siniestro y apocalíptico.

El anhelo de paz constituye uno de los ideales permanentes de la humanidad. Desde los tiempos más remotos, el hombre sufre los horrores de la guerra. La paz viene a ser para él una especie de armisticio, una tregua temporal para reponer fuerzas y volver a lanzarse al combate. Las sociedades primitivas vivían en estado de guerra incesante. Luchaba el hombre frente a sus semejantes para disputarles la posesión de los bienes naturales, y más tarde los instrumentos y utensilios por ellos fabricados. La negación del derecho de propiedad y la guerra se confundían en el pillaje y las matanzas a mansalva. De ahí el viejo aforismo *homo hominis lupus*. El hombre era un lobo para el hombre. En cada semejante veía un enemigo potencial dispuesto a lanzarse sobre él. Los grupos sociales eran reducidos y vivían entre sí en un estado de lucha perpetua. Al principio, los conflictos bélicos tenían poco volumen, por el número de gentes que intervenían en ellos y porque los instrumentos ofensivos eran más débiles. Pero, paralelamente al crecimiento de estos grupos sociales, desde las familias y tribus hasta los modernos Estados nacionales, las guerras fueron adquiriendo una extensión y una violencia formidables, hasta llegar a constituir la hecatombe que conocemos en nuestros días.

Es, pues, natural que, a medida que se fueron produciendo estos hechos, los filósofos, los juristas, los pensadores y los políticos de todos los tiempos hayan venido formulando planes y ensayando medios y sistemas para acabar con las guerras. Pla-

tón concibió la "Atlántida", cuyos reyes, reunidos en federación, arreglaban todos sus conflictos en forma pacífica. Confucio pensaba que el sistema más perfecto del derecho de gentes era la constitución de una asociación internacional, que denominaba la "Gran Unión". Marco Aurelio expresaba que el mundo era como una gran ciudad y que todos los hombres debían considerarse como ciudadanos. Hugo Grocio, en su famosa obra "De jure belli ac pacis", propugnaba una comunidad internacional, añadiendo que las controversias debían ser zanjadas en forma equitativa por naciones que no tuviesen interés directo en el asunto. El abate de Saint Pierre, después de su experiencia personal en el congreso de Utrecht de 1713, formuló un proyecto de paz perpetua a base de una alianza permanente entre los componentes de la "Liga Europea". El autor de "El contrato social" propuso la formación de una "Confederación Europea", para el logro de la paz. Sostenía la tesis de que las naciones se encontraban aún en estado de naturaleza, y que era necesario que constituyesen una Confederación. El filósofo de Koenigsberg publicó en 1795 su obra titulada "La paz perpetua", en la que expresa que la paz no es un estado de naturaleza entre los hombres, y que por consiguiente debe ser "instaurada". Llega a la conclusión de que los Estados, al igual que en el orden individual, el único camino que tienen para salir del caos es sacrificar su libertad ilimitada, sometiéndose a leyes coactivas y constituyendo un Estado de Naciones que albergue en su seno a todos los pueblos del mundo. Después de Kant, y hasta nuestros días, no han cesado de surgir iniciativas y planes para poner fin al azote de la guerra. No incurrimos en la tentación de enumerarlos, pues ello haría interminable nuestro trabajo.

Ahora bien, al mismo tiempo que estas soluciones de tipo teórico, ¿qué intentos han hecho los políticos para traducir en realidad esos bellos proyectos de articular una paz permanente? Tampoco en el terreno de la práctica los estadistas se han cruzado de brazos. Se podría afirmar casi sin temor a equivocarse que toda guerra ha tenido la virtud de engendrar por un tiempo la ilusión de que es factible poner término a los conflictos bélicos. Si quisiéramos agotar el tema histórico exponiendo sumariamente las tentativas de organizar una paz estable, tendríamos que llenar muchas cuartillas. Pero, como no es ese nuestro

propósito, a los efectos de nuestro ensayo sólo nos interesa referirnos a tres momentos históricos en que se iniciaron intentos de establecer una organización internacional que pusiese coto a la guerra. Esos tres momentos pueden cifrarse en tres fechas: 1815, 1919 y 1945. Es decir, después de las guerras napoleónicas, al término de la contienda de 1914-1918, y en las postrimerías de la lucha librada recientemente contra los países del Eje. No hemos escogido esas tres fechas por razones de perspectiva, es decir, habida cuenta de su relativa proximidad en el tiempo. Nos han movido a hacerlo consideraciones de otra índole, como es el hecho de que en ese siglo y tercio de historia se ha hecho más evidente la necesidad de afrontar radicalmente el problema de la paz.

Con anterioridad a las guerras desencadenadas por Napoleón, los conflictos bélicos, no obstante su gravedad, no habían adquirido el carácter catastrófico que presentaron más tarde. 1815 representa un momento histórico en que se esboza el propósito de crear un instrumento de política internacional, o mejor dicho, de establecer una verdadera comunidad internacional, aunque restringida al orbe europeo, que es donde en aquel entonces se fraguaban los destinos del mundo. Pues, si bien la gran República Norteamericana tenía ya casi medio siglo de existencia, en cierto modo permanecía en un estado de hermetismo, dicho en términos más exactos, de aislacionismo, al que había sido llevada por los grandes fundadores, Washington y Jefferson. 1815 es una fecha que se condensa en un nombre: Santa Alianza. Este vocablo nos aparece preñado de una honda significación: simboliza el instante en que se va a cerrar el período revolucionario iniciado en el mundo con la Revolución Francesa, y en que las potencias rectoras se disponen a acometer la empresa de rehacer el mapa de Europa a base del antiguo principio de legitimidad invocado por Metternich. El momento es solemne. El reloj de la historia marca una hora cénit. Vistos desde nuestra época, se da uno cuenta de lo cargados de futuro y lo decisivos que fueron para el destino político europeo aquellos días en que los emperadores, reyes, príncipes, políticos, diplomáticos, y todo su brillante séquito, se reunieron en Viena. En aquella coyuntura existió la posibilidad de organizar una comunidad internacional, con facultades para gobernar al mundo y para articular una paz más estable. Fué Ingla-

terra, con su actitud no intervencionista, la que frustró en flor los planes de la Santa Alianza.

Ello fué una gran suerte para la emancipación definitiva de las colonias españolas en América. En ese sentido Gran Bretaña es bien acreedora a la gratitud de los países hispanoamericanos. Pero, por lo que respecta a la constitución de un organismo internacional de vastos alcances, la posición de Castlereagh, negándose a secundar la política propugnada por la Santa Alianza, constituyó un hecho deplorable. Hizo imposible que se llevase a cabo la gran empresa de crear una especie de superintendencia encargada de regir la cosa internacional. Inglaterra, por razones geopolíticas o de interés nacional, que vienen a ser lo mismo, prefirió refugiarse en su aislacionismo tradicional y propiciar más tarde la clásica fórmula del "equilibrio de poder", que fué el tipo de política que se practicó en Europa y en el mundo durante una centuria y que desembocó fatalmente en la primera guerra mundial (1914). El fracaso de la Santa Alianza, despojando a la misma de su significación reaccionaria, pues su creación respondía al propósito de servir la causa de las monarquías, hizo que se perdiera una magnífica oportunidad de poner en práctica el plan de organizar internacionalmente el mundo.[1]

No obstante el fracaso de crear una *comunitas* internacional europea (que, en aquellos tiempos, por razones que hemos apuntado más arriba, equivalía a una comunidad internacional de tipo universal), la vida política de Europa discurrió por cauces en cierto modo normales. Esa centuria de paz a que hemos aludido recientemente, y que puede acotarse entre estos dos paréntesis, 1814 y 1914, sufrió una grave interrupción con la guerra franco-prusiana, simiente o matriz del conflicto que luego vino a estallar en la segunda década de nuestro siglo. A partir del desastre de Sedán, y como consecuencia de ello, empezaron a dibujarse en el cielo europeo dos constelaciones rivales: la Tríplice Alianza y la Triple Entente. Y sabido es que toda alianza de potencias engendra fatalmente coaliciones con-

---

[1] A quien le interese conocer más detalladamente las implicaciones del hecho de la oposición de Inglaterra a los planes de la Santa Alianza, recomiendo la lectura de mi ensayo *La Política de no Intervención,* publicado en CUADERNOS AMERICANOS (No. 2, marzo-abril de 1946).

trarias, y ello determina en definitiva la necesidad de que los bandos antagónicos se enfrenten con las armas.[2] El estallido se produjo en 1914. El pretexto fué el crimen de Sarajevo, pero la verdadera causa fué otra. Cada uno de los bandos beligerantes trató de inculpar al contrario. Según unos, el conflicto fué ocasionado por la ambición territorial de las llamadas Potencias Centrales. Según los otros, la guerra era el único medio de quebrar el *statu quo* internacional. En una palabra, se recurrió a las armas como medio de zanjar una situación insostenible, por no haberse encontrado un medio pacífico de solventar las diferencias entre las naciones. Los primeros cañonazos disparados en 1914 fueron la proclamación solemne del fracaso del sistema de paz implantado después de la derrota de Napoleón en Waterloo, es decir la quiebra absoluta de una política internacional basada en el equilibrio de poder y en el sistema de alianzas.

La contienda de 1914-1918 suscitó en las gentes la ilusión de poder conquistar una paz definitiva. Fué "La gran ilusión", como la llamó Norman Angell. El propio presidente Wilson se dejó llevar por ese ideal de paz. Ya en sus "catorce puntos" había lanzado su mensaje pacífico, al proclamar que era su propósito formular ciertos principios que estableciesen claramente "un nuevo orden de derecho y de paz". Después

---

[2] Esta afirmación no es una conclusión gratuita ni apresurada, lanzada a humo de pajas. La vemos comprobada a lo largo de la historia, e indudablemente responde a una ley de mecánica política. Toda alianza, por razones intrínsecas que van implicadas en su esencia, lleva en su seno —aunque se trate de ocultarlo, como es costumbre— un anti, es decir va dirigida concretamente contra un enemigo común, que puede ser una potencia o un grupo de potencias. Aquélla o éste, tan pronto como se aperciben de la maniobra, se lanzan igualmente, por su parte, a la busca de aliados con el fin de equilibrar la fuerza de sus rivales. Cuando este proceso se inicia, fatalmente, en un plazo que puede ser más o menos largo, ello depende del ritmo de los acontecimientos, la guerra se convierte en algo ineludible. Las fuerzas se equilibran, las naciones se polarizan en dos bandos, la estabilidad queda a merced de cualquier contingencia, y, cuando ésta hace su aparición, la coalición que se considera en situación favorable se lanza a la aventura belicista, dejándose llevar por la idea de que esa situación de equilibrio no puede prolongarse.

de la victoria, fueron muchos los que abrigaron la creencia de que se abrían ante el mundo unas perspectivas halagüeñas. Pero desgraciadamente la paz firmada en Versalles no pasó de ser un armisticio, un período de tregua durante el cual los países vencidos o decepcionados se prepararon para tomarse la revancha. Los tratados de paz sólo sirvieron para consagrar documentalmente la derrota de las Potencias Centrales, pero no impidieron, en cambio, que fructificase el germen de nuevas guerras. La Liga de Naciones, creada en virtud de lo dispuesto en el tratado de Versalles, y que representaba el intento de organizar el mundo internacionalmente sobre nuevas bases, no cumplió los fines para que fuera creada. Aquélla, tal como se concibió originariamente, iba a ser un Congreso de todos los países, comprometiéndose éstos a prescindir de la guerra como instrumento de política nacional. Se esperaba que la existencia de semejante Congreso, en el que estarían representados todos los Estados, salvaría al mundo de la guerra. La intención de la Sociedad de Naciones no era aliar un grupo de países para defender lo que ellos considerasen justo frente a otro grupo inspirado en otra idea diferente de justicia. Era mantener unidas a las potencias, de suerte que los agresores quedasen aislados y, si trataban de resistir, aplicarles las sanciones económicas, sin necesidad de recurrir a la guerra. Este fué el concepto primitivo de la seguridad colectiva. Era la seguridad de todos frente a la guerra y de cada uno frente a la agresión.

La Liga, sin embargo, tenía dos graves defectos. En primer lugar, no disponía de fuerzas armadas que le permitiesen imponer sus decisiones a cualquier miembro recalcitrante. El proyecto francés proponía el poner a disposición de la Sociedad una fuerza internacional y el establecimiento de un servicio permanente de Estado Mayor. Pero esa propuesta no fué aceptada. El segundo defecto estribaba en que ninguno de los Estados miembros hicieron sacrificio alguno de su soberanía nacional. Desde el primer momento existió el temor de verla menguada. En realidad la Sociedad de Naciones quedó reducida a una simple alianza entre Estados, es decir, a una comunidad de Estados organizados, con una cierta personalidad internacional.

Ciertamente, entre la idea primitiva de Wilson y lo realizado, existía una gran diferencia, mediaba un abismo. Se ha-

bía conseguido mucho con la creación de un órgano permanente que permitiese encauzar las relaciones internacionales. Aunque le faltó desde el primer instante una cosa importante: el sentido de universalidad. En sus comienzos, la institución fué organizada como una Liga de potencias vencedoras, quedando excluída Alemania, Rusia y, finalmente, los Estados Unidos. Pero, lo que sobre todo quitó eficacia al Pacto, fué la regla de unanimidad establecida en el artículo 5, que exigía este requisito para las decisiones de la Asamblea. Con lo cual en los asuntos de importancia era difícil tomar decisiones.

Pero, lo que acabó de dar la puntilla a las posibilidades de paz fué la actitud norteamericana. La política de los Estados Unidos destruyó la fuerza moral del tratado de Versalles. El repudio de la Liga impidió que ésta desempeñase el papel que se le había atribuído en la organización de la paz. La negativa norteamericana a colaborar en la seguridad colectiva contribuyó a que la realización del proyecto no fuera viable. Sin la participación de los Estados Unidos, la eficacia del sistema construído quedó prácticamente muy reducida. El aislacionismo fué un mal para la causa de la paz.

Como vemos, la idea que había animado la creación de la Liga de Naciones salió ya mal parada desde sus comienzos. No obstante, los hombres que intervinieron en su funcionamiento pudieron rectificar el rumbo. Pero ocurrió lo contrario. En vez de fortalecer los principios que inspiraron su nacimiento, los fueron debilitando con el tiempo. Uno de los primeros hechos que pusieron de relieve la ineficacia de la Sociedad de Naciones fué el llamado incidente de Corfú. Mussolini, en septiembre de 1923, bombardeó la isla griega que lleva ese nombre, y que se halla situada en la boca del Adriático. Lo hizo sin ninguna razón, y sin esperar la resolución de la Liga, a la que previamente habían apelado Italia y Grecia. ¿Cómo resolvió la institución ginebrina el conflicto? Sencillamente, ordenando que Italia evacuase la isla, que había ocupado, y que los griegos presentasen excusas y pagasen una indemnización de cincuenta millones de liras al gobierno italiano, por un crimen que no habían cometido. Esto ya fué un mal síntoma.

Nuevamente, el espíritu que animaba a las grandes potencias integrantes de la Sociedad de Naciones se puso de manifiesto al discutirse en 1928 el pacto Briand-Kellogg. En

dicho pacto las partes contratantes condenaban la apelación a la guerra para la solución de las controversias internacionales y renunciaban a ella como instrumento de política nacional. En principio, lo acordado era magnífico, pero con el tiempo el documento resultó ser una declaración innocua. Sin embargo, ya desde el propio momento de su negociación, el pacto suscitó cierto género de reservas que evidenciaron la poca decisión por parte de las partes interesadas en cumplirlo. En seguida se planteó la cuestión del derecho de defensa propia. Briand replicó a las consultas que se le formularon al respecto que, naturalmente, cada país "era la única autoridad competente para decidir si las circunstancias exigían el tener que recurrir a la guerra en defensa propia". El gobierno inglés se mostró de acuerdo con la doctrina de Briand, pero insistió en que el pacto no sería de aplicación en determinadas partes del mundo, principalmente en el Cercano Oriente, en donde Gran Bretaña proclamaba un interés especial, y donde la ingerencia de cualquier otra potencia sería considerada como un acto inamistoso que exigiría probablemente "el tener que recurrir a la guerra en defensa propia". Es decir, que uno de los primeros efectos del pacto Kellogg fué la afirmación de una "Doctrina de Monroe" británica. *A posteriori* se ha visto que el pacto resultó ineficaz. Prácticamente, no contribuyó lo más mínimo a la eliminación de las causas de guerra, ya que, al aceptarse la reserva de la "defensa propia", se dejaba abierto un portillo que permitía que cualquier nación fuese a la guerra sin violar aparentemente sus obligaciones del pacto. Además se olvidó un pequeño detalle, que, en el orden individual, cuando una persona mata en legítima defensa, para que sea absuelta, se precisa probar que en los hechos concurrieron, las circunstancias previstas por la ley, mientras que, en el plano internacional, cuando una nación declara luchar en defensa propia, ella es la única que se atribuye competencia para establecer si la defensa es justificada, y sabido es que ninguna potencia en ninguna guerra se considera agresora.

Otro momento difícil para la Sociedad de Naciones fué cuando ésta tuvo que enfrentarse en 1932 con la agresión japonesa a China, fracasando en su acción colectiva. No obstante, y a pesar de que se trató la cuestión con un espíritu de transigencia y contemporización, el Japón se retiró de la Liga. Sin

embargo, la marcha de los nipones fué compensada con creces con el ingreso de la Unión Soviética en 1934, la que propugnó desde los primeros momentos de su entrada una política de seguridad colectiva basada en una aplicación rigurosa de los principios del Pacto.

El fracaso de la Conferencia del Desarme constituyó otro serio golpe para la organización de Ginebra. En efecto, el 2 de febrero de 1932 se reunió en la sede de la Sociedad de Naciones la conferencia internacional convocada con vistas a lograr una reducción de los armamentos. Dicha conferencia era el resultado de una serie de acuerdos de la Liga, y tenía su primer antecedente en el propio tratado de Versalles. En febrero de 1926 se había reunido por primera vez una comisión preparatoria designada por el Consejo de la Liga, en cumplimiento de lo establecido en el pacto de Locarno. Esta comisión, después de casi cinco años de trabajo, presentó un plan que no significaba un verdadero desarme, y que fué rechazado por muchas razones, entre ellas por no conceder una posición de igualdad a Alemania. Esta falta de éxito motivó, finalmente, que se convocase la Conferencia de 1932, de que hemos hecho mención más arriba. Se inauguró bajo la presidencia de Henderson, y además de los miembros de la Liga participaron en ella los Estados Unidos y Rusia. Esta propugnó medidas radicales de desarme. Los norteamericanos y los franceses presentaron algunas propuestas excelentes, pero los británicos se entregaron a una labor obstruccionista. Después de superar gran número de dificultades, el 11 de diciembre de 1932 las grandes potencias formularon una declaración reconociendo la igualdad de Alemania. En marzo del siguiente año, MacDonald presentó un plan en el que se proponía un desarme substancial, aunque no completo, que fué adoptado por unanimidad el 8 de junio de 1933. Al poco tiempo Hitler se opuso al plan alegando que negaba a Alemania paridad de armamentos. Después de largas discusiones, este último país se retiró de la Conferencia, que suspendió indefinidamente sus sesiones. La culpa principal del fracaso de la Conferencia corresponde a Alemania, aunque tampoco puede negarse la responsabilidad que les cabe a las demás potencias, ya que todas con sus puntos de vista unilaterales e interesados hicieron imposible que se llegase a nada práctico. Los alemanes comenzaron a armarse

a un ritmo impresionante. La tormenta comenzó a formarse en los cielos de Europa. En esas condiciones, la Conferencia no tenía nada que hacer. Pero lo malo no fué sólo que Alemania se retirase de aquélla, sino que también lo hizo de la Liga.

Apenas recobrada del golpe del fracaso del plan de reducción de armamentos, la Sociedad de Naciones tropezó nuevamente en su camino con un escollo desagradable. Me refiero a la situación planteada por la agresión de Mussolini a Abisinia en octubre de 1935. La Liga decretó la aplicación de sanciones económicas a Italia, acción que no tuvo el menor éxito en la práctica, y que motivó que Italia se retirara más tarde de la institución ginebrina.[3] El prestigio de la Liga sufrió enormemente en esta ocasión, y los países volvieron a embarcarse en la política de alianzas y bloques al margen de la Sociedad.

---

[3] Conviene reparar la atención en este hecho: uno tras otro, se retiraron de la Sociedad de Naciones los tres países que más tarde iban a suscribir el pacto tripartito de 27 de septiembre de 1940. Es un hecho significativo. Primero se retiró el Japón, a raíz de su agresión a China. Después abandonó la Liga Hitler, con ocasión de la Conferencia del Desarme, a fin de tener las manos libres cuando iniciase la serie de agresiones a que se lanzó con posterioridad. Y, finalmente, hizo mutis en Ginebra el gran histrión Mussolini, descontento por la teórica política de sanciones decretada por la Liga contra él por su aventura de Etiopía. A quien no profundice en el sentido de los acontecimientos, le resultará singular y extraña la coincidencia. Pero la retirada de los tres países totalitarios responde a una razón íntima, a la de que el fascismo es, por esencia, enemigo de las construcciones internacionales. Un orden mundial basado en la ley es campo poco propicio para las aventuras expansionistas en que terminan todos los regímenes de *nacionalismo delirante*. He ahí una expresión que define a todo fascismo. El agresor en potencia prefiere que el orbe se rija por la ley de la jungla, es decir que impere en el mundo la anarquía internacional, para poder sacar adelante, sin ningún contratiempo, sus planes de rapiña y de expansión. Por si estas razones no bastaran, casi siempre el agresor potencial es, dentro de los confines de su territorio, un dictador que sojuzga a sus conciudadanos, y no desea que exista ningún organismo supranacional capaz de fiscalizar, aunque sea en una escala reducida, sus actos arbitrarios e injustos. A título de ilustración gráfica de lo que venimos diciendo reproducimos las palabras de Mussolini estampadas en la Enciclopedia Italiana, al formular la doctrina fascista, y en una época en que no puede sospecharse en él resentimiento: "Ante todo el fascismo, en lo que concierne de un modo general al porvenir y al desarrollo de la humanidad, no cree ni en la posibilidad, *ni en la utilidad* de la paz perpetua. Rechaza el pacifismo, que oculta una

Las anexiones de Austria y Checoeslovaquia y la política de *no intervención* en España acabaron de darle la puntilla. Desde el año 1938, la Liga de Naciones sólo existió nominalmente. Bastantes naciones abandonaron la organización; unas por motivos ideológicos y otras porque veían la ineficacia de la institución. El último descrédito de la Sociedad fué la expulsión de la Unión Soviética, en diciembre de 1939, a raíz del ataque de ésta a Finlandia. Con arreglo al Pacto, la medida no podía objetarse, pero el acuerdo puso de manifiesto una excesiva parcialidad, ya que esa muestra de energía contrastaba extrañamente con la política de apaciguamiento y componendas que había sido el signo de la Liga. En fin, para no prolongar más este relato de debilidades, torpezas y arbitrariedades, digamos que la Sociedad de Naciones fué dispersada materialmente por la gran tolvanera de la guerra. Moralmente, hacía tiempo que había dejado de existir. Materialmente, desapareció con la última contienda, siendo reemplazada en sus fines por las flamantes Naciones Unidas.

Vemos, pues, que la Liga de Naciones fué un intento fallido de crear una comunidad internacional. Fueron muchas las causas que contribuyeron a ello. Sus primeras fallas aparecen ya en el modo de concebir la Sociedad. En realidad, la Liga de Naciones se constituyó como una alianza de Estados independientes más bien que como una verdadera organización internacional encargada de administrar los asuntos internacionales, con un espíritu internacional, y de acuerdo con las reglas de un verdadero derecho internacional. Esta forma de enfocar el problema de la paz ya constituía una tremenda equivocación.

---

deserción frente a la lucha y una cobardía frente al sacrificio... Por consiguiente, una doctrina fundada en el postulado de la paz no está de acuerdo con el fascismo, como no lo están tampoco todas las construcciones internacionales". Estas frases no necesitan de comentarios, pues son suficientemente explícitas por sí mismas. Ahora bien, de lo dicho nos interesa formular una especie de teorema: que todos los fascismos, los de antes, los de ahora (no se olvide que existen) y los de mañana, han sido, son y serán enemigos más o menos declarados de la Sociedad de Naciones, de las Naciones Unidas, y de cuantas construcciones internacionales se levanten para poner coto al azote de la guerra y para ordenar las relaciones entre los Estados y la política de los gobiernos frente a sus ciudadanos. Es la misma hostilidad que despierta en el delincuente potencial todo sistema de leyes punitivas.

El organismo de Ginebra se convirtió en un palenque donde entraron en colisión los distintos egoísmos nacionales. Se transformó la Liga en un instrumento de las grandes potencias, y más concretamente, como han señalado autores británicos que no pueden ser tachados de parcialidad, de dos de ellas: Inglaterra y Francia. Estas quisieron servirse de la institución para consolidar sus ventajas e impedir una revisión del *statu quo* logrado. Esto hizo mucho daño a la Sociedad, pues la desacreditó ante muchos ojos, y fué el clavo ardiendo a que se agarraron los enemigos de las construcciones internacionales para atrincherarse en sus viejas concepciones nacionalistas. Los problemas internacionales fueron enfocados con un espíritu estrictamente nacional, egoísta, y ello contribuyó a que a veces esos intereses chocaran entre sí. Por ejemplo, cuando Inglaterra y Francia debatían qué hacer en el caso de Abisinia, cada una de ellas consideraba sus propios intereses nacionales. La primera propugnaba las sanciones porque creía en peligro sus posiciones estratégicas. En cambio, la segunda, se oponía a que se adoptasen esas medidas porque esperaba llegar a un acuerdo con Italia, y separar a ésta de Alemania. Como vemos, no entraba en juego lo que debía entrar: la sanción al agresor y la defensa de la víctima. Quiere decirse, pues, que en el organismo de Ginebra no se desarrollaba una acción rigurosamente internacional. Se olvidaban con frecuencia estos fines, y se caía en un partidismo exagerado. Había exceso de política, de pasión y de egoísmo en los debates. Cuando los problemas se discuten *en vivo*, es difícil llegar a soluciones razonables.[4]

[4] Una de las experiencias que hemos adquirido, tanto durante el funcionamiento de la extinta Sociedad de Naciones como durante la corta vida de las flamantes Naciones Unidas, es que, si se quiere llegar a establecer un organismo internacional eficiente que ponga coto a las guerras y ordene las relaciones entre las naciones, será preciso ir pensando en un sistema que permita eliminar la pasión y el acaloramiento en las asambleas y reuniones de dicho organismo. Tenemos la idea en estado de larva, y, por otra parte, su desarrollo requeriría un espacio del que no disponemos, para llevarlo a término. Quede como germen de un futuro ensayo sobre estos temas internacionales que tanta atención reclaman de todos cuantos viven una existencia presidida por el signo de la preocupación permanente. Pero, dicho sea a grandes rasgos, conviene no olvidar que, una de las razones que impiden que esas controversias internacionales se desarrollen en un ambiente de serenidad, es que la parte afectada por la discusión tome

El capítulo de críticas sería interminable, y no pensamos agotarlo. Ahora bien, queremos hacer una advertencia: que nuestras críticas, que por otra parte no son nuestras, sino del acervo común, no van disparadas con ánimo de herir prestigios, ni están animadas de hostilidad. Todo lo contrario. Nuestras críticas tienen una ambición fecunda: la de suscitar rectificaciones y evitar incurrir en los mismos o parecidos errores. No obstante lo dicho, la Sociedad de Naciones constituyó un noble intento de construir un mundo mejor. Representó un progreso frente al tradicional sistema de alianzas y de equilibrio de poder. Respondía al convencimiento de que para hacer frente al problema de la guerra era necesaria la cooperación internacional. Y se comenzó a marchar por ese camino. Pero se siguió aferrado, desde el primer momento, al dogma de la soberanía. No se quiso hacer la más mínima concesión en ese sentido. Los Estados quedaron atrincherados tras sus fronteras nacionales, con el clásico lema de *non plus ultra*. Ello impidió que se pusiese término a la guerra, pues mientras los Estados sean los únicos competentes para hacerse justicia y no admitan el arbitraje con carácter obligatorio, el germen de la guerra existirá. El problema es éste: que, por el momento, mientras impere la anarquía internacional, o dicho en otros términos no exista *un derecho internacional efectivo,* la guerra seguirá siendo el único instrumento para solventar los conflictos entre los Estados. Hay que buscarle un sustitutivo a la guerra. Pero ello sólo se podrá conseguir si los Estados consienten en limitar su soberanía, pues de ese modo podría existir un órgano supraestatal que dictase un derecho obligatorio para todos los miembros. Entonces la norma creada sería un instrumento adecuado para solucionar las divergencias entre las naciones.

La Sociedad de Naciones representó, pues, como ya hemos dicho, un avance en el intento de establecer una organización internacional. Comparémoslo con la tentativa de la Santa

---

parte en ella y sea a la vez juez y parte. Hay que llegar a un sistema sereno, frío, casi mecánico, a base de estas tres condiciones: que la norma a aplicar esté dictada con anterioridad a producirse los hechos; que el encargado de aplicarla sea un tribunal imparcial despojado de pasión política, y que la ejecución de la resolución la lleven a cabo los elementos coercitivos de que disponga la organización internacional, autónomamente, con prescindencia de los miembros.

Alianza, en el siglo pasado. Significa un paso adelante, de extraordinarias proporciones. Pudo ser más de lo que fué, pero, de todos modos, permitió crear una institución permanente donde poder discutir todos los problemas entre las naciones. Se superó el sistema de conferencias ocasionales y creó un espíritu de convivencia y de colaboración. Le faltó crear un sentido internacional de los problemas, a base de que las potencias prescindiesen de sus intereses nacionales en aras de la comunidad.

LA guerra librada contra los países del Eje suscitó de nuevo en la humanidad la ilusión de poder encontrar por fin un medio de poner término a los conflictos bélicos. El difunto presidente Roosevelt fué uno de los más entusiastas animadores de esta empresa. El fué en realidad el que dió nombre a la entidad Naciones Unidas,[5] que más tarde habían de ser el embrión de la futura organización internacional.

Las Naciones Unidas son una asociación de pueblos y gobiernos soberanos reunidos con la doble finalidad, primero, de conseguir la victoria en su lucha contra los países del Eje, y, segundo, de organizar un mundo estable en que impere la paz y la seguridad. El organismo de las Naciones Unidas tuvo en su fase inicial un carácter esencialmente combativo. Después, ya en marcha, evolucionó de acuerdo con el desarrollo de los acontecimientos, cuyos puntos culminantes fueron las conferencias de Moscú, Dumbarton Oaks y San Francisco. Si

[5] Parece ser que la paternidad de la expresión Naciones Unidas se atribuye a Roosevelt, quien, según se afirma, la concibió durante una visita del primer ministro Churchill a la Casa Blanca. El gran presidente norteamericano fué el gran arquitecto durante la guerra de los planos de dicha organización internacional, pues estimaba que la misma era de una necesidad vital para el mundo, y sobre todo para enfrentar los problemas de los primeros años que siguiesen al cese de las hostilidades. Roosevelt puso en las Naciones Unidas sus más encendidas esperanzas. ¡Lástima que el destino truncase su vida unos días antes de que los planes por él acariciados con tanta ilusión quedasen convertidos en letra en la histórica conferencia de San Francisco! ¡Fué una desdicha grande para el egregio estadista! ¡Pero lo fué mucho más para la humanidad, que aquél no pudiese llevar a término personalmente el proyecto de organización internacional tan largamente deseada!

bien la primera célula de este ser internacional se constituyó en la conferencia inter-aliada celebrada en St. Jame's Palace, Londres, el 12 de junio de 1941, en la que tomaron parte catorce países, lo que conocemos con el nombre de Naciones Unidas surgió el día 1º de enero de 1942, en que se reunieron en Washington los representantes de veintiséis naciones en guerra e hicieron una proclamación conjunta afirmando su resolución de emplear todos sus recursos contra los miembros del Pacto Tripartito y sus adherentes, y comprometiéndose a cooperar entre sí y a no concertar una paz separada con ninguno de los enemigos.[6]

En la conferencia de cancilleres de Moscú, celebrada del 19 al 30 de octubre de 1943, comenzó a perfilarse la idea de crear una organización general internacional, basada en los principios de la igualdad soberana de todos los amantes de la paz, y abierta a la afiliación de todos los Estados, grandes y pequeños, para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacional. Después de haberse celebrado previamente una serie de consultas entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y la Unión Soviética, se reunieron en Dumbarton Oaks del 21 de agosto al 7 de octubre de 1944 los representantes de esos tres países, quienes discutieron los planes para la creación de una organización general internacional, de acuerdo con las bases sentadas en la conferencia de cancilleres de Moscú. Se redactó un proyecto en el que se establecía una organización consistente en una Asamblea General y un Consejo de Seguridad. Todos los miembros de la sociedad estarían representados en la Asamblea, y el Consejo estaría integrado por representantes de los Estados Unidos, Inglaterra, la Unión Soviética, China y Francia, que tendrían asientos permanentes, y por otros seis miembros elegidos por un período de dos años.

El plan trazado en Dumbarton Oaks sirvió de base de discusión en la Conferencia de San Francisco, iniciada el 25 de abril de 1945, de acuerdo con lo convenido en la conferencia de Yalta de febrero de ese mismo año. En San Francisco estuvieron representados cincuenta y un países, todos ellos, me-

---

[6] El lector interesado en conocer más minuciosamente todo lo relacionado con las Naciones Unidas, y en general con los temas internacionales, podrá encontrar datos abundantes en mi obra *Diccionario Político de Nuestro Tiempo* (2a. edición, 1947).

nos Dinamarca, en guerra con el Eje. El 26 de junio del mencionado año se aprobó por unanimidad la Carta Orgánica de las Naciones Unidas.[7] En este estatuto se afirma que los propósitos de las Naciones Unidas son el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacional; fomentar entre las naciones relaciones de amistad basadas en el respeto al principio de la igualdad de derechos y al de libre determinación de los pueblos; realizar la cooperación internacional en la solución de los problemas internacionales de carácter económico, social, cultural o humanitario, y en el desarrollo y estímulo del respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales. La Organización se basa en el principio de igualdad soberana de todos sus miembros. Estos se comprometen a arreglar sus controversias internacionales por medios pacíficos y a abstenerse de recurrir a la amenaza, o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado. También se obligan a prestar a la Organización toda clase de ayuda en cualquier acción que se ejerza de conformidad con la Carta. Los órganos principales de la U. N. son la Asamblea General, el Consejo de Seguridad, el Consejo Económico y Social, el Consejo de Administración Fiduciaria y la Corte Internacional de Justicia. Todos los miembros de las Naciones Unidas se comprometen a poner a disposición del Consejo de Seguridad, cuando éste lo solicite y de conformidad con un convenio especial, las fuerzas armadas necesarias para el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales.

---

[7] Evidentemente las Naciones Unidas fueron, en el momento de aprobarse la Carta, una asociación de países vencedores, pues era condición indispensable para incorporarse a dicha entidad encontrarse en estado de guerra con el Eje. Aun cuando el 26 de junio de 1945 no había terminado la lucha con el Japón, prácticamente la victoria ya estaba decidida, y, por consiguiente, las potencias que integraban las Naciones Unidas podían considerarse como vencedoras. Sin embargo, posteriormente se ha abierto la puerta a los neutrales, y en la Asamblea General de octubre-diciembre de 1946 se aceptó la incorporación de cuatro miembros nuevos. Ello quiere decir que, tan pronto como se supere el período constitutivo y primario de la organización y se aprueben los tratados de paz con los países derrotados, las Naciones Unidas se irán transformando de órgano de potencias triunfantes en agrupación de carácter universal, dentro de la cual vencedores y vencidos colaborarán en la construcción de una comunidad internacional que abra perspectivas a la paz y a la seguridad mundiales.

Se prevé el establecimiento de un Comité de Estado Mayor para asesorar y asistir al Consejo de Seguridad en todas las cuestiones militares. La Carta autoriza la existencia de acuerdos u organismos regionales.

De la exposición sumaria que acabamos de hacer de las líneas generales de las Naciones Unidas, se advierte en seguida que la misma se ha inspirado en la antigua Sociedad de Naciones. Sin embargo, ésta ha sido superada en muchos conceptos. No vamos a entrar en un análisis detallado, ni en una comparación minuciosa, pues ello requeriría mucho espacio. En primer término, diremos que algunos órganos no han hecho sino cambiar de nombre. Se establece el Consejo Económico y Social, que representa un enorme avance en el terreno de la cooperación internacional práctica. La Carta es mucho más eficaz y al mismo tiempo más liberal que el Pacto de la Sociedad de Naciones.

Las Naciones Unidas nacen con mejores auspicios que la institución de Ginebra. Tiene extraordinaria importancia que estén representados en ellas dos países que no lo estuvieron cuando se creó la extinta Sociedad de Naciones: Estados Unidos y la Unión Soviética. Ello dota al organismo de cierto carácter de universalidad, de que carecía el anterior. Pues, si bien por el momento las Naciones Unidas no se han despojado por completo de su primitiva significación de alianza de países vencedores, es indudable que están plantadas las bases para que dentro de la entidad queden incluídas todas las naciones, y sobre todo que no quede al margen de la misma ninguna gran potencia. Otro aspecto que no conviene olvidar, y que ha motivado algunas críticas, es que en cierto modo los tres grandes países que dirigieron la lucha contra el Eje han considerado necesario constituirse en directores de la organización de la paz, y a ese fin se ha establecido un sistema de veto basado en la idea de la necesidad de unanimidad entre las mismas, y de Francia y China, durante el período inmediato de la postguerra. Esta medida comporta evidentemente una situación de privilegio para esas cinco potencias, pero también es cierto que a mayor responsabilidad deben corresponder mayores derechos, que a la vez implican deberes. El ideal, y a ello debe tenderse, es la igualdad absoluta entre todos los miembros; pero no se pierda de vista que la actual entidad no ha roto aún

su cordón umbilical con el pasado, y que de la crisálida que tenemos ante nosotros (crisálida que tiene a su cargo liquidar las consecuencias de una guerra terrible) habrá de salir en su día la policroma mariposa de una organización internacional más perfecta.

El Pacto de la institución ginebrina ha sido superado también en lo que se refiere al principio de unanimidad en las decisiones. Esta era la regla establecida en el Covenant. En el nuevo Estatuto se ha dado un paso adelante. Para adoptar resoluciones que obliguen a todos los miembros sólo se requiere una mayoría de dos tercios. Ello, aunque no es mucho, representa un avance. Quiere decirse que los Estados integrantes de las Naciones Unidas han hecho una concesión en lo que respecta a su soberanía, que, como es sabido, constituye la piedra de toque de cualquier organización. En este sentido, también se ha ido un poco más allá en lo que concierne al principio de no intervención. En el Pacto de Ginebra, en su artículo 10, se proclamaba en absoluto, sin ninguna atenuante, la doctrina no intervencionista. En la nueva Carta, no es que se haya abandonado ese principio obstructor de toda construcción internacional eficiente, pero se deja en el artículo 7 la puerta abierta para la intervención en determinadas circunstancias.

También se ha hecho un progreso en cuanto a la creación de una fuerza internacional encargada de respaldar las decisiones de la Organización, requisito indispensable, ya que sin la *posibilidad de la coacción* las medidas adoptadas por la institución comportan el peligro de constituir meras declaraciones platónicas. En efecto, se decidió llevar a la Carta la idea defendida por Francia cuando se creó la Sociedad de Naciones.

Vemos, por consiguiente, que se han hecho considerables avances para una mejor organización internacional, si nos atenemos al espíritu y a la letra de la Carta. En el orden práctico es aún prematuro establecer conclusiones en cuanto a la forma en que ha funcionado la institución. Las Naciones Unidas apenas si cuentan con un año de existencia efectiva. Sin que quiera decirse que nos mostremos absolutamente conformes con la actuación de los diversos órganos, sí cabe señalar, en conjunto, una buena disposición en cuanto al deseo de poner en marcha la organización. Nos complacemos en registrar las de-

cisiones tomadas en la última Asamblea General, como es el plan de reducción gradual de los armamentos, en el que se propugna la inclusión de una prohibición inmediata en cuanto a la producción y empleo de armas atómicas y otros medios de destrucción en masa, y la pronta creación de una fuerza de policía internacional.

Junto a estos motivos de complacencia, nos vemos obligados a señalar algunos lunares. Por una parte, la vieja y tradicional tendencia de las potencias a encarar los problemas con un espíritu partidista y desde el ángulo de su egoísmo estrictamente nacional. Pero no se puede pretender cambiar la psicología de los gobiernos de la noche a la mañana. Ello ha sido causa de serias controversias y dramáticas pugnas, pero finalmente, al parecer, se impuso la cordura y se llegó a acuerdos que, si no perfectos, representaron siempre un deseo de entendimiento y transacción. Por otra parte, si bien el dogma de la soberanía ha sido limitado en cierto sentido, se sigue defendiendo y manteniendo con singular terquedad. Y él es el principal obstáculo para toda auténtica construcción internacional que pretenda encontrar un medio de sustituir la guerra por otro instrumento menos bárbaro que aquél. Cada día se hace más evidente que para lograr la paz es indispensable renunciar al control absoluto de la política internacional por parte de cada uno de los Estados, subordinando aquélla a un interés común.

Acabar con el actual estado de cosas es cuestión de vida o muerte para el porvenir de nuestra civilización. Constituye un imperativo indeclinable de nuestro tiempo. No nos cabe opción. O volvemos a la barbarie, y desconocemos las grandes posibilidades que nos brinda la técnica, o superamos la crisis que vivimos, dando un salto y realizando una mutación que se traduzca en nuevas formas de convivencia internacional y de solución de los conflictos entre los Estados. En este sentido, fundamos cierto optimismo en el último intento realizado de crear una organización internacional, que son las Naciones Unidas. Estas, como tal órgano, no llenan por completo nuestras aspiraciones. Pero representan una noble tentativa de hacer frente al problema de la guerra y de la paz.

LA CRISIS DE MEXICO

Por *Daniel COSIO VILLEGAS*

México viene padeciendo hace ya algunos años una crisis que se agrava día con día; pero como en los casos de enfermedad mortal en una familia, nadie habla del asunto, o lo hace con un optimismo trágicamente irreal. La crisis proviene de que las metas de la Revolución se han agotado, al grado de que el término mismo de revolución carece ya de sentido. Y, como de costumbre, todos los grupos políticos continúan obrando guiados por los fines más inmediatos, sin que a ninguno parezca importarle el destino final del país.

Cuáles eran las metas de la Revolución, cuándo se agotaron y por qué, son las primeras cuestiones que debieran abordarse para entender la crisis y, sobre todo, medirla.

La Revolución Mexicana nunca tuvo un programa claro, ni lo ha intentado formular ahora, *in articulo mortis,* aun cuando el día de mañana, *post mortem,* habrá muchos programas, sobre todo los expuestos e interpretados por escritores conservadores. Algunas metas o tesis, empero, llegaron a establecerse, se, siquiera en la forma simplista a que conduce la mera repetición. Además, como en todo proceso histórico de alguna duración, no todos los propósitos iniciales se han conservado hasta el fin; por el contrario, algunas de esas metas fueron debilitándose y en cierto momento dieron paso a otras nuevas —unas principales y otras secundarias— y, en consecuencia, más vigorosas. Esta yuxtaposición de metas ha hecho aún más confuso el proceso ideológico de la Revolución, pues las tesis nuevas no reemplazaron a las antiguas, sino que coexistieron, al menos en la forma; y, luego, al lado de tesis realmente fundamentales, aparecieron designios de una magnitud y de una importancia menores.

En todo caso, una de las tesis principales fué la condenación de la tenencia indefinida del poder por parte de un hombre o de un grupo de hombres; otra, la de que la suerte de los más debía privar sobre la de los menos, y que para mejorar aquélla el gobierno no sólo no podía ser pasivo, sino que debía ser activo; en fin, que el país tenía intereses y gustos propios por los cuales debía velarse, y, en caso de conflicto, hacerlos prevalecer sobre los gustos e intereses extranjeros. La reacción contra el régimen político porfirista y su derrocamiento final, fueron la meta primera; dentro de la segunda caen la reforma agraria y el movimiento obrero; en la tercera, el tono nacionalista que tuvo la Revolución al exaltar lo mexicano y recelar de lo extranjero, o combatirlo con franqueza. Algunos pondrían entre las tesis principales de la Revolución la necesidad de una acción educativa vigorosa por parte del Estado, si bien ha sido notoriamente más débil e inconsistente que las tres anteriores.

Esas tesis parecen hoy lugares comunes, y candorosos, por añadidura; lo son para los poquísimos que siguen creyendo en ellas, y más, por supuesto, para quienes las admitirían en el papel impreso de un libro, pero nunca en la realidad histórica de México. En su tiempo, sin embargo, no sólo fueron novedades, sino que correspondían tan genuina y tan hondamente a las necesidades del país, que desviaron la ruta de éste durante más de un cuarto de siglo, y pueden cambiarla todavía hasta completar la media centuria.

El contenido ideológico propio del porfirismo era pobrísimo (baste recordar que la principal bandera de uno de los pronunciamientos del general Díaz previos a su conquista del poder, fué la condenación del impuesto del timbre); pero, en cambio, la realidad nacional y la del mundo le dieron dos palabras mágicas: orden, la primera; progreso, la segunda. En la conciencia de todos los mexicanos estaba la necesidad del orden, de la paz, después de casi tres cuartos de siglo de una vida manchada de sangre y plagada de hambre y de miseria; y luego, por lo que respecta al progreso, a México no habían tocado hasta entonces siquiera las migajas de la Revolución Industrial, aquella que se inició en Inglaterra desde

fines del siglo XVIII. Así, el porfirismo acabó por dispensar en México las medicinas del orden y del progreso, que habían venido aceptándose como panaceas para curar cuanto mal aquejó al mundo occidental durante todo el siglo XIX y los primeros años del XX. El porfirismo, en suma, acabó por dar al país una filosofía que el mundo occidental le impuso, y que, como toda filosofía, exaltaba unos valores en detrimento de otros.

No fué poca la novedad ni escasa la pujanza de Madero al alzarse contra ella en 1910, pues, si se recuerda el panorama del mundo de entonces, esa filosofía no sufre una derrota seria hasta 1917 en Rusia, y en Europa propiamente años después. El ataque de Madero al "antiguo régimen" fué parcial y todos han dicho que se enderezó a su costado menos vulnerable, pues sostuvo una "mera tesis política", sin contenido social o económico alguno. El candoroso "sufragio efectivo, no reelección" de Madero quería decir dos cosas. Primero, la presencia de un hecho biológico, es decir, del más fuerte de todos los hechos: en el país había surgido durante el porfirismo toda una nueva generación que no tenía acceso al poder, a la riqueza, ni siquiera al lustre social. Segundo, que la vida política, la libertad, la democracia, tenían tanto valor, y aún más, que el orden, y, en consecuencia, que valía la pena comprometer éste para conseguir aquéllas. Habrá que reconocer ahora, después de la catástrofe de la segunda guerra mundial, que años después la inocente tesis de Madero fué capaz de echar a la hoguera a varios millones de hombres que murieron defendiendo un pensamiento idéntico.

La segunda meta de la Revolución Mexicana fué la de anteponer la condición y el mejoramiento de los más al de los menos, y la de creer que no se conseguiría ese fin sin la iniciativa y el sostén activos de la Revolución hecha ya gobierno. Lo primero no podía tener novedad teórica; pero sí en la realidad histórica de México. Lo segundo tenía una gran novedad teórica, pues la Revolución Mexicana —como la rusa, que se engendró sin relación ideológica alguna con la nuestra— fué el primer gran asalto al bastión del liberalismo, por lo menos en su aspecto de *laissez-faire, laissez-passer*. No es necesario un esfuerzo mayor para demostrar que esas metas eran certeras. Es indudable que en el porfirismo, como en todo régimen que se ha sobrevivido, los menos habían acabado por

privar sobre los más. Y considérese quiénes eran los más: toda la población agrícola del país, es decir, las tres cuartas partes de la total; los obreros de industrias, minas, transportes y aun de los talleres domésticos; y todo lo que era "pequeño": el comerciante, el burócrata, etc., y en suma, lo que en aquélla época caía dentro del calificativo peyorativo de "pelado". El porfirismo era en sus postrimerías una organización piramidal: en la cúspide estaban las "cien familias"; los demás eran desvalidos, en mayor o menor grado. Un movimiento que tendiera, primero, a destruir a las "cien familias" y, luego, a fortificar la posición económica, social y política del campesino y del obrero, en general del "pelado", tenía gran novedad y fuerza tremenda en el México de 1910 ó de 1916. Por lo demás, la reforma agraria, que perseguía, sobre todo, la destrucción del poder político-económico del gran agricultor, es un hecho que se presenta fatalmente en la evolución "natural" de todo país: en Inglaterra desde el siglo XVI, y definitivamente en el XVIII, al igual que en Francia, con la Revolución de 1789; en Alemania, hacia 1848; en Rusia, en 1904-07; y en los países de la Europa oriental, después de la primera guerra mundial. En Argentina, Perón ha planteado el problema, y es una de las fuerzas que manipula; y en Brasil y Chile comienzan a manifestarse claramente los primeros síntomas de esta trágica, pero, al parecer, necesaria enfermedad. En cuanto al movimiento obrero, podría hacerse una historia de la Europa del siglo XIX —como de Estados Unidos en el XX— en torno al tema único de los ajustes y fricciones que provoca la aparición de este nuevo estado llano.

En lo que podría llamarse su tercera tesis, la Revolución Mexicana fué también certera y original. Es verdad que después de la primera guerra mundial se desató un ventarrón nacionalista en todo el mundo, y quizás de allá nos haya llegado algo; pero, aun así, una cosa no puede disputarse, y es que estábamos a tono con el mundo y no contra él. En cuanto a lo certero, poca duda parece haber: México ha debido tener apenas otras dos fiebres nacionalistas anteriores a ésta de la Revolución: la primera formó el clima necesario a la Independencia; la segunda dió el triunfo a la Reforma y el mate a la intervención extranjera. Esta vez el nacionalismo se asoció con la elevación económica y cultural del indio, exaltando sus

virtudes, sus danzas, sus canciones, trajes, y artes domésticas; se inclinó a preferir cuanto fuera mexicano; y se asoció, también, primero con vaguedad, contra la "pompa" europeizante del general Díaz, y, después, con mayor claridad y determinación, contra el "imperialismo", es decir, contra toda influencia exterior que quisiera imperar. Este nacionalismo fué, por lo demás, tan sano como un nacionalismo puede serlo: en realidad, nunca degeneró en xenofobia. Recuérdese, por ejemplo, que fué Carranza quien por la primera vez en nuestra historia intentó una seria gestión diplomática de acercamiento con todos los países latinoamericanos, y cómo México se convirtió, de 1920 a 1924 sobre todo, en un verdadero hogar, abierto y acogedor, para los latinoamericanos. Es verdad que ambos hechos —como otros que podrían citarse: digamos el programa vasconceliano de becas para que grandes números de estudiantes centroamericanos vinieran a las escuelas mexicanas— tuvieron un origen antinorteamericano; pero ni éste ni otros "antis" llegaron jamás a manchar el nacionalismo mexicano. En realidad, puede decirse que no fué el menor ni el más insignificante de sus frutos hacer de México el primer país de habla española consciente de su cultura, de su lengua y de su raza, una actitud y un espíritu que se habían perdido en toda la América hispánica hacía ya un largo siglo.

Por qué y cuándo se agotó el programa de la Revolución Mexicana es un capítulo bien doloroso de nuestra historia; pues no sólo el país ha perdido su impulso motor sin lograr hasta ahora sustituirlo, sino que este fracaso es una de las pruebas más claras a que se ha sometido el genio creador del mexicano... y las conclusiones, por desgracia, no pueden ser más desalentadoras.

Desde luego, echemos por delante esta afirmación: todos los hombres de la Revolución Mexicana, sin exceptuar a ninguno, han resultado inferiores a las exigencias de ella; y si, como puede sostenerse, éstas eran bien modestas, legítimamente ha de concluirse que el país ha sido incapaz de dar en toda una generación nueva un gobernante de gran estatura, de los que merecen pasar a la historia. Lo extraordinario de esos hombres, y, desde luego, en magnífico contraste con los

del porfirismo, parecía ser que, brotando, como brotaban, del suelo mismo, construirían en el país algo tan grande, tan estable y tan genuino como todo cuanto hunde sus raíces en la tierra para nutrirse de ella directa, honda, perennemente. Si la Revolución Mexicana no era, al fin y al cabo, sino un movimiento democrático, popular y nacionalista, parecía que nadie, excepto los hombres que la hicieron, la llevarían al éxito, pues eran gente del pueblo, y lo habían sido por generaciones. En su experiencia personal y directa estaban todos los problemas de México: el cacique, el cura y el abogado; la soledad, la miseria, la ignorancia; la bruma densa y pesada de la incertidumbre, cuando no el sometimiento cabal. ¿Cómo no esperar, por ejemplo, que Emiliano Zapata pudiera hacer triunfar una reforma agraria, él, hombre pobre, del campo y de un pueblo que desde siglos había perdido sus tierras y por generaciones venía reclamándolas en vano? El hecho mismo de que los hombres de la Revolución fueran ignorantes, el hecho mismo de que no gobernaran por la razón sino por el instinto, parecía una promesa, quizás la mejor, pues el instinto es más certero, aun cuando la razón más delicada.

Lo cierto es lo que antes se dijo: todos los revolucionarios fueron inferiores a la obra que la Revolución necesitaba hacer: Madero destruyó el porfirismo, pero no creó la democracia en México; Calles y Cárdenas acabaron con el latifundio, pero no crearon la nueva agricultura mexicana. ¿O será que el instinto basta para destruir, pero no para crear? A los hombres de la Revolución puede juzgárseles ya con certeza, afirmando que fueron magníficos destructores, pero que nada de lo que crearon para sustituir a lo destruído ha resultado indiscutiblemente mejor. No se quiere decir, por supuesto, que la Revolución no haya creado *nada,* absolutamente nada: durante ella han nacido instituciones nuevas, una importante red de carreteras, obras de riego impresionantes, millares de escuelas y buen número de servicios públicos; pero ninguna de esas cosas, a despecho de su importancia, ha logrado transformar tangiblemente al país, haciéndolo más feliz. Así, la obra de la Revolución siempre ha quedado en la postura más vulnerable: expuesta a las furias de sus enemigos, y sin engendrar en los partidarios el encendido convencimiento de la obra hecha y rematada. Pues la justificación de la Revolución Mexicana,

como de toda revolución, de todo movimiento que subvierte un orden establecido, no puede ser otra que el convencimiento de su necesidad, es decir, de que sin ella el país estaría en una condición peor o menos buena.

Por supuesto que crear en México una democracia con ciertos visos de autenticidad es una tarea que haría desmayar a cualquier hombre razonable. La tarea es tan compleja, tan ardua y tan lenta, que habría que concebirla como una consecuencia o término de muchas otras transformaciones, y no como una obra en sí, susceptible de ser atacada, diríamos, directamente. Un país cuya escasa población está pulverizada en infinidad de pequeñísimos poblados, en los que la vida civilizada es por ahora imposible —poblados que viven, desde luego, aislados unos de otros, y, además, sumidos en la ignorancia y en la miseria—, no puede crear de súbito un ambiente propicio para una vida cívica consciente, responsable. Antes habría que conseguir un aumento de la población, lo cual significa hacer producir más al suelo; completar las comunicaciones físicas, quintuplicando, digamos, la red ferroviaria, decuplicando la de carreteras, centuplicando la de aviones; crear, o poco menos, la comunicación espiritual, con servicios cabales de correos y telégrafos, y con todos los medios de expresión accesibles y honestos: libros, periódicos, radio; empresas gigantescas de higiene, de propaganda educativa y de producción económica, todas ellas destinadas a salvar de la muerte a tanto niño que ahora muere en sus primeros años; en fin, una acción educativa lenta, consistente, costosísima, para dar a todos los mexicanos una conciencia común de su pasado, de sus intereses y de sus problemas.

Claro que la Revolución Mexicana no se propuso acometer esa tarea ciclópea, y menos de una manera orgánica; su primer acto fué atacar a un régimen que no sólo había detentado el poder más de la cuenta, sino que desechaba la ocasión de renovarse admitiendo sangre fresca y savia nueva. La Revolución no se propuso, en consecuencia, sino ventilar, airear la atmósfera política del país; y, ya en el terreno positivo, crear alguna opinión pública, hacer más fácil la expresión de ella, provocar, inclusive, el parecer disidente y, en todo caso, respe-

tarlo; asegurar la renovación periódica y pacífica de los hombres de gobierno, dando acceso a grupos e individuos nuevos. La sola idea de que la obra principal de la Revolución se encaminaría a aliviar la condición económica, social, política y cultural de las grandes masas, hacía esperar que pronto se despertaría en éstas una atención real hacia el gobierno y un deseo de participar en él para defender sus nuevos derechos e intereses.

Es difícil juzgar con una seguridad que no sea hija de la pasión o el prejuicio los progresos cívicos de México desde 1910; Justo Sierra no los tendría por escasos, al aquilatarlos con esa benignidad superior y distante con que escribió toda nuestra historia; pero con un adarme, nada más, del rigor de un moralista, podría tildárselos de desalentadoramente mezquinos.

No es despreciable conquista el que la renovación de los principales gobernantes se haya cumplido a plazos breves, y muchas veces —por no decir siempre— aun a despecho del deseo y del esfuerzo de quien abandonaba el poder; así se ha evitado la dictadura y hasta la influencia dominante y prolongada de un solo hombre. Pero no puede olvidarse que esa renovación se ha conseguido alguna vez al precio de la violencia y hasta del crimen; tampoco que se ha hecho con un sabor dinástico y palaciego y no propiamente democrático. ¡Tan estrecho y tan uniforme ha sido el grupo del que proceden los "elegidos"! Ni menos puede olvidarse que la regla ha sido un verdadero proceso de cisiparidad, la forma de reproducción de los organismos inferiores. Más significativo todavía es el hecho de que esa renovación no haya sufrido hasta ahora la única prueba que podría darle un carácter genuinamente democrático: el triunfo electoral de un partido o grupo ajeno y aun opuesto al gobierno. Esto último quizá no fué de una urgencia angustiosa mientras la Revolución tuvo el prestigio y la autoridad moral bastantes para suponer que el pueblo estaba con ella y que, en consecuencia, no importaba mucho quién fuera la persona física del gobernante; pero cuando la Revolución ha perdido ya ese prestigio y esa autoridad moral, cuando sus fines mismos se han confundido, entonces habría que someter a la elección real del pueblo el nombramiento de sus gobernantes, pues la duda no recae ya sólo sobre personas, sino sobre

ideología. Y entonces se vería si el progreso cívico de México ha sido, ya que no cabal, al menos genuino. Por lo demás, no nos engañemos si esta prueba llega extemporáneamente: de aquí a seis años, las diferencias entre la Revolución Mexicana y los partidos conservadores pueden ser tan insustanciales, que éstos pueden ascender al poder no ya como opositores del gobierno, sino como sus hijos legítimos.

Nos conduce al más negro de los presagios recordar el papel que ha desempeñado el Congreso en la era revolucionaria. Todo congreso ha dejado de ser, por supuesto, un órgano técnico de gobierno, al grado de que, desde hace tiempo, en ninguna parte del mundo ha emanado de él una ley de ingresos o un presupuesto de gastos públicos, o sea, que no cumple ya los fines que supone la esencia misma de un parlamento; pero en cualquier país democrático sigue desempeñando dos funciones bastante más importantes todavía: el ser censor de los actos del Ejecutivo y órgano de expresión de la opinión pública. Juzgado el nuestro conforme a este patrón, tan modesto desde un punto de vista intelectual o técnico, tan importante cívicamente hablando, el juicio no puede ser otro que el de la condenación más vehemente y absoluta: en las legislaturas revolucionarias jamás ha habido un solo debate que merezca ser recordado ahora, y si cupiera alguna duda, bastaría considerar cómo aconteció la reciente reforma al Artículo 3º de la Constitución o, a la inversa, cómo fué aprobada hace años su redacción extremista inicial. Los congresos revolucionarios han sido tan serviles como los del porfirismo, con la diferencia de que este régimen era, por definición, una tiranía, y la Revolución, también por definición, es rebeldía, independencia. A los ojos de la opinión nacional, sin miramientos de grupos o de clases, nada hay tan despreciable como un diputado o un senador; han llegado a ser la unidad de medida de toda la espesa miseria humana. Por eso parecen tan vulnerables los progresos cívicos que México haya alcanzado en los últimos años, pues es desesperada toda idea de restaurar en su pleno prestigio un órgano de gobierno tan esencial para una democracia como lo es el congreso.

La tremenda diferenciación de clases es fenómeno viejísimo en México; tanto, que podría decirse que toda nuestra historia no es sino un largo y aflictivo esfuerzo para borrar un tanto estos desniveles. Hubo diferencias sociales en todas las colectividades indígenas anteriores a la Conquista; las hubo durante la Colonia y en la era independiente. No puede, pues, achacárselas al porfirismo; y, sin embargo, la larga duración de éste, su estabilidad misma, las hicieron como más aparentes y rígidas, al encarnarlas en personas físicas, con esa irritante ostentación de lo palpable.

La Revolución Mexicana fué en realidad el alzamiento de una clase pobre y numerosa contra una clase rica y reducida. Y como la riqueza del país era agrícola, se enderezó por fuerza contra los grandes terratenientes; por eso, también, la Reforma Agraria tomó en buena medida la forma simplista de una mera división o repartimiento de la riqueza grande de los pocos entre la pobreza de los muchos. La Revolución hizo después de su triunfo algunos esfuerzos —escasos, débiles y casi siempre necios— para justificar la Reforma Agraria con otras razones: jurídicas, económicas y aun técnico-agrícolas; pero aquélla que la hizo arrolladora fué una razón de la más pura prosapia cristiana: la de una patente injusticia social.

Por desgracia, hasta una medida que tiene su justificación en las mejores razones sociales y morales necesita, para perdurar, un éxito que la sustente, y en el caso de una actividad económica no hay otra vara para medir ese éxito que la de su lucratividad. Esta, a su vez, depende —como lo pregonan en vano los economistas— del buen uso de los factores de la producción. Ahora bien, la agricultura porfirista era flaca en dirección o iniciativa, puesto que concluyó por ser en buena medida una agricultura de ausentistas; era flaca también en cuanto a la tierra, por limitaciones naturales y de técnica; en cambio, era fuerte en cuanto a capital, porque, poco o mucho, todo el capital pertenecía al terrateniente; y era fuerte porque el trabajo, parco y un tanto rutinario, recibía salarios bajísimos.

Según este criterio —y es, por supuesto, el principal en el caso—, pudo afirmarse en un principio que la Reforma Agraria se justificaba socialmente al dar al campesino la justicia y la satisfacción de ser propietario; pero, a la larga, sólo podría

mantenerla el hecho reiterado de que la remuneración del trabajo del campesino-propietario fuera mayor que la del campesino-asalariado. Y para esto era necesario que la nueva agricultura resultara más lucrativa que la antigua; y para esto era menester, a su vez, un mejor empleo de los factores de la producción: se requería el que la dirección fuera más acertada, que surgiera un capital capaz de reemplazar con ventaja al del terrateniente, y que con capital y con técnica se superan algunas de las más serias limitaciones naturales que venían estrangulando a la agricultura mexicana.

El problema era de visión e iniciativa, de técnica, de consistencia y de honestidad, y en todo la Revolución estuvo muy por debajo de las exigencias. Careció de visión para abarcar el panorama de nuestra agricultura y sacar de ahí un orden estratégico de aplicación de la Reforma Agraria. Esta debió haber principiado en las zonas de los cultivos industriales (azúcar, café, algodón), los más avanzados y prósperos, y no —como ocurrió en la realidad— en las de los cereales, en la altiplanicie, porque ahí las condiciones naturales de suelo y de clima son decididamente desfavorables. Faltó iniciativa, pues la Revolución despertó muy tarde a la idea de que la Reforma Agraria no era simplemente un partir el latifundio y un dar los pedazos a los ejidatarios, como lo revela este hecho impresionante: la primera institución de crédito para la nueva agricultura y el ensayo inicial de reforma de la enseñanza agrícola son de 1925, es decir, posteriores en diez años a la primera ley agraria, la famosa del 6 de enero de 1915. Faltó técnica, porque no se apreció desde el principio el hecho obvio de que el mero cambio de titular del derecho de propiedad no podía operar el milagro de remunerar mejor un esfuerzo que se repetía exactamente en las mismas condiciones físicas, económicas y de técnica. No se hizo un esfuerzo serio para averiguar qué cambios de cultivos y de métodos podían sortear mejor las condiciones desfavorables en que siempre ha venido viviendo nuestra agricultura. Se dice, por ejemplo, que los genetistas rusos han desarrollado, partiendo justamente de variedades mexicanas, un híbrido de maíz que, al reducir el ciclo vegetativo de la planta, salva los peligros de las heladas tempranas y tardías, fenómeno tan frecuente en México. Pues bien, la falta de instituciones y de espíritu técnico ha ocasionado, no sólo que

el experimento sea de origen extranjero, sino que sus ventajas no se hayan comprobado y aplicado en México. Faltó también la suficiente constancia, el esfuerzo sostenido y penoso, único que pudo conducir a algún resultado palpable y duradero. Bastaría medir la constancia, no ya, digamos, en el oscuro trabajo de alguna estación experimental, trabajo que consiste sobre todo en acumular observaciones por años de años, sino en el caso burdo, pero más significativo, de las dotaciones de ejidos, y el ritmo con que se las ha ejecutado: se verá entonces que no hubo constancia, y, además, que las dotaciones no han sido dictadas por la prudencia ni la necesidad. Constancia, bajo la forma de congruencia o consistencia, también faltó: se dieron a los campesinos las tierras, pero no los medios de transformar los productos que de ellas sacaban. Los molinos de trigo, las descascaradoras de arroz, los ingenios de azúcar, las secadoras y tostadoras de café, las despepitadoras de algodón y los molinos de aceite, siguieron siendo propiedad de los antiguos dueños de la tierra, es decir, de los enemigos de los ejidatarios. No sólo, sino que muchas de las grandes empresas de la Revolución debieron haberse inspirado en la idea fija de que la Reforma Agraria debía tener éxito a todo trance: mucha parte de la obra educativa debió haberse hecho en torno a los ejidos; jamás construir carreteras con meros fines turísticos sin haber concluído antes cuantas necesitaran los ejidos para lograr sus fines económicos y sociales. Y así para los proyectos de riego, y para las obras de salubridad y asistencia social. En cuanto a la honestidad, ¿sería preciso hablar?

Con todo esto no quiere sostenerse que la Reforma Agraria no haya producido ningún resultado favorable, sino simplemente que su éxito no ha sido tan grande como para imponerse a la opinión de todos. La verdad es que se encuentra en la peor condición posible: ha sido lo bastante honda en su aspecto destructivo para concitar contra ella todo el odio y la saña de quienes la sufrieron y de quienes tienen intereses opuestos a los principios que la inspiraron; pero, en el aspecto constructivo, su éxito no ha sido lo bastante transparente para mantener inquebrantable la fe de quienes esperaban de ella una vida decididamente mejor para diez o doce millones de mexicanos.

La Revolución Mexicana fué más campesina que obrera en sus principios; pero como tuvo siempre un carácter popular, bien pronto hizo del obrero uno de sus sostenes más socorridos y, a su vez, concedió a éste personalidad y fuerza tales, que ya para 1917 se daba a la cuestión obrera, al artículo 123 de la Constitución revolucionaria, un rango igual al 27, en que se apoyarían nada menos que la propia reforma agraria, la política minera, en especial la petrolera, y, en general, todas las "modificaciones a la propiedad privada" que tanta alarma causaron a la burguesía mexicana y extranjera. La legislación del trabajo ha resultado con el tiempo más voluminosa y prolija que la propia legislación agraria, sin que la actividad y las proporciones de los tribunales encargados de aplicarla sean inferiores a los organismos administrativos exigidos por las leyes agrarias. El movimiento obrero llegó pronto a ser más sólido y fuerte que el agrarista. Y algunos de los gobernantes mexicanos hicieron ensayos "socialistas" en el campo obrero, no intentados con la misma amplitud en el agrícola: tal, por ejemplo, la administración obrera de los Ferrocarriles Nacionales y de los de Yucatán, la del ingenio de Zacatepec, la de varias explotaciones mineras y de algunas plantas industriales. En suma, la Revolución Mexicana acabó por ser, si se quiere, más obrerista que campesina; más urbana que rural. Concomitantemente, habrá pocas razones de malestar y desprestigio para la Revolución como las que le ha dado el movimiento obrero. ¿Por qué? Porque éste es, en el mejor de los casos, desorbitado y, en el peor, irresponsable, deshonesto, carente de visión superior y aun de gran iniciativa o de simple acometividad política. Pero esto, a su vez, tiene una explicación.

El movimiento obrero, como fuerza económica y política nueva, emergente, rompió en todas partes del mundo un equilibrio establecido, incurriendo por este solo hecho y de manera necesaria en el desagrado de los sectores sociales que representaban las viejas fuerzas, usufructuarias de la estabilidad que todo equilibrio supone. El Estado principió por empeñarse en mantener el equilibrio y, para eso, se opuso a la organización obrera. Cuando se convenció de que era vano su empeño y acabó, además, por descubrir que esa fuerza o podía hacerlo a él todopoderoso, o destruirlo, se planteó uno de los

problemas más graves de nuestros días; de hecho, el más grave. Y no tardaron en perfilarse las tres soluciones principales que al efecto se propusieron: el fascismo y el comunismo suprimieron a uno de los contendientes: el primero, al obrero; el segundo, al capitalista. La democracia, por su parte, se declaró ajena al conflicto, y anunció que su papel sería el de un mero *referee,* es decir, el de quien arbitra una lucha, pero no la evita o la extingue. Ideó para eso una legislación industrial que, con toda la mucha complicación que un abogado es capaz de introducir, no es distinta, en su concepción, en sus métodos y en sus fines, de las Reglas del Marqués de Queensberry, que presiden las peleas de box.

La Revolución Mexicana no tuvo el genio bastante para idear un sistema jurídico que, sin impedir el nacimiento y desarrollo espontáneo de los conflictos obreros, permitiera su eficaz solución en beneficio de los intereses superiores de la colectividad. No sólo, sino que, en su simple papel de *referee,* ha sido tan constante e innecesariamente parcial, que ha acabado por convertirse en el "montonero" que hace desaparecer todo el riesgo y la nobleza de la lucha entre dos rivales francos. La legislación obrera, toda ella, fué concebida para favorecer al trabajador. No podía ni debía ser de otra manera, pues, por definición, el obrero es el débil, frente al inmenso poder de la riqueza; pero, en la administración de esa legislación, los gobiernos revolucionarios, manteniendo la ficción del conciliador amigable o del arbitrador imparcial, se han inclinado casi sin excepción de parte del obrero, no importándoles cuán notoriamente injusta, o grotescamente pueril, fuera la causa concreta que en un momento dado defendía el obrero.

Los tribunales no sólo han fallado casi siempre en favor del obrero, sino que han condenado al patrón, creo que invariablemente, al pago de los salarios "caídos". Con ello se ha quitado al obrero la sensación de peligro, de azar o de aventura, que toda lucha comporta; y al patrón se le ha destruído la fe en la justicia, haciéndole concebir, en cambio, el rencor y el apetito de venganza.

El daño que se ha hecho en esa forma a la causa de los obreros —que por ser la mejor tiene un valor permanente—, es no sólo inmenso, sino en cierta forma irreparable. En primer término, ha creado a la causa una oposición tan enconada,

que hoy en día no tiene casi un defensor desinteresado y sincero: si se trata de capitalistas y reaccionarios, todos los males vienen de la fuerza desmedida e irresponsable de los obreros; si se trata de liberales honestos, no pueden defender la causa sin antes desear limpiarla de todas las excrecencias que ha producido una política gubernamental tan ciega. En segundo término, el gobierno ha desperdiciado todas las muchas oportunidades que ha tenido para ir creando en la organización obrera no sólo una conciencia y un sentido de responsabilidad propios, sino —lo que es tan importante— el sentimiento de la independencia o dependencia de los propios medios, y no de los ajenos. El movimiento obrero mexicano ha llegado a depender de un modo tan cabal de la protección y del apoyo oficiales, que se ha convertido en un mero apéndice del gobierno, al que sigue en todas sus vicisitudes, de grado o por fuerza. De hecho, es apenas instrumento gubernamental y no tiene otro papel que el de servir al gobierno de coro laudatorio. Este maridaje ha sido perjudicial a ambos cónyuges: al gobierno le ha impedido resolver problemas de tanta importancia para la economía general del país como el de los ferrocarriles y el del petróleo, problemas cuya solución, por otra parte, le hubiera dado un prestigio y una autoridad que tanto necesita; a la organización obrera, la ha envilecido y degradado y, lo que es peor, la ha condenado a desaparecer o a pulverizarse en el instante mismo en que no cuente con el beneplácito gubernamental, sin que pueda dejar otro recuerdo que el triste papel de bravucón oficial que en vida desempeñó.

Con todo, los logros de la Revolución Mexicana en la prosecución de sus tres metas mayores: libertad política, reforma agraria y organización obrera, no han sido ni parcos ni magros; habrían bastado para mantener por largo tiempo la autoridad moral de los gobiernos revolucionarios, si a los ojos de la nación los esfuerzos para conseguirlos hubieran tenido una probidad inmaculada. Lo humanamente imposible era conservar la fe en un gobernante mediocre que, por añadidura, resultaba un administrador deshonesto. Así, una general corrupción administrativa, ostentosa y agraviante, cobijada siempre bajo un manto de impunidad al que sólo puede aspirar la

más acrisolada virtud, ha dado al traste con todo el programa de la Revolución, con sus esfuerzos y con sus conquistas, al grado de que para el país ya importa poco saber cuál fué el programa inicial, qué esfuerzos se hicieron para lograrlo y si se consiguieron algunos resultados. La aspiración única de México es la renovación tajante, una verdadera purificación, que sólo se conseguirá a satisfacción con el fuego que arrase hasta la tierra misma en que creció tanto mal.

Debe convenirse en que la Revolución fué un movimiento violentísimo, cuya fuerza destructiva se ha ido olvidando. Exterminó a toda una generación de hombres y a grupos e instituciones enteras: acabó íntegramente con el ejército y con la burocracia porfiristas; concluyó con la clase más fuerte y más rica, la de los agricultores grandes y medianos, desapareciendo así toda la alta burguesía y gran parte de la pequeña; muchas de las mejores fuentes de riqueza nacional —los transportes, la industria azucarera, toda la ganadería, etc.— languidecieron hasta el borde mismo de la extinción; aun grandes grupos profesionales, los maestros universitarios, por ejemplo, vieron sus filas tan mermadas, que sus cuadros dejaron de existir propiamente. La Revolución Mexicana, en suma, creó un vacío de riqueza enorme y acabó con la jerarquía social y económica que antes existía.

Esa destrucción casi total de la riqueza nacional ha podido ser recibida por algunos con júbilo, y por otros como un feliz augurio de que México sería en adelante un país pobre, pero en el cual la riqueza estaría distribuída entre todos con equidad. En un momento de la vida revolucionaria del país pudo ser cierta la alentadora afirmación de que no había un solo millonario, y que grandes grupos sociales mejoraban su condición económica; pero la triste realidad social habría de imponerse bien pronto, ante la necesidad de recrear la riqueza destruída. Quizás ninguna carga mayor cayó sobre los hombros de la Revolución; por eso, resultó la más severa prueba de su rectitud, de su fortaleza y de su capacidad creadora. Y de esta gran prueba moral salió peor que de las otras: en lugar de que la nueva riqueza se distribuyera parejamente entre los núcleos más numerosos y más necesitados de ascender en la escala social, se consintió que cayera en manos de unos cuantos que, por supuesto, no tenían —ni podían tener— mérito especial alguno,

De ahí la sangrienta paradoja de que un gobierno que hacía ondear la bandera reivindicadora de un pueblo pobre, fuera el que creara, por la prevaricación, por el robo y el peculado, una nueva burguesía, alta y pequeña, que acabaría por arrastrar a la Revolución y al país, una vez más, por el precipicio de la desigualdad social y económica.

Al sobrevenir la Revolución, la anterior jerarquía desapareció, y ello contribuyó también a la deshonestidad universal; el remolino elevó hasta el cielo la hojarasca, y los individuos quisieron conservar para toda la vida los mil pesos de sueldo que súbitamente ganaron, hurtando un millón mientras el remolino duraba.

Y no ha sido causa menor de la deshonestidad gubernamental mexicana la enorme y honda inseguridad en que viven en este país todo hombre y toda mujer, en especial porque a la omnipotencia del Estado se agrega una arbitrariedad que tiene todos los signos de una maldición bíblica: víctima de ella, el mexicano cae y se levanta, y una y otra vez, a lo largo de toda su vida. Y el hombre que vive inseguro quiere protegerse, no importándole si para lograrlo viola una ley o archiva un precepto moral.

La deshonestidad administrativa de México tiene sus causas, apenas bosquejadas antes; ellas no quitan un adarme a su monstruosidad social, ni mucho menos reducen en nada los desvastadores efectos políticos que ha tenido, pues, como se dijo antes, ha sido la deshonestidad de los gobernantes revolucionarios, más que ninguna otra causa, la que ha tronchado la vida de la Revolución Mexicana.

En su ataque inicial al "antiguo régimen", la Revolución no hizo mención siquiera de los vicios que tenía la educación porfiriana. A pesar de estar amparada ésta con la monumental figura de don Justo Sierra, era muy vulnerable a la crítica: ya Antonio Caso, como Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, habían señalado, todavía en vida del régimen, las limitaciones de la filosofía superior en que se informaba. Pero no era ésa, ni con mucho, su falla principal: la educación superior, con todas sus debilidades, no era mala, ni para el país ni para la época; es más, tenía una seriedad y una dignidad que perdió pronto y que no

ha recobrado. En cambio, la escuela popular, la primaria y la rural, la técnica más necesaria, la agrícola, por ejemplo, eran limitadísimas en su número, en su inspiración y en su eficacia. En esto el porfirismo se retrataba de cuerpo entero: la acción educativa del gobierno se ejercía exclusivamente en la clase media de los grandes centros urbanos; el poblado pequeño, el campo, es decir, el país, no existían.

En 1921, José Vasconcelos personifica las aspiraciones educativas de la Revolución como ningún hombre llegó a encarnar, digamos, la Reforma Agraria o el movimiento obrero. En primer término, Vasconcelos era lo que se llama un "intelectual", es decir, un hombre de libros y de preocupaciones intelectuales; en segundo, era lo bastante maduro para haber advertido las fallas del porfirismo y lo bastante joven, no sólo para haberse rebelado contra él, sino para tener fe en el poder transformador de la educación; en tercero, Vasconcelos fué el único intelectual de primera fila en quien un régimen revolucionario tuvo confianza y a quien dió autoridad y medios de trabajar. Esa conjunción de circunstancias, tan insólita en nuestro país, produjo también resultados insólitos; tanto, que en México hubo entonces una como deslumbradora aurora boreal, nuncio de un verdadero, auténtico nuevo día. La educación no se entendió ya como una educación para una clase media urbana, sino en la forma única que en México puede entenderse: como una misión religiosa, apostólica, que se lanza y va a todos los rincones del país llevando la buena nueva de que México se levanta de su letargo, se yergue y camina. Entonces sí que hubo ambiente evangélico para enseñar a leer y a escribir al prójimo; entonces sí que se sentía, en el pecho y en el corazón de cada mexicano, que la acción educadora era tan apremiante y tan cristiana como dar de beber al sediento o de comer al hambriento. Entonces comenzaron las primeras grandes pinturas murales, monumentos que aspiraban a fijar por siglos las angustias del país, sus problemas y sus esperanzas. Entonces se tenía fe en el libro, y en el libro de calidades perennes; y los libros se imprimieron a millares, y a millares se obsequiaron. Fundar una biblioteca en un pueblo pequeño y apartado parecía tener tanta significación como levantar una iglesia y poner en su cúpula brillantes mosaicos, que anunciaran al caminante lejano la existencia de un hogar donde descansar

y recogerse. Entonces los festivales de música y danza populares no eran curiosidades para los ojos carnerunos del turista, sino para mexicanos, para nuestro estímulo y nuestro deleite. Entonces el teatro fué popular, de libre sátira política; pero, sobre todo, espejo de costumbres, de vicios y de virtudes.

Si Vasconcelos hubiera muerto en 1923, habría ganado la inmortalidad, pues su nombre se habría asociado indisolublemente a esa era de verdadero, grandioso renacimiento espiritual de México; pero Vasconcelos siguió viviendo, vive todavía, y Vasconcelos siguió personificando y personifica todavía las vicisitudes de la educación en México. Allá para 1923, Vasconcelos peleaba con sus mejores amigos y sostenes: con Antonio Caso y con Pedro Henríquez Ureña, con Lombardo Toledano y con Alfonso Caso; el lugar que ellos dejaron fué ocupado por bardos aduladores. Para 1924, el apóstol de la educación, el maestro de la juventud, el Quiroga, el Motolinía, el Las Casas del siglo XX, resultó un modesto pero ambicioso político, a quien tenía que arrastrar, ahogar y hacer desaparecer el torbellino político. Con ello, no sólo dejó trunca su obra, la más importante y urgente para el país, sino que desprestigió el nombre, la profesión y las intenciones del intelectual, al grado de que ningún otro volvió nunca a gozar de la fe y la confianza de la Revolución.

Vasconcelos se desterró del país, para fracasar, primero, como profesor universitario; para encerrarse largos años en Francia, en España, en Argentina, sin leer, sin estudiar, sin ver cosas, sin tratar ni conocer a nadie, enceguecido y obstinado, todo en un sacrificio estéril que ni a él ni al país podía aprovechar. Y ahí está, símbolo de las aspiraciones educativas de la Revolución: achacoso, desorbitado, arbitrario, inconsistente, convertido al catolicismo, tardía y vergonzantemente, para perder el respeto de los liberales y no ganar el de los católicos.

Se dirá que es injusto identificar la gloria y miseria de un hombre con la de una obra colectiva y, por ende, perdurable. En verdad que lo es, mas sólo en un sentido: la obra educativa de la Revolución no concluyó con la salida de Vasconcelos de su Ministerio, sino que el impulso duró quizás diez o doce años más; y durante ellos, extinta ya la tensión evangélica, se amplió, se pulió y se redondeó la obra en muchos y muy importantes

aspectos. Pero la trayectoria de la obra es idéntica a la de quien en su momento de gloria la personificó, porque ha terminado por ser caóticamente inconsistente, mucho más aparente que real y, sobre todo, porque fracasó en su anhelo de conquistar a la juventud; y hoy la juventud es reaccionaria y enemiga de la Revolución, justamente como Vasconcelos lo ha sido y lo es.

PARECE indudable que, si la situación actual de México ha de juzgarse con cierta severidad, la conclusión no puede ser otra: el país está en una crisis política y moral de grave trascendencia, y si no se la reconoce y admite, y si no se hace el mejor de los esfuerzos para remediarla, México caminará a la deriva, perdiendo un tiempo que un país tan retrasado en su evolución no puede perder; o se hundirá, para no rehacerse quizás con una personalidad propia. Quiere decirse que si México no se orienta pronto y firmemente, puede no tener otro camino que confiar su porvenir a Estados Unidos. Muchos de sus problemas se resolverían así; llegaría hasta a gozar de una prosperidad material antes desconocida; pero dejando de ser México en la justa medida en que su vida venga de fuera.

¿Qué podría hacer el país para reconquistar su camino, para alcanzar al mismo tiempo el progreso material y una mejor organización política, social, humana?

Una solución se ocurre casi en seguida: entregar el poder a las derechas. Puesto que las izquierdas se han gastado llevando su programa hasta donde pudieron, puesto que las izquierdas se han corrompido y no cuentan ya con la autoridad moral, ni siquiera política, necesarias para hacer un gobierno eficaz y grato, déjeseles el turno a las derechas, que no han dirigido el país desde 1910.

Cuesta un esfuerzo desgarrador no recomendar esta solución, siquiera sea desde el punto de vista bien simplista, de acuerdo, pero tan humano, de desear una purificación haciendo tabla rasa de todo cuanto existe. Y es indudable que las izquierdas tendrían que purificarse o morir. La organización obrera perdería, es verdad, su sustento y su mentor; pero se haría independiente; tendría que fortalecerse apretando sus filas, expulsando a los líderes venales, creando fondos de resistencia, conservando su fuerza para hacer uso de ella sólo en las causas

justas e importantes; y todos los obreros percibirían entonces, con la amarga experiencia cotidiana, que sus intereses son singulares, exclusiva o casi exclusivamente. No serían los obreros los únicos que debieran limpiarse y fortalecerse; también los campesinos, si bien cuentan con menores medios para hacerlo. Entre ellos hay también líderes deshonestos, también una sumisión al gobierno que linda con la vieja servidumbre de que esperaron liberarse; asimismo, mucho de la psicología de quien recibe sin merecer y sin esforzarse. Y por un proceso semejante tendrían que pasar los hombres liberales de México. Con las derechas en el poder, la mano velluda y macilenta de la iglesia se exhibiría desnuda, con toda su codicia de mando, con ese su incurable oscurantismo para ver los problemas del país y de sus hombres reales. La iglesia perseguiría a los liberales, los echaría de sus puestos, de sus cátedras; les negaría la educación a sus hijos; serían, en suma, víctimas prontas de un ostracismo general. Y los liberales sentirían también en toda su fuerza la persecución desatada de una prensa intolerante, incomprensiva, servidora ciega y devota de los intereses más transitorios y mezquinos. Y el rico se exhibiría entonces ya sin tapujos: ostentoso, altanero, déspota, ventrudo y cuajado de joyas y de pieles, como ya empieza a hacerlo. El liberal se sentiría sobrecogido, apocado, primero; después, lo inundaría la zozobra de quien no es ya dueño de su destino, para acabar por ser despreciado y perseguido. Y tendría que reaccionar, que reunirse con los suyos, que luchar en grupo y como militante. Así acabaría por imponerse la tarea que hoy ha abandonado: conducir al país juiciosamente, por caminos más despejados y limpios, reconquistando antes el poder en una lucha sin duda azarosa y dura, pero en la cual se templarían su cuerpo y su espíritu.

No hay sino dos consideraciones que impiden recomendar esa solución: sus peligros, desde luego; pero, sobre todo, el temor de que el país no obtuviera otro beneficio que el bien triste de convertirse en teatro de nuevas y estériles luchas. Porque, ¿México puede esperar algo de las derechas?

La derecha mexicana, como la de todo el mundo, no es la mano cordial; carece de la comprensión y de la generosidad de que tanto necesita nuestro desdichado país. Por añadidura, nada nos ofrece que sea nuevo o mejor de lo que ahora tenemos. Desde este punto de vista, México no podría encontrarse en

una situación ni más angustiosa ni más desesperada, pues no se encaminaría mejor acudiendo a la fórmula, después de todo tan simple, de cambiar de régimen y de signo político.

No pensemos ya en el sinarquismo, partido de una ramplonería mental propia sólo del desierto, ni en las derechas que proceden de disensiones entre facciones de la Revolución, sino en Acción Nacional. En primer lugar, me parece claro que Acción Nacional cuenta con dos fuentes únicas de sustentación: la iglesia católica y el desprestigio de los regímenes revolucionarios; pero la medida de la escasa fuerza final que tendría la da el hecho de que se alimenta mucho más de la segunda fuente que de la primera, a pesar de la tradicional generosidad nutricia de la iglesia católica para amamantar a todo partido retrógrado. Esto quiere decir que Acción Nacional se desplomaría al hacerse gobierno. ¿Tendría, llegado ese momento, algo más para vivir por sí misma y guiar al país? No cuenta ahora ni con principio ni con hombres y, en consecuencia, no podría improvisar ni los unos ni los otros. En sus ya largos años de vida, su escasa e intermitente actividad se ha gastado en una labor de denuncia; pero poco o nada ha dicho sobre cómo organizaría las instituciones del país. Creo recordar que alguna vez sostuvo que la "base" de la educación era la familia, lo cual quiere decir, o muy poco, o demasiado, y más bien lo primero que lo segundo. Y ¿quiénes son los hombres de Acción Nacional? Son los que en el porfirismo se llamaban personas *decentes,* lo cual quería decir, en la forma, una reminiscencia muy lejana del vestir inglés y, en el fondo, una mentalidad señoritil. Y, de nuevo, mucho del valor que hoy parecen tener esos hombres de Acción Nacional se deriva del desprestigio de los hombres de la Revolución. La prensa y la iglesia han hecho de Manuel Gómez Morín, el jefe de Acción Nacional, casi un santo, y de Vicente Lombardo Toledano, la figura mayor del movimiento obrero, casi un villano; pero Manuel Gómez Morín sabe, como nadie en este mundo, que él no es superior a Lombardo ni mental ni moralmente. El hecho de que muchos jóvenes votaran en favor de la candidatura del doctor Mario Torroella para senador del Distrito Federal, sólo puede tener la explicación de que votaban en contra de Fidel Velázquez, secretario de la Confederación de Trabajadores, pues carece de toda seriedad suponer que al

primero se le puede mirar, objetivamente, como mejor gobernante o legislador. México puede y debe tener, en suma, una fundada desconfianza hacia un partido, hacia todo partido que no haya sabido forjar en el ayuno de la oposición un programa claro, ahora sí que de acción nacional, y que no dé la reconfortante sensación de que la marcha es hacia un nuevo día y no hacia la noche, ya muerta y callada.

¿Qué remedio puede tener, entonces, la crisis de México? Se dijo desde un principio que la crisis era grave. Por una parte, la causa de la Revolución ha dejado ya de inspirar la fe que toda carta de navegación da para mantener en su puesto al piloto; a eso debe añadirse que los hombres de la Revolución han agotado su autoridad moral y política. Por otra parte, no es claro el fundamento en que podría fincarse la esperanza de que la redención venga de las derechas, por el espíritu mezquino y la impreparación de ellas.

El único rayo de esperanza —bien pálido y distante, por cierto— es que de la propia Revolución salga una reafirmación de principios y una depuración de hombres. Quizás no valga la pena especular sobre milagros; pero al menos me gustaría ser bien entendido: reafirmar quiere decir afirmar de nuevo, y depurar, en este caso, querría decir usar sólo de los hombres puros o limpios. Si no se reafirman los principios, sino que simplemente se los escamotea; si no se depuran los hombres, sino que simplemente se les adorna con vestidos o títulos, entonces no habrá en México autorregeneración, y, en consecuencia, la regeneración vendrá de fuera y el país perdería mucho de su existencia nacional y a un plazo no muy largo.

México, noviembre de 1946.

CIENCIA Y MAGIA DEL MEXICANO

Por *Jorge CARRION*

La Historia de México está llena de relatos que perduran en ella más por lo que tienen de valor psicológico que por la autenticidad de sus testimonios. Así nada importa, para la caracterización del estado de ánimo colectivo que sea fiel o no a la verdad histórica lo que se cuenta acerca de Moctezuma y el cometa que pone en su corazón sombríos presentimientos. Simple anécdota o severo hecho histórico, el tradicional relato tiene arraigo por su capacidad para sintetizar en imágenes precisas los rasgos psicológicos de una colectividad —la autóctona— en brusco contraste con las modalidades de otro grupo social —los españoles—.

Bajo el signo del miedo, base de la magia, se verifica la unión de las dos razas de las que nace el mexicano como nacionalidad y como nuevo complejo psicológico social. Conjunción de ciencia y magia; de la razón fría y ampliadora de horizontes del español y la afectividad reductora y apasionada del indígena; choque en fin —para decirlo con palabras semejantes a las de Alfonso Reyes— entre la frágil vasija de terracota, amorosamente moldeada, y el hierro forjado por tesoneros, voluntariosos golpes de martillo. Es natural que de tal unión de caracteres tan dispares saliera un producto enteramente diferente pero a través de cuyas expresiones se pueden identificar, ya alternados o bien en paradójicas asociaciones, los dos elementos antitéticos integradores de su unidad. Todavía es posible reconocer en el mexicano actual muchos de esos rasgos combinados en forma ambivalente y cualquier indagación de sus orígenes y procesos psicológicos ha de remontarse por fuerza a un esclarecimiento de las peculiaridades anímicas de conquistados y conquistadores.

Por el tiempo de la Conquista el indio vive la indecisa etapa que linda entre el pensamiento prelógico, mágico y el

pensamiento lógico, engendrador de la ciencia y sus aplicaciones técnicas. La magia en los pueblos primitivos es miedo a lo sobrenatural; es el turbio velo que ante los ojos de la razón interpone la carga afectiva con la que se miran los sucesos incomprensibles. Pero es a la vez, no obstante su finalidad distinta del desinteresado conocer científico, simiente primitiva de la ciencia y de la técnica. Porque la magia como la ciencia, encadena los acontecimientos en ordenadas sucesiones y trata de interpretarlos e influirlos sólo que de acuerdo con las alteraciones afectivas que a ese orden impone. Magia teórica, pues, y magia práctica son las bases sobre las cuales el pensamiento humano eleva posteriormente los edificios de la ciencia y la técnica.

El indio mexicano del siglo XVI, vive todavía en gran parte sumergido en el maravilloso mundo del pensamiento mágico. Es cierto que ya ha formado algunos conceptos religiosos y tiene ya dioses y sacerdotes que concilian y propician a éstos. Por ese tiempo también la ciencia y la técnica indígenas comienzan a separar sus campos de los de la magia. El concepto de lo sagrado y el pensamiento científico dan sin embargo todavía muy vacilantes pasos. Sus formas se mezclan de mil modos, con los ritos y exorcismos con los que se trata de influenciar a la naturaleza a partir de los pensamientos impregnados de afectividad que sustentan a la magia. Los dioses son utilizados no sólo en un sentido trascendente, avizor del más allá, sino con finalidades inmediatas, mágicas. Ellos hacen las lluvias, evitan las pestes, salvan las cosechas. Los sacerdotes no únicamente concilian y propician a los dioses, también son augures, hechiceros, médicos, magos en fin, que dúctiles a la influencia del pensamiento de sus pueblos se moldean a él para mejor conducirlo según los intereses de las castas a que pertenecen. Epoca vitalmente primitiva, las preocupaciones de quienes la pueblan permanecen aún atadas a los intereses de la conservación de la vida y de las cosas que a ésta atañen más directamente.

Con este primitivo vivir, inmerso en un mar de interpretaciones afectivas, de sobrevaloraciones del sentimiento —mar que es entraña y savia a la vez del pensamiento mágico—, se enfrenta de pronto un concepto en el que ya se han deslindado las diversas categorías del pensamiento humano; una

ciencia independiente cuyos errores son hijos del inevitable tentaleo con que avanza el hombre en ese campo; una técnica firme y en desarrollo ascendente continuo; una religión a la que sólo se pide auxilio para las contingencias humanas, en tanto que se cree que tal auxilio no es trascendente sino dado por añadidura.

Si se quisiera dar la dimensión aproximada del espacio psicológico que separa a las mentalidades indígena y española, en el momento de su encuentro, se podría poner como ejemplo un mismo acto religioso en ambos grupos: la comunión. Los indios, cercanos aún al pensamiento animista, comulgan con pequeñas porciones de los individuos sacrificados a sus dioses. Así creen apropiarse de las cualidades vitales del muerto, cualidades que, según el rumbo de su pensamiento mágico, están indisolublemente ligadas al cuerpo de aquél. Comulgan pues para asegurarse un nuevo poder sobre los sucesos sobrenaturales que llenan su corazón y su cabeza de pavor. El acto religioso indígena está contaminado de prácticas mágicas; no es sólo propiciamiento y conciliación de dioses —finalidad de lo sagrado—, a los que se es sumiso. Mucho menos es aseguramiento de una vida ultraterrena o de la salvación ulterior. Más que todo eso hay en su comunión el deseo surgido del miedo de interpretar y dominar el mundo circundante y su oscuro, afectivo misterio.

En cambio el español —lógico y católico— entra en comunión con el cuerpo y la sangre de Dios. Pero este cuerpo y esta sangre son meros símbolos, sublimaciones —pan y vino— y apenas encuentra en ellos traza alguna de origen mágico. Su comunión le asegura al español influencia sobre la vida trascendente, del más allá. De esta vida —de la del mundo real— responden ante el español sus enjaezados caballos, sus lanzas, sus arcabuces y el hierro de sus armaduras forjadas en los yunques y en las batallas de Europa.

Se ve, clara y recta, la trayectoria recorrida por el modo psicológico español y se evidencia así el largo tramo que media entre el mundo luminoso, pero mágicamente indiferenciado, en el que querían, pensaban y sentían los indios y la vida conceptual y ya rigurosamente lógica de los españoles. Y que nadie diga que el indígena primitivo al comulgar cometía canibalismo, porque el mismo absurdo sería pensar que los

sacerdotes católicos toman el vino y el pan ácimo con afanes alimenticios. Claro está que eso no impide considerar que pudo haber quien, entre los indios, se aficionara un tanto al gusto de la carne del prójimo, como de seguro acontece que entre los curas católicos alguno prolongue en demasía las libaciones del grato vino de consagrar.

Después de la Conquista el indio queda aprisionado en la cárcel —doblemente amurallada— de su derrota y de sus ensueños. Su voz ya no se expresa más en palabras; su querer tampoco se manifiesta más en actos. Silencioso e inmóvil, sólo se advierte su presencia en las voces con palabras de los criollos y los mestizos; en los actos de éstos, en los que se percibe un escondido impulso mágico que los desvía de los carriles occidentales, lógicos y religiosos. Es, con la Conquista, el retorno del indio al pensamiento mágico absoluto. Ante el Conquistador, pasado el pasmo inicial, opuso todos los recursos de su técnica incipiente. Ahora, con la derrota, se ha hecho mudo e inmóvil. Acepta la religión que se le impone porque ella le sirve de refugio. En las iglesias católicas —lujosas hasta cuando son humildes— esconde el indio su cuerpo esclavizado y mezcla sus ensueños mágicos con el humo del incienso. La atmósfera católica es adecuada para su fuga de la realidad, para su reacción de parálisis ante el trauma psicológico que la Conquista significa para él. Se convierte así el indio, por una extraña sedimentación, en el subconsciente de una sociedad; subconsciente silencioso en cuanto que no se expresa directamente por el lenguaje, ni por la acción, sino por el rumbo fatal que impone su sola presencia a las clases que representan su conciencia social: los criollos y los mestizos, sucesivos herederos del poder, la ciencia y la cultura occidentales.

Pero el mestizo no sólo siente lo indio por la presencia viva y muda del indio como subconsciente. En sus arterias el pulso tiene además el doble ritmo de la sangre indígena y la española. Por eso en él se hace más claro el conflicto mexicano entre la magia y la ciencia; entre el pensamiento lógico evolucionado y el pensamiento prelógico primitivo. Y no es eso todo. Otros factores condicionan su actitud ambivalente. Dice bien Fernando Benítez, al mestizo "se le engendra con violencia y sin alegría, con dolor viene al mundo", y dice bien porque sobre la justeza de sus palabras está suspendida

la intuición del complejo que anima al mestizo. Para éste, lo español es la fuerza, la autoridad, el orden, la ley, el dolor. Lo indio en cambio, es la pasividad, lo sumiso, lo tierno. Lo español, en fin, es para el mestizo lo viril, lo despóticamente paternal, mientras que lo indio es el claustro materno donde las penas no alcanzan a los hombres, claustro doblemente protector ya que el indio se ha refugiado entre los muros de su autismo, de su silencio, y de su miseria. Para el mestizo, para el mexicano, no tiene sentido la Madre España; para él España es el engendrador violento, el germen masculino móvil y activo, la autoridad, es el padre. Padre España y madre indio son los símbolos que se mezclan en el complejo psicológico del mestizo, del mexicano. Y así vemos la actitud de éste, escindirse por lo común en dos direcciones. El mismo mexicano, que un 16 de Septiembre, en medio del humo de los cohetes y los *cuetes* y envalentonado por los vapores del *cuete*. grita que viva México y mueran los gachupines, no sabe cómo injertar lo español en su árbol genealógico cuando alguien le pregunta sobre sus orígenes raciales. Y es el mismo mexicano, prieto, de hirsuta pelambrera, que apenas disimula su mestizaje bajo el overol y la grasa del camión en que cobra, el que llama indios con dejo de burla y desprecio a los campesinos que no saben ajustar sus movimientos campiranos al civilizado movimiento del automóvil.

Esta ambivalencia del mexicano —del indio, del mestizo, del criollo— encuentra clima y paisaje adecuado a lo ancho de nuestro territorio. Lo encuentra en los alucinantes desiertos del Norte o en las selvas densas y misteriosas de Veracruz y Tabasco; en los fecundos campos del Bajío o en la transparente atmósfera de la altiplanicie, donde los detalles adquieren proporciones de monumentalidad; en los insondables mares del Pacífico o en las verdes aguas del Golfo; por dondequiera que el mexicano vuelve sus ojos se acrecienta su asombro ante la naturaleza y parejamente crece su deseo de dominarla. Se dilata así su sentido mágico y se estimula también su afán técnico y científico. Los ríos de México parecen obedecer a fuerzas mágicas. No saben del sosiego, ni, cuando son caudalosos, de la mansedumbre. Se precipitan indómitos, inatajables, o corren raquíticos en anchos y desproporcionados lechos; inundan y devastan impetuosos los pueblos y las cosechas

de los hombres o se niegan, tercos, a regar los campos sembrados. Y así las lluvias; y así los vientos y así también las entrañas de nuestras tierras, unas veces munificentes en minerales y otras yermas y miserables.

Sólo el tiempo es en México dócil y manso. No tiene hitos y únicamente el día se diferencia de la noche. Sabemos de las estaciones por las hojas de los calendarios pero no por las de los árboles. Un día sucede a otro manifiestamente igual; y aun la noche cae dulcemente como si temiera alterar este ritmo parsimonioso del tiempo.

El mexicano se adapta a ese transcurrir temporal imperceptible. No siente el tiempo. No vive la necesidad de hacer hoy lo que puede hacer en un mañana idéntico y no es puntual porque ningún signo de la naturaleza le apremia a serlo. Por eso, y por la transparencia del aire, las distancias del mexicano se miden *tras lomita*. Tras lomita es la ecuación psicológica de un tiempo sin jalones y una perspectiva clara, libre de obstáculos.

Así evoluciona el mexicano desde la Conquista y dentro del paisaje entrañablemente vivido. Crece oscilante entre la interpretación afectiva, sentimental del mundo y el concepto lógico y científico recién adquirido. Como una noche es para él la Colonia y parte de la Independencia. Como una noche poblada de sueños, larga y sólo interrumpida por los sobresaltos de las imágenes muy vivaces de sus pesadillas. Pero mientras duerme se acomodan y estructuran en él los planos de su personalidad psicológica. Una lenta sedimentación ocurre en su alma y el inconsciente —el indio— recibe en su seno silencioso el tesoro de las protoimágenes y arquetipos que más tarde han de manifestarse en la psicología del mexicano contemporáneo.

Vigoroso inconsciente de lo indio que siempre ha dirigido los destinos de México. La Independencia, planeada por criollos, se inicia como un movimiento de adhesión a Fernando VII en sus apariencias conscientes. Pero debajo de esas apariencias, en pugna con ellas, está el inflexible designio de la voz de lo mexicano, callada hasta que encuentra resonancia y expresión en la palabra de Morelos —el mestizo—.

La Revolución no encuentra tampoco su símbolo en la afrancesada figura de Madero. Es Zapata quien lo encarna.

No Zapata el hombre histórico, sino ese otro, formado con la proyección de los deseos contenidos, de la miseria vivida, de los arquetipos inconscientes objetivados. Zapata, el hombre, sólo es el grano de arena en torno del cual el molusco popular fabrica la perla, la leyenda. Zapata, el de la leyenda, el que condensa las imágenes primitivas mágicas e inconscientes en una imagen proyectada consciente, ése es el símbolo de nuestra Revolución.

La Revolución Mexicana sirve de mortero y crisol a la psicología colectiva. En los campos de batalla se trituran y pulverizan las categorías sociales. En las ciudades, en el gobierno, se invierten los papeles: ahora, es el mestizo el que tiene el poder político. El, junto con el criollo, que todavía posee el poder económico, forma actualmente la conciencia de la colectividad mexicana. Entretanto, pegado a la tierra, encorvado en el surco o corriendo tras el arado, está el indio con su semillero inconsciente, generosamente abierto a todos los vientos. ¿Cómo se expresa ahora en el mexicano la ambivalencia de la razón y el sentimiento? ¿Cómo conviven en él la magia primitiva y la moderna ciencia?

Todavía es posible discernir en la vida moderna del mexicano ese reiterado juego entre el pensamiento lógico y los sentimientos mágicos. Algunos aspectos de esa vida pueden dar ejemplo de cómo se combinan actualmente en la psicología nuestra esos elementos. Se dice que el mexicano es religioso. Desde el punto de vista psicológico no lo es estrictamente. Igual que en los tiempos precortesianos, su religiosidad se encuentra contaminada de elementos mágicos. Cierto es que ahora no tiene ídolos espantables, pero ello se debe a que los santos que pone en el lugar de aquéllos, no son la proyección objetivada de sus terrores y sus sentimientos. Le han dado hechas las imágenes que adora y aunque las acepta tal cual son, las usa tal como las siente. Y no las usa ciertamente para asegurarse una vida ultraterrena, ni les implora en sus oraciones estereotipadas con miras a las cosas trascendentes. Estos santos cristianos, de afiligranada escultura e italianizante estilo, le sirven —como antes sus dioses indios— para desatar las lluvias, curar a los enfermos y alejar los peligros que le rodean.

En los pueblos donde predomina el indio, se acostumbra hacer ofrendas de alimentos a los santos. De esos alimentos participa el devoto. No es difícil encontrar en esta práctica el entronque con los antiguos sacrificios y todavía este tipo de comunión dista mucho de ser la comunión católica, puramente simbólica y religiosa.

Y luego, las rivalidades de santos. Las vírgenes regionales que se disputan el cetro de los milagros como los magos se disputan la supremacía en su oficio. Las imágenes, que puestas de cabeza, cumplen mejor los deseos, incluso los de índole amorosa. Y por hacer más grande la semejanza de sus actos religiosos con los ritos mágicos, el mexicano se cuelga del cuello medallas y escapularios que le protejan y ayuden. Cuando en época no muy lejana todavía, es fusilado un cura, se compran los restos de su camisa empapada en sangre como si fueran amuletos preciosos. Aunque, terrible ley de la oferta y la demanda, tal camisa de seguro, habrá sido la clásica de once varas, tan grande fué la cantidad de amuletos que de ella salieron.

Por si fuera poco todo ello, el mexicano no concibe la iglesia sin los cohetes. Dentro del recinto, el silencio, la niebla aromática del incienso, la atmósfera severa y mágica, conjuradora de maleficios. Afuera de él, el estallido de los cohetes y con cada estallido el grito primitivo y alegre, ya que con ese tronar se ha alejado un mal espíritu. Y no le falta razón psicológica al indio quemador de cohetes: un mal espíritu, un demonio, se ahuyenta cada vez que estalla un cohete y se expande su risa. En su afición a los cohetes, el indio simboliza un poco la presión de su alma comprimida entre el silencio y la miseria. Por el humo y el estruendo de cada uno de ellos, se escapa algo —un demonio— de esa presión.

Fuera también del perímetro mágico de la iglesia, las danzas engalanadas con la fiesta multicolor de las plumas. Las danzas que, desde siempre, han sido una de las formas más eficaces de influenciar los manes. Danzas en las que cada participante es a la vez hechicero y bailador.

Simultáneamente con este pensamiento semimágico, crece en México el pensamiento de la ciencia y de la técnica. Ambos, sin embargo, muestran sus características mexicanas. En esta última, en la técnica, por ser más tangibles sus productos, se

evidencia mejor la huella de lo mexicano. Al modo como esos tristes niños de ciudad, encerrados entre cuatro paredes, que sólo desarrollan la agilidad de sus dedos y son torpes en su psicomotilidad general, así la técnica mexicana adquiere modalidades micromaníacas, tendencias a lo pequeño. Reducido durante siglos a los más bajos oficios, encerrado en las cuatro paredes de su autismo defensivo, el mexicano sabe usar sus manos en labores minúsculas y preciosas. Viste pulgas y amuebla nueces con tanto primor como micromanía despliega en ello. Hace miniaturas de toda clase y es tan laborioso en este empeño que acaso la única industria mexicana que ha trascendido internacionalmente es la micromaníaca industria de los *mexican curios.* Un reflejo de esta tendencia a lo minúsculo se advierte en la vida mexicana. Las viejas casonas españolas ceden paso a las empequeñecidas casas, como nueces, incluso en los lugares en donde no cabe alegar lo reducido del espacio. Los rascacielos de México tienen siempre una apastelada apariencia de maquetas enormes.

En su lenguaje —y éste es el más fiel testimonio psicológico— el mexicano da escape a esta su tendencia micromaníaca. Usa y abusa del diminutivo y lo alterna con las mayores procacidades, como si inconscientemente quisiera compensar el empalagoso chiqueo del diminutivo con la falsa virilidad de las crudas expresiones de raigambre sexual. Idioma aprendido, ajeno al hombre y a la geografía y a las primitivas imágenes del inconsciente primitivo, no se ajusta todavía el español correctamente al pensamiento mexicano que trata de destrozar. Por eso nuestro lenguaje es un tanto incoherente, fragmentario, inconexo. Es la voz de la conciencia todavía muy distante del inconsciente. Los silencios, las contradicciones, las sugerencias, adquieren en ella mayor valor de comunicación que la expresión oral directa.

Por el camino del lenguaje es por donde mejor se atisba el espacio que en el mexicano separa lo consciente de lo subconsciente. El europeo, cuya evolución se ha hecho paulatina, evolutivamente, armoniza por eso un desarrollo parejo de su conciencia y su mundo inconsciente. No hay en él bruscos contrastes entre uno y otro porque en resumidas cuentas uno ha nacido del otro y juntos han crecido en cada individuo. De seguro el europeo se halla en contacto permanente con la incons-

ciencia, pero es ese contacto el que lo mantiene atado a una tradición formada a través de los siglos. Así, Jung atribuye a ese contacto del europeo con el inconsciente que lo sujeta a su tierra, ciertas desventajas que lo hacen tardo y pesado en lo que respecta al "afán progresista y a otras inquietudes deseables".

Otra cosa ocurre con el norteamericano. Usurpador de una tierra y hasta de un gentilicio, ha conservado un nivel europeo, "pero no ha podido impedir que las almas de sus enemigos muertos, los indios, se hicieran las suyas". El inconsciente del conquistador de la tierra virgen y desembarazada de indios desciende así al nivel de lo autóctono. Esto explica la diferencia entre la altura cultural consciente del norteamericano y la inmediata primitividad inconsciente. Jung atribuye a este desnivel una significación de potencial psíquico que proporciona al americano su espíritu de empresa a prueba de todo y su entusiasmo envidiable, desconocido en Europa.

Nada de eso sucede en México. El suelo que aquí se apropiaron los europeos, estaba poblado no solamente por los manes de los antepasados que según los primitivos australianos encarnan en las generaciones advenedizas. Junto con esos manes, encuentran los españoles cuerpos y almas indios organizados ya en un núcleo coherente y social. No sólo hay, pues, en el mexicano, desnivel entre la cultura consciente y lo inconsciente primitivo, sino que también hay pugna, existe conflicto entre ambas instancias. El potencial psíquico que resulta del desnivel entre nuestra conciencia cultural y nuestra inconsciencia mágica no puede aquí derivarse por el cauce del entusiasmo y el espíritu de empresa que caracteriza al norteamericano. Todo conflicto anímico, sea individual o colectivo, de la índole del esbozado, ha de traer consecuentemente síntomas neuróticos. Nuestro modo psicológico mexicano está lleno de ellos. Ya se han mencionado entre esos síntomas la micromanía empequeñecedora, el amuletismo religioso. Se ha hablado también, por bocas autorizadas, de los síntomas de inferioridad que exhibe el peladito: procacidad, fanfarronería, machismo, etc. No se puede pensar que ello demuestre un complejo de inferioridad. Todo lo más, son esos síntomas expresiones de los lugares de menor resistencia por donde se hace manifiesta, en nuestra estructura colectiva, la lucha en que tratan de integrarse definitivamente, los diversos planos de ella.

Dice Adler que ser hombre es sentirse inferior y a partir de ese sentimiento superar las adversas circunstancias humanas. Anegados de sentimiento, poseídos de las sobrevaloraciones afectivas en las que nace la magia, los mexicanos, a veces, no podemos superar nuestras circunstancias y nos entregamos a la cómoda tarea de hacer consciente en forma de amuletos y *mexican curios,* nuestro impulso mágico. Solamente cuando los medios expresivos son adecuados a la carga sentimental de nuestro inconsciente igualamos las dimensiones de la grandeza de nuestros antepasados. Los artistas mexicanos —los pintores sobre todo— ya han demostrado que es posible superar ese al parecer insalvable conflicto. Porque en la expresión artística, en la poética, precisamente, lo que se requiere es la traducción a formas comunicables de los símbolos, de los arquetipos, que yacen —latentes pero vivos— en el pozo de la inconsciencia colectiva. Los artistas mexicanos, los poetas, los escultores, los pintores, tienen en este sentido una rica veta que explotar y en ellos no es impedimento la ambivalencia de su carácter mágico y lógico, ya que de la unión de estas antítesis surgen las mejores obras en el campo del arte.

Un signo claro del sentido mágico de nuestra actitud lo da el modo de comportarse del pueblo ante los políticos que ostentan el poder. Estos, en México, son verdaderos magos, hechiceros que lo mismo conjuran inflaciones que resuelven problemas pedagógicos o de derecho internacional. El político mexicano ha sido siempre el mago alerta que capta los rumbos inconscientes del pueblo y así puede conducir mejor a éste por los caminos de su conveniencia particular. Al vigoroso impulso de aquel inconsciente se debe el que la política, a la larga se pliegue a las realidades del pueblo y no a los intereses de los políticos. Pero el mexicano, ante éstos, exhibe una vez más su forma ambivalente de expresión. Directamente hostiliza sólo a los magos menores, a los que rodean al Presidente. Los periódicos mexicanos atacan con libertad rayana en el libertinaje a los Secretarios y a quienes de allí para abajo forman la corte de magos menores. El Presidente, en cambio, es tabú, es intocable. Para él, los elogios escritos, las alusiones a su ponderación, las disculpas de sus actos argumentadas en las acciones de los que le rodean. Las críticas sólo alcanzan a los Presidentes en ejercicio, bajo la forma del chiste oral, comunicado de

oído a oído. Forma muy semejante a la del vestir pulgas, solamente que ahora estas pulgas pican y se adornan con las galas del ingenio.

Ambivalencia fecunda del mexicano que no teme a la muerte. Que la hace un juguete gracioso o una azucarada golosina. ¿Cómo no asombrarse, allá por noviembre, de la persistencia de costumbres mágicas indias que inducen a nuestros compatriotas a ofrecer a sus muertos, a sus huesos, el mismo alimento que ellos toman? Y junto a estos puros símbolos, un auténtico desprecio por la vida de los demás. El machismo, cáscara amarga que cubre un raudal de sentimientos pronto a saltar, no retrocede ante nada. Siega vidas con el mismo primitivismo y la misma aparente serenidad con la que los sacerdotes aztecas inmolaban a sus víctimas. Detrás de él, detrás del jalisciense machismo mexicano, como detrás de los sacrificios aztecas, se esconde el temor, la inseguridad ante un medio que aparece incomprensible y misterioso, insuperable. Este nuevo medio que ahora asusta al mexicano primitivo, al mexicano neurótico: el miedo de la cultura y la ciencia europeas, oscuro y misterioso para él como para el indio precortesiano lo era la vasta y enigmática naturaleza.

Donde mejor resalta esta antinomia mexicana, que podría resumirse en la fórmula precio y desprecio de la vida, es en los barrios populares. Allí parece que se encuentran unidos, como por centrifugación, todos los elementos de ella. Este apartado mundo —tan cerca de los ojos lo tenemos— de los barrios populares, está lleno de sugerencias. Para captarlas mejor, es necesario sin embargo, hacer a un lado remilgos olfativos y visuales, permeabilizar en cambio, los sentidos del alma. Parece como si en estos lugares, todo adquiriera nuevo, más alto valor. La fruta verde —casi flor todavía— o la fruta podrida —casi tierra ya—, encuentra aquí oferta y demanda en la miserable cotización del centavo. Pedazos de espejo —fragmentos de siete años de mala suerte—, imperdibles que al fin han fijado el signo de su nombre, botones, tornillos oxidados, todo es revalorado por la miseria de estos hombres. Todo es vendible allí, expuesto en heterogéneos rimeros, sin otra jerarquía que la de un ciego, fatal instinto estético. Instinto que ordena las manzanas, cuyo olor denuncia podredumbre, de modo que sólo muestren la parte sana, sonrosada de su piel. Instinto que co-

loca los pequeños pedazos de espejo y las pobres chucherías coloradas, al modo de constelaciones sobre el cielo sucio y polvoriento de los periódicos que le sirven de mostrador. Contenidas por la presión de la lucha por una vida de tan alto precio, las fuerzas destructivas de estos hombres se manifiestan en el desprecio a la muerte. La vida no tiene para ellos valor, tiene precio. Cuesta mucho sostenerla y vale poco porque es una vida en la que no hay tiempo para alegrías ni holganzas. La muerte en cambio, nada cuesta, no tiene precio y quizá inconscientemente se sabe que es valiosa, que buscarla es como acudir al refugio del seno materno donde los hombres no son alcanzados por las penas. Este equilibrio inestable, entre el precio de la vida y el desprecio de la muerte, no se expresa solamente en el matonismo primitivo y en el machismo provocador y pendenciero. Se significa también en las formas más altas de convivencia, pero en este caso, claro, atenuado y a la manera de símbolos. Esto se ha evidenciado más con la ineludible necesidad de los centros urbanos de colectivizar las viviendas. Apenas hay mexicano que se inhiba de hacer su santa voluntad por respeto al vecino. Sus ruidos están condicionados al cansancio de su propia persona, no a las exigencias del convivir. Cuando usa objetos de propiedad común, nada le importa destruirlos o dejarlos inutilizables para los demás. Y aprovecha la excusada soledad de los lugares donde hace su catarsis fisiológica, para hacer simultáneamente la catarsis psíquica de sus elementos agresivos, insultando a quienes le suceden en el uso de aquéllos. En las paredes de tales lugares está escrito un tratado de psicopatología social.

No existe todavía el sentido de comunidad en el mexicano. El sólo se une en masas homogéneas, solidarias, en dos ocasiones: cuando asiste a los actos religiosos o cuando concurre a las corridas de toros. En los primeros, los mexicanos se sienten unidos por su inconsciente pensamiento mágico. Los vincula entonces un pasajero retorno a la vida mágica, plena de sobrevaloraciones afectivas; los identifica la mezcla de religiosidad y magia que hacen de su religión. En la plaza de toros los reúne un común instinto agresivo que se simboliza y diluye en el peligroso juego del toreo. Así, cuando este los defrauda y el peligro en que estuvo no se hace notorio, el público toma el lugar del toro y trata de herir al torero.

Curiosa posición del mexicano ante la fiesta de los toros. Como producto de la proyección de los sentimientos y los arquetipos del español, son los toros el símbolo de éste. En el toreo, el toro es lo masculino, lo móvil, lo impetuoso, lo severo. El torero, adornado, incitante e inmóvil, representa más bien lo femenino. Incluso este último engaña a aquél y no en balde el toro exhibe los córneos atributos de la virilidad burlada.

En el sentido simbólico pues, el toreo corresponde como figura arcaica con la imagen inconsciente que el mexicano guarda del español, del padre, engendrador violento del mestizo. Por eso el toreo condensa en México los dobles senderos por donde marcha el mexicano, con su actitud sentimental exaltada y mágica, y los todavía estrechos caminos del pensamiento lógico y ordenador. Afortunadamente ya el mestizo —puente tendido entre ambos caminos— empieza a ser consciente del apremio de unir los senderos del sentimiento, de la magia, con los del pensamiento lógico, para formar así el ancho cauce de la nacionalidad mexicana.*

---

* Conferencia del ciclo de la Sociedad Mexicana de Estudios y Lecturas pronunciada en el Palacio de Bellas Artes el 24 de Enero de 1947.

EN EL V ANIVERSARIO DE CUADERNOS AMERICANOS*

Mis palabras, esta noche, son el testimonio del reconocimiento y de las esperanzas que los hombres y las fuerzas mejores de Iberoamérica tienen puestos en la Revista, cuyo venturoso primer lustro nos congrega. Reconocimiento hacia la no sólo mantenida con rigor, sino superada e indisputable excelencia de CUADERNOS AMERICANOS, que a muchos parece cosa de milagro en la normalidad azarosa que nos es peculiar; sí: milagro de tenacidad, y de fe, y de ímpetu admirablemente renovado de jornada en jornada. Con tan obvio reconocimiento se aúna el general homenaje al espíritu recio e insobornable que anima en las páginas de los CUADERNOS, desde la primera hasta la última: intacto espíritu de limpia justicia y de libertad, generoso, abierto a toda noble resonancia, implacable contra las formas y los disfraces múltiples de la detentación, lo mismo en el campo de la realidad moral y política, o en el del pensamiento y el arte.

Las fuerzas y los hombres mejores de Iberoamérica fundan sus esperanzas en el acatamiento de ese espíritu, hecho presencia continental en cada entrega de la revista, pues hallan plena coincidencia con el diseño secular del Nuevo Mundo.

Resumir aquellas esperanzas es traer a cuenta los problemas de Iberoamérica; el primero, la distancia que separa el ideal de la realidad iberoamericanos. Elementos encontrados luchan entre ambos extremos, y hay circunstancias en las que parece perdido el ideal de una comunidad forjada por uno y el mismo espíritu; movimientos políticos en que laten apetitos de tiranía o egoísmos nacionalistas mañosamente desmesurados por agitaciones demagógicas, levantan fronteras ya no entre países inmediatos, sino entre regiones y grupos sociales del propio país; las fuerzas del retroceso concurren a sembrar la desconfianza, suscitando los fantasmas que no por conocidos han perdido eficacia; el imperialismo económico juega con los destinos

* Palabras pronunciadas en el banquete que, para celebrar el quinto aniversario de la aparición de CUADERNOS AMERICANOS, se efectuó el 9 de enero del año en curso.

nacionales y alcanza excesos repugnantes; incrementada con artificios e ineptitudes la proporción de los problemas del vivir cotidiano, las gentes pierden la perspectiva de los grandes motivos de la vida, los pueblos hallan distracción en mezquinos tópicos locales, en cortinas de humo tendidas por ocultos intereses; la lectura de los periódicos basta para convencer acerca de cuán sistemático es el cultivo de la miopía moral, tanto como el de la desconfianza y el de la división; tiranía, demagogia e inepcia quieren subordinar o acallar las voces que recuerdan a Iberoamérica la "memoria perdida de su origen primero, esclarecida"; les enfrontan la salmodia de un hispanismo antípoda del profesado por los padres y maestros del Nuevo Mundo, desde la Reina Isabel, Vitoria y Las Casas, predicadores de la dignidad humana fundada en justicia y libertad, hasta Bolívar y Martí.

Se debaten contra estas fuerzas de innegables efectos los defensores del ideal iberoamericano, identificado en la hora de ahora con el programa de la democracia genuina y bajo banderas progresistas; la lucha logra perfiles heroicos en algunos sitios y en otros linda con las asperezas del martirio; es hora de tribulación para los buenos, que sufren o el ruido de diatribas y persecuciones, o el silencio de ámbitos confinados y de consignas ominosas; pero es lo más grave la dispersión, el mutuo desconocimiento de los hombres empeñados contra el mal en los distintos países. Y esto es lo primero que esperan de CUADERNOS AMERICANOS: que prosiga y afirme su tarea de vincular a los amigos del Continente, que se convierta en el pasaporte de la fraternidad iberoamericana, en el sembrador de la inteligencia y confianza comunes, en la nueva casa de contratación para el libre intercambio de valores, ideas y personas, para el ajuste de la realidad con el ideal; que sea la casa donde hallen refugio los perseguidos, y expresión todo noble impulso: el baluarte decisivo de nuestra democracia, esto es, del nuevo humanismo que CUADERNOS enarboló desde su primer número como suprema insignia. Sí, ello implica una definición política, que discutida en las páginas mismas de la Revista y en el convivio del año anterior, constituye sin embargo el acento característico y mejor de CUADERNOS, hábilmente ahondado en sus ilustraciones gráficas. El miedo, el desprecio por la política es una de las causas mayores de los males iberoamericanos: la auténtica política, la de los ideales y las visiones generosas, la política de la justicia deja libre sitio a la política de los apetitos, de los campanarios, del nacionalismo estrecho, siniestro, fratricida.

Nuestros amigos del sur esto también esperan; que CUADERNOS robustezca su orientación política continental, sin reticencias con ese alto y preciso timbre que tantas veces ha conmovido a unos y despertado a otros de los espíritus más selectos así del Perú como de Argentina, de Guatemala y de Chile.

Consumado concierto de voces representativas de América, nuestros amigos —en fin— esperan que una mayor difusión de CUADERNOS remueva la conciencia de los remisos, prenda fervor en los jóvenes y sume voluntades a la empresa de una comunidad que rebase fronteras e intereses, por tal modo que lo que hoy sigue siendo un diseño ideal, quizá sólo palabras de apostólica sinceridad en unos, o de convencionalismo hueco en otros, culto apasionado en aquéllos y farsa calculada en éstos: el ideal y la palabra de Iberoamérica, el culto de los próceres del iberoamericanismo, se convierta en realidad y sea el nuestro un Mundo Nuevo estrechamente unido por el imperio de la justicia y de la libertad, el Nuevo Mundo de la emoción humana, entrevisto por Séneca como la Ultima Tule, defendido por Fray Bartolomé de Las Casas como sitio del paraíso y en vías de realización por el esfuerzo de Bolívar.

Y como todas estas esperanzas de que doy testimonio coinciden plenamente con los propósitos de CUADERNOS AMERICANOS, y como ni los animadores ni los amigos próximos o lejanos de esta ya no sólo Revista, sino institución continental, no juzgamos vana la tarea de arar en el mar, ni fiamos nuestro contento al éxito inmediato, he respondido de que, con el común empeño, CUADERNOS AMERICANOS cumplirá la misión en que fué bautizado y en que lo confirma el reconocimiento unánime de su categoría excepcional. La promesa de los presentes y de los ausentes para esta colaboración sea el fruto de nuestra convivialidad, a la que finalmente quiero traer algunas de las más vivas, de las más patéticas imágenes y voces recogidas en mis andanzas por tierras de América: la imagen miseranda de los parias de Haití, de Trinidad y de Bolivia, que parecen haber dejado toda esperanza de redención; la voz de los ecuatorianos progresistas que resisten ahora la confabulación cebada contra la ilustre Casa de la Cultura en aquel país; y las voces de los hombres libres de la Argentina, principalmente las de los universitarios, entre los que se cuentan muchos insignes colaboradores y amigos nuestros, víctimas de atropellos cuyo desenfreno parece, a distancia, inverosímil en nación de tan cuantiosa densidad cultural; durante mi permanencia en aquella República no hubo día en que los periódicos dejaran de insertar extensas listas de profesores, investigadores, técnicos y empleados que sin jui-

cio ni explicación recibían cese tras largos y meritorios años de labor, así en universidades como en escuelas primarias, en bibliotecas, hospitales, institutos científicos y oficinas públicas; la autoridad del rector en las universidades ha sido suplantada por la presencia de interventores, que sin formalismo alguno dictan escandalosos acuerdos, lo mismo para despedir a los mayores prestigios del país, culpables de parecer sospechosos de desafecto al régimen, como para suplirlos con individuos de reconocida ineptitud o con gentes improvisadas o anónimas en absoluto.

Cumplida la tradición sustancial de conjugar en CUADERNOS y en estas reuniones la voz del destierro español, hoy en labios de un Embajador del Gobierno Republicano. el admirado y querido maestro don Manuel Pedroso, dilatemos el pensamiento y el afecto hacia aquellos perseguidos, que reclaman y a quienes debemos ardiente solidaridad. En CUADERNOS AMERICANOS ven la casa familiar de los desterrados, de los perseguidos por la injusticia. No se equivocan. Tal es el blasón en que todos hallamos honra y que obliga a nuestra hidalguía a no contentarnos con actitudes inocuas, como no nos hemos contentado en el caso español; recursos tenemos para operar ejecutivamente, ya encauzando la opinión general, o abriendo caminos nuevos y brindando asilo a las inteligencias desterradas, o promoviendo distintas otras formas de ayuda a la resistencia contra las perduraciones totalitarias en América.

La decisión colectiva y la de cada uno de nosotros para hacer algo, desde luego, en alivio de aquella situación, será obrar con fidelidad a la trayectoria de CUADERNOS AMERICANOS y el homenaje adecuado en este fasto aniversario de su primera salida por los campos del Nuevo Mundo.

Agustín YAÑEZ.

JUVENTUD DE AMERICA

UNA nueva laya de tristes profetas vuelcan su bienintencionada amargura en proclamas vetustas: América no es el continente joven; sin contar los años de vida precolombina, su actual estructura social y cultural es tan vieja como Europa, de la que es balance y continuación, tan exhausta y tan llena de obligaciones e imperativos como ella.

Contra esta actitud reciente, la herencia romántica se subleva: somos nuevos, distintos; un nuevo paisaje, un nuevo medio geográfico e histórico induce a descubrir el mundo desde esta perspectiva inexplorada. Gregorio Bermann, escritor argentino, se incluye en esta segunda posición.[1] Luchador del movimiento de Reforma Universitaria, soldado de la lucha democrática, en toda ocasión propicia renueva su fe en la postura que mejor parece convenirnos: no el pesimismo de un mundo desfalleciente, sino la energía dinámica que aun no halla puerta de escape.

Su reciente libro *Juventud de América* es una exposición y justifijación de sus ideales. La Reforma Universitaria es abarcada en todos sus aspectos —histórico, político, ideológico, psicológico, sociológico—, encuadrándola en el panorama mundial y vinculándola a las fuerzas económicas que la originaron y favorecieron.

En el mundo indeciso que vivimos, cuando ninguna voz parece señalar caminos firmes, cuando los maestros han agotado sus mensajes y los discípulos aun no se atreven a superarlos, lecturas como ésta, de revisión y crítica, son el mejor material, tanto para apuntar a nuestra época sus saldos favorables o contrarios, cuanto para decidir una acción que está ya exigiendo las fuerzas grandes o menguadas que podamos consagrarle.

I.—El mundo de los jóvenes

SI comparamos la vida política o intelectual de América con la de Europa, el primer rasgo que llama la atención es el predominio de los

1. GREGORIO BERMANN: *Juventud de América.* Sentido histórico de los movimientos juveniles. Ediciones Cuadernos Americanos No. 11. México, 1946.

ancianos en ésta y la hegemonía de los jóvenes en aquélla. Para afianzar el poder o la gloria, en el Viejo Mundo ha de haberse pasado por las experiencias de una existencia llena de contratiempos y desilusiones. Cuando comienza a negarse la vida física y la tranquilidad espiritual se agrega a la plenitud intelectual, es el momento en el que pueden confiarse a un hombre los destinos de la nación o del pensamiento.

En nuestro hemisferio, por el contrario, la ebullición vital coincide con las posibilidades de acción constructiva. Especialmente en Latinoamérica, un político brilla en los círculos del poder cuando sus reservas físicas están intactas, un escritor es reconocido antes de llegar "a mitad del camino de la vida".

Pero la juventud de América no está solamente en esta superficie actuante. Tierra de conquista todavía, inédita o virgen en buena parte, el crecimiento lento y contradictorio de los países mestizos donde culturas y sangres buscan ciegamente la síntesis que las supere, o el crecimiento brioso, impresionante y engañoso de los Estados Unidos, son síntomas de inmaturez promisoria. Aun tenemos por hacer un mundo; y la magnitud de lo que nos espera, la medida exacta de su dificultad y nuestra pequeñez, han de ser los mejores incentivos para comenzar a construirlo.

II.—La Reforma Universitaria

ALGUIEN nos ha precedido ya en el trabajo. Un día del año de 1918, en Córdoba (Arg.), amaneció derrumbada y rota la estatua del viejo fraile que fundó la Universidad de la provincia. Al reclamo por el anónimo desacato respondieron los estudiantes con el planteamiento preciso de un problema del que el fraile ofendido no era culpable, pero que su destrucción simbolizaba: la Reforma Universitaria.

"Hombres de una República libre —dijeron—, acabamos de romper la última cadena que, en pleno siglo XX, nos ataba a la antigua dominación monárquica y monástica. Creemos no equivocarnos, las resonancias del corazón nos lo advierten: estamos pisando sobre una revolución, estamos viviendo una hora americana".

De entonces a hoy, las dos palabras, dotadas de mágico brillo, han iluminado muchas conciencias juveniles con su sentido preñado de inquietudes: Reforma Universitaria significó muchas cosas, algunas ajenas al problema educacional, otras íntimamente ligadas a los

intereses de la cultura. En cada país, en cada Universidad las dos palabras que la fama consagró se tiñeron de angustias locales, fueron cristalización de necesidades particulares.

En tres pueden resumirse los ideales escolares que principalmente alentaron la Reforma Universitaria: Autonomía de la Universidad, Libertad de Cátedra y participación de los estudiantes en el gobierno universitario. Accesoriamente se registran libertad de asociación, provisión de cátedras por concurso, rebaja de aranceles o gratuidad de enseñanza, y extensión social. Estas fueron siempre las propuestas concretas e inmediatas que hicieron los estudiantes y profesores reformistas; pero no a ellas se reduce el movimiento, que en verdad tenía un contenido más profundo.

El triple lema reformista estaba ínsito o expreso en las resoluciones de todos los Congresos juveniles interamericanos: el Primer Congreso Internacional de Estudiantes Americanos (Montevideo, 1908), el Segundo Congreso Americano de Estudiantes (Buenos Aires, 1910), el Tercer Congreso de Estudiantes Americanos (Lima, 1912), el Primer Congreso Internacional de Estudiantes (México), 1921, el Primer Congreso Iberoamericano de Estudiantes (México, 1930-31), el Segundo Congreso Iberoamericano de Estudiantes (Costa Rica, 1933), y el Congreso Anti-imperialista de Estudiantes (Guadalajara, Méx., 1936).

Pero no fué sino hasta el Primer Congreso Latinoamericano de Estudiantes (Santiago de Chile, 1937) cuando le fué reconocida a la Reforma su verdadero valor al demostrar que "no puede haber Reforma Universitaria sin Reforma política, social y económica en Indoamérica".[2] Esta tesis ha sido indirectamente corroborada por las resoluciones, eminentemente sociales antes que universitarias, de la Conferencia Continental de la Juventud por la Victoria (México, 1943) y el desapacible Congreso de Estudiantes Americanos (Santiago de Chile, 1943).

En efecto, el movimiento Reformista aspiraba a algo más que a la Autonomía Universitaria, a la Libertad de Cátedra y a la participación estudiantil en el gobierno universitario: aspiraba a reformar la conciencia política y la realidad social de Latinoamérica. Deseaba en el fondo la fecunda Revolución Social que desbrozara la selva de injusticias que en nuestros territorios obscurece la libertad consagrada y traicionada en todas nuestras Constituciones. Así, pudo afirmar el

---

2 Ver: LUIS F. DE LAS CASAS: *Breve historia de los Congresos estudiantiles.* En: "Universitario", Periódico Indoiberoamericano. Buenos Aires, Año IV, No. 29. Mayo de 1943.

prócer reformista argentino Julio V. González: "No es reformista quien no combate a las dictaduras, cualesquiera que sean sus formas o títulos. La gran tarea de los reformistas universitarios que estén con la libertad y la democracia consiste en desenmascarar".

Y desenmascarar fué lo que hicieron los mejores hijos de la Reforma. Crecidos bajo la hegemonía espiritual de la generación arielista, dolorosamente descubrieron que la realidad de nuestro Continente es mucho más profunda y complicada de lo que previó el literario y europeísta José Enrique Rodó. Y ante la traición práctica que a sus ideales hicieron esos a quienes certeramente se ha llamado los "mandarines arielistas", la nueva generación tuvo que verter sus aspiraciones en moldes que la primera guerra mundial, la expansión de la doctrina marxista y el evidente predominio de la economía despojaron de conceptos poéticos para planear en firmes concepciones sociológicas.

Los mejores hombres de la generación reformista se alistan en partidos revolucionarios, socialistas o comunistas. Y también nació una doctrina revolucionaria americana, el "aprismo", dedicada a desentrañar la realidad americana y a formular metas concretas y próximas para lograr la feliz convivencia continental; doctrina concebida por el pensador y líder peruano Víctor Raúl Haya de la Torre, fruto quizás el más perfecto de la generación reformista.

Por su entronque directo con los problemas sociales más apremiantes, la Reforma Universitaria se agita como una bandera por todo el Continente, borrando fronteras y unificando a la juventud en un mismo impulso generoso. Toda América se conmueve con la lucha, y si actualmente los ánimos parecen haberse enfriado y, contra la intensa propaganda y los naturales vínculos que crea la técnica moderna, América parece en nuestros días despreocuparse de su destino solidario y permitir crecer en cada país un peligroso y barato nacionalismo, aun es tiempo de luchar por la comprensión y la unión de los hermanos. Hace poco decía Haya de la Torre: "Creo que no es tarde para que, con el mismo fervor continental de la Reforma Universitaria de 1918, la juventud de todos nuestros pueblos se lance a la empresa de despertar en ellos la conciencia de este deber histórico".[3] Juntos conquistaremos nuestro destino, dispersos agonizaremos: juntos, apretados —según la frase de Martí— como la plata en las raíces de los Andes.

---

3 *Respuesta a un joven estudiante.* En: "Páginas libres". Año I, No. 2, Santiago de Chile. Septiembre de 1943.

Germán Arciniegas sintetizó así su visión de la Reforma Universitaria: "Lo que quiso el estudiante de Córdoba no fué echar por el suelo la estatua de Fray Fernando, sino reconstruir sobre una escala más ambiciosa los planes de la Universidad Americana. El liquidó la leyenda de que eran maestros unos señores que se contentaban con la lectura de textos; él libertó los anhelos de investigación contenidos por el conservatismo de las academias. La Universidad, después de 1918, no fué lo que ha de ser, pero dejó de ser lo que había venido siendo: 1918 fué el paso inicial, la condición previa para que se cumpliera el destino de la Universidad en América como Universidad. Así lo hemos sentido desde entonces, y sólo aspiraríamos a que de nosotros se dijese lo que realizamos: abrir una ventana".[4]

Agreguemos estas palabras de Bermann: "La Reforma no ha sido, ni es tan sólo un movimiento cultural o espiritual, ni exclusivamente una campaña para mejorar las casas de altos estudios en el sentido técnico o de investigación, ni un intento para convertirlas en el recinto donde gente ilustrada dilucide algunos problemas. Ha sido y es principalmente el órgano que tiene la juventud universitaria de América, fiel al sentido histórico de su desenvolvimiento continental, por conquistar las universidades para los objetivos políticosociales y culturales a que le lleva su angustia de presente y sus ansias de porvenir".

III.—¿Qué haremos mañana?

El que esto escribe pertenece a una generación reciente; sería difícil precisar sus límites: baste decir que es aquella juventud de América que inició su adolescencia al impacto de la tragedia española, se desenvolvió durante la segunda guerra mundial, y ahora linda con su plenitud, agobiada por la postguerra que ha roto brújulas y mapas, difícilmente reemplazables por inexpertos cartógrafos que hoy se atreven a explorar el mundo desconocido e inmesurado, en busca de nuevos contornos.

Las esperanzas que depositamos en las promesas del combate se ven frustradas; la confianza en definiciones políticas flaquea; el mundo crece, se complica, y ni una solución clara tenemos ante nosotros. ¿Qué haremos mañana?, nos preguntamos frente a la gélida constitución mundial de fuerzas, frente al panorama amenazador de la paz

---

4 GERMAN ARCINIEGAS: *El estudiante de la mesa redonda.* Editorial Ercilla. S. f.

armada, frente a la bomba atómica, el radar, el avión cohete y demás perfecciones científicas que parecen inadecuadas a un mundo socialmente retrasado.

¿Qué haremos? ¿Qué haremos particularmente nosotros, desde esta América Latina cuya situación de 1947 no es muy diversa a la de 1918? El ciclo de la Reforma Universitaria no se ha cumplido aún. La Revolución democrático-burguesa a que pertenece no ha llegado a su realización. En muchos países quedan tiranos de época terciaria, en otros, aun en los que un barniz democrático lustra la vida, el latifundismo, el analfabetismo, el retraso agrícola e industrial perpetúan la dolorosa Edad Media que no logramos superar. El imperialismo, que hoy endulza sus voracidades, amenaza, como siempre.

La seriedad y sensatez que parecen extenderse cada vez más, pueden capitalizarse en provecho de la acción necesaria. No creamos en los tristes profetas de nuestra decadencia. Bien están el estudio, la serenidad y el decoro; pero que ellos no cieguen el entusiasmo, no maten la alegría, no lastren la actividad. El impulso romántico que heredamos puede mezclarse satisfactoriamente con la nueva actitud de los jóvenes, augurando una etapa donde vigor y rigor se aúnen.

No dejemos que en los caminos áridos y fragosos de la meditación perdamos contacto con la realidad. Refresquemos nuestros ideales de unión continental, de justicia social, de renovación de la cultura, y en vista de ellos dejemos que la audacia se empareje al estudio, la vida al pensamiento.

Wigberto L. CANTÓN.

Aventura del Pensamiento

LA PROFECIA EN ORTEGA

(III, Conclusión)[1]

Por *José GAOS*

EL HUMANO FUTURISMO

La parte de este trabajo dedicada a "Las predicciones de Ortega"[1] tuvo la finalidad de mostrar el volumen, la importancia de las predicciones, en todas sus formas, dentro de la obra de Ortega. La parte dedicada a "Las profecías de Ortega",[2] la de precisar, en lo posible, la proporción de las predicciones verificadas o profecías. Si esta segunda operación se ofreció desde un principio como el único método capaz de hacer posible concluir fundadamente la existencia o inexistencia de profetismo en un autor y en general, la primera no parece menos indispensable. Sin duda que muchos autores de todos los tiempos han hecho predicciones verificadas, han hecho profecías, pero si fuesen minoría entre las predicciones hechas por cada uno, y aun cuando se hubiesen verificado la mayoría de las hechas por algunos, si las hechas por cada uno fuesen pocas y no representasen nada esencial, sino simplemente algo accidental, ni estuviesen hechas con la plena intención de predecir y en la expresa forma correspondiente, sino tan sólo "informalmente", pudiera atribuirse la verificación a la casualidad. Distinto sería ya en el caso de una mayoría verificada de predicciones numerosas, hechas con toda intención y en forma. Tanto de tratarse de las de un autor cuanto de las de varios, habría que reconocer la existencia de profetismo en ellos o en él. Extender el concepto de predicción desde las predic-

1 Por la mucha extensión de este trabajo hemos suprimido, de acuerdo con el autor, las partes tituladas "Para una fenomenología de la previsión y la presciencia" y "La teoría de la profecía en Ortega".

2 V. el número 5 de 1946 de *Cuadernos Americanos.*

ciones propia y formalmente tales hasta las informales, las "cuasipredicciones", expone, por lo menos, a extenderlo más de lo debido, a contar como predicción algo que no lo sea y a aumentar injustamente el número de las no verificadas ya; pero no extenderlo hasta donde llegue auténticamente, no contando como predicciones todas las que lo sean, aunque no estén hechas en forma, expone con seguridad no menor, precisamente, a llegar a resultados igualmente erróneos. La cuestión es, sin duda, la de que, al llevar a cabo cualquier verificación de predicciones, se tomen en cuenta todas las que lo sean y solas aquellas que lo sean. La solución sólo puede consistir, no menos sin duda, en un análisis de cada predicción evidente o aparente, enderezado a decidir si es o no una predicción auténtica y que por ende deba tomarse en cuenta; lo que implica una exploración completa del territorio de la predicción, imposible sin precisar los límites con los colindantes, pues tal procedimiento parece el único capaz de permitir ver de dónde salga realmente le predicción, qué sea ella verdaderamente y hasta por qué se verifique o no. Al lector se deja sentenciar si las tomadas en cuenta en este trabajo son todas y solas aquellas que debía tomar. Por otra parte, así tratándose de las predicciones como de las profecías, no parece bastar un inventario cuantitativo, sino ser indispensable el cualitativo. Prescindiendo de la dificultad que opone al primero la de reducir a unidades las predicciones, enunciadas en tan diversas formas y que se encuentran en tan complicadas relaciones, si la proporción de las predicciones verificadas varía según la índole de lo predicho, el profetismo pudiera existir dentro de ciertos órdenes de cosas y no existir dentro de otros. En todo caso, el inventario cualitativo conduce de suyo a las razones de la existencia o inexistencia, de la posibilidad o imposibilidad del profetismo, y estas razones fueron desde un principio meta, no sólo del trabajo presente, sino de la serie entera de que forma parte. Por las razones, a su vez, apuntadas al comienzo de él.

El cuerpo "del sentido deportivo y festival" resultó no verificado ya. ¿Por qué? Se ocurre que porque Ortega con él proyectó en el futuro, generalizó: una "circunstancia" personal que venía a responder a cierta tendencia de su personalidad —el prestigio que rodeó ya su aparición en la vida española, insólito tratándose de un hombre de su edad; una preferencia

igualmente "momentánea" y personal— un sentido de la vida congruente con semejante circunstancia y, más en general, propio de momentos, de tono vital positivo, de la juventud y primera madurez; ciertas tendencias personales también, pero ya no momentáneas, sino integrantes de lo persistente de su personalidad —la vocación intelectual, el deseo de intervenir, de influir en la vida pública, el sentido aristocrático de la vida (el "Newton del placer" y el "Kant de las ambiciones" se antojan el lema de estas tendencia y aquella preferencia, en la portada misma de la mentada edad de la vida); ciertas "circunstancias" sociales, históricas, que venían a responder a la preferencia y las tendencias acabadas de consignar: el *ballet* ruso, la nueva música y pintura, el furor de la postguerra por el baile, el auge del deporte, el nudismo; ciertas ideas o teorías biológicas en que vió un fundamento científico y filosófico al advenimiento del "sentido deportivo y festival de la vida". Parece como que si Ortega vió en estas ideas o teorías tal fundamento, y en las circunstancias sociales, históricas, enumeradas no vió meras circunstancias de la postguerra, ni en la circunstancia, la preferencia y las tendencias personales consignadas lo que tenían de personales e incluso de "momentáneas", sino que previó en unas y otras el advenimiento del "sentido deportivo y festival de la vida", fué porque las circunstancias sociales, históricas, y la personal venían a responder a la preferencia y las tendencias personales y por lo que éstas tenían de personales, en último y definitivo término. Estas tendencias y preferencia personales resultarían, así, lo decisivo, lo radical. Y se tendrían un primer caso de predicción, de cuerpo de predicciones no verificado ya por proyección en el futuro, por generalización de preferencias y tendencias —emociones y mociones personales. ¿No advirtió a la sazón misma el propio Ortega lo uno, aunque no advirtiese lo otro? A pesar de "...la marcha de la sociedad...", "bien sé que a la hora presente me hallo solo entre mis contemporáneos para afirmar que la forma superior de la existencia humana es el deporte..."

El cuerpo "de las masas" resultó, en cambio, verificado ya prácticamente en su totalidad. Y con él, las predicciones de la crisis de la democracia y el desprestigio de las instituciones y del antiutopismo en el dominio político y social. Pu-

diera ocurrirse que por la enormidad, en todos sentidos, de lo predicho, que se imponía al más ciego. Pero en los momentos de las primeras predicciones del cuerpo no era la enormidad la que llegó a ser. La ocurrencia implica en fondo último la tesis de que la "predicción incoactiva" no es predicción auténtica. Pero lo es en la misma medida en que la iniciación de lo predicho no acarree necesariamente su prosecución. Valga esta razón de una vez para todas aquellas ulteriores en que pudiera ocurrirse idéntica explicación por la incoación.[3] Parece, pues, que sólo queda pensar que lo predicho en el cuerpo "de las masas" era probadamente hostil, repugnante a lo más peculiar de la personalidad de Ortega y que el temor, la aversión sean emociones y mociones más "previsoras", más clarividentes que otras de signo más positivo... La socialización, el imperio de las masas, la acción directa, el rebajamiento del nivel medio, la invasión de los bárbaros vertical, la persistencia de la violencia, aún bajo la sola forma de la acción del Estado, la peligrosidad de éste, el empleo de sus fuerzas por las de orden público según sus propios intereses, la abolición del reinado de la inteligencia o intelectualidad, la barbarie por inferioridad del hombre relativamente a su civilización, son notoriamente hostiles, repugnantes al deseo de intervenir o influir en la vida pública, a la vocación intelectual, al sentido aristocrático de la vida... Este sentido, que vinculado al entusiasmo, habría conducido al error en el cuerpo "del sentido deportivo y festival", habría conducido al acierto en el "de las masas", unido a la repugnancia y el temor. Los correlativos fracaso del internacionalismo político y cosmopolitismo intelectual representarían otro caso, singular, de proyección en el futuro, de generalización de una circunstancia momentánea y personal: "...que los hombres de más fino espíritu residentes en esas grandes naciones se interesen por la labor y las maneras de los que trabajamos en un país políticamente decaído como España, es

[3] Principalmente quizá, en algunas del cuerpo "de la deshumanización" y en bastantes de las relativas a las ciencias. Aún en un caso extremo, como, por ejemplo, el de la predicción del cambio "muy pronto" de las ideas sobre la Edad Media. (V. el número 6 de 1946 de *Cuadernos Americanos,* p. 96, XX), si la predicción respondió al *Otoño de la Edad Media,* de Huizinga, el que este libro aportase ideas nuevas no arrastraba con necesidad la aceptación general de las mismas.

un síntoma nada equívoco de que sobre el mundo comienza el pausado triunfo de la generosidad".[4]

Las oscilaciones en punto al socialismo y obrerismo deben atribuirse desde luego a la oscilación de lo predicho. El curso del movimiento obrero, del movimiento "social" en general, ha distado de ser un progreso rectilíneo, ha pasado por alternativas bien opuestas, ha conocido momentos muy complejos y equívocos. Hoy mismo, la participación de Rusia en el triunfo de las Naciones Unidas, el izquierdismo europeo, se encuentran con una reacción que acrecienta lo problemático de la significación que tengan en sí. Mas también se impone la sospecha de que Ortega ha oscilado movido por la íntimamente antagónica forzosidad de reconocer, en todos sentidos, hechos hostiles y repugnantes una vez aún a lo más peculiar de su personalidad.

Como la predicción de la derrota de Alemania, la de la extensión del fascismo hacia el norte puede considerarse un acierto objetivo. En cambio, el emparejamiento del bolchevismo y fascismo responde bien a la aversión a ambos, como a la aversión al uno y al otro, respectivamente, la predicción implícita en la afirmación del "rusismo" del primero y la formal de la transitoriedad del segundo y similares. No sólo el bolchevismo, sino también el fascismo y el nazismo, y el franquismo, representan la creciente sustitución de las aristocracias tradicionales, muy en primer término de la realeza, por el aburguesamiento y la proletarización, más exactamente quizá que la democratización, del mundo. La afirmación del "rusismo" del bolchevismo bien pudiera ser expresión del deseo del confinamiento de éste dentro de los límites de Rusia, de Oriente, más allá de los de Europa, de Occidente. En todo caso, dos predicciones como la implícita en la primera visión, festival, si no deportiva, de la Revolución rusa y la formal de la posibilidad de expansión del bolchevismo por la repercusión del eventual éxito del primer plan quinquenal sobre la inanidad de la vida europea, bien pudieran ser expresión asimismo

[4] Entre las erratas de la parte de este trabajo publicada en el número 6 de 1946 de esta revista figura, al principio de la página 102, la que dice: "Algunas otras predicciones del mismo cuerpo parecen, habérsenos verificado ya, como la del cosmopolitismo intelectual", debiendo haber dicho "parecen haberse no verificado ya".

de la falta de temor y del temor a la falta de peligrosidad y a la peligrosidad, respectivamente, de la Revolución en sus días iniciales y de la consolidación del régimen bolchevique en los años subsiguientes. La predicción entrañada en la afirmación de la necesidad de siglos de Rusia y de Nueva York para optar al mando, la posposición del mando de Rusia y de América a los Estados Unidos de Europa, como en general la displicencia en punto a América en relación con Europa, el "tan difícil que surja una cultura más allá de la europea", aparte el que sean expresión una vez más de los mismos sentimientos, representan los naturales en el "buen europeo", que no puede resignarse al reconocimiento de la pérdida por Europa de su milenaria hegemonía cultural y política.

La verificación de la predicción de la muerte de la España de la Restauración pudiera ocurrirse atribuirla a tratarse de la predicción de — un final, tan enormemente final además, que en todo caso se trataría de una "profecía al revés", en ninguno de una auténtica predicción. Pero un "final", por enorme que sea, "complica" un nuevo principio, en la medida en que esta "complicación" no "implique" necesidad; entrañará una predicción auténtica, aunque su contenido se reduzca a la idea general, "formal", de que la historia es reiterada innovación. Se está ante un ejemplar de la especie de "predicciones incoativas" implícitas en las afirmaciones de "finales", predicciones tan auténticas como todas las del género "predicción incoativa", aunque presenten caracteres y un grado de necesidad, o más exacto, de falta de ella, distintos de los de las demás especies del género. La verificación de la predicción del "momento fieramente justiciero" no parece deber atribuirse sino a un excepcional compartir Ortega los sentimientos y afanes de su pueblo, a una excepcional compenetración, comunión con su comunidad nacional. Ortega experimentaba, sin duda, en el momento en que predijo el otro, el sentimiento de condenación del presente y del inmediato pasado patrio y el consecuente afán de justicia generalizados en el pueblo español y que acabaron llevando a éste a una acción verificadora de la predicción inspirada por ellos. La predicción, en parte "hipotética" y en parte de "modalidad problemática", del no acudir a la brecha su generación y del fracaso de ésta y hasta del pueblo, y la del triunfo de la nueva política, de "modalidad asertórica"

tan explícita, hechas en el mismo discurso, no constituyen una contradicción, por ser la expresión de un curso de sentimientos e ideas de perfecta "lógica" psíquica: el temor al fracaso que es prudencia experimentar al acometer una empresa —en el caso, la de la Liga de Orientación Política— y la esperanza de éxito alentar la cual es fortaleza indispensable para acometerla. Si se pensara que el temor no resultó en este caso tan clarividente, tan "previsor" como en el "de las masas", habría que reparar en que, sobre no haber sido tan efectivo, tan grande, naturalmente, como en este caso en aquél, en aquél pudo intervenir un factor no desdeñable que no pudo hacerlo en éste, el factor de la influencia del prediciente sobre la acción colectiva verificadora de la predicción: Ortega pudo cooperar al triunfo de una nueva política española en medida en que no podía contribuir a impedir la rebelión de las masas en Occidente. A la diferencia de volumen y potencia del sujeto colectivo de la acción en uno y otro caso correspondería la diferencia indesconocible en la plenitud inequívoca de la verificación. Otros casos de momentos, circunstancias, emociones y mociones personales proyectadas en el futuro, generalizadas, serían las predicciones de la peregrinación a El Escorial y de la "hora... feliz", la "ocasión magnífica" de *Misión de la Universidad,* y las expresivas de los balances de los viajes a la Argentina, como la de la política de razas en que culmina la exultación promovida por el éxito del primero. Y ¿qué duda puede caber de que la predicción de los destinos diferentes de España e Italia fué la expresión de un patriótico deseo engañado por una "circunstancia" infortunadamente pasajera? Como las predicciones relativas al liberalismo español y europeo, de la natural preferencia por aquella organización política y social en que más satisfactoriamente pueden vivir las personalidades como la suya, por encima, o quizá mejor, por debajo de toda vacilación intermedia —"El destino de nuestra generación no es ser liberal o reaccionaria, sino precisamente desinteresarse de este anticuado dilema". "La 'libertad' es una cosa muy problemática y de valor sumamente equívoco"—. Las predicciones de la resurrección de la vitalidad española hacen especialmente la impresión, más que de predicciones formales, de brotes del afán de que España reviva y perviva, de la esperanza de que así sea, de la fe en que así será. En general las predicciones políticas de Ortega

resultan especialmente de ocasión, de circunstancias —como en general el pensamiento político lo es especialmente entre los que son objeto y sujeto de las "ciencias humanas", según enseñan desde el marxismo hasta la más reciente Sociología. Así se justifica, no sólo se comprende, que el de Ortega evolucionase de aquellos iniciales "anhelo de vida enérgica y entusiasta" y condenación del escepticismo, "fe en el poder que el hombre tiene sobre sus personales destinos", "exigencia de intervenir con nuestra voluntad en el contorno", al "alma desilusionada", el "espíritu servil", la "reforma de la inteligencia" en el sentido de consentir en la abdicación de su imperio sobre la vida pública. "...La vida española nos obliga, queramos o no, a la acción política. El inmediato porvenir, tiempo de sociales hervores, nos forzará a ella con mayor violencia". Pero los hervores llegaron a ser de violencia que forzó a la inacción. No se puede reprimir una simpatizante impresión de hacer de la necesidad virtud.

En el cuerpo "de la deshumanización" resultaron verificadas las predicciones de caracterización estética del arte —pureza— y psicológica del artista —no seriedad— y la del retorno del arte a la vida privada; no verificadas ya la de la impopularidad irremediable del arte nuevo, las de la decadencia y extinción de alguna arte, si no de todas, la de la vida como arte; verificables aún las relativas al teatro de fantasmagoría, la creación de paisajes, el arte del arte; y particularmente imprecisa y difícil de verificar la concerniente al "porvenir del género novelesco". Estos resultados se ofrecen como señaladamente reveladores e instructivos. Cabe atribuir la no verificación de las correspondientes a motivos del mismo género que los aducidos hasta ahora así en punto a las predicciones no verificadas como a las verificadas. La predicción de la vida como arte, que quedó no verificada con el cuerpo "del sentido deportivo y festival", lo quedaría, pues, por los mismos motivos. La de la impopularidad irremediable del arte nuevo es de una índole sociológica que entraña el sentido aristocrático de la vida contado entre los motivos de la no verificación del mismo cuerpo. En general, un sentido aristocrático de la vida parece muy expuesto a ser un motivo inspirador de predicciones destinadas a no verificarse en días no ya del aburguesamiento, sino de la proletarización que se apuntó en pa-

saje anterior. En las predicciones de la decadencia y extinción de algún arte se cree sentir la displicencia experimentada ante las manifestaciones inmediatas, circunstanciales, del arte aludido. Cabe también reconocer motivos todavía del mismo género en las verificables aún. El entusiasmo originado por un espectáculo habría impelido a proyectar su esencia estética en el futuro histórico, en un caso no a pesar de la necesidad de imaginar una recreación más de la naturaleza por el arte, sino estimulado encima por lo incentivo de semejante posibilidad. El sentido aristocrático de la vida halla su supremo ideal dentro del dominio del arte en un arte de éste. Cabe poner en la cuenta de los motivos del mismo género una vez más incluso una de las predicciones verificadas. La del retorno del arte a la vida privada, verificada en los mismos términos de la abolición del reinado de la intelectualidad en general dentro del cuerpo "de las masas", debe por ende ponerse en la cuenta de los motivos de la verificación de este cuerpo. Pero de la verificación de las otras predicciones no se ocurre motivo del mismo género siempre, antes se ocurre una *razón,* que no *motivo,* de otro género, pues, de género incluso opuesto, en el sentido que se señalará. Los caracteres estéticos del arte tendrían una "objetividad" independiente incluso de la subjetividad emocional y mocional que con independencia también de ésta conocería y reconocería la intelectual, y a la que adheriría una necesidad que permitiría, que impondría predicciones destinadas a la verificación —aunque disminuyendo en razón directa el grado en que las predicciones lo son en sentido propio. Una objetividad semejante tendría hasta la psicología del artista...

Tal explicación sólo corroborada resulta por la dificultad de arbitrar otra que la más afín a ella en el caso también de las predicciones relativas a las ciencias. Verificadas resultaban las versantes sobre disciplinas y sus efectos, la mayoría de las versantes sobre orientaciones, doctrinas, temas y métodos y la del éxito de la ciencia en general. En parte anterior de este trabajo se expuso cómo hay que distinguir entre los *objetos* de las ciencias y las *ciencias* mismas, aún en el caso de las ciencias humanas o ciencias de las cosas humanas incluyendo entre las ciencias la filosofía, ya natural, ya de las cosas humanas, filosofía del arte, filosofía de la sociedad y del Estado, etc. Las ciencias naturales o de las cosas naturales son *naturales* por

estas cosas, por su *objeto,* pero son *humanas* por su *sujeto,* es decir, son actividades de sujetos humanos, son actividades humanas. Las ciencias de las cosas humanas son igualmente *humanas* por su *sujeto,* son igualmente actividades de sujetos humanos, actividades humanas, pero son *humanas* además por su *objeto,* de donde el denominarlas "humanas" a diferencia de las denominadas "naturales". Los objetos de la ciencias son, pues, unos, cosas naturales, no humanas, en general; otros, cosas humanas; las ciencias son, todas, cosas humanas, tanto si sus objetos son también cosas humanas, cuanto si no lo son, si son cosas naturales. Predicciones acerca del curso de las *cosas* naturales y predicciones acerca del curso de las *ciencias* naturales son, por tanto, predicciones muy diferentes, por serlo lo predicho en las unas o en las otras. En la medida en que el curso de las cosas naturales sea necesario —esté sujeto a las leyes naturales—, las predicciones acerca de él no lo serán en sentido propio. Tan necesario como el curso de las cosas naturales no lo es nunca el de las humanas, inclusive las ciencias, todas las ciencias, también las naturales, por lo que las predicciones acerca del curso de éstas, como las predicciones acerca del curso de las humanas, como las predicciones acerca del curso de las cosas humanas en general, son predicciones en sentido propio. A pesar de todo ello, parece como si la necesidad adherente a la "objetividad" o independencia respecto principalmente de la subjetividad emocional y mocional, objetividad conocida y reconocida por la subjetividad intelectual, que hay que reconocer, a su vez, en los objetos de las ciencias naturales, se comunicase a éstas, permitiendo, imponiendo acerca de su curso predicciones destinadas a la verificación, aunque disminuyendo en razón directa el grado en que estas predicciones lo serían en sentido propio. Las cosas humanas no tendrían la objetividad ni la necesidad de las naturales, por lo que las ciencias naturales y las humanas se diferencian en lo *científico* de las respectivas índoles, pero las cosas humanas en cuanto objetos de las ciencias humanas tendrían una objetividad y una necesidad, aunque variables de unas cosas y ciencias a otras, mayores que las que tendrían en los demás casos o en cuanto no son objeto de consideración científica alguna, sino pura y simplemente cosas humanas, actividades, por ejemplo, políticas, sociales, artísticas. Pues bien, parece igual-

mente como si esta necesidad intermedia, entre la de las cosas naturales y la de las humanas en cuanto no son objeto de consideración científica, que tienen las cosas humanas en cuanto objeto de las ciencias humanas, se comunicase a éstas, permitiendo, imponiendo acerca de su curso predicciones destinadas a la verificación, en menor medida que las predicciones acerca del curso de las cosas naturales, y aún que las predicciones acerca del curso de las ciencias naturales, pero en mayor medida que las predicciones acerca del curso de las cosas humanas en cuanto no son objeto de consideración científica, siempre con la misma consecuencia: las predicciones acerca del curso de las cosas humanas en cuanto objetos de las ciencias humanas serían predicciones en sentido propio en mayor grado que las predicciones acerca del curso de las cosas y aún de las ciencias naturales — aunque no en menor grado que las predicciones acerca del curso de las cosas humanas en cuanto no son objeto de consideración científica, por intervenir aquí otro factor, el que para ser predicciones en sentido propio han menester las predicciones ser predicciones "formales" y esto parece requerir una intención que no se daría en las predicciones acerca del curso de las cosas humanas en cuanto no son objeto de consideración científica en iguales términos que en las predicciones acerca del curso de estas mismas cosas en cuanto objetos de las ciencias humanas. Las predicciones de caracterización estética del arte y psicológica del artista serían predicciones acerca del curso de cosas humanas en cuanto objetos de ciencias humanas, Estética, Ciencia del Arte, Psicología del Arte (del artista), cosas de una objetividad de necesidad mayor que las cosas de las ciencias "morales y políticas". . . .Las predicciones "morales y políticas" serían, unas, predicciones acerca del curso de las cosas "morales y políticas" en cuanto objetos de las respectivas ciencias; otras, predicciones acerca del curso de las cosas "morales y políticas" en cuanto no son objeto de consideración científica. Las predicciones acerca del curso de las ciencias naturales y humanas serían científicas —de ciencia de la ciencia—; las acerca del curso de las cosas estéticas serían científicas —de ciencia estética, *lato sensu*—; las acerca del curso de las cosas "morales y políticas" serían unas científicas —de ciencia "moral y política"— y otras no. . . Tener las cosas estéticas, *lato sensu,* una objetividad de necesidad mayor que la de

las cosas "morales y políticas" y no introducirse en las primeras no lo científico en la medida que en las segundas, sería una tautología que haría comprensible la diferencia acabada de insinuar entre las predicciones relativas a unas y a otras. Otro aspecto de lo mismo sería el siguiente. A la mayor o menor necesidad de los diversos objetos correspondería una mayor o menor compenetración entre los sujetos, comunión de los sujetos, los científicos respectivos —la clásica "validez universal"—, que haría a la acción de la colectividad, de la comunidad científica, más o menos verificadora de las predicciones formuladas por sus miembros en cuanto tales... Así, por ejemplo, en el grado en que la comunidad filosófica evolucionó en nuestros días en direcciones en que evolucionó como miembro de ella el propio Ortega, las predicciones IX, XI, XII, XXIII, XXVII a XXX, XXXIV, acerca del amor, la Antropología filosófica, el personalismo, la filosofía de los valores, la filosofía de la vida y de la historia, el idealismo, el estilo de "los libros de intención exclusivamente científica".[5] resultaron verificadas por la actividad filosófica colectiva, comprensiva de la de Ortega. Predicciones como XIII, XXII, XXVI, XXXIII, acerca de Grecia, la "senescencia de las razas", "Don Juan", "Dios a la vista" y "el día en que vuelva a imperar en Europa una auténtica filosofía... se volverá a caer en la cuenta de que el hombre es... un ser constitutivamente forzado a buscar una instancia superior", representarían la contraprueba. En la última, no habría vuelto a imperar en Europa todavía una auténtica filosofía con la existencial. Ya en "Dios a la vista" se habría quedado Ortega solo con Scheler, y aun sólo con el Scheler del período católico. En "Don Juan", sólo con algunos escritores españoles. En la predicción acerca de Grecia habría Ortega errado con la ciencia del momento, porque en el de la predicción no parecía la Filología clásica prever el rumbo que iba a seguir lustros adelante y porque en las insinuaciones anteriores acerca de la mayor o menor necesidad de las predicciones sobre el curso de las cosas humanas quedó reconocido implícitamente que las ciencias pueden predecir, prever erróneamente, como errar en general.

En la predicción del antiutopismo en el dominio político y social, la cual se extiende del cuerpo "del sentido deportivo y

---

[5] V. el número 6 de 1946 de *Cuadernos Americanos*, p. 94 ss.

festival" al "de las masas", puede advertirse la influencia de las señaladas motivaciones del primero. Si en el caso no acarrearon la no verificación, ¿no sería, no sólo por la influencia de las señaladas motivaciones del cuerpo "de las masas", sino sobre todo por la conexión con el antiutopismo en el dominio filosófico, que debe agregarse a las predicciones relativas a las ciencias y cuya verificación atribuirse a las mismas razones que la de éstas? Las diferencias en la verificación de las predicciones referentes a los distintos sectores de la cultura representarían una corroboración más de lo propuesto en el aparte anterior. En cambio, reservas como las sugeridas acerca de la esterilidad de la Filología clásica, en parte el rigor de la Antropología filosófica, la precisión cronológica en punto a la Historia policéntrica, la ampliación del significado de la filosofía de los valores, Scheler y Freud, y no verificaciones como las de las predicciones concernientes a la "senescencia de las razas", "Dios a la vista", el mal futuro inmediato del tema "Don Juan" y los norteamericanos, retrotraerían a las motivaciones emocionales y mocionales. La afirmación de la esterilidad de la Filología se antoja ocurrida para realzar por antítesis el auge de la Prehistoria y la Etnología. La del rigor de la Antropología, análogo efecto de simetría por relación a la Física. La precisión cronológica no sería siempre un requisito de la predicción "en forma", contra las apariencias, sino a veces una manera de dar a la predicción una "modalidad apodíctica" no constitutiva de una transcripción rigurosa de la necesidad objetiva, sino expresiva del entusiasmo del momento. La ampliación del significado de lo predicho, cosa parecida: la valoración positiva de lo predicho movería a proyectarlo en el futuro generalizándolo lo más posible. La reserva agregada al profético elogio de Scheler pudiera significar algo así como un "pero que no vaya a figurarse que aquí pasamos por todo". Las reservas que acompañan a los juicios de Ortega sobre Freud y que sólo muy paulatinamente van atenuándose, pueden achacarse a los mismos motivos que las que han acompañado a los juicios de los psicólogos y filósofos universitarios o académicos sobre el fundador del psicoanálisis. En la predicción concerniente a la "senescencia de las razas" hay, por lo menos, una precisión cronológica que parece del sentido apuntado líneas antes. En "Dios a la vista" se cree sentir el entusiasmo

suscitado por Scheler, según quedó insinuado en pasaje anterior. El mal futuro inmediato del tema "Don Juan" resultó tan momentáneo, que no se comprende si no es como reacción a un hecho circunstancial de la misma momentaneidad. Y en cuanto a la predicción acerca de los norteamericanos, resulta patente que sobre la ciencia prevalecieron los motivos aducidos en punto a las predicciones sobre América en relación con Europa. Por excepción, reservas como las sugeridas acerca de la universalidad de la ciencia de la expresión, en parte el rigor de la Antropología y la razón vital e histórica, se debieron a parecer aquella universalidad verificable aún; el rigor, de un sentido que habría que precisar y pudiera ser admisible totalmente; la razón vital e histórica, entendida en un principio como pronto dejó de serlo.

De las predicciones sueltas, la de Hebbel, puede haber sido la expresión de la complacencia producida por una lectura reciente; la de Proust no tuvo en cuenta la posibilidad de la obra póstuma, conmovida ante todo por la posibilidad de que la muerte cercenase el presupuesto de futuras delicias; la de Baroja, predicción acerca de la persona, que no deja de contrastar con las predicciones acerca de la obra, manifiesta el desconocimiento que acerca de aquello a que la persona era capaz de llegar tenía Ortega, y sin duda no sólo él, a quien pudo cerrar los ojos clarividentes la amistad. En las predicciones verificables aún, no todo es imprecisión o ambigüedad —sobre que estas mismas bien pueden tener sus razones de ser, como sus motivos la precisión cronológica, según lo apuntado en el aparte anterior. Prescindiendo de las consideradas ya, en algunas de las restantes— nueva aristocracia, organización de los sentimientos, imperativo de selección en España y europeización de ésta —no sería más desconocible que en algunas de las consideradas ya un motivo como el del sentido aristocrático de la vida. Pero la verificabilidad quedaría a cargo de la posible evolución de la realidad objetiva en las predicciones de la averiguación de la génesis de los mitos (XIX), terapéutica artística (III), desaparición de la Física (VII), Oriente y Occidente, futuro de la guerra. La perennidad de los problemas filosóficos (XXXII) es una convicción filosófica clásica.

En términos generales, se habrían verificado las predicciones científicas —de ciencia humana, de la ciencia (la ciencia de la ciencia es ciencia humana, por su objeto, la ciencia, cosa humana), estética, moral y política—, las predicciones no científicas, morales y políticas, motivadas por mociones y emociones "negativas" y alguna en que la acción del prediciente pudo ser parte en la verificación de la predicción; no se habrían verificado las predicciones no científicas, morales y políticas, motivadas por mociones y emociones "positivas". En el dominio, pues, de las cosas morales y políticas, o sea, en el dominio precisamente al par de las predicciones de Ortega más voluminosas y que parecen más características de él y de las predicciones en general que son sin duda más predicciones en sentido propio, la existencia del profetismo en Ortega resulta por lo menos muy problemática. La verificación dependería, por tanto, de la índole de las predicciones y de lo predicho, términos correlativos. De las predicciones, muchas son, sin duda, predicciones "formales"; pero las más hacen la impresión irreprimible de ser una entre las maneras propias y espontáneas de expresarse, de pro-ducirse, de funcionar una manera de pensar peculiarmente emocional y mocional, una psique especial. Tales maneras serían en general las que llevaron a algunos a conceptuar la de pensar, no como filosofía, sino como "pura literatura", por conceptuarla ametódica y asistemática. De las otras entre tales maneras se pasaría sin solución de continuidad a la multiformidad de las predicciones según la "cantidad", "cualidad", "relación" y "modalidad", de las cuasipredicciones, de las seudopredicciones; a la imprecisión de los términos o de la mente —y a la precisión excesiva. Dada la índole crecientemente prediciente, en volumen y sentido, de la obra, la predicción se presenta incluso como principal entre tales maneras. Se trataría, en suma, de un pensar, de una psique, en que ya las ideas y no sólo la expresión de ellas se proyectarían normalmente, es cosa de decir, en el futuro, como previsiones y predicciones, motivadas por emociones y mociones en lugar de fundadas en razones puramente intelectuales o reproductoras de puras relaciones objetivas. Lo predicho sería, en el gran número de casos registrados, lo que interesó, gustó, entusiasmó, lo deseado, lo esperado, lo querido, pero también lo que disgustaba, repugnaba, lo temido, lo que no

se quisiera; en momentos o circunstancias más o menos amplios, pero también a lo largo de la vida entera; con más o menos vehemencia o seguridad, según se expresaría en la "modalidad" de las predicciones. (Caso particularmente interesante, aquel en que la afirmación de la independencia de lo predicho por respecto a la voluntad colectiva es expresión, no tanto de la voluntad imperiosa del prediciente, cuanto de la necesidad de lo predicho, de la modalidad apodíctica de la predicción: "queramos o no", "tenga de ello ganas o no"...) Cuando emociones y mociones pudieron mover a una acción eficiente, ésta verificó o contribuyó a verificar las predicciones motivadas por aquellas mismas. Desde los comienzos del segundo período de su carrera se encuentra al propio Ortega consciente incluso de esta dependencia de lo predecible por respecto a la acción del prediciente. El proyecto de *El Espectador* "nació en una explosión de alegría impersonal, de confianza en el porvenir de los hombres. Antes y más allá del clarín que hacen resonar las batallas transitorias, los que hemos llegado al medio del camino de la vida habíamos percibido el tema de alborada que en su cuerno de caza modula el Destino. Pasaremos por horas de amargura individual y colectiva; pero en el fondo de nuestra conciencia hallamos como la seguridad de que, en suma, damos vista a una época mejor. Entrevemos una edad más rica, más compleja, más sana, más noble, más quieta, con más ciencia y más religión y más placer —donde puedan desenvolverse mejor las diferencias personales e infinitas posibilidades de emoción se abran como alamedas donde circular. Mas la sana esperanza parte de la voluntad como la flecha del arco. Esa edad mejor sazonada depende de nosotros, de nuestra generación. Tenemos el deber de presentir lo nuevo; tengamos también el valor de afirmarlo. Nada requiere tanta pureza y energía como esta misión. Porque dentro de nosotros se aferra lo viejo con todos sus privilegios de hábito, autoridad y ser concluso. Nuestras almas, como las vírgenes prudentes, necesitan vigilar con las lámparas encendidas y en actitud de inminencia. Lo viejo podemos encontrarlo dondequiera: en los libros, en las costumbres, en las palabras y los rostros de los demás. Pero lo nuevo, lo nuevo que hacia la vida viene, sólo podemos escrutarlo inclinando el oído pura y fielmente a los rumores de nuestro corazón. Escu-

chas de avanzada, en nuestro puesto se juntan el peligro y la gloria. Estamos entregados a nosotros mismos: nadie nos protege ni nos dirige. Si no tenemos confianza en nosotros, todo se habrá perdido. Si tenemos demasiada, no encontraremos cosa de provecho. Confiar, pues, sin fiarse. ¿Es esto posible? Yo no sé si es posible; pero veo que es necesario. Hegel encontró una idea que refleja muy lindamente nuestra difícil situación, un imperativo que nos propone mezclar acertadamente la modestia y el orgullo: *Tened* —dice— *el valor de equivocaros.* Después de todo es el mismo principio que, según los biólogos recientes, gobierna los movimientos del infusorio en la gota de agua: *Trial and error* —ensayo y error". *(Espectador,* I, 129).

La mentada manera de pensar y sus maneras propias y espontáneas de expresarse parecen típicas de los pensadores de lengua española o muy generalizadas entre ellos, si no al par características o distintivas exclusivamente de ellos por respecto a los pensadores de otras lenguas. Pero ya el ser problemática la generalización de la índole prediciente de la obra a otros pensadores de lengua española, amonesta a no generalizar los resultados anteriores sin más ni más. Las predicciones de Ortega parecen caracterizables por la conjunción de la integración en cuerpos con la índole expresiva, más que deliberada y formal —por la conjunción de la incorporación con la expresividad. Como quizá las de Nietzsche. Las de Marx y Spengler pudieran caracterizarse, en cambio, por la combinación: deliberación e incorporación. Estas dos dimensiones del profetismo (predicciones sueltas o incorporadas, deliberadas o expresivas), parecen presentar todas las combinaciones posibles en las distintas individualidades y colectividades (pueblos, épocas) predicientes, proféticas —y no ser las únicas dimensiones posibles, reales, la combinación de cuyas variantes constituiría las variedades del profetismo a lo largo de la historia. Ortega representaría a lo sumo un tipo de autor de predicciones al que no sería fundado reducir desde luego los demás. Los distintos grupos humanos, las distintas divisiones de la historia, culturas, edades, y en ellas los distintos individuos o personalidades, se presentan a primera vista como diversamente predicientes, proféticos. Tal cual el predecir, si no el don profético, parece mudar a lo largo de las

sucesivas edades de la vida, el profetismo humano se presenta como histórico, como entrañante de una historicidad.[6] Por tanto, las predicciones, si no de otros autores del mismo tipo, de autores de otros tipos —pensadores de otros, en un extremo, y, en el opuesto, el "vate" por excelencia, aparte los profetas en la estricta acepción tradicional, los religiosos o inspirados por Dios—, pudieran arrojar otros resultados. Mas también parece que en todo caso estas variedades se hallen constituídas por combinaciones de variantes de dimensiones de un muy general predecir en la vida corriente individual y colectiva, primitiva y culta, de un universal proyectarse la vida humana en el futuro, de un futurismo —de la naturaleza humana. El historicismo tropieza con los límites que inequívocamente representa ya la imposibilidad de narrar la historia, de enunciar, de concebir lo histórico sin un repertorio de términos, de nociones "sustantivas", sustancialistas, esencialistas. . . Y en efecto, los mismos resultados anteriores se prolongan de suyo en consideraciones acerca de la arquitectura, dinámica, de la realidad universal, y fundamentalmente del lugar y función de la subjetividad humana en ella, que exhibirían en definitiva como incluso imposible la existencia de un auténtico profetismo *humano*.[7]

---

[6] Cf. Ortega. *Obras*, 3, 1285, nota.

[7] Por la razón aducida en la primera nota, hemos suprimido también unas consideraciones sobre las perspectivas que abre un trabajo como el presente, y otras finales sobre la verificación.

ALGO MAS SOBRE LA TESIS DEL ESPACIO-TIEMPO HISTORICO*

Por *Víctor Raúl* HAYA DE LA TORRE

> El espacio y el tiempo de la relatividad son definidos y precisos; con frecuencia, los de nuestra percepción consciente no lo son... Cuando salte de un ómnibus en marcha debe cambiar de espacio y el tiempo de su percepción con gran rapidez, o, de lo contrario, caerá. Sin embargo, si, posteriormente, desea comprender por qué cayó debe escoger el ómnibus o la calzada como marco para sus cálculos, y debe definitivamente confinarse al uno o a la otra; debe, de hecho, pasar del Espacio-Tiempo de sus percepciones al de la teoría de la Relatividad. Por ser los dos tan diferentes, la técnica de evitar la caída es exactamente opuesta a la técnica de comprenderla después de que ha ocurrido.
>
> James JEANS.[1]

EN la introducción de este trabajo se ha enunciado ya la tesis del Espacio-Tiempo histórico. El Aprismo basa su Filosofía en este principio general: El devenir social es relativo y su relatividad está determinada por el *Espacio histórico* en el que se desarrolla la vida de los pueblos —escenario geográfico, raza, psicología y relaciones del hombre y el medio general—, y por el *Tiempo histórico* que marca el grado de su evolución económica, política y cultural, determinado por las

---

* Las frecuentes cartas que recibo pidiéndome "algo más" sobre la tesis del Espacio-Tiempo histórico, cuya Introducción —desglosada de los originales de un libro inédito— apareció en "Cuadernos Americanos" (1º de mayo de 1945) me lleva a entregar a esa gran revista un nuevo ensayo no publicado hasta hoy sobre el mismo tema.—H. de la T.

1 *Nuevos Fundamentos de la Ciencia*, Calpe, edit. 1936, pág. 90.

formas de producción y por el desarrollo social que ellas motivan o influyen.

Pero este *Espacio histórico* y este *Tiempo histórico* son inseparables entre sí. Por ende, se expresan en un solo término: *Espacio-Tiempo histórico.*

Y son inseparables porque el *Espacio histórico* no es sólo el espacio geográfico, que puede ser una zona inhabitada e inhabitable del mundo, como las regiones polares, la jungla o el mar mismo, también espacios geográficos. El espacio histórico supone, además, lo que Hegel llamaba "escenario de la Historia", vale decir continente geográfico y contenido humano, pero ya relacionados por las influencias que mutuamente se ejercen entre los evolucionados grupos sociales y la tierra que habitan y dominan, sobre la cual erigen un proceso cultural que implica una conciencia social.

Así también, *Tiempo histórico* no es el tiempo cronológico, ni el tiempo biológico, ni exclusivamente el tiempo subjetivo (Ich-Zeit) individual. Es el sentido y la expresión del *Tiempo social* que surge de la "trama de relaciones" —para acogernos a la precisa definición de Leibnitz—, entre el hombre como parte de la colectividad y su *Espacio histórico* determinador de lo que podríamos llamar su grado de conciencia cultural.

Por eso —repetimos—, Espacio y Tiempo históricos son inseparables y no es posible siquiera concebirlos o presentarlos aisladamente como no se puede concebir o presentar ya el Tiempo y el Espacio separados en el campo de los fenómenos físicos. Releamos las palabras de Minkowski, que Einstein ha hecho suyas: "Los conceptos de Espacio y Tiempo. . . tienen su fundamento en la Física experimental. En ello estriba su fortaleza. Son de tendencia revolucionaria. Desde ahora el Espacio por sí solo y el Tiempo por sí solo pasan al olvido y sólo una especie de unión entre ambos conservará existencia independiente.

Este nuevo concepto científico se eleva ahora a la categoría de generalización filosófica. Y así fundamos nuestro enunciado del Espacio-Tiempo histórico como la trama de relaciones o Sistema Coordinado (C. S.) de cada fenómeno social —inseparable de su escenario—, y del conjunto de ellos, expresado en la Historia, como coordinación *observable* de un

proceso de desarrollo de sucesos históricos y como conciencia colectiva de ese proceso.

Subrayamos el vocablo *observable* para darle un alcance relativista. El Espacio-Tiempo histórico, como conciencia social del proceso cultural de un pueblo, puede o no comparar su grado de evolución con el de otros Espacio-Tiempo históricos. Tal ocurre con los pueblos-faros o guías de la antigüedad, cuando cada uno de ellos, en un lapso dado de la Historia es expresión culminante y señera de la cultura universal. Pero se relativiza desde el momento que, como acontece en la época moderna, la coexistencia de otros Espacio-Tiempo históricos permite establecer una escala de valores de los diversos grados de evolución de otros grupos sociales conformados en lo que llamamos "Pueblo-Continentes".

Hegel fué, por eso, el descubridor genial de un proceso dialéctico de pueblos creadores de culturas que se suceden unos a otros hasta desembocar en la multiplicidad de los tiempos modernos.[2] Pero en nuestra Edad aparecen ya, inequívocamente, diversos Espacio-Tiempo históricos como conjuntos de fenómenos distintos y simultáneos. Y es de su relativo paralelismo que surge la estimativa de sus diferentes grados de evolución cultural y la inconciliable discrepancia entre la conocida y uniformadora cronología histórica europea y los múltiples "tiempos históricos" que cada "espacio histórico" determina.

Pero surge asimismo una estimativa de velocidad diversa en el proceso de evolución histórica de los pueblos comparando los más avanzados con los que marchan en grado menor o con los que los sajones llaman "backward peoples" o pueblos de retaguardia. En efecto, cuando decimos "pueblos avanzados" implicamos una estimativa de velocidad. Esto supone que para apreciarla tomamos como puntos de comparación a los que han alcanzado mayor y menor desarrollo integral. Empero, en nuestra época, como hemos anotado arriba, ya no se trata de un solo pueblo-guía, sino de una zona de

---

[2] "La primera categoría de la historia consiste en la visión de cambio de los individuos, de los pueblos, de los estados, que existen durante una época, atraen nuestra atención y después desaparecen. Es esta la categoría del devenir". (HEGEL, extractos de *La Razón en la Historia,* lecciones que sirven de introducción a la Filosofía de la Historia Universal).

pueblos que marchan a la cabeza de la evolución universal. Y así llegaremos inmediatamente a la conclusión de que la norma de mayor avance en los pueblos del mundo es su desarrollo en la técnica de producción. Hoy, los pueblos que marchan más velozmente en la evolución cultural del mundo son aquellos cuyos medios de producción se desarrollan técnicamente también con mayor velocidad.

Ahora bien, tomados éstos como expresión de máxima velocidad evolutiva, establecemos los grados de diverso "tiempo histórico", no coincidentes con la cronología generalizadora hasta hoy empleada. Ella corresponde a los pueblos que marcan el tiempo máximo —como en el Relativismo la velocidad de la luz es el punto de referencia para la estimativa del tiempo—, pero no a los que no alcanza la misma velocidad de evolución.

Burckhardt en sus "Reflexiones sobre la Historia Universal" avanza esta penetrante observación: "Hasta ahora, la filosofía de la Historia ha marchado siempre a la zaga de la Historia y procediendo por cortes horizontales; ha seguido siempre un orden cronológico" (Cap. I). Así los pueblos europeos —y su prolongación expandida norteamericana, en cierto modo—, pueden concebir su Historia clasificada en Antigua, Media, Moderna y Contemporánea. Pero esa clasificación meramente cronológica resulta deformada en cuanto la observamos desde otro Espacio-Tiempo histórico. Consecuentemente, toda universalización en la estimativa, toda aplicación niveladora absoluta de una misma medida rígida para los distintos Pueblo-Continentes de la tierra es, pues, equivocada por irreal. De allí deducimos que cada Espacio-Tiempo histórico es un determinador poderoso para la observación del proceso cultural y para la estimativa de las normas y estímulos que tiendan a acelerarlo.

Y de allí deducimos también que la universalidad de los principios sociales y políticos es siempre relativa y está condicionada por cada Espacio-Tiempo histórico. Es aquí donde, en nuestra opinión, incide una de las negaciones dialécticas del marxismo, cuyos principios universalistas y absolutos se congelan en dogmas rígidos al pretender imponerse indistintamente a todos los Espacio-Tiempo históricos.

Insistimos, sin embargo, en establecer las diferencias entre "distancia espacial" y "distancia histórica", a fin de recalcar,

en seguida, la descripción de velocidad y dirección en el Espacio-Tiempo histórico. Y recordamos el ejemplo de "la distancia espacial directa entre Inglaterra y Groenlandia, que puede ser menor que la que mide una línea aérea entre Inglaterra y el Japón, pero considerada como distancia en la Historia —lapso de evolución de tiempo histórico—, está más cerca Inglaterra de Japón que de Groenlandia".[3] Y queda así establecido que esa "distancia histórica" no la miden los kilómetros sino los grados de evolución social de pueblo a pueblo. Así, Lima está más cerca en distancia histórica de Santiago de Chile, Bogotá o Ciudad de México que del Gran Pajonal de la zona amazónica peruana o de la primitiva aldea indígena en cualquiera de sus aislados páramos andinos. Y más cerca mentalmente, se siente un obrero, un estudiante, un hombre culto peruano de un obrero, estudiante u hombre culto chileno, colombiano, mexicano o panameño que de un campa de nuestra selva. Esa proximidad no es geográfica sino "histórica", —dándole a la Historia su sentido social y su relación. Es una proximidad de grado de evolución, de plano de cultura, de tiempo histórico que no es el cronológico con que aquél se mide y calcula históricamente.

El grado de evolución de un Espacio-Tiempo histórico dado, su velocidad y dirección, están determinados, pues, por los alcances de su progreso cultural. Se hallan esencialmente vinculados a la técnica de la producción, vale decir a su economía; la que está determinada e influída, a su vez, por el medio geográfico, la capacidad biológica, racial, la intuición, la aptitud y grado de dominio de la Naturaleza, atributos colectivos todos éstos que accionan y reaccionan en el devenir histórico de los grupos sociales y en la conciencia de ese devenir.

En el proceso de desarrollo de los pueblos, es evidente que su mayor avance cultural está siempre en razón directa con su mayor potencia económica. La Historia lo demuestra así. Y en este aspecto el materialismo histórico ha logrado una amplísima confirmación. Empero, conviene esclarecer que esa mayor o menor potencia económica comporta una serie de factores determinantes que no sólo son la necesidad material

---

3 *Sinopsis Filosófica del Aprismo.* Ver "Claridad", Bs. As. 1936.

de vivir o el deseo de satisfacer urgencias puramente físicas o intelectuales.[4] Se descubren, asimismo, una serie de impulsos biológicos, raciales y mentales —fuerzas racionales e irracionales que diría Karl Manheim— que inciden en la realidad telúrica de un escenario geográfico dado, y que, además, coinciden con una época singular en la cual se completa el conjunto de lo que representa el Espacio-Tiempo histórico de un grupo social. Porque no basta que exista el territorio, su riqueza, la raza que lo habita, las condiciones de producción y densidad demográfica necesarias para que un estado cultural aflore y se engrandezca. Grecia —sirva de ejemplo—, no ha repetido la edad dorada de su luminosa misión rectora del pensamiento humano. Ahí están su cielo y sus montañas, su indesarrollada economía agrícola, su mezcla racial, sus ciudades tranquilas como también su Olimpo vacío y su Acrópolis muerta; ahí están las higueras que menciona Platón y los laureles que coronaron a Sófocles.[5] Pero el Espacio-Tiempo histórico de esa Grecia prócer que nos maravilló, pasó como pasaron el de Asiria, el de Persia, el de Egipto o el de China, el del Imperio musulmán o aquí, en Indoamérica, el de los incas, mayas o

[4] En cartas escritas en sus años postreros Engels admitió que tanto él como Marx habían sobreestimado la importancia de los valores económicos. "La situación económica es la base pero los varios elementos de la superestructura. . . influyen en muchos casos en el curso de la lucha histórica" (Engels, Carta a J. Bloch —21 de septiembre de 1890—. Marx & Engels Correspondence, 1846-1895. A Selection —1934— pág. 475). Cita del libro "Teoría del Derecho", por Edgard Bodenkeimer. Fondo de Cultura Económica. México, 1942, pág. 244.

[5] ¿Hay un Espacio-Tiempo estético? He aquí un tema sugestivo que es atinente a un nuevo intento de Filosofía de la Historia. Cuando contemplamos un paisaje chino del período Sung (960-1279) o un detalle de las pinturas humanas atribuídas a Li Tang o al emperador Hul Tsung (siglos XI y XII) o las esculturas de los Budas de Yung-Kan Shan-si del siglo VI, y volvemos los ojos a la pintura egipcia o griega y a sus esculturas, para luego detenernos en maderas, lienzos y estatuas del Medievo o del Renacimiento, apreciamos la belleza en cada una pero nuestra estimativa es indesvinculable de su respectivo Espacio-Tiempo. Así, con la pintura moderna europea o mexicana. ¿Es esto acordarse de Voltaire cuando decía que lo más bello para un sapo es una sapa? Sí, y algo más. Hay un sentido y concepto de belleza intemporal e inespacial, pero él se eleva de muchos Espacio-Tiempo estéticos. Tema éste que auxilia e ilustra el significado de esta tesis y sobre el que volveremos después.

aztecas. Y es que —repetimos—, no es sólo la economía, ni sólo la raza, ni sólo el clima o los determinadores físicos; ni sólo las influencias espirituales de otros pueblos. Es todo eso, pero coordinado y expresado en un grado máximo y consciente de velocidad histórica.

Así, los pueblos guías surgen, culminan y más tarde decaen. Pierden su velocidad histórica máxima y dejan de ser pueblos-faros, pueblos-antorchas, pueblos-luz. Y así los que llegan a ser los más adelantados, los más evolucionados, los pueblos-guías por su mayor desarrollo cultural, marcan el término de comparación de los grados inferiores de desenvolvimiento social dentro de sus respectivos Espacio-Tiempo históricos. La civilización egipcia fué la que señaló el índice máximo de la velocidad de evolución en su Espacio-Tiempo histórico. Si hoy resurgiera, sería un proceso cultural retrasado, anacrónico, lentísimo. Lo serían también cualesquiera de las grandes culturas que en su escenario y en su momento marcaron la más alta medida de evolución. Por eso la velocidad del Espacio-Tiempo histórico es relativa. Y aquello que pareció lo más veloz en progreso hace tres mil, o mil o quinientos años —o apenas una centuria—, deviene, con relación al grado de velocidad evolutiva contemporánea, tan pretérito e inoperante como un carro babilónico o una cuadriga romana.

UN TRATADO DE GEOLOGIA DINAMICA

EL PARICUTIN

Por el *Dr. ATL*

Entre los estudios publicados hasta la fecha en torno del nacimiento y desarrollo del Parícutin, pueden encontrarse algunos de carácter técnico, pero realizados dentro de un campo muy reducido. Otros puramente descriptivos que, a más del interés histórico tienen una importancia considerable bajo el punto de vista científico porque se refieren a la actividad del volcán durante los primeros meses, y gran número que tomando como pretexto el nuevo volcán, divagan por los campos de la erudición científica.

Las investigaciones en torno de este pequeño cono michoacano deberían haber sido realizadas obedeciendo a un programa general muy ampliamente establecido, y patrocinadas por el Gobierno, pero la guerra, en parte, y en parte la pobreza secular de nuestros Institutos Científicos, impidió que se verificasen estudios de carácter riguroso y continuado.

Yo he pretendido realizar un trabajo global en torno al Parícutin en una obra que lleva por título "Cómo Nace y Crece un Volcán", de la cual las notas de este artículo son una derivación.[1]

La zona en donde nació el Parícutin.—Ocupa la parte NW. del Estado de Michoacán, entre los grados 19 y 20 de

[1] Me ha parecido más adecuado al carácter de esta Revista analizar las características más importantes de la dinámica paricutínea que hacer un resumen de la historia del volcán y de sus innumerables manifestaciones, asuntos que el lector podrá encontrar en mi obra "Cómo Nace y Crece un Volcán", que aparecerá a mediados del presente año. En ella están estudiados todos los aspectos del volcán, y extendidas algunas hipótesis en torno de su dinámica y de su mecánica. 200 ilustraciones aclaran el texto.

latitud y 101 y 103 de longitud, situación vagamente aproximada.

Su actual relieve está formado por innumerables corrientes basálticas entre las cuales asoman, aquí y allá, rocas del Mioceno.

En las cartas aéreas levantadas por la Secretaría de Agricultura y por la Cía. Mexicana Aéreofoto, pueden contarse más de 1800 cráteres apagados, abiertos sobre pequeños conos, rodeados de lavas y cubiertos de coníferas. Todos son de pequeñas dimensiones, desde 50 hasta 500 metros. Entre estos aparatos volcánicos, del período Reciente, nació el Parícutin, que hoy aparece como un cono de tipo medio entre sus semejantes.

I Actividad del Parícutin durante sus primeras horas de vida.—La columna de humo negro que apareció en el llano de Quitzocho un poco después de las 17 del día 20 de febrero de 1943, manifestación primordial del volcán, tenía un diámetro aproximado de 1 metro en su base y se elevó, desde los primeros empujes, a una altura de más de 1 kilómetro. Estaba compuesta de material piroclástico y no era detonante. A las 19 se empezaron a oír fuertes truenos en el cráter que se estaba formando, y se percibieron violentas explosiones de vapor blanquecino que salían cerca de la primera erupción. Antes de medianoche el recién nacido alcanzaba una elevación de más de 20 metros, y su base se extendía, de oriente a poniente, por cerca de 60. Su actividad aumentaba de momento en momento en forma de grandes chorros de proyectiles incadescentes y de explosiones de gases, origen éstas de los fuertes tronidos que salían del cono. Desde un principio se notó que las dos erupciones salían separadas, lo que hacía suponer la existencia de dos orificios, término de dos chimeneas diferentes.

Poco después de medianoche la actividad se intensificó, y al amanecer, el cono, que tenía ya una altura de 60 metros, dejó ver, abajo de las columnas de gas y de humo negro, una masa rojiza, que corría lentamente por la desgarradura que se había producido en su flanco NE., mientras que de la boca a explosiones gaseosas brotaban grandes escorias lávicas, muy diferentes en forma y en brillo a los proyectiles piroclásticos.

Ya en pleno día —el 21— la masa ígnea que se vió salir de la abertura más baja había recorrido el flanco NE. del cono y arrojaba en su nacimiento un humo blanco. Algunos indí-

genas observaron que en el llano brotaban, del mismo suelo, chorros de fuego.

En la noche del día 21 el volcán tenía un aspecto imponente, más que por su volumen, por la colosal actividad de su cráter todo detonaciones y continuos empujes de arenas y proyectiles incandescentes sobre los cuales se elevaban volutas de humo negro a una altura de más de 2 kilómetros.

Los informes de los primeros días se deben al Ing. Ezequiel Ordóñez y tienen una importancia capital, en cuanto a la descripción de los aspectos eruptivos y a la extensión de las corrientes lávicas. Ellos se refieren también a un punto muy importante: la aparición de la lava, que el señor Ing. Ordóñez pudo observar el día 22 en la abertura oriental, y supuso, suposición muy exacta, que había nacido al principio de la erupción misma.

Hasta el 25 de ese mismo mes el volcán aumentó su actividad de hora en hora. La columna siguió construyendo el cono con grande rapidez, mientras otras fuerzas internas lo desgarraban hacia el NE. Podía observarse un verdadero sistema constructivo y destructivo, que se puso de manifiesto en forma sorprendente desde el mes de junio en adelante, como veremos en el capítulo VII.

Al llegar yo al volcán el 26 de febrero pude darme cuenta de que por la abertura señalada en el informe del Ing. Ordóñez se derramaba una corriente lávica que había inundado ya la parte N. del llano de Quitzocho formando grandes bancos.

En esa desgarradura NE. surgían promontorios que cambiaban de forma rápidamente, detrás de los que salían la gruesa y negra columna de material piroclástico, y a intervalos, la blanquecina compuesta de gases detonantes. Durante un momento en que el viento del E. arrojó contra los flancos del cráter ambas columnas, pude percibir claramente dos bocas y darme cuenta de que la lava no fluía por ninguna de ellas, sino más abajo, de una abertura no visible, colocada seguramente hacia el N., y aproximadamente a una altura de 25 ó 30 metros sobre el llano. La existencia de tres conductos, uno por el que salía material piroclástico, otro que arrojaba los gases blanquecinos y otro exclusivamente lávico, pudo ser comprobada en el mes de marzo y después del mes de junio en adelante, en forma que no dejaba lugar a duda.

La constatación de la existencia de estos tres conductos es de grande importancia para establecer una hipótesis sobre el mecanismo interno del Parícutin, lo que haremos al terminar este estudio.

El 27 el Parícutin era ya un aparato volcánico completo, formado por un cono elevado y voluminoso coronado de un colosal penacho de humo negro, y a ratos por explosiones de gases blanquecinos, y rodeado de corrientes de lava que se habían extendido por el llano de Quitzocho. (Figura 1).

II La Actividad eruptiva del Parícutin.—Puede dividirse en cinco manifestaciones:

I.—*Erupción típica central* (fig. 2), formada por una gran columna negra compuesta de material piroclástico, brotante de la boca poniente situada en el cono del cráter, y elevada en el espacio por empujes sucesivos, de 12 a 18 por minuto.

II.—*Erupción gascosa* (fig. 3), compuesta de vapor de agua a muy alta presión, acompañada de fuertes detonaciones y de escorias lávicas, producida por lo boca situada al NE. de la anterior.

III.—*Explosiones gaseosas de la lava,* que se producen antes de la salida de ésta por bocas laterales situadas en los flancos bajos del cono, o por inyeciones radiales extendidas fuera de él.

IV.—*Explosiones esporádicas,* nacidas de bocas adventicias en la zona N. del cono, exclusivamente.

V.—*Erupciones del Zapichu,* conito lateral del Parícutin.

Erupción típica central.—La explosión que inició la formación del Parícutin se produjo por una boca abierta en el fondo de una zanja y estaba compuesta de material piroclástico, violentamente elevado por gases a muy alta presión. Esta columna primordial aumentó enormemente su volumen durante todo el año de 1943, sin variar sus materiales y conservando su ritmo explosivo, 12 a 18 explosiones por minuto, como mínimo y como máximo.

Los materiales incandescentes que la componen tienen durante el día un color gris obscuro, a veces negro, pero por la noche aparecen con su verdadero carácter de pirotécnica telúrica.

La enorme potencia dinámica del diminuto volcán michoa-

cano lo coloca en lugar prominente entre todos los volcanes que el hombre ha visto nacer. Ni Monte Nuevo, ni el Chinyero, ni el Jorullo, ni el volcán de Rabaul, alcanzaron una potencia semejante.

Los fenómenos gaseosos que se verifican dentro de esta columna, tienen dos formas: una está compuesta de acumulaciones de gases a muy alta presión que estallan dentro del embudo y producen masas en forma de huso (fig. 4), y otra que está compuesta como la anterior, también de gases, pero que se eleva a 100, 300 y 500 metros, donde estallan. Ambas formaciones han lanzado los proyectiles más voluminosos salidos del volcán.

He visto, en innumerables ocasiones, salir del seno de esos husos y de las masas globulares de gas enormes bloques que a diferencia de todos los otros que componen la columna, no caen, sino que son proyectados violentísimamente como la bala de una pieza de artillería.

En el seno de esta columna son visibles dos diferentes manifestaciones eléctricas: las que se producen por el choque o rozamiento del material piroclástico en sus movimientos ascendentes o descendentes, y que dan origen a los *signos fulgurantes,* que Perret denominó "Flashing-Arcs". Esta denominación se debió a que Perret sólo pudo observar rayos en forma de arco, pero yo me he visto obligado a cambiarla porque en el Parícutin han aparecido con mucha frecuencia y extraordinaria abundancia, chispas eléctricas que producen rayos en forma de signos de integración, o arborescentes, y que por consiguiente ya no pueden denominarse como simples arcos relampagueantes. Estos signos fulgurantes son siempre de pequeñas dimensiones, de un color verde claro intensísimo, estallan violentamente, como un chasquido, y se presentan, lo que no se había observado hasta la fecha, no sólo en el seno de la columna sino en los chorros de proyectiles lanzados por las acumulaciones gaseosas sobre los flancos del cono, y muy cerca del suelo. (Fig. 5).

Otros fenómenos eléctricos: los rayos en zigzag provenientes de las nubes atmosféricas. Sólo en una ocasión pude observar que de los bordes del cráter se producían, *hacia arriba,* descargas eléctricas, también en zigzag, y a veces en forma arborescente, que perforaban la columna hasta sus más altas

volutas. El fenómeno duró toda la noche y no puede atribuirse a una acción atmosférica.

Erupción gaseosa.—Se caracteriza por su gran fuerza explosiva, por sus lacerantes detonaciones, por la gran cantidad de vapor de agua y porque nunca va acompañada de arenas ni de pequeños proyectiles, sino solamente de escorias lávicas, siempre muy flúidas. Estas erupciones sólo aparecen cuando la gran columna típica central se extingue, y desaparecen cuando ella vuelve a surgir. Las explosiones nunca se producen dentro del cráter, ni en la chimenea, como acontece con los empujes que forman la gran columna central, los que corresponden siempre a ruidos muy profundos y a sacudimientos constantes en los alrededores de la base del volcán. Los estallidos de las explosiones gaseosas mueven la atmósfera en ondas visibles muy transparentes, a veces de color violeta.

Explosiones gaseosas de la lava.—Se producen siempre en el orificio de salida de una corriente lávica, precisamente momentos antes de que esta fluya a la superficie, ya sea por los flancos inferiores del cono o por alguna inyección subterránea radial. Son explosiones de gas a muy alta presión, acompañadas de detonaciones violentas y también de jirones lávicos. Pocos instantes después de que la lava empieza a fluir las explosiones cesan y sólo vuelven a producirse de tiempo en tiempo cuando hay un flujo muy violento de magma en el conducto. En una sola ocasión esas explosiones produjeron nubes ardientes: el 21 de septiembre de 43.

Explosiones esporádicas de bocas adventicias.—Todas las bocas adventicias del Parícutin, se abrieron, sin excepción, en su flanco N., a lo ancho del desgajamiento que se verificó el 9 de junio de 43, y en una sola ocasión, en la parte superior W. del borde del cráter. Las explosiones que de ellas brotaron, estuvieron formadas por grandes nubes muy espesas, de color azul obscuro a su salida. No fueron detonantes ni continuas, exceptuando las de junio y de octubre de 43. La primera duró casi un mes y alcanzó un volumen muy considerable, elevándose a más de 2 kilómetros. Se presentó siempre a chorro continuo. La segunda fué semejante a la anterior, pero de menor volumen.

Erupciones del Zapichu.—La formación de este pequeño cono lateral, único hijo que ha tenido el Parícutin, se verificó

sobre una grieta radial nacida en la base del cono, larga de 600 metros. Aunque de pequeñas dimensiones ha tenido una actividad constante y a veces tremenda, ofuscando en dos ocasiones el fuego de las erupciones del Parícutin. Su luz era tan potente que se distinguía vivamente en pleno día. Estaban compuestas de masas de gas y de escorias lávicas y en sólo dos ocasiones arrojó materiales diferentes: piedra pómez en una, y arenas de color verde en la otra. No surgió lava por el cráter: siempre se derramó por la base del conito, hacia el N.

III Actividad efusiva.—Después de las primeras corrientes lávicas nacidas de febrero a abril de 43, el Parícutin ha derramado lava con abundancia por el costado N., pero sobre todo por el flanco SW., siempre por las partes bajas del cono, nunca arriba de 50 ó 60 metros, y por grietas radiales. Entre esas corrientes dos fueron potentes y largas. Una de ellas sepultó el pueblo de Parangaricutiro a 5 kilómetros del volcán, y la otra el pueblo de Parícutin, a 1 kilómetro. Puede calcularse, que las lavas cubren actualmente una superficie de 30 kilómetros cuadrados, alcanzando en las partes NW., cerca de los flancos del cono, espesores de 70 a 90 metros.

Grietas radiales.—La primera grieta aparecida el 22 de febrero de 43, no fué señalada más que por el Ing. Flores Covarrubias, y observada por mí desde el 26. El 10 de junio de 43 apareció una segunda grieta radial que se extendió de la base del cono hacia el N.; desde el 30 de junio apareció una tercera grieta que al cabo de 2 meses produjo levantamientos muy importantes y la cuarta dió nacimiento al Zapichu el 19 de octubre de 43, formando una de las corrientes de lava más abundante entre las que el volcán ha producido.

IV Carácter y análisis de algunos materiales vomitados por el volcán.—De los cuatro productos principales arrojados por todo volcán —lavas, material piroclástico, gases y cenizas— el Parícutin ha vomitado solamente tres: el cuarto, la ceniza, es inencontrable. Y antes de ir adelante se impone una pregunta: ¿las palabras sirven para denominar y distinguir las cosas, para singularizarlas, definirlas y evitar confusiones, o es indiferente dar el mismo nombre a cosas distintas? Esta pregunta obedece precisamente a la confusión que se hace en Geología entre *arenas* y *cenizas*.

La arena es un conjunto de partículas sueltas de una roca, y la ceniza es, en todo caso, *el residuo de color gris, extremadamente ligero, que resulta de la combustión de un cuerpo.* Las arenas del Parícutin no alcanzaron el grado de combustión suficiente para convertirse en cenizas. Estas aparecen rarísimamente en las erupciones del Parícutin y son prácticamente inencontrables. Cuando yo he leído en los artículos y en los libros publicados en torno del volcán, que los montes y los llanos habían sido "cubiertos de cenizas", me ha parecido que los señores investigadores, a más de cometer un error gramatical y químico demostraban una ceguera impropia de un estudioso de la naturaleza.

Pero si este cambio de nombre es una pura convención, semejante a la de llamar *columna* —cuerpo esencialmente estático— a una masa gaseosa en movimiento, aceptemos esa convención con toda la seriedad que merece una orden dictada desde el olimpo de la sabiduría.

El análisis de las rocas arrojadas por el Parícutin —lavas, arenas, proyectiles y bombas— ha sido hecha por diversos químicos del Instituto Geológico. Me parece que entre todos esos trabajos, y algunos de carácter privado, los más completos y más concienzudos, han sido realizados por el Prof. Eduardo Schmitter y por el Dr. Moehl. El primero publicó un amplio estudio —cosa rara— perfectamente ilustrado, en la obra "El Parícutin", y el segundo puso en mis manos un trabajo muy importante sobre las arenas, hecho con fines exclusivamente cerámicos, lo que da a su trabajo una importancia práctica considerable. De estos dos estudios puede deducirse que las rocas arrojadas por el Parícutin deben considerarse como basaltos de olivino, basaltos latíticos de olivino, prescindiendo de ciertos detalles de carácter químico y cristalográfico que no afectan la definición.

Los proyectiles y las bombas difieren en su estructura física y en su aspecto. Los proyectiles son rocas amorfas, que no obedecen a lo que podría llamarse "un molde de fabricación". Son macizos y de color blanquizco. En cambio, las bombas, asumen formas definidas, suficientemente características para poder establecer una clasificación especial. Ellas se han presentado raras veces en las erupciones del volcán, y son escasos

los ejemplares recogidos. Pueden reducirse a dos tipos: bombas bipolares a corteza de pan, y bombas bipolares compactas.

V Errores de clasificación.—En la mayor parte de los estudios que se han hecho sobre el Parícutin, no se ha procedido en forma independiente, situándose en un plano, diremos, personal, sin influencias de biblioteca, y sin prejuicios de sabiduría académica. Me refiero muy especialmente a las opiniones emitidas sobre el carácter y los aspectos de las erupciones paricutínicas. Desde un principio, y hasta la fecha, han sido y siguen siendo clasificadas como "strombolianas", sin tomar en consideración sus modalidades específicas. Gran número de geólogos y escritores han caído en el error de clasificarlas dentro de los sistemas establecidos desde Spallanzani, codificados por Sapper, Mallet, Lacroix y Mercalli, codificación a la cual se sujetan hoy día los estudiosos del vulcanismo. Esta es una moda cuyos caprichos opacan el valor científico de la investigación.

Cualquiera persona, aun sin muchos conocimientos vulcanológicos, que haya visto las erupciones del Strómboli y las del Parícutin, podrá comprender inmediatamente que la diferencia de aspecto entre ambas es muy grande, y si se quiere ser preciso, es necesario decir: las erupciones del Strómboli y las del Parícutin no tienen semejanza ni en su mecanismo, ni en su dinámica, ni en sus aspectos. Al clasificarlas, los técnicos se fundan sólo en la autoridad de los que han establecido ciertos códigos de clasificación eruptiva, y no en sus observaciones personales.

Durante los años de 1911 y 12 observé innumerables explosiones del Strómboli y las dibujé de lejos y de cerca, pudiendo darme cuenta de sus características dinámicas, y cuando en 1943 pude compararlas con las del Parícutin, tuve la evidencia de que se trataba de dos fenómenos diferentes.

En términos generales puede decirse que las erupciones strombolianas están formadas por chorros de preduscos que se elevan a muy poca altura, emisiones arrítmicas que no pueden encerrarse en períodos precisos y constantes, acompañadas de detonaciones brevísimas; erupciones periódicas de muy breve duración; pequeña altura de la erupción, que nunca ha alcanzado, ni en los tiempos presentes, ni en las reseñas históricas



Aspecto general del Parícutin en 1943.

(Fot. Marcs Saint Albams).

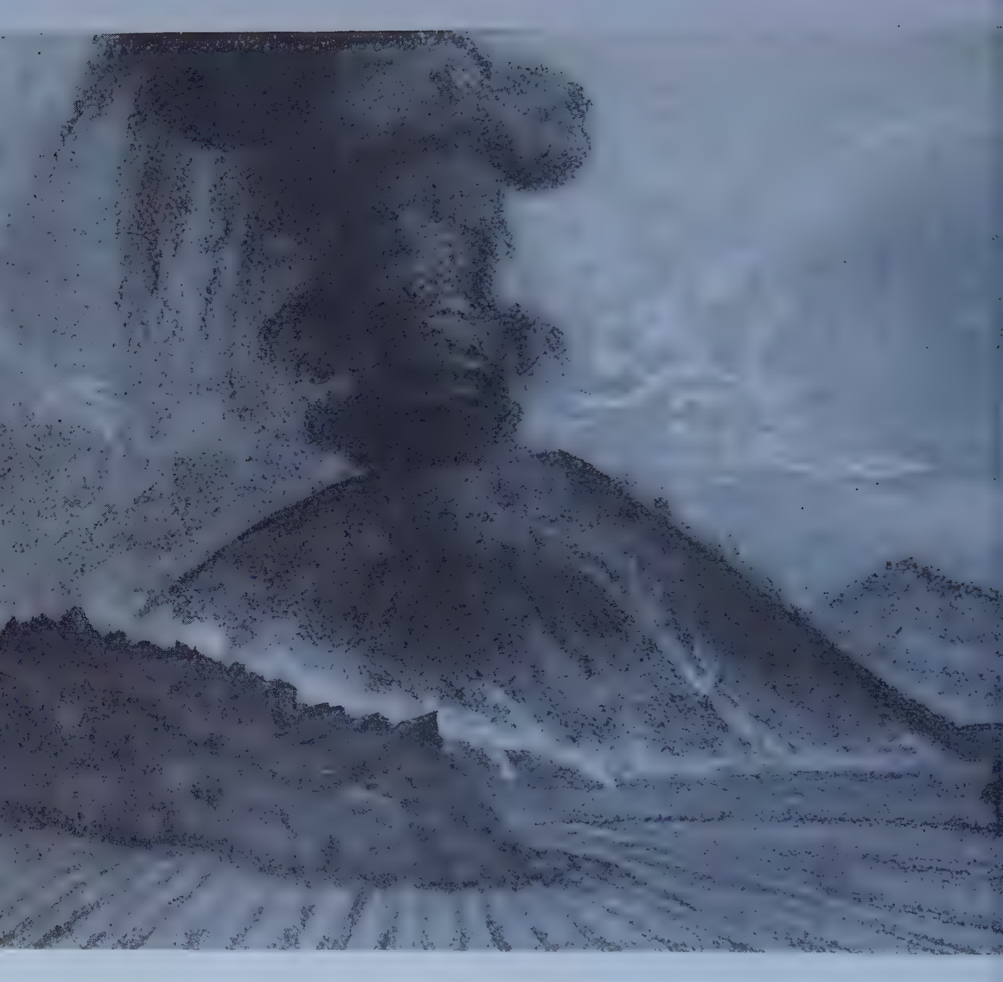


Fig. 1.—Aspecto del Parícutin el 26 de febrero, 1943, a los seis días de su nacimiento.

El Dr. Atl dib

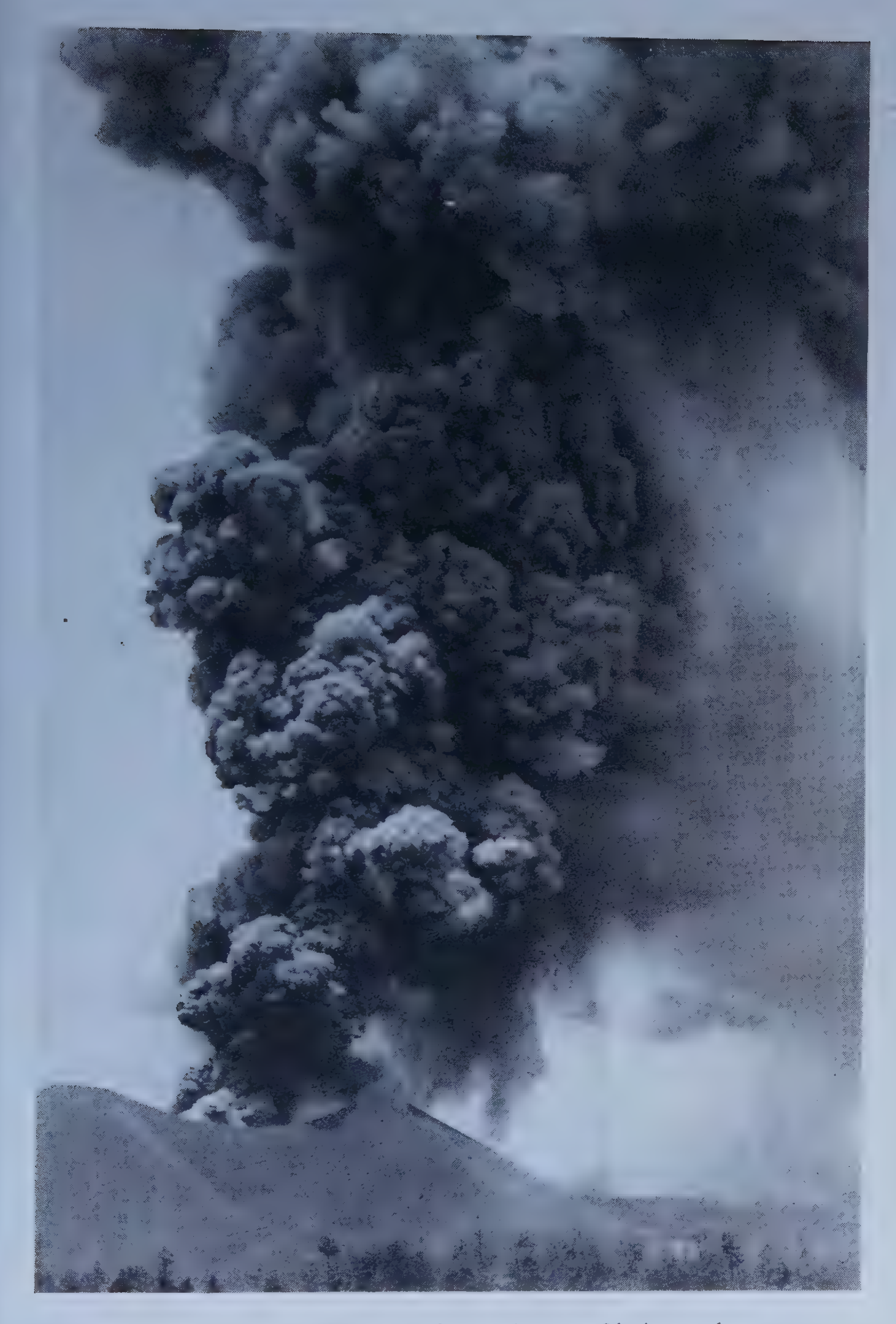


Fig. 2.—Erupción típica central del Parícutin. Obsérvese la compacticidad de las volutas y la fuerza de los empujes que se perciben hasta las masas blanquecinas, en la parte superior de la fotografía.



3.—Erupción gaseosa compuesta de gases detonantes. Se eleva a poca altura sobre el co
A veces se ven, en pleno día, relámpagos luminosos al producirse el estallido.

El Dr. Atl dibujó



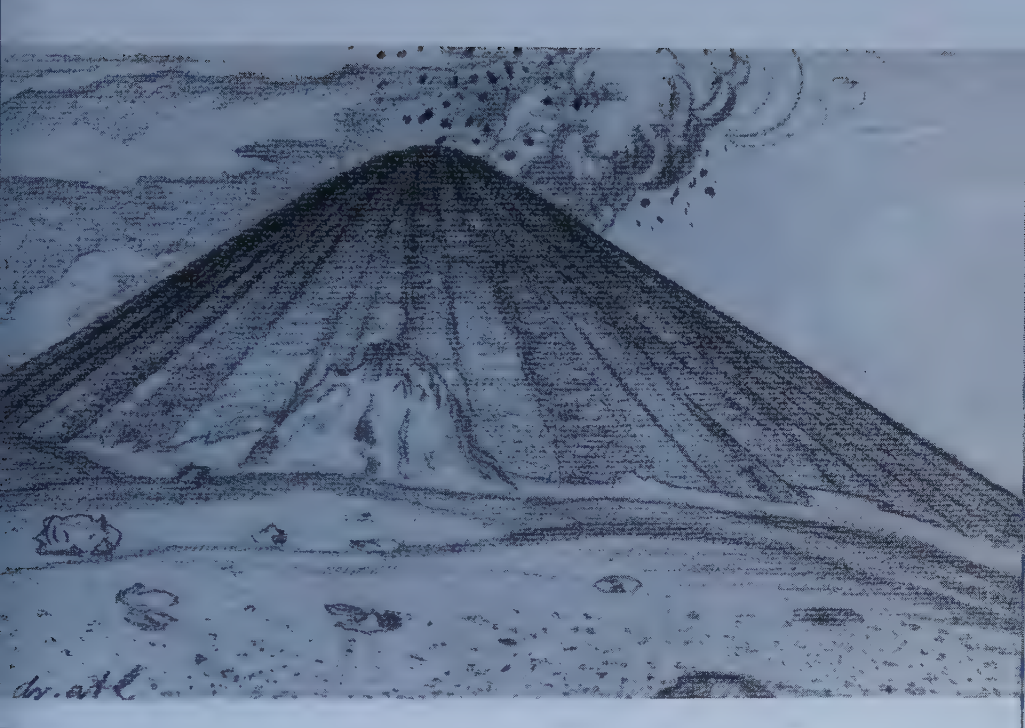
Fig. 4.—Explosión gaseosa en la columna central, en forma de huso. Se proyectan siempre en sentido diagonal, y han lanzado los proyectiles más voluminosos en las erupciones del volcán.

El Dr. Atl dibujó.



;. 5.—Fenómenos eléctricos dentro de la columna: los "signos fulgurantes". Son de pequ
dimensiones, de un color verde vivísimo, estallan como un chasquido.

El Dr. Atl dibu



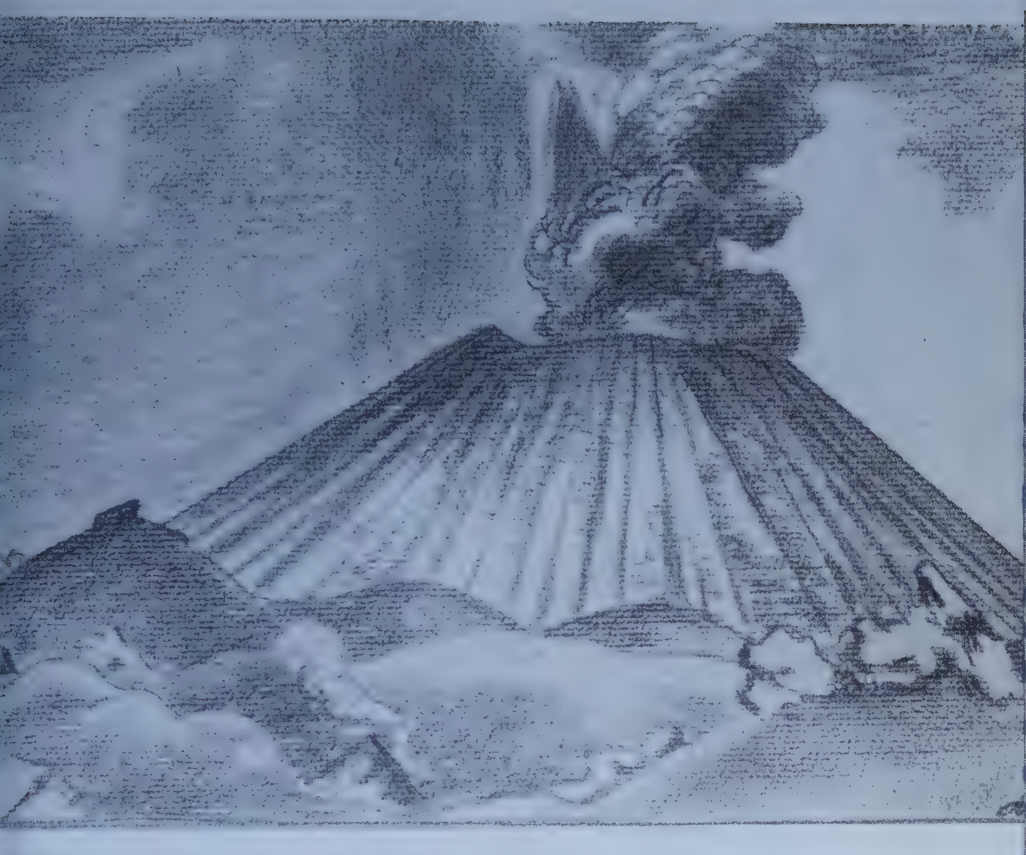
g. 6.—El Parícutin por el lado E., el 2 de junio de 1943, mostrando su estructura rigur
ente cónica, con una pequeña deformación al frente producida por el empuje lateral de una
rriente lávica que no salió a la superficie.

El Dr. Atl dib



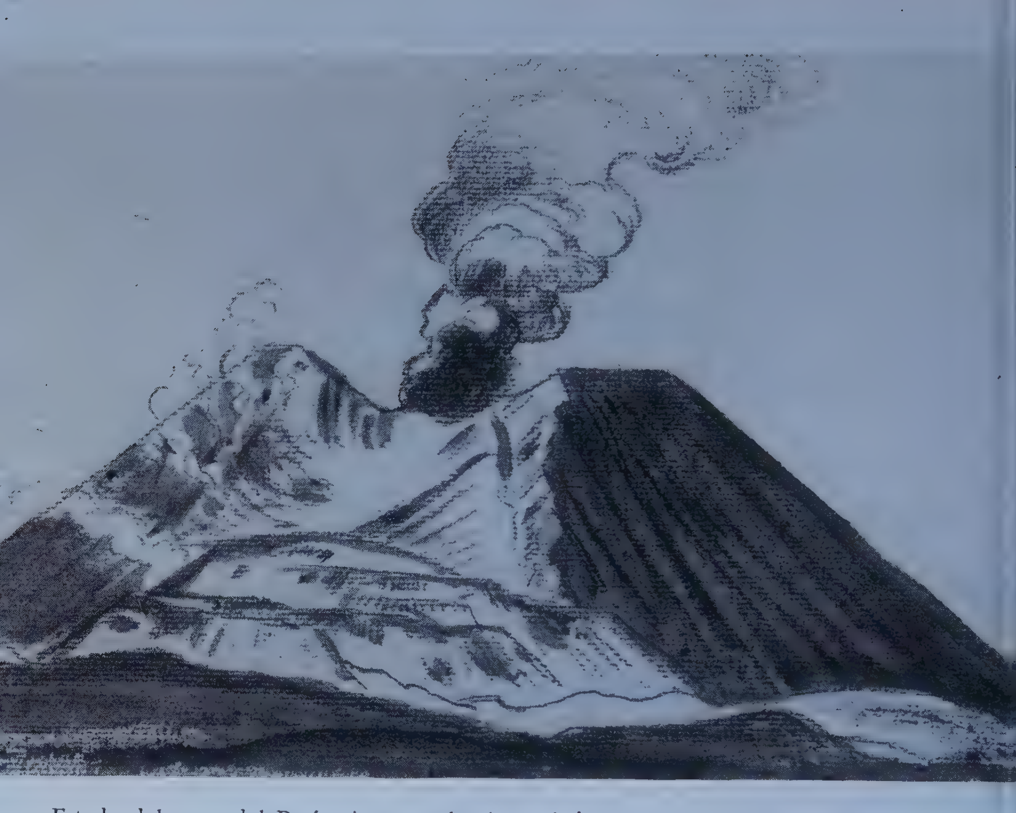
Fig. 7.—Aspecto del Parícutin por el lado N., el 5 de junio, mostrando su forma regular de cono truncado.

El Dr. Atl dibuj



. 8.—Aspecto del Parícutin por el lado N., el nueve de junio de 1943, pocas horas antes
se produjera un gran desgarramiento en su flanco. Nótese la simetría del cono y la regu
ridad de las estrías.

El Dr. Atl dibuj



9.—Estado del cono del Parícutin, por el mismo lado N., el 10 de junio 1943, ocho ho
ués del desgajamiento producido en la noche anterior. Las terrazas que se miran abajo
desgajamiento fueron producidas, en parte, por los escombros del derrumbe, y en parte
levantamientos del suelo.

El Dr. Atl dib



g. 10.—Una erupción llenando la desgarradura que sufrió el volcán el 9 de junio de 43. peraciones mecánicas de esta especie fueron más precisas, más *conscientes*, que las de cualq ser humano perito en descargar materiales.

El Dr. Atl dib



Fig. 11.—Esquema que explica la hipótesis entendida en el Cap. VIII, sobre la "eru ción dual" del Parícutin: 1. Masa magmática a *n* profundidad.—2. Magma tritura por gases, que se eleva por la chimenea W.—3. Límite superior de la columna láv en la chimenea NE.—4. Chimenea W. por donde sale la erupción típica del Parícutin. 5. Columna típica central de color negro, formada de material piroclástico, que alcan en 1943, elevaciones de 8, 10 y 12 kilómetros.—6. Explosión gaseosa.

El Dr. Atl dibuj

desde Tucídides, hace 2600 años, una altura superior a la del cono emisor.

Veamos ahora el tipo de la erupción paricutínea.

La columna está formada por una formidable cantidad de material fragmentado y se presenta invariablemente, con la característica que se atribuye al Strómboli y que nunca ha poseído: el ritmo explosivo, que se ha mantenido constantemente durante más de tres años: 12 a 18 explosiones por minuto, nunca más abajo ni más arriba de esas dos cifras; la erupción típica central del Parícutin no produce detonaciones: los empujes que la forman bufan, resoplan pero no detonan; la que detona es la erupción gaseosa, diferente de la anterior; el Parícutin ha tenido una sola erupción constante, igual a sí misma y potentísima durante un año entero, disminuyendo después en intensidad, pero no en ritmo, durante tres años más, alcanzando durante muchos meses un volumen y una altura enormemente superior a todas las del Stromboli.

El vulcanólogo De Fiore, que es seguramente quien más ha estudiado el célebre volcán de las Islas Lípari, tanto bajo el punto de vista histórico como geológico, publicó en la "Zeitschrift für vulkanologie", 1915, un estudio sobre los fenómenos eruptivos de ese volcán, en el que censura las arbitrarias clasificaciones establecidas por Spallanzani y la extraña teoría rítmica de Mallet, demostrando al mismo tiempo que el Strómboli nunca ha tenido erupciones rítmicas como generalmente se cree.

"Notaré, dice De Fiore en su estudio, que la analogía de fenómenos entre diversos volcanes obligue a admitir que el Strómboli tenga un mecanismo especial, y que para demostrarlo sea necesario recurrir a complicadas teorías, admitiendo que deba darse el nombre de *Stromboliane* a las explosiones que se verifican comúnmente en numerosos volcanes, las que deberían tomar el nombre de cualquiera de ellos".

Precisamente es el caso del Parícutin, cuyo mecanismo difiere del aparato Stromboliano, siendo fundamentalmente singular, típico, suyo propio.

El error de muchos investigadores nacionales y extranjeros, obedece a dos causas: la primera puede encontrarse en el hecho de que los estudiosos no habían visto nunca un volcán en erupción, y les cogió de nuevo el niño recién nacido en Mi-

choacán, impidiendo su inexperiencia que pudiesen establecer definiciones de acuerdo con la realidad de las cosas; la otra causa es el respeto, el temor al prestigio de los sabios consagrados cuyas opiniones son consideradas como preceptos religiosos.

Para formarse un concepto exacto del carácter de las erupciones paricutíneas, es necesario agregar algunas observaciones más para establecer las diferencias entre la actividad del pequeño cono michoacano y del celebérrimo volcán italiano: I.—El Parícutin nunca ha arrojado lava por el cráter como el Strómboli; II.—Ha tenido dos erupciones diferentes que se han sucedido a intervalos irregulares, y con distinta intensidad; III.—La escasa cantidad de material proyectado por el Strómboli, salvo raras excepciones, ha permitido siempre acercarse a los alrededores de sus bocas, mientras que jamás pudo hacerse lo mismo en el Parícutin, donde no fué dable llegar siquiera a la base de su cono durante todo el período de 1943, lo cual demuestra la tremenda violencia y continuidad de sus erupciones; IV.—Las erupciones del Strómboli, especialmente las de 1907, 1911, 12, 13 y 14, fueron extraordinariamente variables en intensidad, "arrítmicas o con un ritmo no constante y no definido", dice De Fiore, a las cuales correspondieron diversos mecanismos y diversas clases de materiales.

Nunca se ha visto en el volcán de las Islas Lípari una masa compacta de material piroclástico elevarse a una altura de más de 1 kilómetro sobre el cráter, ni alcanzar, por empujes sucesivos, 12 kilómetros de altura, ni se ha observado jamás que su mecanismo interno haya producido dos erupciones de carácter diferente, en tiempos también diferentes, pero ligadas a un mecanismo interno.

Por todo lo que antecede puede deducirse que la clasificación de las erupciones paricutíneas como strombolianas, constituye un error fundamental en la apreciación de los hechos visibles. Este error ha impedido que los investigadores puedan abrirse un camino para establecer alguna hipótesis sobre el mecanismo que produce la extraña y singular actividad paricutínea.

VI Fenómenos secundarios.—*Fumarolas.*—El estudio de las fumarolas tiene una importancia considerable porque nos

conduce a tomar contacto con los gases desprendidos de las lavas vivas, los que pueden haber conservado algunos de sus primitivos elementos. Es evidente que cuando los gases de las fumarolas son recogidos, están ya adicionados de elementos extraños, especialmente atmosféricos, y es por esto que se han considerado como fenómenos secundarios en la producción volcánica.

Aunque las fumarolas del Parícutin han sido estudiadas muy concienzudamente por diversos técnicos —lo que yo he podido constatar personalmente— pero hasta hoy, 1947, sólo se ha publicado un trabajo de conjunto realizado por el Dr. William F. Foshag del Departamento de Geología del U. S. National Museum, de Washington.

"Las fumarolas pueden dividirse toscamente en dos clases: fumarolas ácidas clorhídricas de baja temperatura y fumarolas de cloruro de amonio a alta temperatura. Las primeras se presentaron de preferencia a lo largo de las porciones norte-poniente y poniente de la corriente de marzo y a lo largo de los bordes de la corriente de junio, producen un olor a ácido clorhídrico y los vapores son blancos y las sales que se forman alrededor de sus orificios son de un color rojo, anaranjado, amarillo, frecuentemente blanco y rara vez verde pálido". "Las fumarolas alcalinas se presentan principalmente a lo largo de los frentes oriental y noreste de la corriente de marzo. Tienen un olor a quemado y rara vez se percibe un olor a amoníaco". (Notas tomadas del estudio del Dr. Foshag).

La temperatura de las fumarolas varía muy considerablemente desde su punto de origen en las profundas aberturas de las lavas hasta el momento de su salida a la superficie, es decir, de 120 C. a 60 C.

A partir de mayo de 43 hasta febrero de 44 fueron abundantísimas en las frentes norte y NW. de las lavas, intensificando su actividad muy notablemente con la humedad de la atmósfera en los meses de junio a octubre de 43. En este año de 47 estos vapores son muy escasos.

VII La mecánica externa del Parícutin.—Después de que el volcán devino un aparato volcánico completo, lo que aconteció en el mes de mayo de 43, el cono, bajo la acción de la gran columna central fué adquiriendo una estructura cada

día más perfecta, una *condición plástica* de vasija que se manufactura en el torno de un alfarero, a cada instante más modelada. En el curso de ese mes de mayo y en los primeros días de junio, esa condición plástica, alcanzó su límite. (Figs. 6, 7 y 8). Yo supuse que el volcán había llegado a su período definitivo de evolución, y que probablemente se extinguiría. Pero no fué así. Sucedió que las fuerzas internas lo desgajaron el 9 de junio de 43 por la noche, derrumbaron su flanco N. que se extendió en largas lomas frente a la base del cono. (Fig. 9). Posteriormente el 14, y luego el 17 del mismo mes, dos poderosas corrientes de lava aparecieron en la parte interior del desgajamiento, y desde el día 20, la gran columna central se dedicó día y noche a reparar el daño, rellenando con su abundantísimo material, y usando de una pericia técnica incomparable, primero los hoyos más profundos, después los taludes irregulares, completando su trabajo con la construcción de bordes en los lugares adecuados para detener el material derramado, sin que se perdiera una sola piedra. (Fig. 10).

Tres meses después, en septiembre, se produjeron fenómenos semejantes. El cono, ya reparado por la columna adquirió de nuevo su plenitud plástica: volvió a ser la vasija bien modelada en el torno de un alfarero, y una vez completa, las fuerzas internas lo destrozaron, produciéndose al mismo tiempo algunos fenómenos efusivos. La columna renovó su sistema reconstructor, de una manera tan evidente, con una técnica tan perfecta, y una tan grande rapidez, que nuestros métodos humanos son incapaces de alcanzar en precisión y mucho menos en magnitud.

Dicho más concretamente: a la perfección plástica del cono siguió siempre la acción destructora de una fuerza interna, a la cual respondía inmediatamente el metódico trabajo reparador de la columna.

¿Obedece este mecanismo a un orden preestablecido? ¿A cuál orden? ¿Al establecido por una divinidad reguladora de todos los eventos del Universo? ¿O es uno de tantos movimientos de un sistema mecánico autónomo e inconsciente?

Nos encontramos ante hechos tangibles que nos llevan más allá de los simples estudios analíticos de laboratorio. Se trata de hechos fundamentales de orden universal, tan impor-

tantes y complicados como la rotación de un planeta en torno de un sol, ligados a principios mecánicos de carácter cósmico que nos conducen a estudiar la cuestión bajo los más diversos aspectos —metafísico, religioso, científico, filosófico— para encontrar una explicación, pero siempre en sentidos divergentes.

Los tres fenómenos de que nos estamos ocupando, y que presentan un ritmo mecánico tan sorprendente, nos parecen sujetos a una ley ineludible, y los consideramos como lógicos o racionales porque los interpretamos a través de un concepto fundamentalmente antropomorfo. Si nosotros no existiéramos sobre la superficie de la tierra, esa mecánica admirable carecería de sentido.

VIII. La mecánica interna del Parícutin.—Si la externa puede considerarse objetivamente e interpretarse bajo diversos aspectos, la interna es un enigma. Más abajo de las bocas por donde salen las erupciones o las emisiones lávicas, no sabemos nada. Todo tenemos que inventarlo, suponerlo más o menos arbitrariamente, o deducirlo.

Para sentar una hipótesis sobre el mecanismo de este volcancito tan importante, sería necesario establecer primero una complicada cronología de los hechos o fenómenos que le dieron origen y una serie de estudios en torno de los múltiples fenómenos sísmicos que se han verificado y se siguen verificando alrededor del cono, y, sobre todo, tratar de explicar *la erupción dual* —la piroclástica y la gaseosa— que es la manifestación externa más importante del volcán.

Esta exposición ocuparía muchas páginas de Cuadernos Americanos, y debo limitarme a exponer solamente un resumen del trabajo contenido en la obra "Cómo Nace y Crece un Volcán", donde el asunto está tratado con la necesaria amplitud.

El aparato volcánico paricutíneo tiene dos bocas situadas en el fondo del cráter, una hacia el W. y la otra hacia el NE. de la primera, divididas por un borde de material fragmentado; la boca W. produce solamente erupciones de material piroclástico de una grandísima pujanza y nunca explosiones detonantes ni escorias lávicas; la boca NE. arroja exclusivamente gases detonantes acompañados invariablemente de escorias lávicas y nunca de material piroclástico; cuando una columna se extingue, la otra surge y nunca aparecen las

dos al mismo tiempo; por ninguna de las dos bocas se han producido derrames lávicos, los que han salido invariablemente en la base del cono por el S., la mayor parte, y por el lado N. en cuatro ocasiones, a un nivel nunca superior a 70 metros, en todos los casos.

Siendo los materiales arrojados por ambas bocas de idéntica composición química y saliendo casi juntos, pero nunca al mismo tiempo, es evidente que todos provienen de la misma fuente ígnea.

Supongamos a una profundidad cualquiera un cuerpo magmático impregnado de gases a muy alta presión y elevada temperatura que se ha abierto paso a través de las capas superiores de la corteza, y sigamos suponiendo que el magma, a cierta profundidad, es triturado por los gases que lo saturan y elevado en forma de material fragmentado hasta perforar la parte exterior de la corteza.

Que la trituración tuvo lugar a cierta profundidad, no admite duda, puesto que triturados salieron los materiales a la superficie, y así han seguido saliendo, desde el momento que aparecieron por la primera vez, durante 4 años consecutivos. Hasta aquí la explicación o la constatación es admisible y hasta cierto punto clara, pero surge inmediatamente otro hecho que complica las suposiciones: la erupción gaseosa que sale al lado de la columna de humo negro.

¿Por qué la erupción de material piroclástico, siendo tan densa y tan violenta se produce sólo por una chimenea y no por las dos, estando tan cerca la una de la otra? ¿Por qué cuando una erupción surge la otra se extingue, o por qué no salen las dos mezcladas?

Indudablemente se trata de un fenómeno producido por una disposición estructural muy especial de la cámara magmática. Esto fundamentalmente, pero debe también tomarse en consideración la presión hidrostática de la columna de lava que se eleva por la chimenea NE., y cuya presencia es manifiesta, aunque esa presión no explicaría sino en un solo detalle el mecanismo eruptivo del Parícutin.

Sigamos suponiendo la cámara magmática a la profundidad X y que los gases acumulados en su superficie eleven el material que han fragmentado por una chimenea, y sigamos suponiendo que parte de esa masa magmática se ha desplazado a cierta distancia de la otra, elevándose también, y que entre

las dos ha quedado un muro de la corteza terrestre más o menos considerable, en la parte inferior. La lava flúida que se eleva por la chimenea NE. está menos cargada de gases y sólo tiene la fuerza para subir nada más hasta cierta altura, nunca superior a la boca de la misma chimenea. Esta, desde el punto a donde llega la lava, y hacia arriba, forma una válvula de escape que da salida a los gases y a escasa cantidad de escorias lávicas.

Puede conjeturarse que la gran columna negra es producida por la mayor cantidad de gases contenidos en la masa magmática, y que la lava y las erupciones gaseosas son empujadas por masas de gas menos potentes. Esta división, como ya hemos anotado, puede atribuirse a la estructura especial de la cámara magmática. Agreguemos otras observaciones: a).—El hecho constante de la extinción de una columna cuando la otra surge; b).—La identidad química de los materiales que a las dos componen; c).—La ausencia de trepidaciones en la base del cono y en el suelo adyacente cuando la erupción gaseosa surge y d).—La trepidación rítmica de esa base y de ese suelo cuando funciona la erupción piroclástica, lo que indica que las explosiones que empujan esta columna, se verifican abajo del mismo cono.

Si la extinción de la gran columna central puede explicarse por un desplazamiento de los gases, la desaparición de la erupción gaseosa podría atribuirse a taponamiento, el que una vez realizado permitiría la incorporación total de los gases a la masa magmática, triturarla y crear la gran columna típica central.

La suposición de dos fuentes ígneas productoras de dos erupciones diferentes, está fuera de cuadro, si tomamos en consideración el carácter y la rigurosa precisión de los fenómenos eruptivos del Parícutin y la idéntica composición química de los productos eruptados. Se trata de una sola fuente ígnea con un especial mecanismo a ella ligado.

El diagrama adjunto expone con mayor claridad la hipótesis mecánica sentada en las líneas anteriores. (Fig. 11).

NACIMIENTO DE UNA CONCIENCIA AMERICANA

Los americanos debemos a un europeo, al profesor italiano Antonello Gerbi, ahora residente en el Perú, uno de los más sugestivos e interesantes estudios que se han escrito en torno a las polémicas que sobre la naturaleza de América y del americano se han entablado polémicas que se fué formando una conciencia de América y de lo americano. Hostigados o alentados por las interpretaciones de los europeos, los americanos fueron tomando conciencia de lo que en nuestros días lleva el nombre de americanidad.

La historia de estas polémicas se remonta bien lejos y sus ecos repercuten aún en nuestros días. La Conquista española había dado origen a una violenta controversia en torno a la naturaleza de los habitantes de estas tierras: Las Casas contra Sepúlveda. Pero más violenta aún será la polémica a la que darán lugar las tesis naturalistas de Jorge Luis Leclerc de Buffon y las "calumniosas" interpretaciones de De Pauw sobre la flora, la fauna y el hombre americanos. Buffon y De Pauw representan una especie de reacción del siglo de las Luces contra el XVII que había hecho de América una tierra de utopías, y del americano el modelo del hombre sin historia, tal como lo veía Montaigne y lo dejaba entrever Descartes.

Buffon muestra en sus investigaciones de naturalista la inferioridad del mundo americano: inferioridad a la que no escapa ninguna de sus criaturas. Buffon considera el Continente americano como *inmaturo* —dice Gerbi— muchas especies animales de su parte meridional como imperfectas por degeneradas y al hombre como afligido por deficiencias que, si bien no le impiden adaptarse al ambiente, le hacen en extremo difícil adaptar el ambiente a sí mismo, dominándolo y modificándolo, con lo que se asocia así, hasta cierto punto, a la triste suerte de otros animales superiores.

En esta tierra, dirá Buffon, los animales domésticos del viejo mundo se achican o se hacen estériles. Por lo que se refiere a su propia fauna las especies son más escasas y las tallas más chicas. En

---

* ANTONELLO GERBI: *Viejas polémicas sobre el Nuevo Mundo*, Banco de Crédito del Perú. Lima, 1946.

cuanto al hombre, a los naturales: "el salvaje es débil y pequeño en cuanto a sus órganos de generación. No tiene ni vello ni barba y carece de ardor para su hembra". La naturaleza americana se muestra hostil al desarrollo de los animales, los únicos animales que se reproducen en gran cantidad y alcanzan tamaños no conocidos en el viejo mundo son los reptiles y los insectos: los animales de sangre fría. "Frío es el salvaje. Fría la serpiente. Fríos son los animales de sangre fría. Y, en América, reptiles e insectos pululan por doquiera y a menudo tienen formas gigantescas". América es un Continente húmedo, con un clima cálido y muelle y por ende malsano. América es un Continente nuevo, apenas recién salido de las aguas. Continente nuevo y por ende inmaturo. Este Continente está aún intacto, el hombre no ha podido todavía tomar posesión de él, "dentro de algunos siglos —predice Buffon—, cuando se hayan roturado las tierras, talado los bosques, encauzado los ríos y controlado las aguas, esta misma tierra ha de devenir la más fecunda, la más sana y la más rica de todas, como ya parece serlo en todas las regiones que el hombre ha trabajado".

Pero esto sólo es válido para el futuro, lo importante es el presente, y en el presente de Buffon sólo existe el viejo mundo ya maduro y perfecto, "listo para servir de canon, de paradigma, de punto de referencia para cualquier otra fauna, de cualquier otra parte del mundo". Buffon, al igual que Hegel más tarde, no va a perder su tiempo en la discusión del futuro de América, lo único importante son los grandes hechos. Idea que Gerbi critica e invalida diciendo "La introducción de los conceptos abstractos e imprecisos de *grande* y de *pequeño* es ruinosa para la comprensión de la realidad".

Las tesis de Buffon serán pronto objetadas por los americanos; pero nada va a irritar tanto a éstos como las derivaciones que de estas tesis va a sacar el "Prusiano" Cornelio de Pauw. Este es un "Ilustrado" ciento por ciento con una gran fe en el progreso y una absoluta falta de fe en el hombre. De Pauw es un antirousseauniano, no cree en la bondad del hombre y por lo mismo tampoco cree en la bondad natural de los americanos. Para De Pauw, a diferencia de Las Casas, el americano no es débil por ser bueno, sino por ser un degenerado. Su fobia contra la utopía americana llega hasta la calumnia, afirmando "que en el clima americano muchos animales pierden la cola, los perros ya no saben aullar, la carne del buey se torna correosa y los órganos genitales del camello cesan de funcionar; explica que los pe-

ruanos son como esos camellos y por eso impúberes"; al Cuzco lo llama "un hacinamiento de chocitas, sin buhardillas y sin ventanas"; y en esta "Aldehuela" del Cuzco existía una universidad "donde ignorantes diplomados, que no sabían ni leer ni escribir, enseñaban la filosofía a otros ignorantes que no sabían ni hablar". En cuanto al hierro de América dice: "es infinitamente inferior al de nuestro Continente, de tal manera que sería imposible fabricar clavos con él".

Sin embargo, un "Ilustrado" como De Pauw va a tener que ser congruente con su filosofía y aceptar el Progreso para América, desde luego, el progreso traído a este Continente por los europeos, a esto lo obliga la defensa que de los americanos hace el abate Pernety. De Pauw va ahora a sostener que los americanos eran degenerados cuando el descubrimiento, pero que su relación con los europeos los ha hecho prosperar. "Al cabo de trescientos años América se parecerá tan poco a lo que es hoy día —dice—, cuanto hoy se parece poco a lo que era en el momento del descubrimiento". Es más, se permite predecir el futuro y habla de América como el Continente que en el futuro obtendrá su completa independencia: América es un Continente pobre, explotado y dominado porque tiene que recibir de Europa todos los artículos manufacturados y porque no está suficientemente poblado. América es "hablando en términos políticos, el país más desgraciado del mundo; pues siempre está enteramente a discreción de los extranjeros". Se encuentra tan esclavizada a Europa "que su completa independencia es una cosa moralmente imposible; *pero no lo será más con el tiempo*".

Los americanos, los del Norte que habían logrado su independencia, y los del Sur que conspiraban por obtenerla, no habrían de aceptar estas tesis que los denigraba al mismo tiempo que justificaba el dominio que sobre ellos se había ejercido o se ejercía. Tomás Jefferson tomaba con calor la defensa de América. "El sabio Franklin daba a Raynal —otro de los detractores de América— una lección práctica invitándolo a cenar con otros cinco franceses de pequeña estatura y con cinco americanos tan gigantescos como el irónico anfitrión". Jefferson en sus *Notes on Virginia* hace una brillante defensa del suelo y fauna americanas: El mamut era presentado como el mejor ejemplo contra la tesis de Buffon de que en América no se podían dar grandes especies. En cuanto a la humedad de que se acusaba a la América, también era una tesis falsa; ya Franklin había notado cómo Londres y París eran más húmedos que Filadelfia. Pero

quizá la pretendida humedad de América se debía más bien al hecho de que ésta había sido descrita por españoles y portugueses oriundos de países que figuran entre los más secos. "Un irlandés, un sueco o un finlandés habrían encontrado probablemente que Sudamérica es una tierra seca y árida", decía Jefferson.

Los hispanoamericanos contestarán a los "errores" de Buffon y a las "calumnias" de De Pauw con diversos estudios sobre la fauna, la flora, el suelo y la historia de América. Entre estos trabajos se destacará el del mexicano Clavigero en el que se hace una apología del indio mexicano, mostrando la superioridad de muchas de sus costumbres, y por lo que respecta a sus defectos lo poco que los europeos podían criticarlos dados los que a su vez tenían. El padre Molina hace la rehabilitación de la naturaleza chilena. Molina concluye simplemente diciendo que la naturaleza americana no es inferior, simplemente es distinta.

El autor, Antonello Gerbi, hace notar cómo en torno a estas polémicas en defensa del suelo de América se va dejando sentir un sentimiento patrio. "Se advierte —dice— un nuevo sentimiento de apego al propio país, algo así como un nuevo patriotismo físico". En efecto, por lo que se refiere a nuestro Clavigero ya son conocidas las relaciones que sus ideas tienen con las que más tarde habrán de dar lugar a nuestra independencia. El padre catalán Benito María de Moxó, arzobispo de Chuquisaca escribe unas *Cartas mexicanas* en las cuales también polemiza contra De Pauw haciendo la defensa de América. Las cartas son un homenaje a España y una defensa contra sus detractores; defensa que es a su vez una denuncia de los males de la administración española y una invitación a corregirlos haciendo ver "que la América no era una colonia, sino una parte integrante de la monarquía". A estos críticos de De Pauw se unen otros como el limeño José Manuel Dávalos y su rival el naturalista Hipólito Unanue: como Caldas que había de ser sacrificado por iniciar la lucha por la independencia de su patria, Nueva Granada; y como José Cecilio del Valle, libertador de Centroamérica.

De Pauw, cuyo libro había sido juzgado por la Inquisición de España como "lleno de injurias a la Nación Española, principalmente a los conquistadores, tratándolos a éstos de bárbaros, ladrones, crueles e inhumanos" es a su vez visto por los criollos como anti-americano y aliados de los españoles. Pues al afirmar la degeneración de los habitantes de América está proporcionando argumentos a la Me-

trópoli para mantener su dominio. Fray Servando Teresa de Mier decía: "Después que el prusiano Pauw trabajó nueve o diez años como un escarabajo para formar su pelotilla de cuanto malo habían dicho de la América y habitantes sus tiranos, los españoles han dado en regodearse con esta putrefacción para echárnosla en cara como si todavía fuésemos los antiguos indios".

Gerbi señala con agudeza las principales razones de la reacción *naturalista* de los americanos contra De Pauw. Una de estas razones era de carácter político: Pueblos sin historia propia, dependientes de otras naciones, no podían sentirse orgullosos de un pasado colonial y teocrático, como el de los hispanoamericanos. En cambio sí podían, o querían sentirse orgullosos de su suelo, de su geografía; de una naturaleza vigorosa y fecunda "exuberante, rica en todos sus reinos, que parecía prometer generosamente y hasta garantizar un desarrollo sin límites". El Anti-historicismo de que hizo gala el setecientos daba los argumentos filosóficos de que tanto necesitaban países pobres de historia propia, o que al menos así lo parecían. De aquí, nos dice Gerbi, "que tesis como la de Buffon y De Pauw que atacaban y envilecían la naturaleza americana, tenían que chocar, herir y provocar a quien había puesto su nueva fe y su más alta esperanza precisamente en aquella naturaleza". Ahora bien, mientras tanto, al alborar la lucha política por la Independencia de Hispanoamérica, los jesuítas desterrados en Roma al defender no sólo la flora y fauna americanas, sino al hacer la historia de los habitantes naturales de estas tierras, iban ofreciendo a sus rebelados compatriotas todo un arsenal de glorias y de tradiciones de las cuales podían enorgullecerse como propias.

LA idea de la inmadurez y juventud de América volverá a resurgir en la pluma de los románticos; pero ya no para denigrar a los americanos, sino para hacer de América nuevamente, como ya lo había hecho dos siglos antes Montaigne, un mundo del futuro, un mundo heredero de esa Vieja Europa que volvía a decepcionar a sus hombres. En Bernardin de Saint-Pierre "la naturaleza parece haber asignado a América el carácter de la infancia. Ha hecho su temperatura en general suave y húmeda, como la de los niños". "La naturaleza ha provisto a los habitantes de las Américas de un alimento fácil de recoger y bien protegidos contra la intemperie y las aves. . .". Son rarísimas las bestias peligrosas; en tanto que abundan los monos los cuales "se abandonan a mil juegos inocentes"; así como también abundan las deleitosas

aves canoras. En otras palabras: América es presentada como un paraíso, como nueva tierra de promisión. Aquí, observa Gerbi, "la América está todavía caracterizada por una inmadurez fisiológica; pero está alegorizada, pierde todo significado deprecativo".

ESTA idea de la juventud de América sí que era aceptada por los americanos en lucha por alcanzar sus libertades. La exaltación de una naturaleza plena, exuberante, no estaba en contradicción con una idea de juventud. Pueblos sin historia aspiraban a hacer la historia. El pasado no era sino aquello contra lo cual tenían que luchar, el futuro la justificación de esta lucha. Esta es la polémica que en Norteamérica entabla Paine contra las ideas conservadoras de Burke, las cuales vienen a negar, en último término, el derecho a ser libres de los pueblos de América. El rousseauniano Vidaurre en su *Discurso a la Asamblea de Panamá* decía: "los habitantes de las Américas que fueron españoles. . . restituídos al estado de la naturaleza, libres e independientes. . . son más perfectos que en los días próximos a la creación". O en otras palabras, con la Independencia de América se iniciaba nuevamente la historia. Una historia racional, planificada, de la cual los únicos responsables habían de ser los americanos.

"Pero —nos dice Antonello Gerbi— cuando, al prevalecer en Europa el historicismo y más aún el culto al pasado y de las tradiciones, la antigüedad pareció un atributo más glorioso que la juventud, les fué fácil a los americanos redescubrirse y ufanarse de viejísimos, mucho más viejos y más estabilizados que la turbulenta Europa". Tal es, podemos agregar, lo que en nuestros días proclama América al reclamar un puesto director como lo hacen los Estados Unidos o una participación activa en las responsabilidades del mundo actual, como lo reclamamos los iberoamericanos. Un espíritu de madurez y de sentimiento de haber alcanzado la mayoría de edad, es el que parece animar a América en esta época de nueva crisis europea. Gerbi muestra como en nuestros días el peruano Luis Alberto Sánchez ha señalado, una serie de hechos histórico-sociales que han permitido afianzar la conciencia histórica de los americanos. Hechos como la frustrada tentativa de Florentino Ameghino para afianzar la teoría del Homo *pampeanus;* la victoria de los Estados Unidos sobre España en 1898, a la que habrá de agregar sus últimas victorias en el viejo mundo, tanto en el Oriente como en el Occidente. La caída de Porfirio Díaz con sus influencias extranjeras y la Revolución mexicana. A lo que

habrá que agregar el desprestigio de Europa tanto por la primera gran guerra como por la segunda.

Por las páginas de este insuperable libro desfilan otros muchos detractores y defensores de la América. El ya citado Hegel, que congruente con su idea de que si la realidad no se adapta a las ideas "peor para la realidad", cierra los ojos ante esa realidad que es América y que destruye la armonía establecida por su filosofía. La tesis de los reaccionarios Schlegel y De Maistre negativa para América. La de Darwin que se opone a Buffon. La de Schopenhauer que acepta la decadencia e imperfección de la fauna americana porque así conviene a su sistema, hasta llegar a Leopardi que extiende la idea de la degeneración de América a todo el género humano. Ortega y Gasset, que parece alarmado por las pretensiones de una América directora, surge aquí calmando lo que considera impaciencia americana: "¡Jóvenes, todavía no!... En rigor... no habéis hecho aún nada. América no ha empezado aún su historia universal".

En nuestros días, la tesis de la inferioridad de América y su contraria están bien lejos de hallarse muertas. "Si el nombre de De Pauw ha caído en el olvido —dice Gerbi—, sus ideas viven aún y visten ropajes psicoanalíticos o decadentistas. Todavía hoy existen "denigradores" del hemisferio occidental e ingenuos creyentes en algún privilegio suyo o misión especialísima". De un lado encontramos a un conde de Keyserling denigrando a la cultura americana con ideas semejantes a las de De Pauw, completadas con algunas nociones de psicoanálisis freudiano. Y del otro al finado presidente Roosevelt que hablaba a los diplomáticos de latinoamérica de la necesidad de asegurar "la supervivencia de un hemisferio; del hemisferio más nuevo de todos".

El libro de Antonello Gerbi viene a ser parte, si lo situamos dentro de esta historia, de ese acerbo cada vez más creciente de investigaciones en torno a nuestro pasado, cuya última finalidad es la de hacernos conscientes de una Historia que ya consideramos como propia, el mejor signo de la anhelada madurez. Madurez que pondrá fin a estas polémicas... al menos por lo que respecta a nosotros, los americanos.

Leopoldo ZEA.

LA HISTORIA DE LA CIENCIA EN LA ARGENTINA

La historia de la ciencia es una disciplina relativamente reciente, no obstante datar de muy antiguo el interés demostrado por los hombres de ciencia hacia los conocimientos y las doctrinas de sus predecesores.

Mas tal interés fué siempre esporádico y parcial. Recordemos que Aristóteles examina en cada caso las opiniones anteriores emitidas sobre el tema que estudia, mientras encomienda a sus discípulos la redacción de trabajos que hoy calificaríamos de históricos. Así Eudemo compone una historia de la matemática y de la astronomía, de la cual nos queda hoy el fragmento más antiguo sobre la geometría griega, y Teofrasto compone una obra semejante, totalmente perdida, que sirvió para la elaboración de la mayor parte de la literatura doxográfica.

Tales intentos no fueron continuados, limitándose los trabajos históricos posteriores a biografías (Plutarco, Diógenes Laercio), y cuando se produce el renacimiento científico en la edad moderna, ese escaso interés histórico decae aún más, como si el extraordinario esfuerzo y deslumbrador éxito de los sabios de la época, ocultara toda la labor científica anterior.

Con la ilustración, el enciclopedismo y la idea de progreso, que confieren nuevas notas al saber, las miradas vuelven a dirigirse hacia el pasado y los siglos XVIII y XIX ven nacer historias de ciencias y disciplinas particulares: matemática, astronomía, física, técnica, medicina, y una serie de monografías históricas sobre sabios y temas particulares.

Y finalmente, en este siglo, fruto en sazón, nace la historia de la *ciencia,* así en singular, no como suma o yuxtaposición de las historias de las ciencias particulares o de las biografías de los sabios individuales, sino como una disciplina autónoma, con método y finalidades propios, que analiza y critica históricamente una específica actividad humana: la científica, en forma semejante a la historia del arte o a la historia de la religión.

En esta dirección se destacan los esfuerzos de dos apóstoles, de temperamento y formación diferentes, pero con destino semejante: mientras en 1913 George Sarton funda en Bélgica la revista *Isis,* a la

que luego agrega, como hijo espiritual, la revista *Osiris*, y en 1925 organiza en Estados Unidos la *History of Science Society;* en Italia Aldo Mieli funda en 1919 la revista *Archivio di storia della scienza*, que luego denominó *Archeion* y promueve la organización de una *Academia internacional de historia de las ciencias* que surge en Oslo en 1928 y se organiza efectivamente en el congreso de París de 1929. Y mientras los acontecimientos europeos de las últimas décadas llevaron a Sarton y a sus dos revistas, de tendencia algo más acentuadamente anglosajona, a los Estados Unidos, donde actualmente reside, circunstancias semejantes condujeron a Mieli y a su *Archeion*, de tendencia algo más latina, a las playas argentinas.

La *Academia internacional* contaba en la Argentina con dos distinguidos miembros: Julio Rey Pastor, el conocido matemático y destacado cultor de historia de la ciencia, y Humberto J. Paoli, estudioso especializado en cuestiones de ciencias naturales de la época de la conquista. Existían, por otra parte, un par de cátedras de historia de la medicina y algunas otras cátedras universitarias en las que la historia de la ciencia integraba parcialmente sus asignaturas. Y fué con el propósito de impulsar tales estudios que la Universidad Nacional del Litoral creó, en julio de 1939, un *Instituto de historia y filosofía de la ciencia*, cuyas finalidades principales eran las de realizar investigaciones originales, organizar seminarios para contribuir a la formación de investigadores y elaborar un repertorio bibliográfico de historia de la ciencia; poniendo a su frente a Mieli, quien llegó a la Argentina con su biblioteca particular, especialmente valiosa por las colecciones de revistas especializadas que posee.

Con la creación del *Instituto* y la extraordinaria competencia y actividad de su director, la Argentina hubiera constituído, sin duda alguna, uno de los más importantes centros de estudios de historia de la ciencia, de no haber mediado circunstancias políticas que interfirieron en esa posibilidad.

Esa creación trajo como consecuencias inmediatas:

a) la transformación y ampliación del *Grupo argentino de historia de la ciencia*, filial de la *Academia internacional*, integrándolo con numerosos estudiosos de la Argentina, vinculados directa o indirectamente con los estudios de historia de la ciencia;

b) una labor de organización del *Instituto*, en especial de índole bibliográfica, mediante la confección del catálogo metódico de la Biblioteca y la iniciación de un repertorio bibliográfico de historia de la ciencia, que al clausurarse el *Instituto* constaba ya de más de 12,000 fichas, instrumento de trabajo que, completado, hubiera resul-

tado de un valor inestimable para la investigación en cualquier campo de la historia de la ciencia; y

c) la reaparición de *Archeion,* de la cual se publicaron en tierra americana cuatro volúmenes, después de veinte años de labor europea: ejemplo vivo de que no era meramente hacer una frase retórica cuando se hablaba de la misión de América, como conservadora y heredera de la cultura occidental, esa cultura que Europa se obstinaba en destruir y aniquilar.

El Instituto estaba empeñado en esa promisoria labor cuando, en 1943, una de las primeras intervenciones universitarias del gobierno de facto, puso violentamente término a la misma. El *Instituto* fué desmantelado, su director separado, *Archeion* tuvo que suspender su publicación y toda esperanza de convertir la Argentina en uno de los más importantes centros de estudios de historia de la ciencia se desvaneció.

No obstante ello, la importancia que las grandes editoriales científicas argentinas conceden actualmente a la historia de la ciencia, y la obra personal que Mieli continúa realizando, demuestran que ese breve, pero activo, período de vida del *Instituto* no fué del todo estéril.

Así la editorial Losada, fuera de una Biblioteca *Teoría e historia de las ciencias,* en la que aparecen clásicos y estudios históricos, ha publicado algunas obras clásicas, de las que cabe señalar, en una reciente y magnífica edición, *La Divina Proporción* de Luca Pacioli; la editorial Emecé publica una colección de clásicos de la ciencia y la editorial Espasa-Calpe, bajo la dirección de Rey Pastor, publica una serie de clásicos de la ciencia y una colección, en dos series, de *Historia y Filosofía de la ciencia* en la que aparecen clásicos y estudios históricos.

De la producción argentina de Mieli sólo nos ocuparemos de una obra de gran aliento, actualmente en curso de publicación, de cuyo análisis podrá desprenderse el sentido y el concepto que Mieli, y otros historiadores de la ciencia con él, atribuyen a la historia de la ciencia.

Estando aún en la ciudad de Santa Fe, sede de la Universidad Nacional del Litoral y también del *Instituto,* Mieli se propuso compilar una especie de programa de un curso de historia de la ciencia, distribuído en ciento veinte lecciones y que abarcaría desde la antigüedad hasta fines del siglo XIX. Esa obra, que empezó por ser un conjunto de esquemas de lecciones fué adquiriendo poco a poco una extensión cada vez mayor hasta constituir cada lección, siempre dentro

de su carácter sumario, un trozo de historia de la ciencia, cuyo polo es un acontecimiento, un sabio o una obra fundamental. Inició su publicación en la Revista *Universidad* y cuando, en 1943, el *Instituto* fué suprimido, hizo una tirada aparte de las 74 lecciones ya publicadas, a las que agregó los títulos de las 46 restantes, que apareció como *Sumario de un curso de historia de la ciencia en ciento veinte números. I. Nos.* 1-74.

En verdad este *Sumario* no fué más que un esbozo de una obra de más aliento, de la cual han aparecido ya dos volúmenes [1] y en la que Mieli expone un panorama general de su disciplina y que, dentro de la misma orientación y espíritu del *Sumario,* comprenderá una serie de volúmenes independientes, abarcando cada uno de ellos un período de la historia de la ciencia.

Como ya dijimos, el espíritu que anima a esta obra es el de dar, de la historia de la ciencia, una visión unitaria y orgánica, en la que la ciencia se entiende como una actividad humana específica, en la que están encuadradas cada una de las ciencias particulares dentro del marco de lo que podría llamarse pensamiento científico en sentido amplio, y vinculando tal actividad con el panorama histórico y, como telón de fondo, con la atmósfera cultural de cada época. Además, por su índole, se mantiene en un justo medio, entre los reducidos límites de un manual y los estrechos marcos de los trabajos de los especialistas, reuniendo con un criterio científico e histórico las numerosas investigaciones que se realizan en el amplio campo de la historia de la ciencia.

Claro es que dentro de este espíritu general, las realizaciones concretas de historias de la ciencia, pueden variar pues dependerán de las concepciones particulares que cada autor tendrá de la historia (problemas de origen) y de la ciencia (vinculaciones con la filosofía, inclusión de las aplicaciones, etc.). Sin que signifique aceptar en un todo sus concepciones, sólo agregamos que Mieli en su *Panorama* adopta para la ciencia su sentido estricto: matemática, ciencia natural; y las aplicaciones, especialmente técnica y medicina; y en cuanto al punto de partida, adopta el "milagro griego" si se exceptúan algunas breves consideraciones sobre los descubrimientos técnicos prehistóricos y sobre las civilizaciones egipcia y mesopotámica.

En el primer volumen, que trata de la ciencia en el mundo antiguo, después de un primer capítulo dedicado a la prehistoria y a las

1 ALDO MIELI. *Panorama general de historia de la ciencia. I. El mundo antiguo, Griegos y romanos.—II. El mundo islámico y el occidente medieval cristiano.* Espasa-Cape Argentina, S. A. Buenos Aires, 1945 y 1946.

antiguas civilizaciones, dedica varios capítulos a la ciencia helénica presocrática (en especial a los escritos hipocráticos) y a Aristóteles y su escuela. Los capítulos siguientes se destinan a la historia del saber, ya fragmentado, en la época alejandrina, para pasar luego a las características generales de la ciencia en el mundo romano y al coronamiento de la astronomía y medicina antiguas por obra de Ptolomeo y Galeno, respectivamente. Finalmente, los dos últimos capítulos se dedican al cambio espiritual experimentado por el mundo antiguo en el siglo III, y a la técnica y alquimia egipcio-helénica, respectivamente.

El hecho de haber Mieli dedicado todo un volumen, algo más extenso que el anterior, al mundo islámico y al occidente medieval cristiano, es decir: haber concedido igual importancia y extensión a la "brillante" Antigüedad que a la "obscura" Edad Media, es de por sí, además de un hecho novedoso, el mejor indicio del interés especial que ofrece el segundo tomo de su *Panorama*.

En este volumen, después de un par de capítulos previos sobre la ciencia y la cultura en las regiones del Asia occidental durante los primeros siglos de la era cristiana y sobre la ciencia hindú, reseña las características que dieron nacimiento al Islam y a su ciencia, analizando la obra de los centros científicos y de los principales sabios árabes, tanto del Oriente islámico como de Iberia. Estudia luego la influencia árabe en el mundo cristiano, en especial a través de las traducciones del árabe, y entra en la consideración de la época de la escolástica con sus contribuciones a la ciencia y a la cultura.

A estos dos volúmenes ya publicados, seguirán probablemente ocho volúmenes: dos dedicados al Renacimiento, dos a los siglos XVII y XVIII respectivamente y tres al siglo XIX. Un último volumen comprenderá ampliaciones, índices, tablas cronológicas, sincronismos, etc.

José BABINI.

Presencia del Pasado

ARMAS DE LA CONQUISTA: VENENOS Y GASES*

Por *Alberto M. SALAS*

"...al cual llamó la villa de Sant Sebastián, tomándolo por abogado contra las flechas con hierba mortífera, que por allí se tiraban y tiraron hartas".

LAS CASAS,
Historia de las Indias, II, p. 336.

LOS VENENOS

En muchas partes de América se sumó al rigor de la flecha, dardo y lanza la crueldad de los venenos, que daban más seguridad a la muerte. Las crónicas, al referirse a la conquista de algunas regiones del Nuevo Mundo abundan en heridas irremediables y muertes dolorosas, y entre sus líneas insinúan el ensordecido terror a las yerbas que, como otros miedos, pocas veces expresa el conquistador. La repetida descripción de las agonías, la búsqueda afanosa de los remedios, los consejos y avisos que se dan a los nuevos conquistadores, el espesamiento de las armas, ponen en evidencia el temor de los hombres y la angustia con que se va a la lucha. Pocos textos nos describen el arco y la flecha, como algo que no guarda más daño que el que promete; en cambio, las extensas fórmulas del veneno son repetidas y prolijas, como de secretos encantamientos. Aquí en América, la "yerba" de la literatura medieval adquiere una nueva vigencia.

---

* Estas páginas que damos a conocer, despojadas de notas bibliográficas y eruditas, constituyen un capítulo del libro que próximamente se publicará en Buenos Aires, por "Emecé", bajo el títulos *Las Armas de la Conquista.*

No sabemos cuándo, con precisión, experimentó el conquistador la sorpresa de esta muerte ocasionada por los venenos que cubrían las puntas delgadas de las flechas, pero no cabe duda que esto ocurrió en los comienzos de la conquista, y en las Antillas. Aquí, con todo, la sorpresa no debió ser tan grande como se supone. Los pacíficos pobladores de las Islas, desnudos y de gestos graciosos, casi edénicos a través de los relatos de algunos cronistas, habrían descrito al Almirante y sus compañeros, con todas las minucias y engrandecimientos del terror, las costumbres de los caribes, antropófagos y flecheros de yerba, que pirateaban por aquel archipiélago. El asombro ante estas muertes violentas, a veces muy rápidas pero siempre de un dramatismo truculento, queda para otras regiones en que el veneno reaparece inesperadamente, cuando se lo ha olvidado. La gente que conquista el Perú con Pizarro ha cumplido un ciclo geográfico que abarca la mayor parte de las tierras conocidas y ya vencidas de América. Todos o casi todos han luchado en las Antillas, en Tierra Firme o Cartagena y por el Pacífico se han ido derramando hasta llegar al Perú. Hay algunos que ya son tan veteranos que en sus probanzas de méritos y servicios pueden manifestar que acompañaron a Colón en su último viaje. Son todos hombres que conocieron la angustia de tener que evitar la flecha envenenada y que por momentos habrán deseado que su rodela tuviera tres metros de diámetro. En el Perú, peleando con los indios de hacha y maza, que son grandes fundibularios, olvidan los venenos. Allí los dardos y las flechas son limpios. Pero cuando entran al Tucumán o a los Mojos, cuando abandonan la elevada meseta y se internan en la región que conduce lejanamente a través de la selva o de la llanura hacia el mar y los caribes, hallan nuevamente los venenos. Así, en tanto que Diego de Rojas se da de cabezadas contra el suelo, nadie recuerda una pequeña herida recibida días antes en un combate; y para aquellos hombres que dividen pendencias y recelos resulta evidente que su mal es causado por la intriga y la venganza y le hacen beber aceite para curarlo de un alevoso bocado. Se han de necesitar otras muertes similares para convencerlos que en el Tucumán volvían a hallar la "yerba pestífera".

Hay otra circunstancia, además, que nos impide atribuir a los conquistadores la sorpresa de hallar algo totalmente nuevo, como los granos del maíz, bien apretados en la mazorca. Es la

naturaleza de América, en última instancia, no los hombres, la que ofrece las novedades maravillosas. Recordemos que los venenos en las armas fueron usados desde la más remota antigüedad —hay quien los atribuye hasta al paleolítico—, que están en los cantos homéricos y en la literatura romana. Y muchos cronistas, en circunstancias hasta los más rudos y faltos de letras, saben citar a Ovidio y Cicerón. Pero, ¿cómo hablar de sorpresa si durante la larga guerra de la Reconquista de España cristianos y moros usaban enherbolar sus saetas con la vedegambre, que comúnmente denominaban "Yerba de ballesteros"? Y esto era tan frecuente que los soldados acostumbraban a llevar atriaqueras para remediar la ponzoña.

Pero los venenos americanos son mucho más violentos y fuertes, como nacidos en una tierra húmeda y tropical. Son rápidos y crueles. Dan una muerte torturada por mil dolores y desesperaciones, hasta la locura. Las descripciones que podemos hallar en las crónicas llegan a lo patético. "Y es cosa dolorosa oír del arte que morían aquellos tristes, é con la pena que sus ánimas salían de los trabajados cuerpos. No se piense que las heridas eran muy grandes, mas como la contagiosa yerba fuese de la calidad que ya hemos dicho, no era menester más que las flechas oliesen la sangre é picando solamente con las puntas sacasen una gota de ella, cuando luégo el furor de la ponzoña subía al corazón, é los tocados con grandes bascas mordían sus propias manos, é aborreciendo el vivir deseaban la muerte, é tan encendidos estaban en aquella llama ponzoñosa que les abrasaba las entrañas, é hacia tanta impresión que los espíritus vitales les desamparaban. . .". Todos mueren rabiando, desesperados, ". . . diciendo cosas temerarias. . .", y podemos suponer que se contiene en estas palabras el reniego violento, incoherente, contra todo lo que había sostenido la vida hasta entonces. Si no se les ataba, los que sólo sabían morir vengados llegaban al suicidio. El aspecto épico de la conquista, en tierras de ponzoña se nos llena de miserias y terror. Y detrás de estos indios no había oro ni riquezas, puesto que los flecheros de yerba fueron casi siempre indios pobres y desnudos. Aquí, el que había salido animoso y gallardo a la empresa, regresaba atado al caballo, cubierto

De prisiones y fuertes ligaduras,
Porque después de hechas mil pedazos

Las ropas y sudadas vestiduras,
Se mordían las manos y los brazos
Con estridor de dientes y bramuras.

Hallaron yerba en muchas partes de América, pero particularmente en las islas del Caribe, en el Darién, Cartagena, Santa Marta, Nuevo Reino de Granada, "... en Muso, donde se tiene por muy fina". Falta en las altas mesetas de México y Perú, en parte del Ecuador, pero aparece nuevamente entre las tribus del oriente boliviano, en la provincia de los juríes de la Gobernación del Tucumán, y entre puelches y araucanos. No la encuentran los hombres de Soto mientras divagan por la Florida, pero sí Alvar Núñez cuando en su larguísima peregrinación va entrando por la comarca de los indios pueblos. La región amazónica y las Guayanas, particularmente, son consideradas como el lugar de invención de los venenos vegetales más activos que se conocen en América. Ignoraron su uso los componentes del gran grupo tupí-guaraní, con algunas excepciones, y los indios ges.

La América indígena se nos presenta como un área casi total de venenos, exceptuando la región andina; de venenos de caza y de pesca y venenos de guerra. Se vierte el veneno en las aguas y se logra la pesca milagrosa y abundante; basta que un dardo delgado y frágil, impulsado por la cerbatana, arañe la piel del animal, para cobrar la pieza sin lucha, rápidamente inmovilizada. Pero queremos ocuparnos sólo de los venenos de guerra, de los que conocieron y experimentaron los hombres de la conquista.

Es la fórmula última de siglos de experiencia y de luchas, de necesidades, de hallazgos y repetidas observaciones que han ido realizando innumerables generaciones. Podemos imaginar la profunda sugestión de las serpientes, de las frutas y raíces que mataron al hombre cuando aun no había aprendido a temerlas ni a distinguirlas. Es la necesidad de cazar los grandes animales con un simple ástil aguzado por una astilla de hueso o una espina, la de vencer al hombre y aniquilarlo con la muerte y de hacerle temer la muerte. Hay una multitud de fórmulas que recogen las crónicas, a veces con la minucia de un embrujamiento. En oportunidades la observación y la curiosidad nos proporcionan una larga lista de ingredientes. Pero siempre parece que la crueldad vuelca en los cocimientos todas las ponzoñas de

la selva y la humedad. Son fórmulas complicadas, ricas, de valor mágico; es la suma de animales y savias que simbolizan la muerte y que la dan. Cada tribu o parcialidad conserva celosamente sus secretas maneras de elaboración, y algunas adquieren en zonas dilatadas este temible prestigio.

La investigación de la naturaleza de estos venenos constituye ahora un denso capítulo de la ciencia experimental, una pura negación de lo que pensaban los conquistadores. Para la mayor parte de los cronistas, el componente más activo y violento es la savia o el jugo de la fruta de un árbol que llamaron "manzanillo", por semejarse al manzano de España. Según Pedro Mártir, Oviedo y Gómara, es árbol de sombra venenosa y pestilencial; también lo es su rocío y el humo de su madera. Al jugo de estos manzanillos se agregan cuantos ingredientes se juzgan apropiados. De acuerdo con Oviedo, "Ponen assimesmo en esta malvada hierba aquella agua marina, ques una cosa á manera de bexiga ó bamboya morada, que anda sobre las aguas de la mar, é çiertas arañas, é algunos çumos de hierbas é rayçes que mezclan, é çierto género de abispas: que cada cosa dellas es muy bastante para dar la muerte". Cuando las recetas que recogen los cronistas se refieren al manzanillo como principal componente o fundamento, no difieren en mucho. Hay quien añade la cola "del peje tamborino", sapos, gusanos y otras muchas alimañas. Todo ello condensado en lentos cocimientos, confiados a una esclava, vieja o persona de poca estima, y cuyo desmayo o muerte era la mejor prueba de la eficacia del veneno.

Aguado nos ha conservado con minucia de hechicero el procedimiento que seguían algunos indios del Nuevo Reino de Granada para preparar el veneno, advirtiendo que aunque en su fórmula no interviene ningún vegetal se le llama hierba. En esto el cronista no es muy veraz, puesto que observará el lector que en las postrimerías del proceso intervienen los jugos de ceiba.

> Parésceme que, pues he dado cuenta de las ponzoñas y de sus fuentes, que también la debo dar de la forma y manera cómo se hace della la ponzoñosa hierba a quien impropriamente han dado este nombre de hierba, pues en toda la mezcla que destas ponzoñosas sabandijas y animales se hace no lleva ninguna hierba ni zumo della, pero el nombre le vino de la que los ballesteros usan en España, con que matan la caza.

Esta ponzoña o hierba para untar las flechas, en cada provincia se hace de diferentes maneras, según quen otras partes he dicho; y por eso la orden que aquí refiero es la que se tiene entrestos Palenques o Patangoros. En un vaso o tinajuela echan las culebras ponzoñosas que pueden haber y muy gran cantidad de unas hormigas bermejas que por su ponzoñosa picada son llamadas caribes, y muchos alacranes y gusanos ponzoñosos de los arriba referidos, y todas las arañas que pueden haber de un género que hay que son tan grandes como huevos y muy vellosas y bien ponzoñosas, y si tienen algunos compañones de hombres, los echan allí con la sangre que a las mujeres les baja en tiempos acostumbrados; y todo junto lo tienen en aquel vaso hasta que lo vivo se muere y todo junto se pudre y corrompe; y después desto toman algunos sapos y ténenlos algunos días encerrados en una vasija sin que coman cosa alguna; después de los cuales lo sacan, y uno a uno los ponen encima de una cazuela o tiesto atado con cuatro cordeles de cada pierna el suyo, tirantes a cuatro estacas, de suerte quel sapo quede en medio de la cazuela tirante sin que se pueda menear de una parte a otra, y allí una vieja le azota con unas varillas hasta que le hace sudar, de suerte quel sudor caiga en la cazuela, y por este orden van pasando todos los sapos que para este efeto tienen recogidos; y desque se ha recogido el sudor de los sapos que les paresció bastante, júntanlo o échanlo en el vaso donde están ya podridas las culebras y las demás sabandijas, y allí le echan la leche de unas ceibas o árboles que hay espinosas, que llevan cierta frutilla de purgar, y lo revuelven y menean todo junto, y con esta liga untan las flechas y puyas causadoras de tanto daño; y cuando por el discurso del tiempo acierta esta hierba a estar feble, échanle un poco de leche de ceibas e de manzanillas y con esta solamente cobra su fuerza y vigor.

El oficio de hacer esta hierba siempre es dado a mujeres muy viejas y que están hartas de vivir, porque a las más de las que la hacen les consume la vida el humo y vapor que deste ponzoñoso betún sale.

Pareciera que en la mayor parte de los casos el veneno, terminado el largo proceso de la elaboración, es un líquido en el cual se mojan las flechas. En otros, en cambio, se convierte en una substancia sólida, de color "cera pez", según manifiesta Oviedo. El cronista, que participó en la expedición de Pedrarias a Santa Marta, halló en un bohío "... muchas pelotas de hier-

ba de color de çera pez". Oviedo, como hombre que estimaba la importancia de aquel hallazgo, y como amigo de allanar dificultades a los que le siguieran, quemó aquel veneno y todas las armas que halló, con alegría de inquisidor.

El manzanillo no es el único árbol presuntamente letal que produjo América. Según las primitivas fuentes la savia de la ceiba servía para elaborar una yerba activísima que mataba dentro de las veinticuatro horas. El coliguai era usado en Chile por los puelches y tal vez por los araucanos.

La verdad es que por lo que respecta al manzanillo, tan cuidadosamente descrito por los cronistas, tan temido, sin dudas maldecido reciamente en la desesperación de las heridas, no pudo constituir el elemento mortífero y definitivo de las ponzoñas. Las conjeturas sobre la naturaleza de los venenos que se describen en las crónicas son numerosas. Algunos autores suponen que son todas aquellas sustancias venenosas, agregadas con lujo y abundancia al cocimiento, las que forman un ambiente favorable al virus del tétano y bacterias muy semejantes, capaces de producir la muerte en un plazo relativamente largo si lo comparamos con el tiempo en que actúan algunos venenos como el curare y el pakurú. Se sugiere, además, que si en estos venenos indígenas del siglo XVI, el elemento activo no era el tétano, o infección de otra clase, ni la secreción de la piel de una especie de sapos, es posible creer en el empleo, ya en aquélla época, del curare y pakurú, veneno de acción cardíaca este último, investigado no hace muchos años entre grupos indígenas de Colombia. Para el indígena y el conquistador, igualmente engañados, la sustancia mortal la constituía el manzanillo, que ahora se descubre incapaz de matar a un hombre.

Alcanzó el conquistador a conocer la naturaleza de otros venenos que le mataban, muy distintos y singulares, que hoy podríamos llamar cadavéricos. El Inca Garcilaso —y hasta ahora ignoramos sus fuentes— relata que los indios de las Islas de Barlovento, Brasil, Santa Marta y Nuevo Reino de Granada, y otras partes, envenenaban las puntas de las flechas hincándolas en la pierna de un indio muerto —supongamos que enemigo— expuesta al aire y al sol, y allí las dejaban varios días. Sólo bastaba colocarlas en el ástil, luego de enjugarlas en el aire, para que esta yerba matara como las otras, tal vez rabiando, ya que el cronista la califica de "cruelísima". Luego, cuando

la conquista se inicia, descubren los indios que la ponzoña que proporciona el cadáver del español es mayor, y más afinada y a punto si se trata de un individuo bermejo "... de los que llaman pelo de açafrán...". Según parece, los indígenas fueron inducidos a esto por la coloración del cabello y de oír entre los españoles el refrán "... que los tales bermejos son buenos para hazer dellos rejalgar". ("Sangre de hombres bermejos enojados" halla Ercilla en la cueva del hechicero Fitón). Un cuarto de Francisco de Carbajal expuesto en el comienzo de uno de los caminos que salen del Cuzco hacia los cuatro rumbos, para escarmiento de traidores, proporciona al Inca la prueba de la eficacia de aquel veneno. Braveaban en torno de aquel despojo, después de recitar los latines en la escuela, varios muchachos, desafiándose a cual de ellos era tan guapo de tocarlo. Uno, el más osado —tal vez el más cobarde— lo tocó con un dedo, que se hundió en la carne ya blanda. La progresiva hinchazón del dedo, de la mano y del brazo del atrevido convencieron a Garcilaso de la virulencia de aquella ponzoña, antes que obligarlo a creer en la maldad aun no muerta de Carbajal, como hubiera sido de rigor en la circunstancia.

Las toxinas cadavéricas, las bacterias, los virus, los jugos vegetales y cuanto germen malvado y cruel cabía en las estrechas puntas de las flechas, provocaban en los adversarios las largas agonías. A través de las crónicas de viajeros y soldados, los tiempos de la muerte varían considerablemente. A veces la yerba es de veinticuatro horas, y resulta la más temible y advertida; con más frecuencia demora dos, tres o siete días. Hay regiones en que el herido cree verse libre de la ponzoña, porque ella comienza a actuar al tercer día y acaba con él al séptimo, siempre de la misma manera: atormentado. Algunos afortunados son flechados con yerbas "añejas" que ya no ocasionan la muerte, o "enflaquecidas", porque una lluvia tropical las ha aplacado. En oportunidades viene la flecha limpia y franca en medio de las envenenadas, pero no se libra el herido de la bárbara cirugía ni de la angustia. Sobre el mapa de América podríamos sobreponer otro de los tiempos de muerte.

Los indios de la provincia de Vitoria, en el Nuevo Reino de Granada, al no envenenar todas sus flechas sumían al conquistador en una angustiosa perplejidad. En esta región, para distinguirlas, observaban si las puntas estaban rayadas sutil-

mente, o si presentaban una incisión en redondo de ella, detalles éstos que eran signo inequívoco del veneno "... porque estas rayuelas hacen los indios para que la hierba se pegue en la flecha, y, como arriba dije, la cortadura alrededor es para que despunte dentro del cuerpo, y estas señales de maravilla se hallan sino en flecha enherboladas". Miraban, además, las puntas para distinguir la yerba, que formaba sobre la superficie de la madera pequeñas escamas u observaban si al acercarlas al fuego hedía el humo "... y hace ruido, como cuando echan sal en el fuego, y muchas veces huye la llama de la flecha enherbolada".

A medida que Orellana progresa en su navegación por el Amazonas y se va aproximando al mar aumenta entre sus hombres el temor a la yerba, que creen descubrir en un betún que cubre las flechas y las varas que les arrojan los indios. Y deciden investigar "... y el capitán mandó que se experimentase, porque aunque paresçia género de crueldad haçer la expiriencia en quien no tenía culpa, su intençion no era sino para saber la verdad é quitar el temor de la hierba á los chripstianos. E para este efetto, á una india que venía en los bergantines, passáronle los braços con aquella que se pensaba ser hierba de la ponçoñosa que en muchas partes de la Tierra Firme usan los indios; é como no murió, salieron de dubda los temerosos, é plugo á todos mucho con tan buena nueva". Aguas abajo, sin embargo, los esperaba el veneno.

Si de algo sintió terror el conquistador fué de la flecha, la lanza, el dardo o la púa con yerba. "E porque en la guerra de los caribes lo que más daño haze é más miedo pone a la gente, tanto que halla poca para esta guerra, es la yerba con que los caribes pelean". La ponzoña era el terror entre los mismos indios y con ella pudieron defenderse los chiquitos (Bolivia) de la penetración de los chiriguanos, que les temían. El sentimiento se justifica si recordamos que hay quien, engrandeciendo las cosas, llega a decir que una flecha envenenada bastaba para secar un árbol corpulento. La mayor fortuna que cabía entonces al hombre que había de morir, es el que ello le ocurriera en lo más duro de la lucha.

Si ves que peleando lo más fuerte
Muere, razón no pide que te asombres,
Mas si morir de yerba fué la suerte,
Es mal que de mil males tiene nombres.

El elogio más alto que se puede hacer de los que se empeñaban en la guerra caribana lo hace Juan de Castellanos, que conoció estas congojas del terror.

Y ansí la muerte tal es más que muerte
Y los de la tal guerra más que hombres.

Por aquellos años la voz "caribe", entenebrecida por la antropofagia, adquiere su sentido de crueldad que aun le reconocen los léxicos americanos. Los relatos llegan a España, épicos, brillantes —como muchas miserias lejanas— y Góngora inspira en ellos estos versos de *Soledades:*

A pesar luego de áspides volantes,
sombra del sol y tósigo del viento
de Caribes flechados, sus banderas
siempre gloriosas, siempre tremolantes,
rompieron los que armó de plumas ciento
lestrigones el istmo, aladas fieras.

En América todo eso no es más que una miserable muerte sin confesión, pues pocos alcanzan a poner en paz los asuntos del alma.

La amenaza de semejantes muertes lleva al conquistador a una búsqueda codiciosa de la contrayerba que lo asegure en la lucha. En el Tucumán es el indio quien descubre el secreto. Los soldados tomaron a uno, le flecharon con yerba los muslos y lo dejaron en libertad, aunque acechándolo cuidadosamente. Parece que los otros procedimientos habituales —torturas— habían fracasado. "El indio se fué así herido, que apenas podía andar, y junto al pueblo cogió dos hierbas y majólas en un mortero grande, y de la una bebió luego el zumo, y con un cuchillo que le dieron se dió una cuchillada en cada pierna do era la herida, y buscó la púa de la flecha y sacóla, y puso en las heridas el zumo de la otra hierba que había majado, y estuvo después con mucha dieta y sanó prestamente". Pero los soldados del Tucumán fueron los más afortunados de la Conquista, por haber hallado la contrayerba y porque los indios que enherbolaban las flechas no eran numerosos y fueron sometidos rápidamente. En otras regiones, en cambio, fué imposible hallar esta panacea, tal vez porque el veneno no tenía contra ni aún entre los indios. Ahora se puede seguir la búsqueda afanosa, la ilusión y el des-

engaño de multitud de yerbas, aguas y cocimientos usados para remediar la ponzoña. Aunque no tenemos ninguna constancia, el fuego, en cauterizaciones profundas y despiadadas, debió ser aparentemente el primer remedio. Cuando la guazabara se hace inminente tienen siempre puñales y hierros blanqueados por el fuego, y allí acude el que se siente herido, si puede desprenderse de la reyerta, y se somete a la bárbara curación. Pero ni esto daba al herido la seguridad de su salvación, y había de estar durante días en riguroso ayuno y abstinencia, guardándose del viento norte, huyendo de mujeres, acechándose constantemente los síntomas de la rabia y de la muerte. Creen descubrir el remedio en la succión, en el agua de mar, en la de membrillos, el zumo de tabaco, excrementos, en la sal o en el solimán. Este último, el sublimado corrosivo, fué indicado a los españoles, empeñados entonces en la guerra contra los caribes, por una revelación onírica que le aconteció a García de Montalvo, en Cubagua, por el 1540. Todo consistía en poner en la herida polvo de solimán crudo, guardando el doliente la dieta y la continencia ya indicadas. El procedimiento fué experimentado de inmediato, ya que no faltaban oportunidades, y Oviedo consagra a Montalvo diciendo que luego de Colón no ha pasado a Indias "... otro hombre más útil para la conservaçion de los chripstianos é mílites desta conquista, como Garçia de Montalvo y su sueño o revelaçion, diçiendo mejor". El cronista asegura, además, que a partir de entonces todos los soldados llevaban en sus faltriqueras el solimán molido y que ya en nada temían la yerba de los caribes. Pero Castellanos, que por aquellos años luchaba contra los flecheros de yerba, cuenta que luego de experimentar el milagroso solimán, hicieron alguna entrada confiados en su eficacia, mas los indios, ya avisados, llamaron

"... sus diestros trujamanes
Subiéronla de punto, y afinada,
Ni presto solimán ni solimanes,
Ni pudo más curar en esta guerra
Que pudieran curar polvos de tierra".

Era otra ilusión que se desvanecía; volvía a imperar el fuego y la cirugía, los únicos remedios cuando podían aplicarse de inmediato. El cirujano, si lo había, o el mismo herido si tenía la entereza suficiente para hacerlo, procedía a extirpar profun-

damente la parte lastimada. Hay quien al sentirse herido de flecha en una oreja saca la daga y se la corta prestamente, y quien prefiere descarnar parte de la pantorrilla antes de que el veneno siga el curso de la sangre. Las prevenciones que se hacen a los cirujanos que han de entrar en tierras de flecheros de esta calidad insisten, particularmente, en que lleven "... un anzuelo y una navaja, para con el anzuelo alzar la carne y con la navaja cortarla, como es justo se haga...". Desde luego, ni el cauterio ni el solimán, ni la extirpación se aplicaban cuando la herida era en lo hueco del cuerpo; aquí no quedaba más que la resignación.

Las yerbas dieron eficacia en América a otras dos armas: las púas y la cerbatana. Aquéllas son simples espinas vegetales o maderas sutilmente aguzadas, que se disimulan hábilmente entre las malezas para herir el pie o la pantorrilla del que no las advertía. Vargas Machuca, tan minucioso en sus prevenciones a los futuros conquistadores que aprendan el oficio, en su "Milicia y Descripción de las Indias", aconseja que los soldados cubran las pantorrillas con antiparas de algodón —que es lo mismo que prolongar el escaupil—, que no se permita a los indios, descalzos, que vayan en la vanguardia y que en el matorral se camine lentamente, con el pie a través, recogiendo y haciendo haces de las púas que hallaren. Luego han de quemarlas para que los indios no vuelvan a sembrar aquella muerte. Usaban también colocar las púas envenenadas entre las ramas de los árboles, para mayor disimulo. El bosque era una trampa incesante, que no consentía el descanso.

La otra arma, la cerbatana, es un largo tubo de madera por el cual un soplo, hábilmente aplicado, impulsa delgadísimos dardos, sólo capaces de arañar la piel, pero mortales cuando están empozoñados. Como arma de guerra los conquistadores del siglo XVI la mencionan por excepción. Los etnólogos aclaran esta circunstancia considerando que esta arma debió difundirse en América conjuntamente con el curare —o veneno semejante en rapidez, que le da importancia y utilidad— a fines del mismo siglo.

El español también acudió a los venenos, al emplear indios auxiliares. Sabemos que cuando los piratas franceses Juan y Martín Cote asolaban las costas de Cartagena, llamaron en su ayuda a los indios fronterizos, que llegarían con sus arcos y

su fiero prestigio de herbolarios. Sembraron la playa de púas; y más de un francés inadvertido, chapetón en aquella guerra, las habrá pisoteado. Luego, en el mar, ocurriría la muerte, inexplicable por las pequeñas heridas. Ocasionalmente, cuando las armas escaseaban, el mismo conquistador, emboscado en la maleza de la ribera usó él mismo el arco y la flecha emponzoñada contra los piratas.

La yerba de ballesteros o sea la vedegambre que se extraía de las raíces del heléboro, se usó también en estas tierras, y es posible que no sólo se la empleara contra la caza mayor sino también contra el indio.

La flecha envenenada fué, sin duda, el arma indígena más temida, tanto, que llegó a acobardar algunos ánimos. Actuaba sobre los hombres a la distancia, antes de que oyeran el crujir de la cuerda de los arcos. La conquista de las regiones de ponzoña —con indios pobres o desnudos— gozó del desprestigio entre los soldados, que se volcaron codiciosamente en México y Perú. El veneno, en definitiva, hizo más largo y difícil el vencimiento de las indiadas, behetrías dispersas en inmensidades; encrudeció la guerra hasta el exterminio o la esclavitud.

LOS GASES

Ni la más escéptica concepción de la finalidad de la historia podría negarle, en última instancia, su utilidad para curarnos del asombro ante algunas "novedades", hallándoles lejanos precedentes, o para reconocer la vejez de algunos gestos del hombre. Suponemos que ni el mismo inventor del gas mostaza o de cualquier otro de los gases venenosos con que se luchó en los comienzos de este siglo, sospechaba la existencia y el empleo, aquí en América, durante el siglo XVI, y sin dudas en otros anteriores a éste, de mortales sahumerios de ají molido, de pimienta y de otras substancias tóxicas. Aunque hemos detenido la investigación de antecedentes en la conquista de América conjeturamos que si se considera, con razón, como un gas irritante a todo humazo de simple madera verde, los precursores de los gases tóxicos deben figurar en hechos más arcaicos del hombre.

Los datos que hemos hallado con respecto de este medio bélico indígena son relativamente escasos, pero en cambio ofre-

cen la peculiaridad de comprender un mapa extenso y a pueblos de cultura muy diversa. Estas mismas fuentes se refieren al uso del ají y la pimienta en sahumerios con que se procuraba ofender al enemigo. Desde luego, como ocurre en el uso de toda clase de gases de guerra, su eficaz empleo supone la complicidad del viento, no siempre definido y constante.

Sabido es que el ají es una planta americana, y que algunas de sus variedades, las que producen el fruto más pequeño, son de una extraordinaria e inverosímil violencia. Todas las culturas de América, especialmente las denominadas andinas, han sido muy afectas a su empleo culinario en abundancia, dándose el caso de que este ingrediente, y esto es rigurosamente actual, haya hecho de la comida un simple pretexto. Sin el ají la comida carece de alma. Recordemos, de paso, que entre los peruanos era símbolo de hombría y virilidad, y que como substancia tan apetecida como la sal, se prohibía especialmente en los ayunos religiosos. Las bayas alargadas, verdes y rojas de los ajíes son un motivo frecuente en la decoración de las cerámicas de aquellos pueblos arcaicos, de los cuales no poseemos más testimonio que no sea el de los restos materiales de su cultura. Los presuntos dioses de la agricultura y de la abundancia —los arqueólogos se mueven dentro de un mundo de conjeturas y en el recuerdo de algunas tradiciones clásicas— muestran pendientes en sus manos vueltas hacia el espectador, largas ristras de ajíes, como el supremo atributo, a veces en injusto olvido del maíz. Las pulpas enrojecidas de las bayas triangulares que exornan los vasos de Nazca parecen haber sorbido toda la violencia del sol de los arenales peruanos.

Con referencia al uso de estas enconadas y violentas frutas americanas, anotamos en primer término la existencia de una forma distinta de la meramente bélica. Aludimos a la tortura. Una de las noticias nos es proporcionada por la Crónica de Alvarado Tezozomoc, historiador mestizo, que en su prosa enfática y tradicionalmente informada nos cuenta que, durante las primeras luchas que sostuvo México con sus vecinos, procurando el vasto señorío que habría de dominar Cortés, los señores de Cuetlaxtlan mataron a varios mensajeros y comerciantes aztecas encerrándolos en una habitación y ahogándolos con el humo de varios fardos de chile (ají) a los cuales se prendió fuego, "...que uno ni ninguno escapó con vida, muriendo una



adre y madre mexicanos castigando a sus hijo e hija de 11 años a recibir en las narices un humazo de ají seco. (*Codex Mendoza,* fol. 60).

cruel y abominable muerte, que duró el hedor del chile muchos días". Se puede inferir del texto que se usaba ají seco, y posiblemente molido, en esta cámara letal. Algo semejante se hacía en el Perú con los que se atrevían a tener trato con las Vírgenes del Sol. A estos tales "...colgaban de los pies dándoles humo a las narices con axi hasta que murian rabiando". En ambos casos la muerte había de ser torturada y penosa. En México, pueblo que educaba severamente a sus hijos, se usaban los humazos de ají para castigar las faltas que cometían los muchachos de 11 años.

El conquistador parece haber entrado en contacto con esta extraordinaria arma en los primeros días de su residencia en América. En la circunstancia que nos relata Castellanos, los indios no han usado precisamente el gas, sino simplemente el ají finamente molido. Las cosas transcurrieron de esta manera: Numerosos agravios sublevaron a los indios contra la guarnición del pequeño fuerte de la Natividad, en la isla Española, el primer establecimiento hispánico en el Nuevo Mundo. Colón navegaba triunfante hacia la Corte, con los indios, las frutas y los papagayos que darán evidencia a su relato. Los pocos hombres que allí resistieron el inicial ataque de los indios sabían cubrir el cuerpo con rodela y escudo que recibían los dardos y las flechas. Ya fuera por esta circunstancia, ya porque, como sospechamos, era éste un modo habitual de lucha, los indios decidieron emplear el ají como estornutatorio violento y repetido que impidiera la eficaz defensa de la rodela. Para

ello llenaron calabazas con polvo de ají y ceniza, que arrojaron dentro de la empalizada en que se defendían los españoles.

> Vuelan los calabazos, y quebrados
> Dentro se levantó gran polvareda;
> Todos en estornudos son iguales,
> No siendo salutíferas señales.

Y al quebrarse los cuerpos en violentos estornudos caían las rodelas que dejaban librado el paso a las flechas que acabaron rápidamente con los españoles.

El relato que nos ha dejado Oviedo es más interesante y gracioso, y por momentos vemos la escena como en un grabado de la época. Dice este autor, tratando de los indios de Huyapari, golfo de Paria: "Delante de su escuadrón traían dos mançebos con fuego en unos tiestos á manera de caçuelas en la una mano y en la otra axí molido; y echábanlo en el fuego, para que como estaban á sobreviento, diese el humo á los chripstianos en las narices, lo qual no les daba pequeño empacho, porque luego aquel sahumerio haçe desatinar á causa que se den muchos estornudos". La descripción del Cronista Mayor no condice mayormente con la baraúnda y desorden de una guazabara entre indios y españoles en una región densamente boscosa. La ingenuidad de los movimientos de los mancebos arrojando el ají molido en los braseros que portan no impresiona como muy real. Podemos calcular que si bien los efectos de estos tóxicos no eran directamente mortales, desarmaban prácticamente a los rodeleros y los dejaban a merced de la buena puntería de los indios. Por otra parte, difícil es concebir la minuciosa tarea de cargar el arcabuz y ojearlo en medio de las contorsiones provocadas por los estornudos.

André Thevet, por esta misma época, refiere una costumbre muy semejante entre indios canadienses, a los cuales atribuye el uso y conocimiento de venenos vegetales —hojas de árboles, hierbas y frutos— que secos al sol mezclaban a los haces de leña untada con grasa de lobo marino, alimento de las temibles hogueras. Consecuentemente poseían una extraordinaria habilidad para dirigir el humo espeso y asfixiante contra los enemigos que atacaban un poblado. Este humo resultaba mortal para el que lo aspiraba o cuando menos enceguecía a la víctima. En el grabado que ilustra el texto, atribuído a



De la obra de André Thevet *Les singularités...*

Jean Cousin, se desprende de las hogueras un humo espeso y denso que se arrastra por el suelo y se agranda como un puño en la extremidad del brazo al llegar a los enemigos que sólo atinan a taparse las narices.

Staden, arcabucero alemán prisionero durante algún tiempo de los tupinambá, que nos ha dejado una árida crónica de su cautiverio y varios capítulos de descripción etnográfica sorprendentemente sistematizados, recuerda que los indios cuando querían expugnar una fortaleza o empalizada enemiga echaban dentro de ella el humo inaguantable de varias hogueras en que hacían arder fuerte pimienta.

De acuerdo con un breve texto de Acosta parecería que los mexicanos también usaron las humaredas contra los pobladores de Coyoacán, "...con que hicieron malparir a muchas mujeres y enfermar mucha gente". A esto llama el cronista una burla pesada, y en verdad lo fué, porque en esta oportunidad

usaron los mexicanos el más extraño de los gases. El Codex Ramírez, la fuente que empleó Acosta en este caso, amplifica las noticias informándonos que los mexicanos sitiaron a los de Coyoacán, impidiéndoles el acceso al lago, de cuyas comidas eran muy golosos. El rey de México ordenó que ante las puertas de la ciudad se asaran "patos, ánsares, pescados" y todo aquello que pudiera ser deseado. Sobre la ciudad se fué desparramando aquel humo, que aguzaba el hambre y los deseos, provocando los partos prematuros, cámaras y otras enfermedades. Si hubiera necesidad de clasificar este empleo de gases, creemos que debería ser considerado como un medio de tortura.

Los españoles no se desdeñaron de usar este procedimiento y arma indígena cuando las circunstancias lo aconsejaron. Así le ocurrió a Coronado en Cibola, con más precisión en Tiguex, donde sólo con humazos se pudo obligar a los habitantes de un pueblo, de los tan característicos del sudoeste de los Estados Unidos, en que las habitaciones están sobrepuestas y apiñadas como en una desordenada colmena, a entregarse de paz. Aquí, en este caso, cabe la duda de si en verdad se trata de la apropiación de un elemento indígena o si es la aplicación al hombre del muy antiguo procedimiento empleado para asolar madrigueras. En cambio, sabemos concretamente que los conquistadores de Chile, ya avanzado el siglo XVII usaron humos de ají para obligar a varios indios puelches a salir de una cueva en que se habían refugiado.

LOS RESTOS DE HERNAN CORTES

Por *Francisco* DE LA MAZA

La muerte de Cortés

El día 2 de diciembre de 1547 murió el Conquistador de México en Castilleja de la Cuesta, aldea cercana a Sevilla, cabe el Guadalquivir, en la casa de su amigo Juan Rodríguez Jurado. La enfermedad que lo llevó a la tumba, a los sesenta y tres años de edad, fué, según Bernal Díaz del Castillo, de "calenturas y cámaras que tuvo recias", que don Lucas Alamán interpreta, con razón, como disentería.

Cuando don Martín Cortés, segundo marqués del Valle, presentó el testamento de su padre ante las autoridades de Sevilla, pidieron éstas, según costumbre, testimonios del fallecimiento, presentándose el barbero Ruy Díaz de Quintanilla, el mercader Diego del Sueldo y el escribano García de Huerta. Este último declaró que "estando en las casas de Juan Rodríguez Jurado, en una cámara alta de las dichas casas, en una cama, yo, el dicho escribano, doy fe que estaba el dicho don Hernando Cortés, marqués del Valle, al cual el dicho escribano conocía, fallecido naturalmente. . .".[1]

Cortés había ordenado en la primera cláusula de su testamento que su cuerpo fuese sepultado en la parroquia del lugar donde muriese, pero en el codicilo dictado poco antes de morir mandó que se depositara "en la iglesia de la dicha ciudad de Sevilla o de otra parte donde los señores mis albaceas ordenaren".[2] Quiso, además, que su entierro fuese solemne, con gran acompañamiento de clero regular y secular, y cincuenta hombres vestidos "de ropas largas de paño pardo y caperuzas de lo mismo", dejando suficiente limosna para que

---

1 *Postrera voluntad y testamento de Hernán Cortés.* Introducción y notas por G. R. G. Conway. México. 1940. p. 57.

2 *Ibid.*, p. 51.

se dijeran cinco mil misas, mil por todas las ánimas del purgatorio; dos mil en especial por las almas de sus compañeros muertos en el descubrimiento y conquista de México y dos mil por las de aquellas personas con quienes tenía algún cargo que no hubiese tenido presente en la memoria para mandarlo satisfacer.

Al anochecer del día 2 de diciembre de 1547 yacía el Conquistador, con la barba y el cabello blancos, en la recámara alta de la casa solariega de Juan Rodríguez Jurado.

Primer entierro en San Isidro de Sevilla

ALLÍ permaneció el cadáver hasta el día 4 de diciembre en que fué llevado por los vecinos de Castilleja de la Cuesta, "con gran acompañamiento y grande pompa y muchos lutos y clerecía", al monasterio de frailes jerónimos de San Isidro del Campo, en la villa de Santiponce, extramuros de Sevilla. Abría el cortejo un adolescente de quince años, don Martín Cortés, que sería el célebre segundo marqués del Valle.

Fué sepultado en San Isidro del Campo por deseo de uno de sus albaceas, don Juan Alonso de Guzmán, sexto duque de Medinasidonia, que cedió su propia tumba en la cripta familiar del convento. A las cuatro de la tarde don Martín entregaba el cadáver, a las puertas de la iglesia, al prior, fray Pedro de Zaldívar, que había dado a Cortés los auxilios religiosos de rigor en su agonía, y a la comunidad de San Isidro, ante el notario de la villa de Santiponce, Andrés Alonso, y siendo testigos el marqués de Cortes, el conde de Castellar, el conde de Niebla, don Juan de Sayaavedra, alguacil mayor de Sevilla, Francisco Sánchez de Toledo y Melchor de Moxica, mayordomo y contador, respectivamente, que habían sido de Hernán Cortés. Se mandó abrir el féretro y descubrir el rostro para que pudiesen dar fe todos los presentes, conduciéndolo después a la cripta ducal, donde fué sepultado en medio de las gradas del altar. De todo esto se levantó un acta notarial.[3]

Don Martín compuso un breve epitafio que nos conservó López de Gómara:

---

[3] Publicada en *Colección de Documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XXII. Véase *México viejo y anecdótico*, por don LUIS GONZÁLEZ OBREGÓN.

Padre, cuya suerte impropiamente
aqueste bajo mundo poseía;
valor que nuestra edad enriquecía
descansa agora en paz eternamente.

El deseo del joven marqués no llegó a cumplirse, pues sin duda el Conquistador de México ha sido uno de los personajes históricos cuyos despojos han sido más zarandeados. Pocos hombres han viajado tanto después de muertos y en circunstancias y maneras tan diversas.

A los pocos días, una semana antes de Navidad, el mismo duque mandó hacer las honras fúnebres en la iglesia de San Francisco, con un catafalco "muy alto e de muchas gradas, y encima un lecho muy alto, entoldado todo aquel ámbito, e la iglesia de paños negros, con incontables hachas e cera ardiendo, e con muchas banderas e pendones de sus armas..." según nos platica Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias*.

Segundo entierro en San Isidro de Sevilla

La primera exhumación y segundo entierro de Hernán Cortés fueron en la misma iglesia de San Isidro del Campo. Al morir el duque de Medinasidonia, en junio de 1550, el cadáver fué cambiado a la capilla de Santa Catarina para que el duque ocupara su propia tumba que cortésmente había cedido tres años antes. El mismo escribano, Alonso, levantó el acta de este segundo entierro, estando presentes el prior, fray Jeremías de Mortara, fray Pedro Zaldívar, la comunidad y los testigos Francisco de Mesa, albañil, y Hernán Sánchez y Alonso López, carpinteros, muy diferentes gentes, por cierto, a las del primer entierro. Fué depositado Cortés, ya hecho huesos "en otra sepultura que estaba junto a la peana de un altar de Santa Catarina, dentro del mismo monasterio, en una caja de palo, para darlos cada y cuando que fuesen pedidos por los herederos del dicho señor Marqués del Valle o de otra persona que con derecho lo pueda haber...".[4]

Esta "caja de palo" es la misma, evidentemente, en que fueron encontrados ahora.

[4] González Obregón, obra citada.

El traslado a Nueva España

Cortés había ordenado en su testamento, en la misma primera cláusula, que a los diez años, o antes, fueran trasladados sus huesos a México, y "allí les den tierra en el monasterio de monjas que mandó hacer y edificar en la dicha mi villa de Coyoacán. . .".

Este deseo de Cortés, que tanto se ha exagerado en el sentido de querer probar con él su amor a México, no es en el fondo sino el cumplimiento de las costumbres de la nobleza medieval de enterrarse en sus feudos, en sus propiedades, para mayor respeto y seguridad del dominio a los sucesores, y también, claro está, de reposar perpetuamente en tierras propias y ganadas por su esfuerzo. Varios son los resabios medievales en la actitud histórica de Hernán Cortés, como esos cincuenta llorantes de traje talar que quiso lo acompañasen en su entierro; sus dejos, muy notables a veces, de caballero andante, de cruzado; su larga cabellera, etc. No hay que olvidar que Cortés nació y pasó su adolescencia en el siglo XV español, es decir, donde más se prolongó la Edad Media, y que, aunque su actitud de madurez sea la de un hombre del Renacimiento, conservó muchas reminiscencias medievales como las que he apuntado y que no han sido debidamente estudiadas.

El hecho de haber escogido *su* villa de Coyoacán y no *su* villa de Cuernavaca, donde había edificado su palacio, se debe tal vez, a la cercanía de la ciudad de México y al recuerdo de ser Coyoacán el lugar donde vivió y festejó su victoria después del trágico sitio de Tenochtitlán.

En la capilla de Santa Catarina permaneció Cortés dieciséis años, hasta que don Martín decidió traer los restos a México para cumplir con la última voluntad del Conquistador.

Desde 1562 había hecho varias gestiones a ese respecto, pero no fué sino hasta 1566 en que pudo lograrse el traslado habiendo dejado don Martín que sus apoderados Diego Ferrer, Hernán López de Calatayud y Pedro de Tapia trajesen los restos, mientras él se embarcaba, a fines de 1562, para la Nueva España.

El día 23 de mayo de 1566 se presentó Hernán López de Calatayud en el convento de San Isidro para que le entregasen los huesos, lo cual hizo el prior, fray Bonifacio Cabellos, de-

lante de varios monjes que habían presenciado los primeros entierros y que dieron fe ante escribano público.

> Fernán López de Calatayud —dice el documento— presentó un poder del ilustrísimo señor don Martín Cortés, marqués del Valle, y una escritura en que por ella parece estar depositados en este convento los huesos del ilustrísimo señor Hernando Cortés, marqués del Valle, difunto, y estando presente el muy magnífico y muy reverendo señor fray Bonifacio Cabellos, prior del dicho monasterio, le pidió y requirió le mandase entregar los dichos huesos conforme al poder y cláusula del testamento y depósito, y que él está presto, entregándoseles, de pagar la limosna. E luego su paternidad respondió que porque le consta ser así la verdad y estar depositados los dichos huesos que él mandaba y mandó que le sean entregados al dicho Fernán López de Calatayud los dichos huesos, y yo el presente escribano doy fe que en mi presencia el dicho Fernán López pagó ciento y cincuenta escudos de oro y su paternidad los recibió y se dió por contento de ellos y luego en continente le fueron entregados los dichos huesos y los recibió en su poder, los cuales huesos son del dicho señor marqués, porque así lo declararon el reverendo padre fray Jerónimo de Tendilla, vicario, y otros padres monjes del dicho monasterio que se hallaron presentes al dicho depósito y al sacar de los dichos huesos, y declararon estos son los mismos que se depositaron en el mismo monasterio.[5]

No conocemos aún, por no haberse publicado la documentación al respecto, nada del viaje de los huesos de Cortés a México.

Tercer entierro en San Francisco de Texcoco

No pudo ser enterrado en Coyoacán porque el monasterio de monjas que había ordenado hacer para su sepultura no se había construído. Se ha pensado que esto se debió a falta de dinero, pero me parece que la razón está en las ganas de doña Juana de Zúñiga, la marquesa viuda de Cortés, en irse a España lo más pronto posible y no acordarse allá de sus asuntos menudos que dejaba en México. El caso es que ni a

[5] *Colección de documentos inéditos para la Historia de España.*

proyecto llegó el convento cortesiano de Coyoacán, por lo que se decidió sepultarlo en la iglesia del convento franciscano de Texcoco.

Seguramente que la razón para hacerlo así fué que allí estaban los restos de la madre de Hernán Cortés, doña Catalina Pizarro, y su hijo Luis, el legítimo. Se cumplía así, en parte, con el deseo de Cortés, de que su madre y su hijo fuesen enterrados junto a él, según expresa en su testamento.

Este entierro fué casi en silencio. Ningún autor de la época habla de él, salvo Bernal Díaz, que lo supo en Guatemala: "Fueron traídos los huesos a la Nueva España y están en un sepulcro en Cuyoacán o en Tezcuco, esto no lo sé bien. . ."

Don Luis González Obregón ha explicado esto con toda claridad: "Quizá por haber llegado los restos de Hernán Cortés a la Nueva España cuando la colonia se hallaba conmovida por la conspiración que tramaron para hacerlo independiente los hijos del Conquistador, los hermanos Avila y otros muchos encomenderos, su llegada no llamó la atención pública ni la de las autoridades, pues ni los cronistas castellanos ni los anales indígenas refieren la solemnidad con que debe haberse hecho el depósito de los restos en la iglesia de San Francisco de Tezcoco. . .".[6]

En efecto, en 1566, en junio, rodaron las cabezas de los hermanos Avila en la plaza mayor; después se dió horrible tormento a don Martín Cortés, el hijo de doña Marina; a fines del año salía preso y embargado el marqués del Valle y todavía en enero de 1567 se degollaba a otros dos conjurados. El momento de la llegada de los restos del Conquistador era inoportuno y explica, por otra parte, el silencio al respecto. El que no haya documentación conocida del entierro en Texcoco no es extrañable ¿cuál archivo mexicano se conserva completo, entre los pocos que se conservan?

¿En qué lugar de la iglesia de Texcoco se depositaron los restos? Indudablemente al lado del Evangelio, en el presbiterio, como fué después costumbre en los entierros posteriores. Hay que recordar que la iglesia actual de Texcoco no es la primitiva, pues fué derribada a mediados del siglo XVII para construir la que hoy existe, salvándose tan sólo las preciosas jambas de la puerta lateral, contemporáneas de Cortés.

---

[6] *México viejo y anecdótico.*

Cuarto entierro en San Francisco de México

DESDE 1566 hasta 1629 reposaron los restos de Cortés en San Francisco de Texcoco, hasta que, con motivo de la muerte de don Pedro Cortés, cuarto marqués del Valle y nieto del Conquistador, fueron exhumados por tercera vez y traídos a la ciudad de México. Fué ocurrencia ésta del arzobispo don Francisco Manso de Zúñiga y del virrey marqués de Cerralvo, ignorándose los motivos que tuvieron para ello, salvo que hayan sido, simplemente, darle más honra y más vivos recuerdos a Hernán Cortés, un poco olvidado desde la traición a España de su hijo. De este cuarto entierro tenemos abundante documentación publicada por don Lucas Alamán en sus *Disertaciones*.

El motivo de llevar los restos a la iglesia de San Francisco de México fué que la capilla mayor o presbiterio pertenecía como enterramiento al marquesado del Valle. Allí estaba sepultada la primera esposa de Cortés, la pobre doña Catalina Juárez Marcaida.

El 30 de enero de 1629 murió don Pedro Cortés en su palacio, donde hoy está el edificio del Monte de Piedad. Fué colocado el cadáver, bien embalsamado, en la sala, y junto a él, la urna de Cortés. Durante nueve días se dijeron cientos de misas y "se dió mesa a los dolientes y a los padres franciscanos que acompañaban", hasta que, el 24 de febrero, se procedió al funeral.

Este fué solemne y suntuoso. Adelante del cortejo iban las numerosas cofradías religiosas con sus estandartes; después las órdenes de frailes con su pintoresca diversidad de hábitos; luego la Real Audiencia y los tribunales de la ciudad y en seguida el arzobispo y el virrey con el féretro de don Pedro y la urna, cargados en hombros de caballeros santiaguistas y oidores; por todos lados se veían guiones y banderas; atrás venía el claustro y estudiantes de la Universidad y luego cuatro compañías de soldados con sus armas al hombro, arrastrando banderas y con los tambores cubiertos de luto; un caballo despalmado, con jaeces negros y arrastrando largos paños negros, cerraba la procesión mortuoria.

Ya en la iglesia de San Francisco se colocaron los sarcófagos en la pira funeraria, elevada por el maestro ensamblador

Melchor de Rojas y pintada por el pintor Esteban de Baraona. Tras las ceremonias religiosas de rigor se enterró a don Pedro en el lado izquierdo o del Evangelio, del altar mayor, en el suelo, y los huesos de don Hernando en un nicho o bóveda, en el mismo muro, que ya estaba hecho por un devoto para colocar allí reliquias. Tenía el nicho cuatro varas de largo y cuatro y tercia de ancho, con dos varas de altura y dos de profundidad. Se le puso una rejilla de hierro, de manera que fuese visible la urna, y arriba esta breve inscripción:

FERNANDI CORTES OSSA SÈRVANTUR HIC FAMOSA.

Un gran retrato del Conquistador llenaba el muro.

En 1697 estaba igual. Así lo describe el cronista fray Agustín de Vetancurt: "Está al lado del Evangelio un lienzo del invicto Marqués del Valle, Don Fernando Cortés, debajo de dosel y con el estandarte de sus armas y al pie del lienzo en que está su efigie están, en un baúl pequeño, forrado de terciopelo negro, sus huesos y los de su hijo el marqués don Martín Cortés. . .".[7]

Hay que advertir el error de Vetancurt al confundir a don Pedro, el nieto, con don Martín, el hijo, pero esto nos da un dato interesante, y es que para 1697 no existía ya epitafio o señal alguna de la sepultura de don Pedro.

Quinto entierro en San Francisco de México

EN 1716 decidió fray Francisco Gamboa, prior de los franciscanos, derribar la vieja iglesia barroca de San Francisco y elevar una más moderna. Con ese motivo sufrieron los huesos de Cortés una nueva exhumación y entierro, colocándose entonces detrás del retablo mayor, en un nicho practicado en el ábside. Esto se desprende de la documentación del sexto entierro, pues se dice allí que, al ir a recogerlos el marqués de Sierra Nevada, en 1794, fué llevado al altar mayor y "estando a espaldas del sagrario" manifestaron el lugar donde se hallaban, y en la certificación del traslado de San Francisco a Jesús Nazareno se dice que "dada por dicho padre fray Francisco de Cruzaelegui la llave de la bóveda que está detrás del tabernáculo del propio altar mayor". Sin embargo conservaron

[7] *Chrónica del Santo Evangelio*. . . México. 1697.



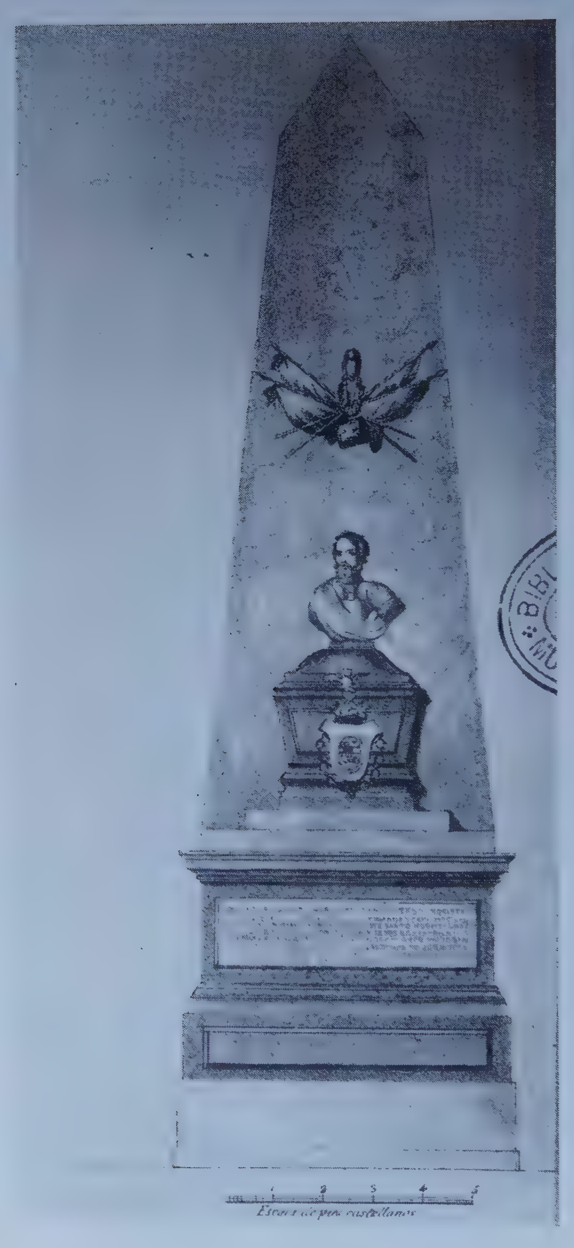
Retrato de Hernán Cortés existente en el Hospital de Jesús.
Pintura antigua arreglada y completada en el siglo XVIII.



Conjunto de la iglesia de Jesús Nazareno. (De una litografía).



Altar mayor de la iglesia de Jesús Nazareno. En el muro izquierdo está señalado el lugar donde fueron encontrados los restos. (De una litografía).



Sepulcro de Hernán Cortés en la iglesia de Jesús Nazareno. (De una litografía).



Sepulcro de Hernán Cortés en la iglesia de Jesús Nazareno. (De un dibujo).

Arriba: Nicho con la caj
bierta de terciopelo al ser
cubierta el 24 de novie
de 1946.

Abajo: Nicho y en la
inferior infructuosas ex
ciones anteriores.

EN LA PAGINA
DEL FRENTE:

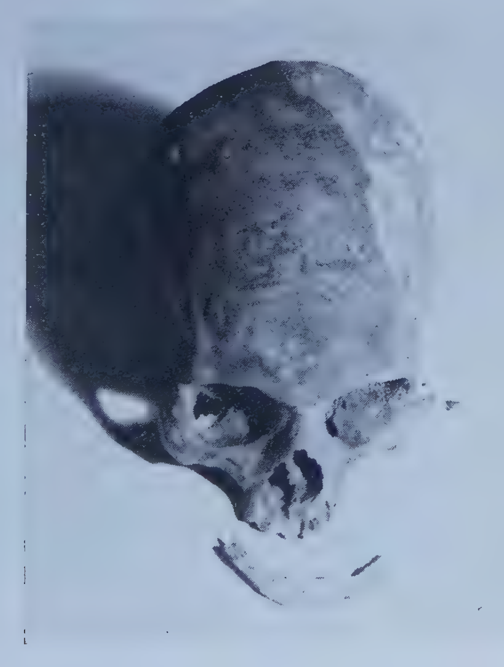
Arriba: Caja de cedro
contenía la urna de c

Abajo: Urna de cristal
filetes de bronce que
daba los restos.

Fotos Lim n, del Instituto de Antropología e Historia.

Arriba: Los huesos envueltos en la sábana de cambray.
Abajo: Detalle de la sábana de cambray con el bordado.

zos de costillas, clavículas, la única costilla entera, homoplato, esternón, sacro, vértebras, maxilar y calavera de perfil.



Calavera de frente.



Arriba: Fémures, huesos de la pelvis, tibias, peronés y huesos cortos del pie.
Abajo: Húmero, fragmento de húmero, radios, cúbitos y huesos cortos de la mano.

Nos el Dr. Dn. Félix Osores, Canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, Provisor y Vicario General, Juez de Capellanías y Obras pías de este Arzobispado

Certifico [illegible]

[illegible] Paradinas Notario mayor de este Arzobispado.

Basilio Arrillaga

Documento que contenía la urna de cristal.

Año de 1836.

Expediente formado ante el Sr. Provisor Vicario general de este Arzobispado Dr. D. Felix Osores á pedimento del Sr. Dn. Lucas Alaman, apoderado general del Sr. Duque de Terranova y Monteleone, sobre identificacion, reconocimiento y nueva colocacion de los huesos del Sr. D. Hernando Cortes, primer Marques que fué del Valle de Oajaca, segun adentro se espresa.

Primera página del Expediente de 1836.

la tumba como estuvo en el siglo XVII, con la reja, el retrato y la inscripción.

Sexto entierro en la iglesia de Jesús Nazareno

EN 1794 fué exhumado Hernán Cortés por quinta vez, según deseos del virrey conde de Revillagigedo, para llevarlo a la iglesia de Jesús Nazareno, anexa al Hospital del mismo nombre y fundación del propio Cortés. Con esto se cumplió, como dice el doctor Mora, "si no con la letra a lo menos con el espíritu de su última voluntad".

Desde el 14 de septiembre de 1790 inició Revillagigedo la traslación, dirigiendo un oficio al barón de Santa Cruz de San Carlos, que era entonces gobernador del estado y marquesado del Valle, proponiéndole el cambio, diciéndole que: "gastos hay que aunque parezcan nuevos, no pueden menos de aprobarse y celebrarse por el mismo que debe hacer el desembolso; tal sería el de construir un magnífico sepulcro cual corresponde al ilustre y esclarecido Hernán Cortés. . ."

Este oficio fué remitido a Madrid a la dirección general de los negocios del entonces heredero del marquesado, el duque de Terranova y Monteleone, contestando en su nombre su hermano don Diego María Pignatelli, ordenando se cambiasen a Jesús Nazareno los restos de Cortés, y los de su nieto don Pedro. No encuentro la razón por la cual, desde 1629, todos se empeñan en sepultar juntos al Conquistador y al anodino de su nieto; es quizá por ser el único descendiente muerto y enterrado en México. Pero quiso la suerte que se separasen definitivamente, pues no fueron encontrados los huesos de don Pedro, ya ignorados desde fines del siglo XVII y perdidos al construir la nueva iglesia.

Pignatelli envió con su contestación dos proyectos de monumentos, del cual se escogió uno y se contrató su hechura con el arquitecto José del Mazo el 30 de abril de 1792. El busto, de bronce dorado a fuego, se encargó a Manuel Tolsá, recién llegado a México como director de escultura en la Academia de San Carlos. Conocemos el monumento gracias a una litografía de Hipólito de Salazar que incluye Alamán en sus *Disertaciones,* a un dibujo de Antonio Villar en un plano del Hospital de Jesús de 1823 y a una pintura anónima y sin fecha

que tal vez no está inspirada en el original, sino en la litografía de Salazar. Esta es la más fiel reproducción del sepulcro. Consistió en un plinto con una estructura entablerada sobre la cual va otra, con un tablero mayor, en donde estaba el epitafio que copio adelante; sobre unas molduras de la mesa de altar venía la urna, en cuyo interior estaba la caja con los restos, con un escudo al frente y encima el busto de Tolsá; de la mesa de altar arranca un obelisco o pirámide, en cuyo centro hay otro escudo cruzado con pendones. El dibujo de Villar esquematiza el monumento; suprime el epitafio y el escudo del obelisco y la urna se convierte en solo pedestal del busto. Este, en cambio, es mejor dibujado que el de Salazar, aunque, como observa Manuel Toussaint: "la cabeza del héroe no puede tomarse como un retrato; si no fuera por la leyenda, imposible sería saber que se trataba de Cortés; su indumentaria y su tocado más bien recuerdan a Francisco IV de Francia".[8]

El epitafio era el siguiente:

> Aquí yace el grande héroe Hernán Cortés, Conquistador de este Reyno de Nueva España, Gobernador y Capitán General del mismo, Caballero del Orden de Santiago, primer Marqués del Valle de Oajaca y fundador de este santo Hospital e Iglesia de la Inmaculada Concepción y Jesús Nazareno. Nació en la villa de Medellín, provincia de Extremadura en España, año de 1485, y falleció a 2 de diciembre de 1547 en la villa de Castilleja de la Cuesta, inmediata a Sevilla. Desde esta se le condujo al convento de la Orden de San Francisco en la de Tezcuco, y de este el año de 1629 a sus casas principales en esta ciudad de Méjico, con motivo de haber fallecido en las mismas a 30 de enero su nieto don Pedro Cortés, cuarto Marqués del referido título del Valle de Oajaca. En 24 de febrero de dicho año de 1629, habiendo precedido el fúnebre aparato correspondiente a tan grande héroe, con asistencia de los señores Arzobispos y Virrey, Real Audiencia, Tribunales, Cabildo, clero, comunidades religiosas y caballeros, se depositaron en diferentes cajas abuelo y nieto, en el sitio en que se hallaban en la iglesia del convento de San Francisco de esta ciudad, de donde se trasladó a este panteón en 2 de julio de 1794, Gobernador *(sic)* el marqués de Sierra Nevada.

---

[8] *Anales* del Instituto de Investigaciones Estéticas. No. 11. p. 57.

La traslación no fué hasta 1794, siendo gobernador del marquesado del Valle el marqués de Sierra Nevada, el cual, en el permiso que para ello pidió el arzobispo, le decía: "la primera traslación se hizo con toda la posible solemnidad, así es que no se necesita repetir ahora la misma, sino que se haga secretamente de noche con asistencia solamente de la junta del estado y los dependientes de la casa". Quizá fueron razones económicas las que obligaron al gobernador de los bienes de Cortés, que había ya gastado en el monumento, el hacer este entierro secreto y modesto.

A las siete y media de la noche del 2 de julio se presentó el marqués de Sierra Nevada a las puertas de San Francisco a pedir los restos. El provincial lo condujo al altar mayor, donde fué puesta la urna en una mesa. El escribano Manuel José Núñez Morillón la describe:

> Se bajó una urna del tamaño de una vara, hecha de madera dorada y cristales jaspeados de azul y oro, con cuatro asas de plata, en cuyas cabeceras están pintadas las armas del Exmo. Sr. Cortés, y razón de haberse hecho esta urna el año de 1789 por el Sr. Barón de Santa Cruz de San Carlos; levantada la parte superior de la urna, se halló dentro de ella una arca forrada en plomo, y abierta ésta con la llave que entregó el padre sacristán, se descubrieron los huesos del señor Cortés envueltos en una sábana de cambray bordada de seda negra, con encaje al canto de lo mismo y la calavera envuelta con separación en sabanilla del propio lienzo, con encaje blanco a la orilla.

Los restos eran: "unas canillas, costillas y otros varios que, aunque rotos, están bien duros; la calavera es chica, achatada y larga; todos los huesos se manifiestan trigueños, de buen aspecto y olor".[9]

Vuelto a colocar todo como estaba, se sacó la urna por la portería hasta el coche del marqués, que rodó lentamente hasta la iglesia de Jesús Nazareno. Allí se quedó en la sacristía hasta que, al día siguiente, 3 de julio, en presencia sólo de los empleados del Hospital, se enterró en secreto. El día 8 del mismo mes se hicieron las honras fúnebres en las que predicó, "por más de tres cuartos de hora", un fraile dominico que se haría después famoso: fray Servando Teresa de Mier.

---

[9] *Disertaciones*. Tomo II. p. 56.

Séptimo entierro. La noche del 15 de septiembre de 1823

VEINTINUEVE años de tranquilidad. Pero en 1823 dispuso el gobierno de la República que fuesen traídos a la ciudad de México los restos de los héroes de la Independencia y que, previas solemnidades patrióticas, fuesen depositados en la Catedral. El choque de huesos de conquistador con huesos de insurgentes era inevitable. Cuando menos así lo pensaron los oradores del momento, lanzando discursos calentados con insultos a Cortés. Se imprimieron folletos muy divertidos, como "El pendón se acabó y la memoria de Cortés quedó" y "Muerte y entierro de don Pendón", que recordaban con rabia la fiesta del pendón, es decir, la del 13 de agosto de 1521 que solemnizaba, a la española, la caída del México indígena. Otro folleto era "Los curiosos quieren saber en qué paran los huesos de Cortés" y los periódicos, en notas y editoriales, inflamaban también los ánimos contra el Conquistador. Se pedía que los restos fuesen arrastrados por las calles y quemados en San Lázaro, lugar donde la Inquisición prendía sus hogueras para los indios heterodoxos y homosexuales. "Los temores de que así se hiciese fueron tales y tan fundados —dice don Lucas Alamán— que el Sr. Provisor, a consecuencia de las contestaciones que tuvo con el Sr. Jefe Político, mandó al Capellán mayor del Hospital, Dr. D. Joaquín Canales, que en la noche que precedió al 16 de septiembre, procediese a sepultar en lugar seguro los huesos de Cortés, como lo verificó, habiendo yo intervenido en la pronta ejecución de estas órdenes en virtud de las funciones públicas que desempeñaba".[10]

El padre Canales llamó al albañil Pablo Arzaluz, quien puso la urna "en la sepultura que está tocando por el lado del frente del ángulo derecho o del Evangelio, la tarima del altar de Jesús Nazareno". Estas palabras no son claras. Desde luego fué junto al altar de Jesús Nazareno, es decir, en el crucero izquierdo del templo, pero el ángulo derecho de un altar no es el del Evangelio, sino al contrario; ahora bien, si estuvo "en frente" del ángulo derecho del altar de Jesús Nazareno, resulta el ángulo izquierdo, el del Evangelio, donde fueron encontrados los restos, efectivamente, en 1836. A los pocos días se

[10] *Disertaciones.* Tomo II. p. 56.

deshizo el monumento, enviando Alamán el busto y los escudos a Palermo, a la casa ducal de Terranova.

Dice Alamán en sus *Disertaciones* que este entierro "bajo la tarima del altar de Jesús Nazareno" fué sólo "provisional", sin declarar más, lo que indujo a creer, y así se repitió durante todo el siglo pasado, que fueron enviados los huesos a Italia, teniendo don Lucas buen cuidado de no desmentir la noticia y de encerrarse en un silencio absoluto sobre el asunto. En este siglo se dudó lo del envío a Italia y se afirmó que seguían en la iglesia de Jesús. Don Luis González Obregón decía hace cuarenta años: "Existen en México, en el mismo sitio en que fueron depositados durante el primer tercio del siglo XIX o en otro lugar de la iglesia",[11] o sea que permanecían en el altar de Jesús Nazareno, y el padre Cuevas afirma en 1924 que el lugar al que fueron trasladados en 1823 "lo ignoramos casi todos los mexicanos",[12] pero lo deja en la iglesia de Jesús. El historiador norteamericano Francis A. Mac Nutt, creyendo que estarían aún en el altar de Jesús, trató de excavar en 1910, pero le fué negado el permiso. Mac Nutt pensaba avisar al duque de Terranova para que él dijera lo que debía hacerse y, dado caso de encontrarlos, les haría propaganda:

> The fourth centenary of the discovery and conquest of Mexico approaches and celebrations commensurate with the magnitude of these events, as well as with the dignity of the country, will doubtless be organized, during which, national and universal interest in Fernando Cortes will be revived, precisely as in the United States in 1892, Christopher Columbus became a living personality whose name was on every lip.[13]

Octavo entierro en Jesús Nazareno

A don Lucas Alamán le dolía en secreto que los huesos de Hernán Cortés estuviesen en el suelo, con humedad, y en sepulcro improvisado, por lo que decidió, en septiembre de 1836 trasladarlos a lugar más decoroso, aunque siguiesen todavía anónimos y ocultos. Pero ¿por qué no lo había hecho antes?

---

11 *México viejo y anecdótico.*
12 *Testamento de Hernán Cortés.* México. 1924. p. 43.
13 *The Sepulture of Fernando Cortez.* p. 9.

¿Por qué en septiembre de 1836, en que se acababa de perder Texas, y México estaba en un caos político y social? Es muy difícil contestar a estas preguntas a pesar de que el propio Alamán las contesta, en parte, en el Expediente de 1836. Dice allí que: "Ahora que se han emprendido obras muy considerables para el reparo y renovación de la iglesia, después que ésta y el Hospital han vuelto al Patronato del Señor Duque de Terranova y que se han restituído los bienes de esta Casa de Caridad ocupados por el Gobierno, ha parecido ocasión oportuna para colocar los huesos en lugar más adecuado. . ." Sin embargo no puedo escaparme de hacer dos observaciones: en septiembre de 1836 se gestaban dos hechos de suma importancia para don Lucas Alamán: el reconocimiento de la Independencia de México por España con el establecimiento de relaciones amistosas entre las dos naciones y la vuelta del destierro de su amigo, el futuro presidente por segunda vez, don Anastasio Bustamante. En el primer caso Alamán se congraciaba personalmente con la Madre Patria y no le daba al Embajador, que pronto vendría, el triste espectáculo de ver a Cortés pudriéndose en el suelo. En segundo aseguraba la respetabilidad del nuevo entierro con la presencia en el poder de uno de los personajes más conspicuos del partido conservador. Recuérdese que en 1838 uno de los primeros actos de Bustamante fué traer a la ciudad de México, con gran solemnidad y en plan de glorificación, los restos de Agustín de Iturbide. Los hechos apuntados tuvieron efecto, el primero, el 28 de diciembre de 1836; el segundo el 12 de abril de 1837. El sagaz Alamán se adelantaba, en todos los detalles, a la política que pronto debería sobrevenir.

Continuando el relato del séptimo entierro de Cortés encontramos que don Lucas Alamán pidió permiso, en forma verbal, al entonces Provisor y Vicario General del arzobispado en Sede Vacante, el canónigo historiador don Félix Osores, para hacer el nuevo entierro, procediendo de inmediato a la exhumación, para lo cual llamó al mismo albañil que había colocado los restos en el altar de Jesús. Pero Pablo Arzaluz no se acordaba bien, por lo que hubo que buscar en varios sitios, encontrándose por fin, después de tres noches de trabajar varias horas, al lado del Evangelio. Junto con el albañil trabajaron el arquitecto que entonces renovaba la iglesia, José Besozzi

y el capataz Joaquín Acosta. Una vez hecha la exhumación se les sujetó por parte de la mitra, a un interrogatorio. Besozzi dijo que "encontró una caja cubierta de plomo, de siete ochavos de largo y dos tercios de alto, de madera de muy buen cedro y a lo que parece por el tiempo o las barras con que se trabajó para su descubrimiento y ocultación con una falla o rotura en una esquina"; Arzaluz lo confirma diciendo que "conoció bien dicho cajón, el cual, por la tapa tiene la figura de un baul como de siete ochavos de largo y dos tercias de alto. . ." y "que es la misma que él enterró, sobre lo que no tiene la más mínima duda".[14] Los huesos se encontraron "aunque mojados" en muy buen estado de conservación, salvo el cráneo que estaba "rajado longitudinalmente por efecto de la desecación después de tanto tiempo de estar en un paraje húmedo". Esta rotura, que va de la parte superior de la órbita izquierda hasta el occipital, no debe ser obra de la humedad, pues si así fuera se hubiera abierto por las suturas. Parece un golpe, que quizá fué infringido por la precipitación, la noche del 15 de septiembre de 1823.

Se envolvió en un rico pañuelo "en cuyo centro se hallaban bordadas en seda negra las iniciales del difunto, orlado todo alderredor con blonda negra de una pulgada de ancho, y se puso sobre un cojín de terciopelo negro, con galones y borlas de oro fino, sujetándolo todo con una cinta de terciopelo negro; todos los demás huesos, por el orden de las partes del cuerpo se envolvieron en una sábana de muy fino cambray, con un encaje alderredor de que está pendiente una blonda negra, de cuatro dedos de ancho. . ." En medio de los huesos se puso "un cañón de hoja de lata soldada que contiene una certificación de quien son, firmada por el señor Provisor, los testigos y el notario".[15]

De los huesos dice: "la forma del cráneo es prolongada de la frente a la parte posterior, más angosta por aquella que por ésta y aplanada por arriba, con los huesos de las sienes y mejillas muy prominentes. La cabeza proporcionalmente chica con respecto a los huesos del resto del cuerpo, los cuales manifiestan ser los de un hombres bien formado y muy fuerte. Dichos huesos, por el efecto del tiempo y humedad en que han

[14] Expediente de 1836.
[15] *Ibid.*

estado, son de muy poco peso y muchos de ellos están deteriorados hacia sus extremos y partes delgadas".[16]

Se pusieron en una urna de "cuatro hojas de cristal pulido con cubierta convexa y guarnecida por todas sus junturas con una media cara de bronce negro formando una graciosa labor"; la caja de madera se resanó y se le pusieron chapa y visagras nuevas, cubriéndola con otra de plomo sobre la cual iba un terciopelo negro con galones de oro en las esquinas y una cruz en el centro.

El entierro se hizo en el mismo nicho donde estaba en 1794, justamente para que a nadie se le ocurriese que allí pudieran estar los restos. Fué idea, claro está, de don Lucas Alamán. "El lugar que pienso destinarle ahora —le dice al Provisor— es el mismo en que ya estuvo en el presbiterio, al lado del Evangelio, en donde hay un nicho en la pared que es el mismo en que se hallaba colocado cuando había el sepulcro de mármol y que al demolerse éste se cubrió con unas tablas, pues sobre ser el que corresponde, tiene la ventaja de quedar en absoluta seguridad, sin que nada se entienda en el público, pues mamposteada sólidamente la entrada, no se percibe la idea de que los huesos de don Fernando Cortés fueron trasladados a Italia por el señor Luchessi".[17]

Estando presentes los canónigos don Félix Osores y don Matías Monteagudo, el diputado don Basilio Arrillaga, el capellán del Hospital don Francisco Cenizo y don Lucas Alamán, personas todas de honorabilidad indiscutible, se depositaron los restos sin ceremonia alguna, enyesando y pintando el muro para que no se notase nada. Alamán pidió "le entregasen originales de las actuaciones como un testimonio de ellas". Allí permanecieron ocultos e ignorados ciento diez años.

El día 24 de noviembre de 1946

Un intelectual español exiliado, Fernando Baeza Martos, y el historiador cubano becario de El Colegio de México, Manuel Moreno Fraginals, poseían una copia del Expediente de 1836. Cuando Baeza y Moreno tuvieron la cortés gentileza de comunicarme la noticia, cosa que les agradezco profundamente, no

[16] Expediente de 1836.
[17] *Ibid.*

me importó, ni me importa ahora, el lugar de procedencia del documento. A ellos les toca relatarlo un día, cuando lo consideren conveniente. Yo he usado, para este estudio, el traslado que dió don Lucas Alamán en 1843 a la Embajada Española, quien permitió, después del descubrimiento de los restos, que el Instituto de Antropología e Historia, al cual pertenezco, copiase fotográficamente el Expediente.

Esta última y octava exhumación sucedió de la siguiente manera. Al saber yo que poseían un documento donde se decía la localización exacta de los restos de Cortés, me interesé por ello, como es natural, desde el punto de vista de *investigación histórica exclusivamente.* Propuse que dos historiadores mexicanos, de independencia política o partidarista, pero de posiciones intelectuales diferentes, nos ayudasen. Quedamos de acuerdo en hablarles a Edmundo O'Gorman y a don Alberto María Carreño. El primero no aceptó. El segundo se entusiasmó.

El día 11 de noviembre nos reunimos en casa de Carreño para leer el documento. Cuando Baeza dió fin a la lectura, Carreño y yo nos convencimos de que aquel papel decía verdad. Era una acta notarial eclesiástica, cuyos firmantes eran personajes conocidos en la historia de México; además, la redacción y los detalles minuciosos confirmaban su autenticidad. ¿Qué hacer entonces? Sencillamente, sacar los restos. Y sacarlos nosotros solos. ¿Por qué? Porque recurrir a una institución libre u oficial sería entorpecer, sobre todo en tiempo, la investigación; además ¿quién aseguraba que estaban todavía los restos en el lugar que explicaba el Expediente? Era necesario que la búsqueda fuera personal, rápida, audaz, sin reticencias protocolarias y, sobre todo, en secreto, ya que dado el caso que se fracasara, ni trascendía indebidamente, ni quedaba en ridículo la institución a la cual hubiéramos recurrido.

Hicimos la exhumación porque era una interesante *investigación histórica,* sin pensar en otra cosa. Toda suposición en contrario es calumniosa. Yo, por mi parte, declaro que lo mismo hubiera obrado tratándose de otro personaje, así fuese fray Pedro de Gante o Vasco de Quiroga, Motolinía o Sahagún, Netzahualcóyotl o Moctezuma, Cuauhtémoc o Xicoténcatl, Doña Marina o Tecuichpo. No quiero decir con esto que todos estos nombres presenten el mismo interés o tengan la misma im-

portancia. Sus diferentes valores son conocidos, definidos y probablemente definitivos. Me refiero al hecho de exhumar unos restos históricos. La discusión de la personalidad a quien pertenecieron es otra cosa muy diferente. Yo vi en esto algo así como una aventura profesional en la que se mezclaban el interés histórico, la curiosidad, y algo que sonaba como un deber al dar solución a un viejo enigma de la historia de México.

Así pues, gracias a la amistad de Carreño con el doctor Benjamín Trillo, Patrono del Hospital de Jesús, se nos permitió que excaváramos el domingo 24 de noviembre. A las ocho y media de la mañana comenzamos, en oficio inusitado de albañiles, a cavar en el preciso sitio en que se encontraron los restos, que, según el Expediente era "un nicho en el macizo de la pared del lado del Evangelio del presbiterio, en medio de ésta y a tres varas de altura del suelo, de diez y nueve pulgadas de alto, una vara escasa de largo y trece pulgadas de profundidad". Quitada la capa de pintura y yeso aparecieron varias filas de ladrillos horizontales, lo que nos dió la certeza de que aquél era el lugar. El mamposteo era magnífico, de piedras menudas de tezontle pegadas con argamasa que fué necesario ir destruyendo con paciencia hasta que, de pronto, apareció la losa, detenida también con una bóveda o arco de ladrillo. Por último, un barretazo decidido de Manuel Moreno, hizo caer la piedra, quedando al descubierto la urna con el terciopelo bordado en oro de que nos habla el Expediente. Baeza y Carreño, cumpliendo con sus ideas religiosas rezaron un momento, en silencio y para sí mismos. Eran las seis en punto de la tarde.

Después

ERA necesario comunicar oficialmente el hallazgo. Acordamos con el doctor Trillo que, como Patrono del Hospital, invitase a varias personas *representativas* que asistiesen y diesen fe de la apertura de la urna, que debería hacerse la noche del lunes 25. Con gran sorpresa nuestra, la noche del lunes era un tumulto. ¿Quién dijo, quién notificó a los periodistas, quién invitó a tanta gente, quién abrió la iglesia, quién y de dónde se llevó luz eléctrica? Lo ignoro y me consta que no dependió de nosotros cuatro. Quisimos evitar, para que no se nos repro-

chara después, esa inútil exhibición ante curiosos inoportunos, pero no fué posible; hubo que ir por la urna en plan de romería y volver en plan de procesión, por la calle, pues no hay comunicación de la iglesia al Hospital. En esto último no se han fijado los que creen que se hizo por una especie de solemnidad o los que creen que se hizo por una especie de burla. Ni una ni otra cosa. Necesidad ineludible.

En la dirección del Hospital, antes la bella sacristía de la iglesia, se abrieron las cajas, apareciendo la urna de cristal en la que se veían los blancos envoltorios de los restos.

El jueves 28 cambió el panorama. A las seis de la tarde, por decreto presidencial, los restos de Cortés y el templo de Jesús, pasaban a manos del Instituto de Antropología e Historia. Este decreto, último que firmara don Manuel Avila Camacho, ordena lo siguiente:

> El Instituto Nacional de Antropología e Historia se hará cargo, desde luego, de la custodia de la urna que contiene los restos... el mismo Instituto de Antropología designará una comisión que llevará a cabo un estudio a fin de dictaminar sobre la autenticidad de dichos restos... En caso de que la comisión a que se refiere el párrafo anterior confirme tal autenticidad el Instituto tomará las medidas adecuadas para la conservación de los restos en el ex-templo de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno en su calidad de monumento histórico.

La junta de ese día estuvo, pues, a cargo de los representantes del Instituto. Otra vez fué en grande el tumulto, con periodistas, fotógrafos, cinematógrafo y radio. Había que convertir aquello en un "notición" que dejara muchos centavos a la prensa. No fué otra la publicidad, pues fuera del escándalo, no hubo propaganda política de ninguna especie. Esta publicidad comercial del periodismo es, ya se sabe, el necesario pan de cada día para la curiosidad sana e insana del público.

Fué inútil querer, por parte de los miembros del Instituto, que hubiese orden y decoro. Ante cientos de curiosos se abrió la urna de cristal en busca del documento que confirmaba la autenticidad de los restos. Don Alberto María Carreño, el doctor Benjamín Trillo y el doctor Daniel F. Rubín de la Borbolla, oficiaron. Cuando el tubo apareció, se designó al doctor Silvio Zavala, como director del Museo de Historia, para que leyese

el documento. Carreño pidió a la concurrencia que fuese él quien diera lectura. Silencio absoluto. Y lo leyó.

Dice así:

Nos, el Dr. Dn. Félix Osóres, Canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, Provisor y Vicario General, Juez de Capellanías y Obras Pias de este Arzobispado.—Certifico, en la forma más cumplida que de derecho sea, que según está provado en un expediente instruido ante mi, á pedimento del Sr. Dn. Lucas Alamán, apoderado general del Sr. Dn. José de Aragón, Pignatelli y Cortés, Duque de Terranova y Monteleone, los huesos que esta Caja contiene son los del Sr. Dn. Fernando Cortés, primer Marqués que fué del Valle de Oajaca, Conquistador, Gobernador, y Capitán General de la Nueva España, hoy República Mejicana, que falleció en Castilleja de la Cuesta, junto a Sevilla, en España, el día 2 de Diciembre de 1547, de edad de sesenta y tres años, de donde fueron trasladados a la iglesia del Convento de S. Francisco de Texcuco, y de esta a la grande del mismo órden de esta Capital, con solemne funeral que se verificó el día 24 de Febrero de 1629, en la que permanecieron en su Capilla mayor, en un túmulo colocado bajo un dosel, hasta el día 2 de Julio de 1794 en que se pasaron a esta iglesia del hospital de la Purísima Concepción y Jesús Nazareno, fundado por el mismo Sr. Dn. Fernando Cortés, y cuyo patronato perpetuo tiene su familia, habiéndose hecho con este motibo solemnes honrras el dia 8 de Noviembre del mismo año. Se depositaron en un sepulcro de mármoles que se erijió con este fin, en el lado del evangelio de la Capilla mayor, el que fué demolido en el mes de Septiembre de 1823, con ocasión de las ocurrencias políticas de aquella época, y se enterraron bajo el pavimento del crucero de Jesús Nazareno, de donde se exhumaron en el mes de octubre de este presente año, y se colocaron en esta urna, encerrada en la caja primitiva de cedro en que vinieron de España y en que habían permanecido, colocándolos en este lugar, que es el mismo en que estuvo el sepulcro de mármoles en este día 6 de Diciembre de mil ochocientos Treinta y seis, siendo testigos el Sr. Dn. D. Matías Monteagudo, Canónigo de esta Santa Iglesia Metropolitana, el Sr. D. Dr. Basilio Arrillaga, Diputado al Congreso General y el Br. Dn. Francisco Zenizo, Capellán de esta Iglesia y Hospital, quienes firmaron conmigo ante el Br. Dn. Nicolás Paradinas Notario mayor de este Arzobispado.—

Felix Osóres.—Rúbrica.—Matías Monte Agudo.—Rúbrica.—Basilio Arrillaga. — Rúbrica. — Francisco Zenizo.—Rúbrica.—Ante mi. Nicolás Paradinas, Not^o. may^r.

No cabe duda que, documentalmente, los restos que sacamos el 24 de noviembre son los de Hernán Cortés. Así lo prueban desde el acta notarial de Andrés Alonso de 1547 hasta este testimonio de 1836, pasando por toda la documentación legal ininterrumpida que he señalado. Quien lo dude, en este sentido, no tendrá razón. El estudio antropológico dirá lo que tenga que decir. . . antropológicamente. Y nada más. Dada la calidad de las primeras personas nombradas para hacer el estudio, no es posible dudar que será serio y de buena fe, es decir, única y verdaderamente científico.

Ahora

AHORA quedan por examinar algunas consecuencias producidas por el hallazgo de algo tan poco importante, en sí mismo, como es el esqueleto de Cortés. El Conquistador es lo que es y vale lo que vale con huesos o sin ellos. Ni le quitan ni le dan nada. Pero, de todas maneras, se les hace "significar" a la fuerza, en pro o en contra de intereses particulares.

Hay que hacer notar que, por la forma independiente y personal en que se hizo el descubrimiento, se destruyó una simulación, un mito histórico que traía inquietos desde hace cien años a los aficionados a estas cosas. Esta simulación ha estado sostenida por instituciones y personas interesadas en ello. Los huesos de Cortés serían, en un momento oportuno, un símbolo. Quienes sabían donde estaba enterrado y no lo habían sacado era porque esperaban "la mejor ocasión", pero ¿la mejor ocasión de qué? de servirse de la bandería cortesiana, del símbolo que representa o pudiera representar, en un momento dado, la figura de Hernán Cortés. Ahora ya no es posible. El mito se ha deshecho.

Hernán Cortés sigue como lo que es, como lo que debe ser: objeto de estudio y de comprensión, no señuelo de caminos políticos o estandarte celestinesco de particulares afirmaciones que, bajo el manto de la Historia o de la Cultura, ocultan pasionismos innecesarios. A Hernán Cortés, como a toda perso-

nalidad histórica, no hay que elogiarlo sin más ni más, ni insultarlo sin menos ni menos. Hay que explicarlo. "La misión del historiador —dice muy bien Edmundo O'Gorman— consiste en dar explicaciones por los muertos".[18]

Y como sentimiento, ya don Manuel Orozco y Berra, el ilustre historiador del siglo pasado, definió la actitud mexicana ante Cortés": "Nuestra admiración para el héroe; nunca nuestro cariño para el Conquistador".

Sin embargo volvió a plantearse un viejo problema a discusión perpetua: el problema, de extracción romántica, de si debe o no levantarse un monumento a Hernán Cortés. Hernán Cortés, es cierto, pertenece a nuestra historia, pero la *glorificación* de Hernán Cortés pertenece a España. Su obra y sus huesos están en México y están bien. Su estatua está en Medellín de Extremadura. Si España, no Medellín de Extremadura, España, digo, no le elevó estatuas en trescientos años ni en la península ni en la colonia ¿por qué pretender que México lo haga ahora?

Indudablemente lo sensato es lo que ya ordena el decreto presidencial, esto es, enterrar decorosamente al Conquistador, en su obra piadosa, en el Hospital de Jesús, el primero de América.

La iglesia de Jesús quedará como un museo histórico, como un importante panteón al guardar los restos de Hernán Cortés, del virrey don Pedro de Castro y Figueroa, de don Lucas Alamán, del sabio padre Nájera, del escultor Vilar, del Coronel Calderón, etc., y, más que todo eso, como una obra de arte por los magníficos frescos de José Clemente Orozco.

---

[18] *Crisis y Porvenir de la Ciencia Histórica.* México. 1947. p. 10.

LA MUJER ESPAÑOLA A TRAVES DE LA HISTORIA

Por *Rafael ALTAMIRA Y CREVEA*

I

Entre el copioso material acumulado para terminar mi *Nueva Historia de la Civilización Española* que vendrá a contener cuatro volúmenes por lo menos, he hallado el texto taquigráfico de una conferencia que hace tiempo dí en un Colegio internacional de educación femenina, acerca de la mujer española desde el punto de su situación social, sus derechos familiares y su cultura.

He releído ese texto y encuentro en él algunas noticias curiosas e interesantes que no figuran en ninguno de los libros de historia española de tipo docente, ni en los de divulgación. Y dado que mi citada conferencia es todavía inédita de punta a cabo, he creído útil publicar esas noticias que, por lo menos, si las supieron hace años muchas gentes, han debido caer en el olvido después de todas las vicisitudes que desde 1936 han sacudido nuestra alma y le han obligado a pensar en otros problemas de superior urgencia. He ahí la razón que me mueve a imprimirlas ahora en los Cuadernos Americanos.

El punto de arranque que adopto es el de la llamada Edad Media, a partir de la construcción efectiva de nuestro propio pueblo en el esfuerzo para ser independiente de las invasiones coloniales y de conquista que, durante siglos, le perturbaron su creación genuina. La lucha entonces era con los musulmanes, enemigos en este sentido; pero también educadores nuestros en muchas cosas que cimentaron la cultura hispana.

Las fuentes principales de las noticias que siguen son de índole jurídica, las más de las veces; no sólo porque la posición social de la mujer se definió en textos de esa naturaleza, (cosa poco frecuente durante muchos siglos en lo tocante a la cultu-

ra), sino también porque las relativas a este último hecho son muy escasas y apenas si alcanzan la categoría de hipótesis o deducciones de leve fundamento, a base de los matrimonios mixtos con los extranjeros, romanos, visigodos y mahometanos. En el mismo orden jurídico, no todo lo que sabemos procede de la legislación (es decir, del Derecho escrito), sino que también, y en muchos casos, se funda sobre la costumbre, o sea las normas no incluídas en las leyes pero practicadas, aun con trasgresión de estas últimas.

Como el cuadro general más antiguo que conocemos de esa estructura es el de la época visigoda, creo conveniente dar, como introducción que precede a la Reconquista, un breve conocimiento de él. La base legal germánica es bien conocida y se resume en la potestad del padre sobre las mujeres solteras que viven en su propia familia, y, por de contado, la que también poseía sobre su consorte; la dote que el marido entregaba para el traspaso, a su favor, de la potestad del suegro, con referencia a la que iba a ser su esposa, etc. A este cuadro en el que la mujer carece de libertad y de derechos propios, suceden en los siglos de la Reconquista algunas concesiones que empezaron a mejorar la situación de la mujer casada. Tal fué, principalmente, la comunidad de bienes entre marido y mujer durante el matrimonio, en la forma de los bienes dichos "gananciales"; es decir, la formación de un acervo común de todas las ganancias que se obtienen dentro del matrimonio, o (de ordinario) de cierta parte de ellas, cuya división se verificaba a la muerte de uno de los esposos: hecho de que da testimonio una ley de Recesvinto (Siglo VII). Otra novedad fué la dote de la mitad de los bienes del marido entregados por éste a su mujer: dote excesiva que equivale a una participación igual de la fortuna del marido, y que los reyes visigodos limitaron, según atestigua una ley de Chindasvinto (mediados del siglo VII) que redujo la dotación al décimo de los bienes del marido. Pero esta ley fué superada por las costumbres visigodas, que siguieron viviendo y se transmitieron a los tiempos de la Reconquista: de lo cual hay ejemplos en territorio de Asturias y de León, tan vivos como si no hubiese existido en la legislación visigoda ningún género de limitación. También fué una novedad interesante, que acaba de caracterizar todo este ambiente jurídico de los germanos con relación a la mujer, el hecho de otorgar a ésta

la potestad sobre los hijos, ejercida sobre los actos primordiales de la vida como el matrimonio y la educación, cuando sobrevenía la viudez de la mujer.

Con estas novedades favorables a la vida económica de la mujer, a su "patria" potestad y su dignidad, comienzan los tiempos de la Reconquista en que la invasión musulmana aporta elementos importantes. Esos elementos los conocemos hoy bien, gracias a los estudios hechos por nuestros arabistas del siglo XIX y del actual. De ellos podríamos decir que si, en efecto, es verdad que la mujer musulmana ocupó en el matrimonio una situación de inferioridad con relación a la mujer cristiana de los países monógamos (monógamos, por lo menos, al parecer), puesto que aquélla tiene que soportar la existencia de otras mujeres legítimas e ilegítimas dentro de la familia, no es menos cierto que también gozó del derecho de reducir el número de las mujeres exigiendo al marido, si es la primera que se casa con él, que éste no tenga ninguna otra; y también a establecer ciertas otras ventajas personales como la de recabar el derecho de recibir visitas dentro de la casa con entera independencia de la voluntad del marido.

Estos dos datos templan el concepto vulgar que se ha solido tener de la mujer musulmana como absolutamente sometida y encerrada por el amor exagerado y egoísta del hombre. Pero juntamente con ellos hay que considerar estos otros hechos: la asistencia libre, franca y respetada, de frecuentar las aulas públicas docentes, donde oía las explicaciones de los maestros juntamente con los hombres (es decir, una verdadera coeducación); y una gran libertad en los viajes. En confirmación de esto último conocemos hoy varias noticias de viajes de mujeres musulmanas a Oriente, unas veces con intentos de cultura, otras por capricho, y otras para velar por sus intereses, o por asuntos de familia. También disfrutó de la libertad de discurrir por las calles sin llevar velo. Parecería obvio decir que la dicha concurrencia de la mujer musulmana a la vida intelectual de su país, había de traer, como es consiguiente, su fruto; y en efecto, la España musulmana es riquísima en mujeres literatas (poetisas principalmente) o que intervienen en la sociedad culta de su país, y hasta llegan a obtener una gran influencia en el orden político.

Vengamos ahora a los reinos cristianos del mismo período histórico; y con objeto de establecer claramente las líneas fundamentales de su respectivo cuadro, consideraremos a la mujer en las varias situaciones que podía tener entonces, comenzando por su situación como hija de familia. Las notas generales y características de la hija de familia en aquellos tiempos, tanto en el orden del derecho legislado como en el de las costumbres, son las siguientes: la mujer está completamente sometida a la voluntad de los padres; el acto más transcendental, sin duda, que realiza en la vida, el de casarse, no depende de su voluntad, pues son los padres quienes la casan. Los padres transmitieron su autoridad directamente al marido de su hija: durante algún tiempo, a través del sacerdote, como testimonian varios documentos de aquella época. Pero si esta es la condición común y corriente de la mujer, conocemos también excepciones que aparecen dentro de este mismo período de la Reconquista, y que demuestran la liberación de la voluntad femenina que, una vez muertos los padres, pasaba normalmente a la potestad de los hermanos. Una de esas excepciones la establece una ley del Fuero Real, (mediados del siglo XIII), en virtud de la cual vemos cómo, habiendo muerto los padres, la mujer puede casarse a su gusto, saltando por la voluntad de sus hermanos. Otra ley muy curiosa (de Navarra) consiste en otorgarle a la mujer el derecho a renunciar al primero y al segundo marido que le proponían, pero no tenía más remedio que aceptar al tercero. Juntamente con esto, y en toda esa zona tan interesante del derecho consuetudinario que forma el Norte de España, desde las provincias vascongadas, Navarra, Aragón, Asturias, hasta León, y particularmente en los sitios donde ha habido secularmente comunidades agrícolas, vemos muchas veces a la mujer como jefe de esos grupos. Es ella y no el varón quien hereda y quien dirige la vida económica y social de la familia, como ha historiado de una manera admirable Joaquín Costa. En algunos países donde se abre pronto paso el principio de la herencia única (o sea, de la primogenitura dentro de la familia), en Cataluña, por ejemplo, la mujer puede ser heredera también, y entonces se convierte en *Pubila* cuando no hay un *hereu;* es decir, puede ser también jefe económico y social de la familia.

Aparte lo dicho anteriormente, la mujer se consideró en general, incluso cuando era viuda, en una situación de gran inferioridad y dependencia respecto del varón. Se ha querido explicar esto por lo azaroso de los tiempos, por la necesidad de que la mujer tuviese el amparo de un hombre capaz de empuñar las armas y de defenderla contra las situaciones sociales para las cuales el derecho de la fuerza era el derecho preponderante. Pero por más que esta explicación tenga una gran verosimilitud y se pueda apoyar indudablemente en hechos muy conocidos, indudablemente también debemos reconocer, por bajo de estas imposiciones de las circunstancias, la presión tradicional de la superioridad del varón, ya que se consideraba a la mujer como débil, imposibilitada de defenderse, y necesitada constantemente de un auxilio. De otros prejuicios hablaré más adelante.

Como mujer casada, la mujer española, (no sólo la castellana sino la de todas las regiones de la Península) continuó con el disfrute de aquellas ventajas de orden económico que hemos visto en el período visigodo, acrecentadas algunas veces. Así encontramos, como institución característica dentro de este período, el "pacto de unidad y hermandad", es decir, el derecho de usufructo de los bienes del marido muerto, institución que no sólo existe con este nombre en los territorios de León y de Castilla, sino también (aunque con nombre distinto) en los demás territorios españoles, donde se llamó por ejemplo, *viudedad* (Aragón) y *fealdat* (Navarra), etc. En todas partes hallamos igualmente, como una nota general, que la mujer gozó del derecho de participación, en usufructo, de todos los bienes de la familia, o una parte considerable de ellos.[1]

Juntamente con lo dicho, la antigua comunidad de bienes dentro del matrimonio, es decir, mientras subsiste la relación matrimonial, continúa extendida con un carácter muy general dentro de la Península, no obstante los ataques del derecho romano desde que éste comienza a abrirse paso por España, pues por el sentido individualista que entonces le caracterizaba, habría de quebrantar este género de comunidades. Tomaron éstas un desarrollo considerable en Valencia, donde apenas hubo

1 Según Hinojosa, el historiador bien conocido del Derecho español, el pacto de unidad y hermandad de la Edad Media era un usufructo de que ya existen fuentes documentales en el siglo x.

familia constituída que no fuese sobre la base del régimen de comunidad completa de bienes. No hay para qué decir que los "gananciales", unas veces divididos por mitad, otras por partes desiguales según la aportación al matrimonio, son una institución que perdura también de una manera general como nota característica de la sociedad en Castilla y León, pero extendida a muchos territorios de Cataluña, Aragón y Navarra.

En algunos sitios adquirió un relieve particular el poder femenino dentro de la familia, como por ejemplo en Aragón, donde la mujer pudo administrar la hacienda de la familia en ausencia del marido, y éste no podía vender sin el permiso de su consorte. Todo lo cual elevó la situación de la mujer, cualquiera que fuese su situación social. Este último hecho me recuerda una nota pintoresca de las costumbres castellanas, mantenida y llegada hasta nosotros en virtud de un texto del que se ha llamado *Fuero Viejo de Castilla,* y que pertenece a la categoría de *las Fazañas* castellanas. Dice así en su título 5º, ley 17.—"Façaña de Castiella es: Que la Dueña Fidalgo que casase con labrador, que sean pecheros los suos algos (sus bienes); pero se tornarán los bienes exentos después de la muerte del suo marido: e debe tomar a cuestas la Dueña una albarda, e debe ir sobre la fosa de su marido e debe decir tres veces, dando con el canto de la albarda sobre la fosa: Villano, toma tu villanía, da a mi mi fidalguia". Con lo cual recobraba ella la condición que había perdido al casarse.

II

Es creencia constante de todos los tiempos, que la situación desfavorable de la mujer obedece al concepto antropológico que el hombre tiene de ella; concepto que explica la dureza extraordinaria de nuestra legislación, por ejemplo en cuanto al adulterio de la mujer, mientras que para el del varón casado no hay ningún género de castigo. La consecuencia era que el marido podía matar a su consorte adúltera (y a su cómplice) o condenarla a esclavitud o a sufrir la vergüenza pública: unas veces con palos, como por ejemplo en Cataluña, otras veces sin ellos, como sucede en Valencia, más dulce en este punto que la legislación catalana. También castigaba al varón que

cometía adulterio con la consorte; pero siempre este delito en la mujer fué considerado como un delito grave.

En punto a la sumisión al marido en todos los órdenes, se puede bien deducir de los antecedentes que hemos dado (salvo algunos casos excepcionales como el de ciertos territorios del reino de Aragón que acabo de citar). Esa sumisión expresa una falta completa de personalidad en la mujer, y llevó consigo también, como una secuela, el hecho verdaderamente vergonzoso del repudio, en virtud del cual el marido podía deshacer un matrimonio que la iglesia consideraba irrompible, con todas las consecuencias que esto había de producir. Dato muy interesante, aun cuando muy lastimoso también, es el que se halla en el derecho catalán, y que no obstante constar en un documento del siglo XIV, no obliga a deducir que represente una excepción regional, sino que, probablemente, era una costumbre general de todos los países peninsulares. La experiencia de nuestros días parece venir a confirmar esa creencia, incluso con protestas de la misma mujer si alguien intenta entrometerse en ese uso, que ella considera nada menos que como un derecho de parte suya. Aludo a la costumbre de pegar el marido a la mujer; y el documento a que me refiero lo prueba, *a contrario,* porque en él hace el marido promesa a la mujer de no pegarle. En mi adolescencia he sido testigo de la subsistencia de aquel hecho en la Huerta de Alicante; y muchos años antes, según oí a mis padres, comprobó lo mismo, en la ciudad, don Ramón de Campoamor, entonces Jefe Político en Alicante. Lo que no garantizo es que la mujer española actual consienta, las más de las veces, la práctica que sus antecesoras consideraban de tal modo como natural, que hasta cuando el marido renunciaba de hecho a ella, las mujeres consideraban esa renuncia como una prueba de que ya no las amaba.

A las razones antes expresadas que motivaron, en la Edad Media y en gran parte de la moderna, la concepción de la necesaria inferioridad de la mujer, hay que añadir otras tres que se encuentran en la literatura general y en la jurídica de aquellos siglos (p. e. Las Siete Partidas de Alfonso X) y en las de otros países, cuyos autores relevantes fueron Boutiller, Tiraqueau, Bodin y el antecesor de éste, nuestro Luis Vives (1492-1540). Bodin es de 1530-1596. Las aludidas razones consis

tían en suponer calidades ingénitas en las mujeres: "fuente de pecado", avaricia y falsedad.

En lo que toca a la vida política, la mujer ha tardado muchos siglos, en España y en el mundo entero, en ser ciudadana con los mismos o parecidos derechos que el hombre. Pero esta situación ha tenido excepciones de gran importancia. Desde luego, la excepción fundamental de que pudo ser reina, y lo fué varias veces en los reinos de la Península española. Sabido es que nuestra tradición constante ha consistido en respetar ese derecho a la Corona, en la hija primogénita de los reyes. Pero el fundamento de esa tradición, a mí me ofrece cierta duda. ¿Responde ese derecho a una doctrina verdaderamente feminista, es decir, a la creencia de que la mujer es capaz de desempeñar el cargo de reina con todas las condiciones que ello requiere; o, por el contrario, obedece sencillamente al deseo de los reyes de asegurar la herencia a la Corona dentro de su familia, para lo cual aceptaron indistintamente los elementos que tenían a mano, fuesen varones o hembras? A esta segunda explicación nos inducen hechos como, por ejemplo, los muy conocidos del tiempo de la reina Doña Urraca (fines del siglo XI, comienzos del XII), la cual tuvo que recibir constantemente las observaciones de sus vasallos, quienes le impulsaban a tomar marido para que hubiese un hombre al frente de la Corona; es decir, para que contara el trono con persona capaz de embrazar el escudo. No obstante ésta aseveración, la mujer española intervino muchas veces en la guerra. Conocemos, en efecto, bastantes casos en que la mujer defendió el castillo familiar en ausencia de su marido, para sostener el derecho del apellido en las guerras con otras familias señoriales; como también defendió la libertad de la Patria contra los invasores extranjeros. Todavía es más interesante y significativo este otro hecho: el de que la mujer firme con el marido documentos públicos de una importancia extraordinaria, como son las Actas de los Concilios reales, es decir de las reuniones de carácter político y administrativo que celebraban los reyes entonces: así como en el otorgamiento de Fueros. Ambos hechos parecen indicar que se les reconocía en ciertos casos una personalidad de orden político igual a la del hombre.

Por último, conviene saber que, algunas veces, los reyes concedieron a las mujeres funciones de gobierno. Es decir, hubo una determinación del Poder Público que reconoció a la mujer condiciones especiales para poder desempeñar aquellos cargos que, en general, se suponía que no podía dirigir. Recuerdo, entre otros, el caso de Doña Milia, la madre del Conde de Lemus, que consta en un documento gallego del siglo XIII.

En fin, para terminar este cuadro de las excepciones femeninas en la vida política y administrativa, señalaré el hecho de que, en Aragón, la mujer podía ser *procuradora* y prestar el servicio vecinal. Asistía, desde luego, a los concejos abiertos en aquellos lugares en que la organización municipal era de esta clase. Lo mismo sucedió probablemente en otras regiones peninsulares, donde se conservó ese privilegio hasta el siglo XIX en territorios de derecho consuetudinario.

Si esta fué la condición de la mujer que nos muestran en tiempos de la Reconquista los textos legales y algunos de costumbres a que hice referencia, conviene sin embargo que apuntemos también cual era la condición general suya en las costumbres y en la opinión pública. Esta condición era la de la reclusión en la casa y la del recato más absoluto. Este recato está sancionado precisamente por una serie de castigos contra aquéllos que faltaban a la mujer en cualquier cosa que pudiese significar un atentado al recato mismo. Esa garantía llegaba hasta el punto de que, en muchas legislaciones y en muchas costumbres, cuando se ofendía a un hombre en presencia de una mujer, era preciso dar escusas a la mujer. Por cierto que no nos sobraría la práctica de esta costumbre actualmente.

De otra parte, el espíritu caballeresco de que tanto se ha hablado y que se ha querido tomar como significativo de que realmente la opinión pública era favorable a la mujer y le rendía el respeto que debe merecer a todo el mundo, no fue más, en gran parte, que una fábula de carácter puramente literario y sin realidad en la vida, y que por eso no trascendió a las verdaderas costumbres. Desde luego, fué completamente compatible con todo género de groserías y de bestialidades en aquellos tiempos. Signos de ello es la inmoralidad verdaderamente espantosa de que nos dan testimonio las fuentes literarias de entonces, inmoralidad que se ve tanto en hombres como en mu-

jeres. Basta leer los textos españoles desde el Arcipreste de Hita hasta los de todo el siglo XV, para probar que entonces existía una grave corriente general de inmoralidad. En medio de ella se señala, como nota singular que al comienzo de conocerla refresca el ánimo, la polémica sostenida desde el siglo XIII hasta el siglo XV en España acerca de las condiciones de la mujer, tanto en defensa como en contra de ésta. Esa polémica literaria tiene su origen en la traducción de un libro oriental que hizo un hermano del rey Don Alfonso, el infante Don Fadrique, con el título (al menos, con ese le conocemos hoy día) de *Engaños y Asañamientos de las Mujeres.* De aquí partió toda una polémica literaria sumamente interesante, pero que no ha sido estudiada todavía. Desde ese punto de vista, a ella pertenece un número relativamente considerable de libros escritos en tierras de Castilla y de Cataluña, por Don Alvaro de Luna, el Arcipreste de Talavera, Jaume Rocha y otros autores, en los cuales se discuten las condiciones ingénitas de la mujer. Muchas veces no representan esas opiniones nada en favor del sexo femenino, salvo un ligero paréntesis contenido en una parte del texto de Rodríguez de la Cámara o del Padrón, en que llega a sostener, pero muy de pasada, que las mujeres son superiores a los hombres incluso por naturaleza. Lo que discutían principalmente los autores citados eran las virtudes y los vicios de las mujeres en la parte moral y más privada. La corriente general las atacó sosteniendo que la mujer tiene todos los pecados capitales y veniales, todas las malas condiciones del espíritu, desde la codicia, de que la acusan terminantemente los textos de *Las Partidas,* hasta la astucia más redomada para engañar constantemente, y siempre con fortuna, al hombre. Entre los autores citados hubo un literato y al mismo tiempo, político, hombre de gran importancia en la historia de España, que levantó la voz en pro de las mujeres, sin dejar, al mismo tiempo, de persistir en que la mujer era inferior al varón. Me refiero al Condestable D. Alvaro de Luna (mediados del siglo XV), quien concedió y predicó que las mujeres eran capaces de virtud, o por lo menos tan capaces de virtud como los hombres. Veamos, para comprender el sentido de su opinión, dos trozos nada más del capítulo final del libro de Don Alvaro de Luna; el primer párrafo marca perfectamente el carácter de la polémica y dice acerca de la

igualdad moral: "Libro de las claras e virtuosas mugeres. Non fue ni es nuestra entençión de fablar aquí de los vicios de los onbres nin de las mugeres; mas solamente, mostrar las virtudes ser comunes a las mugeres e a los onbres segund lo qual los viçios e peccados, defectos e menguas, e asi mesmo las virtudes, parescen ser comunes a todo el linage umanal, a los onbres e a las mugeres".

El segundo párrafo se refiere a la sumisión de las mujeres:

"Segund lo qual, bien acatado, aunque las mugeres sean muy virtuosas e de grand excelençia, e algunas de ellas sobrepuien en virtudes a algunos onbres, quanto mas rresplandescan en las virtudes, e cortesia e onestad, e toda buena doctrina, tanto mas deven aver en rreverençia a los varones: e por esto non se niegan sus loables virtudes, antes se afirman, e muestran ser mas perfectas e conplidas; e que en toda generación de virtud, es ygual entrada así a las mugeres commo a los onbres".[2]

Bien se ve en este segundo párrafo cómo, a pesar del buen juicio que tenía el Condestable de las mujeres, las coloca en un plano de inferioridad con relación al varón.

Añadiré a estos datos, que el Condestable Don Alvaro de Luna, no obstante la relación numerosísima de mujeres notables que llena los diferentes capítulos de su obra, no cita una sola española. Todos los ejemplos son de la antigüedad clásica; con lo que quedará perfectamente establecido el exacto valor de este libro dentro de la historia de la mujer española.

Respecto de la época de los Reyes Católicos, no quiero señalar más que dos casos: uno de ellos es el de aparecer entonces los primeros ejemplos de mujeres sabias, de mujeres literatas y de una educación especial femenina hecha con una intención deliberada. Basta citar los nombres de Doña Beatriz Galindo, de Doña Isabel la Católica, de su hija Doña Juana, de Doña Lucía de Medrano (profesora universitaria de griego, latín) y Doña Francisca de Lebrija, hija y sucesora de su

---

2 Este libro de D. Alvaro fué editado en España dos veces: en 1891 y en 1909, en la colección de la Sociedad de Bibliógrafos. También los de Rodríguez del Padrón (1884, dos volúmenes) y del Arcipreste de Talavera (1901).

padre, el gran gramático Lebrija, en la cátedra de latín: las cuales son testimonios que comprueban perfectamente la aparición de esos hechos nuevos en nuestra historia; y, juntamente con ellos, la existencia de un libro que quiero citar aquí, sobre todo para salvar las deducciones que pudieran nacer conociendo solamente su título. Es el libro escrito por un fraile, Hernando de Talavera, cuyo título dice así: *"Cómo se ha de ocupar una señora cada día para pasar con provecho"*. No es una pintura de las costumbres de entonces, sino, por el contrario, el cuadro ideal de un moralista que reacciona contra las costumbres de su época, que eran malas, como antes dije. En algunas de mis *Historias de España* he llamado la atención respecto del lujo que gastaba en vestir la Reina Católica y las amonestaciones de su confesor en esta materia; así como el contraste que el matrimonio de Da. Juana con el príncipe bergoñés Felipe el Hermoso, puso de manifiesto la sobriedad general de nuestro modo de vivir, frente al boato de los flamencos. El libro de fray Hernando de Talavera fué seguido, en tiempos posteriores, por otros modelos de educación femenina, como por ejemplo el de Fr. Luis de León. *(La perfecta casada*) y el de su, en parte contemporáneo, Luis Vives (*Instrucción de la mujer antillana*) lleno de invectivas contra las mujeres, por sus defectos y vicios.

En ese comienzo casi de la Edad Moderna, y en el orden jurídico, apenas hubo variación digna de notarse, aparte la desaparición del concubinato del varón casado, consentido antes, y del repudio de la mujer. La influencia del Derecho romano en nuestra legislación no produjo muchos cambios en este orden de cosas; porque si es verdad que se adoptaron varias modalidades procedentes de aquél según la manera de entenderlo los españoles, se señalaron también los efectos indirectos que producían los mayorazgos, de fuerte raigambre en España. Todo el mundo sabe que los mayorazgos fueron una institución nacida, probablemente en tiempos de Don Alfonso X (o sea en el siglo XIII) y que se difundió ampliamente en los territorios castellanos. Ahora bien, como los mayorazgos recaían generalmente en los varones, produjeron inmediatamente una depresión económica respecto de las mujeres.

Aparte esto, lo más interesante en los siglos XVI y XVII es el gran desarrollo de la cultura de la mujer, que se señala por

estos hechos: 1º la existencia de muchas escritoras de gran fama: algunas, de fama mundial. Para probarlo basta citar algunos nombres, como, por ejemplo, el de Luisa Siquea, cuyos textos se reeditan actualmente en Alemania; de humanistas como Doña Juliana Moreu, catalana, que poseía 14 idiomas, y otra igualmente humanista y también probablemente catalana (al menos, su apellido lo era), llamada Morata, quien escribió en latín y en griego disertaciones acerca de los grandes escritores de la antigüedad, Homero entre ellos. Aun cuando sea para rectificar una leyenda, citaré ahora el nombre de Oliva Sauco de Nantes, a la cual se han atribuído libros de una cierta importancia en la historia científica española, aunque hoy sabemos perfectamente que quien los escribió fué su padre. 2º La difusión de las escuelas de niñas en conventos o en asociaciones particulares dedicadas a esta misión, como por ejemplo La Compañía de María, de origen francés, que se difundió a mediados del siglo XVII entre nosotros, estableciendo aquí muchas escuelas de aquel género. Es dato digno de señalar que, respecto a las escuelas de niños se ofrecen, en aquellos tiempos, muchos ejemplos de instituciones del Poder civil, o sea laicas en el buen sentido de la palabra (instituciones de municipios, de particulares, etc.), en que no intervienen funcionarios, elementos o maestros de vida religiosa: mientras que todas las escuelas de niñas pertenecen a Congregaciones religiosas. 3º Hay que indicar también, como otro dato interesante, que de ordinario las citadas fundaciones de escuelas se refieren a las clases pudientes, aun cuando alguno de estos colegios recibía también a las pobres, dándolas enseñanza, ordinariamente en locales distintos de aquellos en que recibían la suya las muchachas ricas.[3]

En cuanto a las costumbres de la época, se puede señalar que continúa en la alta sociedad una disipación e inmoralidad extraordinarias, de las cuales dan testimonio infinitos documentos de aquellos tiempos, con los cuales ya se puede trazar un cuadro bastante nutrido de costumbres.[4] Pero al lado de

---

3 Respecto de las mujeres españolas escritoras, en general existen estos dos libros: "Apuntes para una bibliografía de escritoras españolas desde el año 1401 al 1833", por Serrano Sánz (Madrid, 1902) y el de Criado y Domínguez, que es sólo de las del siglo XIX.

4 Por lo que toca al reinado de Felipe IV (1621-1625) véanse los libros del profesor español, D. José Deleito, el más conocedor y

esto, que señala una nota triste y deprimente respecto aquella sociedad, se alza el espectáculo de la familia tradicional española, de la familia que se funda en los ideales de recato y religiosidad característicos de aquellos tiempos, y que se encuentra principalmente en las aldeas, los pueblos pequeños y las clases nobiliarias que no poseían una gran fortuna y no podían vivir en la Corte o en las grandes capitales como Barcelona, Valencia y otras, donde el lujo y la disipación eran formidables. Ese cuadro lo trazó una viajera francesa de fines del siglo XVII, Madame Dognac, quien pinta el género de vida de una familia de esa clase, con las siguientes pinceladas: "Desayuno de chocolate, quehaceres de la casa, siesta, colación a las dos o a las cuatro de la tarde, visitas y paseos, cena en la cama hacia las doçe de la noche, con la particularidad de que las mujeres no beben vino". Estos detalles corroboran perfectamente el tono tranquilo, apacible, de la genuina familia española de entonces y de la mujer dentro de ella; estampa que se repite y que, en una de sus fases, llegó a tener un relieve grande en el siglo XVIII, cuando la utiliza en el teatro un literato observador de las costumbres como Moratín.

Detengámonos un poco en ese siglo XVIII, señalando como novedad, dentro de la legislación, una ley referente al consentimiento paterno para el matrimonio, y la posibilidad del depósito de las hijas cuando se negaban a casarse, o cuando deseaban casarse con algún individuo que los padres rechazaban. El depósito marcó una cierta garantía de la libertad de la mujer soltera. La división de los gananciales se hizo de una manera perfecta en aquel tiempo; y respecto a la cultura, se nota, en la primera mitad del siglo XVIII, cierta decadencia. Algo después, la retrata también otra mujer, no viajera, y que vino a vivir entre nosotros nada menos que como reina: la

---

erudito de esa parte del siglo XVII. Ratifica la verdad de las noticias que Deleito aduce, una Pragmática Real de 1639 contra los escándalos de los escotes que usaban las señoras. Del lujo de la época habla un historiador (Semper) que cultivó más tarde estudios histórico-jurídicos y la bibliografía. Jovellanos satirizó estos abusos, a la vez que se traducían libros franceses de educación moral, como las obras de Madame de Genlis (1792) y un célebre "Tratado de educación para la Nobleza" (1796). Pocos años después (1810) se publicó en castellano la "Eufemia o la mujer verdaderamente instruída", del alemán Campe.

esposa de Carlos III, quien dice así en una carta dirigida en 1766 a un familiar suyo de la corte de Nápoles: "No sabe una de qué hablar con ellas, su ignorancia es increíble". Claro está que las mujeres a que la reina se refería eran las de la Corte; pero de todas maneras, este dato está confirmado por una porción de testimonios de aquel tiempo que demuestran ser aquel juicio, no una excepción respecto de las mujeres de la aristocracia, sino un estado general. Pero al lado de esto, el siglo XVIII señala (sobre todo en su segunda mitad) un movimiento extraordinario, altamente simpático y de un empuje formidable en pro de la cultura de la mujer. Se producen entonces una porción de hechos que significan la entrada del elemento femenino en profesiones y otros trabajos de la vida para los cuales es preciso poseer cierta preparación intelectual y, por lo menos, una simpatía y afición a este género de cosas. Como hechos concretos citemos la creación de gran número de escuelas que ya tienen el carácter de fundaciones hechas por personas civiles, como por ejemplo en Madrid; en las Colonias de Sierra Morena; en los Estados nobiliarios de Fernán-Núñez; en el Seminario para Mujeres Nobles establecido en las Salesas, etc. Una ley de 1768 mandó crear, en los *pueblos principales,* lo que veremos en seguida e importa ser conocido por su novedad referente a la cultura de la mujer. Su cualidad consiste en "casas de enseñanza competentes para niñas, con matronas honestas e instruídas que cuiden de su educación, instruyéndolas en los principios y obligaciones de la vida civil y cristiana, y enseñándolas las habilidades propias del sexo; entendiéndose preferentemente las *hijas de labradores y artesanos,* porque a las otras puede proporcionárseles enseñanza a expensas de sus padres y aún buscar y pagar maestros y maestras". Esas "casas" tienen por motivo, en su ley correspondiente, el siguiente argumento: "Siendo cierto que el modo de formar buenas costumbres depende principalmente de la educación primaria". No lo hubiera dicho mejor cualquiera de los pedagogos españoles que, un siglo después, implantaron y practicaron en Madrid, y en otras ciudades, el moderno modelo de la escuela.

Por otra parte, en el siglo XVIII y en la primera mitad del XIX nos encontramos con una gran cantidad de escritoras y de mujeres que forman parte de las Sociedades Económicas de

Amigos del País, cuya significación en el movimiento cultural de España, en aquel tiempo, todo el mundo conoce. Algunas de ellas fueron recibidas en las Academias Reales y en las no Reales: caso que no ha vuelto a repetirse hasta bien entrado el siglo actual y sólo en la Academia de la Historia (Madrid). Los progresos en este sentido tuvieron por marco y complemento, en la sociedad de entonces, la existencia de observatorios astronómicos, producto del afán general de saber, puesto que dependían de las fuerzas individuales de una sola persona; de gabinetes de física y de química; de colecciones de Historia natural; de bibliotecas particulares (todas ellas de mujeres de la aristocracia) que respondían al movimiento filantrópico en pro de la cultura que caracteriza el siglo, y expresaban una muy ávida curiosidad hacia las ciencias experimentales. La coexistencia de esta vida nueva con el tipo de la familia tradicional, el de la mujer que no se ocupa más que de los quehaceres de la casa, que lleva una vida tan monótona como nos describía la Marquesa Dognac, y vive en el recato, muestra los dos aspectos del final del siglo. Este es el momento psicológico que alcanzó Moratín, de quien los españoles siguieron viendo las comedias de costumbres en el comienzo del XIX y aun más tarde; y, entre ellas, con mayor frecuencia, las representaciones de "El sí de las niñas", que preludia el cambio interior de la vida familiar.

III

TENGO escrúpulo de trazar el cuadro correspondiente del siglo XIX, y más aún el de lo que va del presente; y en primer lugar, porque la mayoría de los lectores lo conocen suficientemente. Pero comprendo que sin este último capítulo de mi relato, quedaría éste fundamentalmente incompleto.

Escojo pues, como guías, cuatro de los escritores modernos que han estudiado el asunto, tomando de ellos parte de los datos y añadiéndoles observaciones personales mías.

En primer lugar, la *Memoria* de Doña Concepción Arenal publicada en un libro norteamericano el año 1884; luego, el escrito de Doña Emilia Pardo Bazán aparecido en una revista inglesa en 1889; un libro del profesor Posada impreso en 1889

y que trata en general del problema del feminismo en un capítulo muy interesante sobre la situación jurídica de la mujer en el tiempo en que escribió ese libro; y en fin, otro más reciente de D. Rafael María de Labra (su fecha es 1908) que probablemente es el más completo de todos en punto a datos de orden jurídico y social relativos a la mujer española.[5] Pero antes quiero sacar al público un precedente de fines de la primera mitad de ese siglo XIX que, no por ser esporádico y sin continuación en su iniciativa, deja de tener el valor de un hecho de nuestra historia que nos enaltece y demuestra, una vez más, que aún en los momentos de decadencia se han levantado voces españolas mantenedoras de la buena doctrina o que anticipaban novedades que algún día se convertirían en prácticas beneficiosas. Ciertamente, no doy por único este hecho. Creo que cuando, por investigaciones hondas, lleguemos a conocer bien la vida española del siglo XIX, encontraremos muchos más ejemplos de los que suponen los escritores que han despreciado el valor cultural de esa centuria.

He aquí el hecho que lanzó a la publicidad.

En Madrid, y en 1840 (año a que pertenecen algunas novedades científicas que he recogido en mis *Historias*), un D. Diego González Alonso escribió un libro titulado *La educación práctica de todas las edades y de ambos sexos.* Su origen fué un informe producido por el concurso que anunció la Sociedad Económica de Granada, en 1835, para premiar una obra de materia educacional. El del Sr. González Alonso se ocupa mucho de la educación femenina en sus actividades de ama de casa y de esposa. Y no es para callado que entonces

---

[5] Los escritos de este género aportados por Emilia Pardo Bazán son: el de 1889 (la "Fortnightly Review"), *La mujer española,* y otros posteriores en la revista española "España Moderna", en 1890. No recuerdo ahora los títulos de las obras aludidas del profesor de la Universidad de Oviedo, Adolfo Posada, y de Labra, libros difíciles de encontrar en Méjico. En cuanto a Da. Concepción Arenal, los hombres y las mujeres de hoy desconocen o han olvidado sus libros, no obstante el valor científico y moral que poseen en cuanto al derecho internacional, las obras de misericordia y el régimen carcelario español. Aun está inédita mi conferencia dada en 1929, con el título de "Concepción Arenal, internacionalista, pacifista y feminista" en la Asociación Hispanista creada por entonces en La Haya, donde el nombre de aquella gran mujer era desconocido.

funcionaba en Madrid una Junta de Damas, presidida por la Duquesa viuda de San Fernando, para fomentar las escuelas de párvulos.

Debo comenzar por decir una cosa con toda sinceridad. Siempre que se habla de la España actual, y singularmente cuando se hace para que las palabras puedan tener una cierta repercusión y ser recogidas por gentes que no pertenecen a nuestro propio pueblo,[6] siento un miedo extraordinario; un miedo que me trae a la memoria cierta anécdota de la primera guerra civil que quiero contar, porque ella bastará para expresar en qué consiste esa situación psicológica mía. Me contaba mi padre que, habiendo entrado una vez la columna en que él servía, en un pueblo de Aragón, y habiéndose alojado él y otros oficiales en una casa de labradores, pidieron de comer, y la familia les dijo que no había nada más que pan y algún leve ingrediente muy poco nutritivo con que acompañar la soledad del pan. No tuvieron más remedio que aceptarlo y se sentaron a la mesa, donde les sirvieron un queso muy duro, un pan rociado con un poco de aceite y muy poca cosa más. En esta pobre situación, vieron pasar a una criada con un gran plato de patatas cocidas. Protestaron los oficiales: —"Pero ¿no decía Ud., ama, que no había qué comer? —"Sí señor". —"¿Y eso que está ahí?" —¡Ah, señor no! esto lo llevamos al corral".

Pues yo me temo muchas veces que tengamos patatas en casa y no sepamos verlas; y esto es de mayor gravedad en un pueblo que, en términos generales, está en una situación inferior respecto de otros modernos. Las patatas suelen verlas las gentes que vienen de fuera; y por eso tiene una autoridad tan grande para tratar el cuadro de nuestra situación y de nuestra psicología, el testimonio de los extranjeros. Pero nosotros, cuando sinceramente procedemos al estudio de estas cosas sin ningún género de patriotería, podemos sentir el temor de no ver pasar las patatas a tiempo y poderlas señalar al hambre de la sociedad. Perdónese el paréntesis y volvamos a la bibliografía.[7]

---

[6] Ver la nota siguiente.

[7] El paréntesis tenía oportunidad aun en 1913. Luego han cambiado mucho las cosas.

Voy a seguir el plan de la *Memoria* de doña Concepción Arenal, para abreviar el relato. Empieza doña Concepción hablando de la condición de la mujer como trabajadora en las diferentes tareas con las cuales puede ella utilizar sus aptitudes y ganar su vida. La situación a que se refiere doña Concepción, claro está que ha variado mucho en el momento que doy esta conferencia; no todo lo que quisiéramos, pero indudablemente ha variado. No es ya la de 1884, fecha de la *Memoria* en cuestión. Me refiero particularmente a las palabras en que doña Concepción Arenal dice que la mujer, salvo la última escala del Magisterio, no practica ninguna profesión por falta de que se la ofrezcan y la estimen merecedora.[8] Pero al final de su libro añade ya las profesiones de telegrafistas y de profesoras de música, su utilización en las casas de comercio y otras. En efecto, la mujer había entrado ya en Telégrafos mediante disposiciones legislativas de 1880 y 1884; también, de una manera vigorosa y con una cantidad grande de ejemplos, en la vida del comercio y en la de la banca, bien como mecanógrafas, bien para llevar los libros y aún para ser utilizadas en los diferentes menesteres que la vida mercantil exige; se la utilizaba también en ferrocarriles, donda la encontramos muchas veces en las taquillas de expedición de billetes, por ejemplo. En otro orden de trabajos, la mujer maestra primaria tiene igualdad con el varón, en virtud de disposiciones oficiales (ley de junio de 1883 y orden de 17 de mayo de 1892), y también igualdad en cuantía, porque, como veremos luego, hay el mismo número de escuelas de varones que de mujeres, y hasta tiene la mujer la exclusiva en ciertas docencias, como las de párvulos y, en muchos casos también, la de las escuelas mixtas. La mujer ha entrado igualmente en el profesorado Normal de Maestras, a partir de aquel momento inicial de 1883 en que, al crearse la nueva Escuela Normal de Madrid, se dió la Dirección a una mujer y no a un hombre.

[8] La primitiva frase de doña Concepción en esta materia, y que se hizo célebre, decía: "La mujer española no puede ser más que dos cosas: Reina o estanquera" (de tabacos). Se le olvidó añadir "y cigarrera", oficio en que su número ha superado siempre en mucho al del hombre, y del que viven miles de familias, además de ser relativamente remoto; y si no, que lo diga la ópera *Carmen,* de Bizet. En 1831 sólo se mencionaba en Inglaterra una ocupación femenina. En 1881 la cifra era de 337.

La mujer va como delegado a los Congresos científicos del extranjero, exactamente lo mismo que el varón; forma parte del Profesorado de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, donde se educa a los futuros maestros y maestras de las Escuelas Normales; ha entrado en la Universidad, primero, como alumna, más tarde, como profesora, y puede ejercer la medicina, ya en términos generales, ya en especializaciones como, por ejemplo, la medicina dental, respecto de la cual hay ya muchos ejemplos en nuestro país, y la obstetricia. En fin, merced al gran desarrollo de la industria, ha logrado encontrar condiciones de trabajo mucho más favorables que en el año 1884.

Pero más interesante que esto todavía, por lo que supone y por lo que puede dar de sí, es lo que se refiere a la instrucción de las mujeres mismas: segundo punto de que habla doña Concepción Arenal. Sería muy interesante que pudiéramos escribir la historia completa de la instrucción de la mujer en España durante el siglo XIX, historia que está por hacer y en la que (aparte de una nota general como es la presente) nos diese a conocer, hasta en los tiempos más recientes y más próximos a nosotros, la cultura que se ha ido procurando dar a la mujer como elemento de su casa, para los quehaceres domésticos de la familia tradicional española, y como factor de la vida nacional. En esa historia veríamos episodios de un interés grandísimo; unas veces, porque confirman que, salvo en ciertas situaciones excepcionales, fué la poquedad y la estrechez de criterio lo que ha dominado el problema de la educación de la mujer; y otras veces, por lo contrario. En cuanto a lo primero, citaré un solo hecho: la educación dada a Doña Isabel II cuando se preparaba para el oficio de reina. Los papeles de Quintana, en que describe cómo dirigía la educación de la reina y de su hermana la Infanta, son de un interés extraordinario; y también lo es la declaración verdaderamente preciosa (por habérsele escapado al autor mientras hablaba de otro asunto distinto, y por lo tanto con toda sinceridad) que descubre la idea, tocante a la mujer, de un hombre de condición intelectual tan elevada como Balmes; el cual, cuando discutió la cuestión del matrimonio de la reina Isabel como una manera de solucionar el pleito dinástico, se refirió de pasada a la educación, y fió la posibilidad de que aquella joven soberana llegase a ser apta

en el ejercicio del Gobierno, tan grave y difícil entonces, tan sólo merced al transcurso de la edad y a la madurez futura de su espíritu femenino. Ni más ni menos.

Volviendo a doña Concepción Arenal, he aquí una afirmación suya: "En las escuelas de niñas, donde las hay, si se descuida la instrucción primaria de los niños, la de las niñas mucho más". Afortunadamente, los datos históricos pueden rectifica esta afirmación hecha en 1884. Y si me fijo en doña Concepción, no es ciertamente por el prurito de rectificarla (aparte de que sería inútil, desde el momento en que se advirtiese la diferencia de los tiempos), sino, al contrario, por su extraordinaria autoridad y el valor grande que pueden tener siempre, entre las gentes cultas, sus palabras que fueron, en ciertos momentos, perfectamente exactas y justificadas.

Paso a enumerar los datos relativos a las escuelas algunos años después. Son los siguientes: el número de escuelas que la estadística de 1908 (la única estadística o, por mejor decir, la más reciente que tenemos completa, porque los datos de años posteriores son dispersos y deficientes) da por existentes, es de 7.531 escuelas de niños y 7.162 de niñas; pero como quiera que las escuelas mixtas son de niñas también y se elevan a la cantidad de 8.967, hay que añadir esta cifra a las exclusivas de niñas. Por lo tanto, las escuelas públicas y privadas de éstas, son tantas o más en España, actualmente, que las de niños. Por lo que toca a la concurrencia a las escuelas de niñas, los datos que voy a leer son interesantes. La citada estadística de 1908 daba un contingente de 18,792 escuelas para niñas. Faltan, en verdad, algunas adiciones como, por ejemplo, la de las escuelas de Patronato que pudieran ser de niñas o que no están especificadas por sexos. También hay que advertir que, en esta estadística, las escuelas graduadas se cuentan como una sola, no por el número de secciones que posean. El hecho es que en 1909, un año después de formada la repetida estadística, había una población escolar en España, entre los 6 y los 12 años, de 2.555.722 personas. Calculando la parte que corresponde a las niñas (la diferencia entre ambos sexos es en España pequeña) hay que añadir 345.584 mujeres más que hombres en 1887; y en 1900, la proporción fué, en los mayores de 15 años, de 6.133.000 por 5.818.000. Debe advertirse que esta proporción entre el número de mujeres y el número de varones

persiste en el censo actual, porque el único tomo que se ha publicado de él (a saber, el de 1910) nos da la cifra de 9.742.947 hombres, 10.284.465 mujeres; es decir, próximamente medio millón; y de un modo preciso, 542.518.

Hay que hacer notar que desde 1.908 a la fecha, afortunadamente, el número de escuelas en nuestro país ha aumentado, aunque en una proporción todavía exigua. Pero este aumento, en algunos casos, es notabilísimo. Citaré el caso de Barcelona en la categoría de las escuelas privadas, es decir no creadas por el Estado. Estas escuelas eran, en 1908, 10 en las afueras y 276 en la capital o casco, total 286. Según datos más recientes, hay ya en Barcelona más de 350 escuelas autorizadas de niñas; sin que sea posible, por la ocultación grande que existe y la reserva que se guarda para no inscribirlas, conocer el número de escuelas de niñas no autorizadas que pueda haber. Como se ve, la diferencia es considerable.

Conviene ahora conocer cuál es la situación nacional por lo que toca al analfabetismo. Me reduzco a las cifras, porque ellas son suficientemente elocuentes para que el lector deduzca las consecuencias necesarias. En el censo del año 1900, los datos no especifican algunos detalles; pero según él, saben leer tan sólo 317.138 mujeres, y leer y escribir 2.395.838: en total, 2.712.977. Analfabetas eran entonces 5.529.407 y se ignoraba la situación de 10.454. En 1910, sabían leer 228.684; leer y escribir 3.252.412. Las analfabetas componían la cifra de 6.757.658. Es decir, habían aumentado en diez años las que leían y escribían, pero también había crecido el número de analfabetas. Este último hecho parece corresponder a que la población general había crecido en los diez referidos años.

Una novedad también de nuestros tiempos es la educación profesional de la mujer, para la que se ha creado una institución nueva: la de las escuelas de adultas; hecho que significa entre nosotros la resolución de un problema que en el Congreso pedagógico de 1892 planteó ya doña Concepción Arenal para las escuelas superiores de niñas, y que había de consistir en una escuela que, al mismo tiempo que a la enseñanza primaria, se aplicara a cualquiera de las formas variadísimas que la cultura pedagógica de los pueblos más adelantados ha encontrado, y que puedan abrir anchos horizontes al porvenir económico de la mujer de las clases media y popular. En este sentido ayuda-

ron a la educación femenina varios colegios de títulos variados y de función privada en Madrid, en Barcelona, en Granada, dirigidos a preparar la especialidad de las Institutrices, de las profesiones comerciales y otras. Una parte principal de este movimiento se debe al profesor D. Federico de Castro quien, probablemente, fué también el iniciador en España del feminismo, divulgado en conferencias dominicales; luego en la creación de la Escuela de Institutrices que engendró la "Asociación de la enseñanza de la mujer" inaugurada en 1869. Lo que en Sevilla representó en ese sentido Castro, lo realizó, en Madrid, Ruiz de Quevedo. Siete años después, un grupo de profesores universitarios y otros hombres de cultura, fundaron la Institución libre de enseñanza" ("libre" equivale a no oficial o dependiente del Estado) que fomentó en gran medida la cultura femenina con su admirable coeducación. Sin llegar a tanto, Francia no creó los Liceos y Colegios de señoritas hasta 1882 (ley Sée). Al año siguiente se estableció en Finlandia la primera escuela mixta hasta el bachillerato.

Por su parte, las Escuelas Normales contribuían, no sólo a la formación de la especialidad femenina que indica su nombre, sino también a la cultura general de la mujer. El número de esas Escuelas es grande. Empezaron siendo, en su mayoría, elementales nada más; pero pronto ascendieron a Escuelas Superiores, es decir, aumentaron su programa y con ello elevaron el nivel de la cultura de las alumnas. Es de advertir que esas Escuelas Normales sirven prácticamente, en muchísimas provincias, de Institutos de segunda enseñanza para la mujer, puesto que a ellas va gran cantidad de alumnas que no tienen el intento de ser maestras, sino tan sólo de adquirir cultura general. La consecuencia de estos medios de enseñanza ha sido que, en definitiva, nuestra mujer ha deseado cada día más y ha podido satisfacer mejor oficialmente ese deseo, entrando en nuestros Institutos de segunda enseñanza y en nuestras Universidades. En algunas Facultades, es hoy mayor el número de alumnos femeninos que el de los varones. Es interesante también advertir que la entrada de la mujer española en esos varios grados docentes, es un avance que no se aparta mucho de las fechas en que se obtuvo esa misma victoria en los países más adelantados de Europa. No ha tardado muchos años en que se

completara ese adelanto con el de formar parte del profesorado de nuestros Institutos y Universidades. Claro que la inmensa mayoría pertenece al orden social de las clases medias.

IV

PARA terminar estos informes añadiré que si en Inglaterra y Alemania, por ejemplo, la recepción general de la mujer en aquellos establecimientos pertenece al año de 1888, el año 1882 es la fecha de la primera doctora española. Ningún conflicto se produjo en realidad, entre nosotros; nos enteramos de que la mujer había entrado en esos establecimientos después que el hecho se había ya consumado. Y en ellos ha encontrado la mujer siempre, por parte del estudiante varón, todo aquel respeto y camaradería de que es merecedora.[9]

Viniendo ahora al problema de la coeducación, hay que decir que ha sido, durante muchos años, motivo de discusión entre nosotros. Hay, en efecto, mucha gente enemiga de la coeducación en la enseñanza primaria y en la superior. Pero es curioso advertir que, en principio, fué reconocida, no obstante el criterio estrecho de nuestra ley de 1857 (cuya historia por de contado, hay que rehacer), en su artículo 103. Es cierto que esa concesión se refería tan sólo a las escuelas llamadas "mixtas", establecidas en pueblos donde no puede organizarse la diferenciación entre niños y niñas a este respecto, y en aquellos donde concurren unos y otros hasta la edad máxima de la escuela, es decir, hasta los 12, los 13 y los 14 años muchas veces. La coeducación existió también en las llamadas escuelas graduadas que tuvimos que adoptar temporalmente para acudir de un modo rápido al aumento de alumnos y en las que existen grados en forma de escuela mixta. También la moderna Escuela de Estudios Superiores del Magisterio ofrece esta particularidad, que por cierto llamó grandemente la atención de los profesores franceses cuando, hace algún tiempo, expuse ante

---

[9] No hace muchos días que el "Boletín" en castellano que la British Broadcasting Corporation de Londres divulga abundantemente en América, recordaba en uno de sus artículos los nombres de destacadas damas inglesas que pelearon en su patria para lograr, con gran esfuerzo muchas veces, las ventajas sociales y universitarias que las mujeres españolas consiguieron pacíficamente, como va dicho antes.

ellos (en París) el hecho de que la coeducación en esa escuela es, a la vez, de los profesores y de los alumnos; es decir, que a todas las clases asisten alumnos varones y alumnos hembras, y que muchas clases tienen por profesores a una mujer, respecto de la cual los alumnos varones no guardan ni un ápice menos de consideración, de respeto y de subordinación pedagógica que podrían guardar a profesores del sexo masculino. También encontramos a la mujer concurriendo a otros centros de cultura, verbi gratia, la Junta para ampliación de estudios, ya en el orden del cultivo de las ciencias históricas, ya en el de las Ciencias naturales, físicas, químicas, etc. Y por último, hemos creado una escuela especial profesional para la mujer, la Escuela del Hogar, en que también el profesorado es de ambos sexos.

Fuera de la enseñanza pública, la legislación española ha mantenido hasta 1931 la situación de la mujer que citaba en el siglo pasado doña Concepción Arenal. Carecía, pues, de derechos políticos, no obstante que esta cuestión se planteó, incluso parlamentariamente, llegándose a discutir en dos ocasiones: en el año 1907 y en el de 1908, con motivo del célebre proyecto de la ley de Administración local, en que llegó a votarse una proposición que admitía el voto femenino en las elecciones municipales, pero sólo con relación a las mujeres emancipadas. Esta modesta proposición obtuvo sólo 35 votos en favor contra 65 en contra; y es de notar que entre los dichos 35 votos había muchos de personas que militan en partidos políticos de tono muy conservador. En cuanto al área de las leyes administrativas, en lo fundamental, la mujer forma parte de las Juntas locales y provinciales de primera enseñanza, y ha entrado en el Consejo de Instrucción Pública como Consejero, pero no en las academias oficiales (Reales Academias), estando en este punto peor que en el siglo XVIII. En cambio, en aquellos sitios donde el derecho municipal sigue siendo consuetudinario y se han perpetuado las costumbres antiguas, siguen las mujeres concurriendo todavía a los Concejos abiertos o reuniones de vecinos.

La segunda República (1931-1939) cambió radicalmente la situación política y social de la mujer con las siguientes novedades: derecho electoral y pasivo, divorcio, matrimonio civil (con o sin el religioso, según los cónyuges prefieran), mayor personalidad de la que se le reconocía antes en la vida de

familia, acceso a todas las profesiones públicas y privadas y otras ventajas.

Y terminaré diciendo tres o cuatro cosas muy breves respecto a la opinión referente a la mujer, y a su influencia social.

Es de notar que la mayor parte de los feministas españoles, los más conscientes, los que más han peleado por la causa de la mujer, no son mujeres, sino hombres. Las mismas votaciones de 1907 y 1908 en nuestro Parlamento, a que antes me he referido, son una buena prueba de ello. Sin embargo, la mujer ha empezado ya en algunas regiones a formar conciencia del deber en que está de ayudar a sus compañeras, y en consecuencia a fundar obras sociales de la mujer y para la mujer; siendo Cataluña, y dentro de ella Barcelona, el sitio donde mayor relieve ha alcanzado este movimiento.

Respecto de la influencia de la mujer en nuestro país, sólo tengo que decir estas tres cosas, en las cuales creo que se condensan las tres direcciones en virtud de las cuales la mujer llega a influir en la vida española, fuera del hogar. En efecto, la mujer española influye en cuestiones ajenas al hogar en que la opinión toda (incluso la de ella misma, a veces) la coloca de una manera fundamental. Esta influencia externa procede del hecho de que vale más que el hombre en ciertas clases sociales y en ciertos asuntos. Ejemplo muy interesante de ello es el de que la mujer, en muchos pueblos rurales y en muchas comarcas labradoras, es la cabeza intelectual de la familia. Así, cuando los hortelanos valencianos tienen que arreglar cuentas con el señor de la tierra o hablarle de alguna cuestión interesante para su vida como arrendatario, no es el hombre quien habla, sino la mujer; y, muchas veces, el marido ni siquiera está presente. Este hecho lo he podido observar una porción de veces, juntamente con la impresión general de la agudeza con que la mujer se produce en la clase labradora de la región levantina. En general, puede afirmarse que la mujer de las clases populares vale intelectualmente más que el hombre, aun cuando no posea cultura ninguna. Pero también hay ejemplos de esto en las clases altas.

La segunda razón porque influye la mujer, es la de que el hombre no tiene siempre el valor de sus convicciones. En ese caso, ella es el peso muerto que le hace que claudique muchas veces en punto a las cosas que no siente suficientemente

para mantener con todo rigor su conducta de acuerdo con sus afirmaciones verbales; por ejemplo en la materia política y en las prácticas religiosas.

La tercera causa por que la mujer influye también, cuando se suma a una corriente de opinión representada ordinariamente por hombres, es porque entonces, aunque sea de un modo temporal y pasajero, la mujer desarrolla una fuerza espiritual que se impone y que puede llegar a consecuencias de gran importancia en la historia de nuestro país.

En cuanto a la moral de la mujer española, presentaré un solo dato: el de la estadística del suicidio entre nosotros. Esa estadística da, desde 1906 a 1911, en la mujer, un 26.1 por término medio; algo menos que tenía Italia en el año 1905, que era el 26.5. (Porelli atribuye a España 28.8, pero con referencia a un solo año, el de 1858). Las regiones que más contingente dan al suicidio son Madrid, Barcelona, Tarragona, Málaga, Valladolid, Cádiz, Zaragoza, Ciudad Real y Huesca, siendo de menor contingente las regiones del Noroeste Asturias y Galicia. Ahora bien, por cada cien mil habitantes, las mujeres dan el 6.26 de suicidios, mientras que los hombres llegan al 18.70.

Me he limitado a dar estos datos por su novedad, porque no constan en ninguno de los libros conocidos y porque, juntamente con los datos del actual año, pueden ayudar a formar un concepto de aquella expresión externa de la moralidad en la mujer española. En cuanto a otras cosas que tocan a interioridades de la vida espiritual y de la vida familiar, creo que hasta ahora se ha divagado extraordinariamente; que el asunto no se ha tratado de una manera científica, y que por lo tanto, todas las cosas que podemos decir, salvo algunas que afortunadamente podemos afirmar de una manera resuelta, son hipotéticas. Entre esas "algunas" de que podemos hacer afirmaciones categóricas, se hallan: la continuación, en estos tiempos modernos tan libres, de un número considerable de familias en las cuales los deberes conyugales son respetados de una manera perfecta por la mujer, quien sabe cumplir con todos ellos y representa así un dechado de orden moral. Estas y otras análogas facultades y virtudes de la mujer española se han confirmado plenamente en los últimos diez años, a pesar de la enorme catástrofe social que ha dividido en dos partes irreductibles

al pueblo español y que ha puesto a prueba, física y moralmente, la energía y el valor ante todos los peligros y todos los sufrimientos y la resistencia ante la pobreza y las privaciones: lo mismo en las mujeres del pueblo que en las que bruscamente han pasado, de una vida rica y sin zozobras, a la carencia total de medios para sostener a su familia. Y todo esto se ha verificado hasta tal punto, que, por su decidida y serena aceptación de las radicales variaciones impuestas por la guerra, el destierro y la eventualidad de hallar o no una segunda patria, ha convertido en héroes de santidad bien evidente a las miles de mujeres de todas las clases sociales que hoy honran y mantienen la más alta espiritualidad hispana fuera de su patria.

Cierto es que por efecto de las dos grandes guerras de este siglo (tres, para los españoles) que han impuesto sus choques devastadores tanto en lo material como en lo espiritual, un cierto número de mujeres han variado sus concepciones morales deplorablemente, bajo la fórmula de "vivir su propia y personal vida" y rompiendo muchos de los lazos que ordenaban antes la solidaridad familiar. Pero también en esto podemos afirmar que la mujer española conserva su prudencia, su discreción y su sentido de responsabilidad, en proporciones muy superiores a las de otros pueblos que aun no han eliminado el veneno espiritual que acompaña a las luchas bélicas, asesinas de virtudes. En esto, la diferencia que a fines del pasado siglo hallaba Emilia Pardo Bazán entre la mujer del pueblo y la burguesa (mucho más la de ésta con la aristocrática), ha desaparecido totalmente, en honor de la feminidad española que ha sabido aprovechar valerosamente la doble lección de la pérdida del estado social y económico que gozó en la patria, y de su forzada emigración. Doña Emilia dijo entonces que la mujer "del pueblo tiene la noción de que debe ganar su vida; la burguesa cree que ha de sostenerla exclusivamente el trabajo del hombre". ¡Qué sorpresa la suya si resucitase y viese que es la mujer quien gana la vida de muchos, y que en este orden de cosas ya no hay diferencia entre la plebeya, la burguesa de clase media y la ricachona! Una vez más tiene razón nuestro dicho de que no hay mal que por bien no venga.

AL cerrar la corrección de pruebas de este trabajo, adquiero un informe bibliográfico de gran interés, que añado aquí; tanto para expresar mi sentimiento por no haberlo conocido antes y poder aprovecharlo para una parte de la presente monografía, como por señalar a los lectores una fuente más de conocimiento. Aludo, con esto, al libro del profesor Sánchez Albornoz publicado en 1945 en Buenos Aires con el título de *España y el Islam*, uno de cuyos capítulos trata de "La mujer española en el año mil". Lo acabo de obtener, pero ya es tarde para utilizarlo aquí. Lo mismo ocurre con un interesante trabajo del profesor Malagón, referente a Santo Domingo en los siglos XVI a XVII.

LA POBLACION INDIGENA

El problema del indio es de los primeros que salen al paso cuando se reflexiona sobre el desequilibrio esencial de la sociedad desintegrada de América. Programas políticos recientes incluyeron la reivindicación del indígena. Al movimiento vigoroso se han añadido escritores y artistas que transformando el tema, limitado antes a lo pintoresco, ponen en su campaña énfasis de apología. Entre tanto alegato generoso faltaba la exposición objetiva del problema actual y el examen atento de los datos históricos que ofrece el libro de Angel Rosenblat: * es obra de investigación sobre un tema de la realidad contemporánea, que debaten políticos e historiadores, y ofrece en suma, precisión rigurosa y vivacidad poco usual en trabajos de esta índole. No elude las dificultades múltiples del vasto panorama: las de organización de un caudal de información abrumador se resuelven con seguridad, ordenando e interpretando testimonios variados; las del método elegido apuntalando las estadísticas con amplio cuadro histórico y aprovechando los datos con gran cautela. Las conclusiones que se ofrecen después del minucioso examen de la polémica de varios siglos reducen el problema a términos razonables y desvanecen exageraciones entusiastas. Por primera vez se nos ofrece el fenómeno demográfico americano en relación con el europeo, sujeto a las mismas causas: lo usual era hasta ahora atribuir la merma a lo inmediato —la guerra— y el crecimiento a la protección oficial. La "destrucción de los indios" que tan fácilmente se explicaba hasta ahora es, gracias al análisis de Rosenblat, hecho tan complejo y determinado por tantas causas como la despoblación de España. Algunos resultados parecerán singularmente novedosos ¿quién, por ejemplo, había advertido que los gobiernos independientes cumplieron una política de gran violencia en algunos casos y siempre fatal para el indio a pesar de su indianofilia literaria?

La primera ilusión que se ataca es la de una resurrección de las civilizaciones indígenas, que parecería justificada con el aumento de la población india en los últimos años, atribuída a la protección

---

* ANGEL ROSENBLAT: *La población indígena de América desde 1492 hasta la actualidad.* Buenos Aires, Institución Cultural Española, 1945.

oficial: casi quince millones de indios y cerca de treinta millones de mestizos eran en 1930, y unos dieciséis y más de treinta y cuatro millones respectivamente en 1940. Rosenblat, después de anotar la inseguridad del criterio de clasificación del censo que utiliza, nos advierte que el aumento sólo ha ocurrido en la zona de asiento de las primitivas civilizaciones, *nuclear* para el estudio del problema (México, Guatemala, Ecuador, Perú y Bolivia), porque en el resto de América sigue el proceso de extinción, rapidísimo en las regiones fronterizas, donde chocan la civilización europea con los pueblos indígenas. Y además ¿cuántos son los indios "puros" de esos dieciséis millones actuales? Sólo un tercio de ellos habla sólo su lengua, cifra que disminuirá inexorablemente. El abandono de la lengua materna significa la asimilación progresiva del indio a la civilización europea, que se cumple también con la mestización que diluye al indio lentamente en el mestizo y al mestizo en el blanco. Otra perspectiva más lejana y pesimista amenaza al indio: la puramente teórica de Sapper, que pronosticó la extinción final en el curso de dos o tres siglos.

Para el estudio de las oscilaciones sucesivas de la población indígena desde el descubrimiento, Rosenblat agrupa sus datos en torno de fechas decisivas o los distribuye en períodos: el de las guerras de la independencia (1810-1825); el de la Colonia en su plenitud (hacia 1650) y en sus comienzos (hacia 1570); y el del descubrimiento (desde 1492), en cuatro capítulos.

Con los cuidadosos cómputos de Humboldt, calcula Rosenblat en unos ocho millones y medio la población indígena y en más de treinta y cuatro millones y medio la total, para el primer período. Comparados con los dieciséis millones de 1930, los ocho millones de entonces señalan un aumento apreciable, aunque mucho menor que el de la población blanca (los indios constituían el 43.2% entonces; ahora, sólo el 14.4% del total). El aumento no hay que atribuirlo a la legislación indigenista de los gobiernos patrios: ¿no es el siglo XIX el período de creación de grandes latifundios con la venta de tierras a particulares —y consiguiente expulsión de indígenas— y campañas militares para avanzar las fronteras? Los indios aumentaron en América como aumentó la población del mundo en el mismo período: el fenómeno es universal.

Particularmente arduo es averiguar el número aproximado de indígenas a mediados del siglo XVII por la contradicción de los cálculos numerosos y heterogéneos (desde los dos millones de Pedro Mexía de Ovando, 1639, hasta los cuatrocientos millones de Whiston, 1700); corrigiendo cifras de Wilcox, Rosenblat supone diez millones de in-

dígenas en un total de unos doce millones y medio, es decir el 80.85%. Para justificar la exigüidad de las cifras, aduce los textos que constituyeron la leyenda de las enormes masas de indígenas y concluye por desecharlos todos, porque generalizan para toda América la densidad comprobada en las zonas nucleares. La realidad era otra: América era un continente casi desierto en el siglo XVII, salvo México y Perú; durante el siglo XVIII abundan los testimonios que prueban cómo preocupaba esa despoblación a los sabios europeos: unos pensaban en un diluvio muy reciente, que además había tornado húmeda e insalubre la tierra; más tarde (Montesquieu) se explica por los excesos de la conquista.

Durante todo el período colonial disminuyen los indígenas que tardarían en restablecerse del tremendo golpe de la conquista. La imprecisión es cada vez mayor, pero tiene otras causas en este período. Hay que reducir los cálculos más precisos (Rosenblat utiliza los del cosmógrafo Juan López de Velasco, 1571-1574) que se refieren a indios tributarios solamente: y no es pequeña dificultad porque los padrones reflejan diversos criterios. Aplicando 4 ó 5 como factor se obtienen 10.827,150 indios y un total de 11.229,650: el 96.4%, que en los ochenta años transcurridos hasta 1650 señalan una merma considerable (800,000 indios menos y 120,000 habitantes más). Y llegamos así al momento inicial, cuyas cifras: trece millones y medio (5.600,000 en México y América Central y 6.785,000) o dieciséis millones (usando el margen de error que el autor admite) resultarán ínfimas a los que recuerden las multitudes de catecúmenos de Motolinía, las de los aliados tlaxcaltecas de Cortés, las víctimas anuales en los sacrificios aztecas según Zumárraga o los indios exterminados según el P. Las Casas. Pero esas son exageraciones definitivamente desechadas: las dictó el celo apostólico, la vanidad del soldado o las exigencias de la polémica. La estimación de Rosenblat, reducida frente a las de Sapper, Spinden o Rivet (40 a 50 millones) y algo mayores que las de Kroeber (ocho millones y medio) no puede discutirse aisladamente, porque está sólidamente afirmada en las anteriores. El método estadístico (que el autor ha cambiado con el histórico) es sólo vulnerable cuando se construye sobre datos escasos y censos poco numerosos. Lo cierto es que los medios de alimentación en el momento del descubrimiento no eran variados ni abundantes como para sustentar grandes masas. En cuanto a las Antillas, tan pobladas hacia el descubrimiento (parece que hay que reducir las cifras a un total de 300,000 indígenas, de los cuales 100,000 serían los de la Española), y desiertas ochenta años después (60,000 en

1508; 30,000 en 1514; 500 en 1570), fueron zona de choque donde hubo exterminio comprobado, que sin embargo, no basta para explicarlo todo: ¿no se ha supuesto que se practicara allí un sacrificio ritual, única explicación de la rápida despoblación?

El autor ha creído necesario justificar aún más sus cálculos y desarrollarlos en minuciosos apéndices: particular importancia tiene el que titula *El mestizaje y las castas coloniales*, tema que venía insinuándose como fundamental al margen del propósito central de la obra. Casi un centenar de páginas le dedica al mestizo, cuya aparición y desarrollo entre el indio y el europeo como elemento social de importancia creciente no se había estudiado aún. Muy apretadas son esas páginas y sería lástima que el autor las dejara como tema adyacente: hay que darles la independencia que lo importante y atractivo del tema exigen.

Julio CAILLET-BOIS.

Dimensión Imaginaria

POEMAS ANDINOS

DE ANTOFAGASTA A "LA PAZ"

(En tren)

Por *LEÓN-FELIPE*

SUBO. . .
huyo. . .
subo huyendo. . . del mundo de salitre.

Esta es la cuenca del Ollagüe. . . 4,000 metros sobre la sal y las tinieblas.

Aquel es el Volcán.
Va el tren, como un gusano, empujado por el Viento.
El Viento le grita,
le aúlla,
le aguija. . .
El Viento es un gigante burlón que persigue a los trenes por las cordilleras solitarias.
Corre, gusanito. . . corre que te pesca.

Huyo. . . huyo. . . huyo. . .
Voy huyendo del mar y del Viento.

Quiero salir del alarido
y del sollozo. . .
Volver a la nube. . .

Hay una nube quieta, allá arriba, que me aguarda.
Esta es la cuenca del Ollagüe... 4,000 metros sobre las negras
lágrimas del mundo...
Aquel es el Volcán...
Quiero irme deshaciendo ya
en el crepúsculo del sueño.

El Sol se ha puesto ahora sus anteojos ahumados
y yo mis antiparras de melancolía...
Anochece... Cierro los ojos... ¡Quiero dormir!
(Aún hay lumbre en las crestas.)
Ya lo sé... pero dejadme...
Quiero entrar ya en el sueño...
en la Sombra...
¡en la Nada!
Quiero salir del Mar y del Viento...
¡Volver a dormir!
volver a la almohada de aquella nube
blanda,
blanca,
lejana...
que está allí quieta ahora... allá arriba
sobre el embozo festoneado y níveo del volcán
apagado y solitario...
¡A la nube!... ¡Vamos hacia la nube!
¡Corre gusanito!...

Desde esta ventanilla del tren te miro—
oh nube amiga, vieja y vana— esperándome
en la cabecera del Ollagüe.
Estoy cansado de ir y venir...
de subir y bajar.

Nube...
te he visto desde arriba muchas veces,

escondido junto a otra ventanilla...
volando en avión sobre tu orgullo ficticio —no te engrías—.
He rasgado tu tramoya celeste de gasas indefensas
y he quebrado tu espinazo vacío de fantasma —¡no te engrías!—
Ahora te miro desde el valle...
inmóvil... silenciosa...
con tu gran panza de Budha,
orgullosa y hierática, como un dios primitivo...
en el retablo altivo del Ollagüe...
Y no eres nada...
¡Sé que no eres nada! Nada —un Dios que yo me invento—.
Pero este es mi sueño ya: Nada... La Nada.
Este es mi sueño ahora.
Volver a dormir en la blandura insípida de la Nada.

¡Qué ganas tengo de ser nube otra vez!
y nube aquí...
en la altiplanicie desértica del mundo,
en estas alturas congeladas de los Andes...
y allí... allá arriba...
en el altar rígido y helado del volcán...
qué ganas tengo de ser nube muelle... quieta... sosa
con una gran barriga de agua esterilizada,
pura... purísima —¡oh, poetas angélicos!— ¡purísima!

Tras esta ventanilla del tren, te veo ahora, impasible,
inconscientemente altiva...
hinchada de altivez ¡oh nube!...
Desde esta ventanilla que enmarca el paisaje
dentro de unas leyes rígidas... de orden andino,
cósmico, primario... metálico...

Ser nube... y luego hombre... Esta es la ronda:
Hombre... y después agua otra vez... ¡Agua!;

Agua esterilizada. . . y luego ¡lágrimas!
Lágrimas. . . y agua de nuevo. . . serena, dormida. . .
nonnata, como un feto muerto. . . sin gusto y sin temblor.

Viento. . . Déjame quieto aquí dormido.

Subimos del salitre a la nieve. . .
sobre la nieve. . . la nube. . .
Aquí no hay llanto ya. . . Agua nada más. . .
Agua altiva. . .
alada. . .
ingrávida. . . limpia. . . ¡limpísima!
Limpísima. . . —¡oh poetas angélicos!— ¡sin una partícula de sal!

La sal es la conciencia. . .
¿Verdad, filósofos, que la sal es la conciencia
del Mundo. . .
del Hombre,
del pan,
del agua?
Sólo el agua del mar tiene congojas
y una voz sollozante como el Viento.
Viento — déjame, sin conciencia, aquí dormido.

¿Qué?. . .
¿No es el amor el Viento?. . .
Yo, lo pregunto nada más:
¿No es el amor el Viento disfrazado de andrajoso vagabundo?
Antes del "Fiat-Lux" no era más que un lebrel sin nombre
aullando en las tinieblas. . .
persiguiendo a la sombra. . .
Ahora. . . anda loco. . . enamorado de la luz
y ¡cómo la persigue, desvelado, después de bañarse en el mar!
Por favor. . . sacadme esta arenilla que se me ha clavado

en la yema del ojo.
(¿Ha dicho ojo o huevo?)
He dicho ojo... La luz es testigo.
. . . .
¿No es el amor el Viento?
El pone los párpados amargos...
se agazapa debajo de las cuencas
y se mete por la guardia de lanzas de las pestañas indefensas.
Por favor otra vez... sacadme esta arenilla de los ojos.

Tengo los párpados amargos...
¿Por qué tengo los párpados amargos?
Se lo pregunto al Viento y al mar
y lo grito aquí ahora... antes de llegar a la nube inmaculada.
¿Por qué tengo los párpados amargos?
Otra vez, por favor... sacadme esta arenilla de los ojos.

Quiero estar lejos del mar y del Viento.
Corre, gusanito... corre que te pescan...
Quiero estar lejos del llanto y del amor.

Viento... tú eres el amor... ¿verdad?
Dímelo ya de una vez...
Dímelo a mí solo.
Ahora que me voy a la nube... descúbrete como el mar.
El mar me dijo un día: Yo soy el llanto del mundo.
Y tú eres el amor... ¿verdad? ¡¡lágrimas también!!

Quiero estar lejos del mar y del Viento...
Corre, gusanito...
Quiero estar lejos del llanto y del amor...

Y allí... allí...
Desde allí arriba quiero verlo ahora todo... ¡todo!
El mundo... el amor... el Viento... el mar... la Luz...

Desde allá arriba... como un Budha impasible... hecho nube
como un dios primitivo... en el retablo altivo del Ollagüe...
desde allí arriba, sin miedos y sin lágrimas,
quiero mirarlo todo ya, otra vez...
Desde los ojos vacíos de la Nada.

Bolivia, Enero 1947

COMUNION

En alguna parte se ha dicho:
Dios se come a los hombres
y los hombres un día se comerán a Dios.

Y también está escrito:
no es más que un pez el hombre
en su mar de tinieblas y de llanto.

Y en alguna otra parte se pregunta:
¿para qué está allá arriba sentado
en el alto cantil de las nubes heladas
ese Gran Pescador?
¿para qué está allá arriba
con su cebo,
su anzuelo
y su larga caña de pescar
ese Gran Pescador?

¿No es más que un pez el hombre,
un pez para las brasas del infierno
y para que después, "puro y dorado",
se lo coma allá arriba
ese Gran Pescador?

Y ahora... aquí... el pez... el hombre es el que arguye:
un día me tragaré el mar...
toda el agua del mar...
todas las tinieblas del mar como una perla negra...
un día me tragaré el mar...
toda el agua del mar...
toda la amargura del mar como una sola lágrima...
y dejaré al descubierto
el cebo,
el anzuelo
y la larga caña de pescar
de ese Gran Pescador
¡toda su mentira y su verdad!
Luego me sentaré a llorar sobre la última roca seca del mundo
a llorar, a llorar otra vez
hasta llenar de nuevo la tierra
con otro mar inmenso
mucho más negro
y mucho más amargo que el de ahora...
con otro mar que llegue hasta los cielos,
anegue las estrellas
y ahogue a ese Gran Pescador
con su cebo,
su anzuelo
y su larga caña de pescar.
Entonces
yo seré el pescador
y Dios... el Gran Pez —sorprendido y pescado—.
Aquel día el hombre... todos los hombres se comerán a Dios.
Será el día... el Gran Día de la verdadera,
de la gloriosa
y de la sagrada comunión.

SIGNIFICACION DEL ESPERPENTO O VALLE INCLAN, HIJO PRODIGO DEL 98

Por *Pedro SALINAS*

Los escritores que amanecen a la vida literaria con el siglo xx, los *nuevos* de 1900, llevaron durante muchos años como nombre de grupo el de *modernistas,* casi siempre pronunciado con cierto ánimo de remoquete. En él recibieron las zumbas del *Madrid Cómico* y otras revistas satíricas. La denominación abarcaba lo mismo a Unamuno que a Valle Inclán, a Azorín que a Baroja. Pero desde 1913, año en que escribió Azorín su artículo, luego recogido en *Clásicos y Modernos,* otro flamante rótulo "generación del 98" comienza a abrirse paso en el uso y en la historia literaria y va desalojando poco a poco al título anterior de *modernistas.*

Nos hemos interesado algunos en distinguir esos dos conceptos dentro de las letras del siglo xx. Yo por mi parte he defendido, siempre que pude, la tesis de que el modernismo es cosa más bien americana que europea, y aplicable más justamente a muchos de los escritores nuevos de las Américas que a los de España. De este deseo de precisar las diferencias entre los dos conceptos de modernismo y 98, se vino a oponer las dos tendencias, con carácter antagónico. Mi opinión, que creo obligado declarar como trámite previo a todo lo que siga, es que la literatura española del siglo xx sólo puede ser entendida como producto de una conjunción de factores espirituales y estéticos procedentes, unos, del modernismo y, otros, del 98, presentes siempre en cada escritor en grado y proporción variables. Errónea y artificiosa es la tentativa de dividir tajantemente a los autores del nuevo siglo en dos campos cerrados, *Modernismo* y *98,* porque tanto una modalidad como la otra laten en todos y a todos animan. Lo diferencial es pura cuestión de posología: en tal autor la dosis 98 predominará notablemente sobre la

modernista, en otro sucederá a la inversa. Si me permitiera imaginar la literatura de nuestro siglo XX como paño de tapiz la urdimbre sería el modernismo, la trama el 98; de éste viene lo más recio de la hilaza, mientras que los hilos de oro que realzan el conjunto, deben ponerse a cuenta de Modernismo cursado perito en brillanteces.

Me parece que un poco de atención consagrada al *Esperpento* de don Ramón del Valle Inclán y a su significado, ayudaría a comprobar esa tesis.

A nuevos géneros, nuevos nombres

VARIOS son los escritores modernos, desde el siglo XIX, que se inventan un nombre para aplicarlo a un cierto tipo de sus obras con intención, a veces definitoria, a veces humorística. Ramón de Campoamor, pongo por primer caso, aporta sus *Doloras, Humoradas* y *Pequeños Poemas,* explicados en su *Poética* como justas calificaciones para los que él considera nuevos géneros menores. Gustavo Adolfo Bécquer al llamar a sus breves composiciones *Rimas* deseaba apartarse de la significación general de esta palabra, confiriéndola una acepción propia para que desde entonces corriera con su cuño personal, amparando a todas sus poesías. Luego *Clarín* bautiza a aquellos artículos suyos de crítica, afilados y que pendían como espadas de Damocles de su época, todas las semanas, sobre las atemorizadas cabezas de los escritores, con el nombre de *Paliques.*

En el siglo XX la propensión a nuevos nombres traslucidora, naturalmente, de los deseos de originalidad y de hallazgo de formas literarias nuevas, tiene ilustres exponentes. Eugenio D'Ors es el bautista y cultivador incansable de la *Glosa,* género epigramático tan dúctil que lo mismo se ha acomodado a lo catalán autonomista que a lo castellano centralizador, a las repúblicas que a las dictaduras. Ramón Gómez de la Serna da primeramente con el *Disparate* y por último se saca de la cabeza el gran invento de las *Greguerías,* que por lo menudas, lo abundantes, lo móviles y lo aguzadas se presentan como la tropa más reputada de insectos volantes literarios, de avispería o de mosquitería poética de nuestras letras. José Moreno Villa inicia en un cierto instante de su poesía las *Carambas.* Y, por

fin, en este camino se alza la más tremebunda de las invenciones, *El Esperpento* de Valle Inclán.

Prehistoria del Esperpento: la estilización en Valle Inclán

ANTES de acceder a la propia historia de este fabuloso ente de sinrazón, el *Esperpento,* conviene encararnos con su prehistoria. Porque la tiene, en la obra de don Ramón misma.

El *Esperpento,* como se verá luego en pormenor, es esencialmente una deformación. Y Valle Inclán desde que empieza sus más personales escrituras empieza las deformaciones. Amado Alonso dice de él: "Ningún naturalismo, nunca una humilde conformidad con los elementos externos, nada de esas descripciones a la vez artísticas y veraces que pudiéramos llamar fotografía retocada". Tan sólo le guían, asevera este crítico, los mandatos de su intuición estética. Y le guían por ese camino al que tantos artistas en busca de lo perfecto, se han visto impulsados, la vía de la estilización.

Según la definición académica, estilizar es representar algo más que de acuerdo con la naturaleza, con arreglo a un modelo o patrón estilístico. El cual, naturalmente, lo escoge cada autor según sus preferencias: el uno estilizará sobre pautas orientales y a la chinesca, el otro sobre medievales dechados de miniaturas de libros de rezo. Cuando se avance en la tan necesaria rectificación de conceptos sobre la literatura española, podando ideas secas y ramas muertas y se la vea con mayor pureza, saltará a la vista que nuestra literatura, que lleva sus siglos ya padeciendo bajo el peso de una inexorable calificación caracterizadora de realista, abunda tanto o más que otras, en soberbios estilizadores. Góngora, Gracián, Quevedo imponen a las apariencias del mundo taumatúrgicas transformaciones y deformaciones, con un patrón estético, moral o intelectual, según cada caso, pero con idéntico desvío hacia la técnica meramente reproductiva del realismo. En pintura, el Greco está tan inmerso en su sistema deformativo que los médicos, con su atrevimiento para hablar en nombre de la ciencia que saben sobre el arte que ignoran, propusieron, como quien dice, mandarlo al psiquiatra, para que éste explicador universal de nuestros días nos aclarara el porqué de ese pintar tan alongado y convulso del candiota. Goya, en sus dibujos y en muchas de sus pinturas, hace fuerza a las proporcio-

nes y fisonomías normales del mundo, y pasa sobre el cadáver del realismo para ver si llega, del otro lado, a mayores descubrimientos del poder expresivo de su arte. Valle Inclán, al darse desde el primer momento a la estilización, después de una época literaria, embriagada en la ilusión de la copia fiel, de la reproducción exacta, aunque se les antoje a algunos un rebelde, un extranjerizado, tiene su gran linaje hispánico, abonándole, en los siglos atrás.

Por muchos años pone a su estilización el signo de lo aristocrático. Su literatura padece de lo que llamo "el complejo de las princesas", que es gran recreo de los modernistas, heredado de las letras francesas del siglo XIX. Tan emprincesados estaban algunos líricos franceses del XIX, tan amartelados con reinas, infantinas, archiduquesas, y demás feminidad nobiliaria cortesana, que Albert Samain, en un rapto de humillación lírica se comparó él mismo su alma a una infanta en traje de corte. "Mon âme est une infante en robe de parade". Por los versos de Rubén Darío salen al mundo del modernismo, para pasearse por él, como en su propio solar, tristes princesas de sonatina, o marquesas volubles de fiesta nocturna.

En la primera época de su arte parece que a Valle Inclán se le hace de menos tratarse literariamente con fémina alguna que no lleve título de condesa para arriba. Su Bradomín lo ejemplifica. El Don Juan primitivo y auténtico no se andaba, en eso de la aventura erótica con exigentes remilgos: igual apechuga con la duquesa, en corte de Nápoles, que con la pescadora, en arenas de Tarragona. Zorrilla hace decir a su seductor aquello de "Desde la princesa altiva— a la que pesca en ruin barca". Pero el neo-Don Juan, este Don Juan *sintético,* como ahora se dice, de las *Sonatas* no suele permitir el ingreso a su refinada oficina de arte amatoria a moza que no sea ricahembra o no se le presente con carta ejecutoria en mano. Nos revela que le agradaría supremamente haber sido *confesor de princesas.* A lo que se ve de las princesas hacia abajo no hay dama ni damisela capaz de pecados que halaguen la pervertida curiosidad erótica del Marqués de Bradomín. Y aun en eso, la raza decae, porque un antepasado suyo, —tal cuenta en la *Sonata de Estío*— se permitía un lujo de conquistador: despreciar princesas. Princesas aztecas, prisioneras.

Efectivismo y barbarie

TRAS este carácter definitorio del arte de Valle, la técnica estilizante, usada ahora con signo embellecedor y aristocrático, hallamos en nuestra inquisición de la prehistoria del esperpento, otra nota: el efectismo. Valle Inclán se deleita en estremecer al lector. Cuando con refinados cosquilleos de placer, en busca del famoso "frisson nouveau"; cuando con sacudidas brutales, de terror. Piénsase en el final de la *Sonata de Primavera,* la caída de la niña, y su muerte fatal, y el estribillo trágico "¡Fué Satanás!", que el marqués oye con las manos cubiertas de sangre, sangre salida por su causa. O en la inverosímil escena de la muerte de Concha, de la *Sonata de Invierno,* cuando en el acercamiento de la sensualidad amorosa y el horror de la muerte llega Valle a exigirnos los más dudosos contubernios de la sensibilidad con la truculencia. Todo en busca del efecto violento, pero repujando tan exageradamente, que se le va de entre las manos el acierto, y fracasa en su intención de conmovernos. La aproximación al melodrama, a sus tremebundos resultados de superficie, a su infantil maquinaria emocional, ponen en peligro algunas escenas de Valle Inclán, que son melodrama para exquisitos, dramones para refinados.

Pasando de las *Sonatas* a otro ciclo de obras nos encontramos con una nueva designación: *Comedias Bárbaras.* Es un riguroso antecedente del esperpento, un paso más allá hacia el esperpentismo. Porque, conceptualmente, bárbaro resuena a descomunal, enorme o fuera de la norma civil, disparatado, incapaz de emparejarse con nosotros. Cuando Valle se encariña con lo bárbaro, y echa por esa nueva senda estilizante, se delata como sintiendo ya una urgencia de deformación que en vez de afanarse por las formas liliales sueña en monstruos. ¡Cómo se le nota a don Ramón en algunos cuadros de estas comedias, que el cuerpo le está pidiendo ya el esperpento! A este respecto *Divinas palabras* puede sumarse a las *Comedias,* con su monstruo del carretón, su tropelista andariego, y sus coimas borrachas.

Por los caminos y las praderías gallegas de estas obras, se dan las últimas acciones de retaguardia entre la gente de alto abolengo, los degenerados Montenegros, —los nobles ya

sin nobleza— restos desastrados del princesismo, y la nueva hueste antigua, malatos, bigardos, daifas y otra tropa de mala vida, que van desahuciando del mundo de Valle Inclán a damas y galanes de linaje y le dejan vacante para los peleles del esperpento. Las princesas lejanas se alejan, se borran. Eran princesas nunca vistas, y se las imaginaba el bohemio Valle Inclán al modo quijotesco, y con el solo punto de partida, en cuanto a sus físicas realidades, que las proporcionadas por las camareras de cervecería, las floristas y las desgarradas cantoneras del Madrid de entonces. Ellas van a ser ahora, en el esperpento, las que representen la feminidad, sin más tapujos ni disimulos princesiles, barbianas y maravillosamente mal habladas, en el habla esperpéntica.

La prosa de "acotación escénica"

Ni las *Comedias Bárbaras*, ni las restantes obras dramáticas de Valle Inclán están inmediatamente destinadas para la representación. Son para leídas. Y de ahí la importancia que en ellas asume la acotación escénica. Es esta, en su acepción pura, nota puesta en el texto de la obra dramática en que se instruye a los actores sobre el movimiento de personajes y los detalles y servicio de la escena. Si bien están dentro del drama, en sus páginas, cuando lo leemos, no se puede decir estrictamente que pertenezcan al texto literario. Y en la comedia vista en el teatro, dejan de ser, en palabras, porque se realizan en movimientos, en telones, en cosas. Quisiera insistir en esa finalidad de la acotación: se escribe, más que para ser leída, para ser plástica y visualmente realizada, es decir, para ser vista. Extraña pues, la condición de las acotaciones: en el teatro de verdad, en el puesto en escena, desaparecen, como conjunto de palabras escritas. Pero en el teatro leído, cobran máxima importancia, porque su papel es suplir al escenario, erigir ante nuestra imaginación, por medios puramente verbales, lo que en el otro caso, pintores, tramoyistas y actores nos plantan ante los ojos.

No puedo sino aludir a este atractivo tema de la acotación escénica en el teatro moderno, que bien se merece particular estudio, pero es notoria la tendencia de muchos dramaturgos a desarrollar la extensión y el propósito de la humilde

acotación de antes, unas veces con propósito casi ensayístico, como en G. B. Shaw, otras para crear no ya escenarios, locales físicos de la obra, sino ambientes, ámbitos espirituales y psicológicos donde van a moverse los personajes.

Las *Comedias* y otras producciones dramáticas de Valle Inclán que desde el principio parecen conformarse con su sino de ser obras de lectura, nos ofrecen curiosos ejemplos de acotación. Rasgo común de las acotaciones valle-inclanescas es la atención y los cuidados literarios que las da el autor. Don Ramón es artista constante. No descuida nada, en lo que escribe. Y así se da en su obra lo que yo califico de "literarización" de las acotaciones escénicas, que ya entran en el texto de la obra, con pleno derecho y dignidades. En algunas de sus farsas sentimentales o grotescas, en verso, *La Marquesa Rosalinda* o *La reina Castiza,* el autor prodiga las decoraciones, las acotaciones de escena, versificadas, y sometidas muchas veces a un tratamiento tan esmerado como si cada una de ellas valiese por un poema independiente. No habrá antología completa de la poesía de Valle Inclán que no adopte algunos de estos poemitas que no están en sus libros líricos y que hay que espigar por las obras teatrales.

Para mí el estilo esperpéntico en prosa, se halla prefigurado en las indicaciones de escena de las *Comedias Bárbaras.* Desde luego son mucho más que consejos útiles a actores y escenificadores: son fondos plásticos y espirituales de las acciones y los diálogos. Y a veces más aún, porque en ellos se narra brevemente, y sirven de argamasa narrativa trabajando unas con otras las escenas propiamente dramáticas.

> Atropelladamente los tres bigardos salen de la cocina rosmando amenazas y por el portón del huerto huyen a caballo. La vieja con la basquiña echada por la cabeza, a modo de capuz, se acurruca al pie del hogar y comienza a gemir haciendo coro a la querella de los mendigos. Entra otra criada, una moza negra y casi enana, con busto de giganta. Tiene la fealdad de un ídolo y parece que anda sobre las rodillas. Le dicen, por mal nombre, la Rebola.
>
> Romance de Lobos

El estilo de acotación escénica está destinado a hacer que el lector vea —esto es, se imagine— en el acto, por modo in-

mediato, vívido, la apariencia o los ademanes de una persona, las detalles de un lugar y sus cosas, o la esencia psicológica de un determinado ambiente. Conviene que sea breve, enérgico, y de gran prontitud de efecto. Como reemplaza a las decoraciones, a las bambalinas, a las candilejas, por fuerza ha de tomar algo de ellas, y estar hecho de manchones y colorines, de artimañas cromáticas, brillanteces o tinieblas, que valgan por la luminotecnia, de apuntes rápidos y certeros del moverse de los personajes. Por estar contenido dentro de lo principal, el diálogo dramático, no puede permitirse fluencias ni dilaciones excesivas. Y sobre todo, no tiene por qué entrar en los secretos mecanismos del alma de los personajes, ya que eso lo dirán ellos, en seguida, con sus frases. Su misión no es lo psicológico ni lo interior, es la presentación evidente del mundo de las formas con algo de ese abultamiento y exageración que ha de tener siempre el telón de teatro o la indumentaria del cómico para que impresione en la distancia de la sala. Cuando se llega a las novelas esperpénticas, el *Tirano Banderas* o *El Ruedo Ibérico,* nos encontramos con soberbio estilo teatral, en el mejor sentido, escaso en inquisiciones psicológicas y pródigo, caudaloso, en figuras, imágenes y apariencias de la vida. Yo no sé si la verdadera tragedia de los hombres llega a asomar a la obra esperpéntica de Valle Inclán, pero sí encuentro en ésta, soberbias acotaciones de escena del gran teatro del mundo.

La nueva estética del callejón del Gato

De la estética de las princesas, pasa Valle Inclán, según propia declaración, a lo que yo llamo estética de la calle del Gato. Es ésta breve y humilde vía madrileña; para todas las gentes de mi edad barrunto que tendrá, como para mí, regusto singular e incomparable. Estrecha, y despachadera, sirve a modo de atajo o pasaje entre dos calles más principales, la de la Cruz y la de la Gorguera. Exenta de servidumbre de ruedas, la transita sólo gente de a pie, que se siente sobre sus losas más segura y en casa, casi en familia. En la pared exterior de un negocio de ferretería instalado en la esquina, había hecho colgar el dueño, para lustre y atracción de su tienda, dos espejos de deformación, el uno que estiraba las figuras de los mirantes, ahilándolas cómicamente, el otro que las enanchaba sin

compasión. En un Madrid tan parvo como el de entonces en recreos para la infancia, estos teatros de azogue donde uno jugaba a su propia farsa, eran sueños de la niñería capitalina y, casi, casi, atracción fabulosa de la forastera. Yo, entre tantos, piaba porque mi madre o mi niñera me llevaran al callejón del Gato, para que allí, bien tenazada la mano de la acompañante, porque no se podía evitar su chispa de miedo, se nos apareciese nuestra personilla, delicadamente esbelta, o engrosada a lo monstruoso, anticipando así nuestros sinos de gordos o flacos, y ofreciéndonos un futuro somático que asustaba y daba risa, a la par. El verse así en grande, satisfacía en el ambicioso delirios de grandeza, y porque en aquellas curvadas superficies se medraba en un momento, aunque sin gloria, también sin pena. ¿Cómo iba yo a pensar que en aquellos espejos donde yo me deportaba inocentemente iba a tomar lecciones de retórica —con preferencia a Longino, a Aristóteles, a Boileau y a Hermosilla—, don Ramón del Valle Inclán, y que la calle del Gato era su pública academia del gusto? Pero así fué y así lo dice en sus *Luces de Bohemia.*

Preludio en verso, del esperpento

Si rigurosamente hablando el esperpento empieza con dicha obra publicada en 1920, a la que por primera vez aplica el título, y en donde diserta sobre el sentido nuevo de la palabra, el principio activo de esa estética, lo *esperpéntico,* lo encuentro yo formulado literariamente antes, y en verso, en *La Pipa de Kif,* salida en 1919.

En la poesía liminar el poeta se interroga sobre su futuro:

¿Y cuál sería mi grano incierto?
¿Tendré su pan después de muerto?
. . . .
¿Será cizaña? ¿Será trigo?
. . . . ¿Acaso
la flor del alma de un payaso?
¡Pálida flor de la locura
con normas de literatura!
¿Acaso esa musa grotesca
—ya no digo funambulesca—
que con sus gritos espasmódicos

irrita a los viejos retóricos
y salta, luciendo la pierna,
no será la musa moderna?

Bradomín se dispone a ser infiel a sus princesas, pálidas como los lirios o ardientes como la llama ¡Y con quién! Con una danzanta, musa grotesca, que alza la pantorrilla por el aire del cabaret —callados ya los violines de minué y gavota—, excitada por ritmos de musiquilla cancanera. En dos versos se anticipa toda la paradoja estética, y el fundamento de lo que viene: locura, pero con normas.

Se recuerden poemas como *Fin de Carnaval*:

Lloran latinos babeles
Sombras con capuz.
Lleva al arroyo rieles
La taberna en luz.

Juntan su hocico los perros
En la oscuridad.
Se lamentan de los yerros
De la humanidad.

Absurda tarde. Macabra
Mueca de dolor.
Se ha puesto el Pata de Cabra
Mitra de Prior.

El cuadrito de Goya, *El entierro de la sardina,* está aquí proyectado en palabra, vuelto literatura, ya esperpéntica, porque se trae el verso mucho de la atmósfera de trágica fantochada, que puso en el lienzo el pintor.

El crimen de Medinica, precioso comento culto y cultista del tan popular romance de ciego de las ferias y mercados, rebosa, asimismo, calidades esperpénticas:

Crimen horrible pregona el ciego
y el cuadro muestra de un pintor lego
que acaso hubiera placido al Griego.

Abren la puerta brazos armados.
Fieros puñales son levantados,
quinqué y mesilla medio volcados.

Azul de Prusia son las figuras
y de albayalde las cataduras
de los ladrones. Goyas a oscuras.

¿Sería abusivo llamar a este poemita, dividido por cierto en escenas a modo dramático, un esperpento compendiado, y en verso? Y se apoya mi presunción, cuando se lee en él mencionados, los nombres de dos grandes deformadores de la pintura hispana, de dos enormes esperpentistas plásticos, el uno a lo divino, el Greco, el otro a lo humano y hasta a lo diabólico, Goya.

La situación esperpéntica

VAN apareciendo situaciones de esperpento, estilo de esperpento, antes de que surja ante nosotros el organismo entero. En su citado excelente estudio sobre Valle, escribe Amado Alonso: "Lo más característico, esto es lo más *estilo,* en nuestro autor es provocar en sus personajes actitudes y escenas de dignidad plástica, que más que a realidades naturales se refieran a creaciones artísticas conocidas o posibles." Esta propensión sin duda heredada de la escuela gala del arte por el arte, y de sus resonancias en Rubén Darío, sufre en el esperpento un genial viraje de sentido. Porque en él, personas, ademanes, escenas, aspiran furiosamente, con *furia esperpéntica,* a ser modelos de indignidad plástica. ¿Acaso no se trata de una verdadera operación de rebajamiento de la humana dignidad, de indignificación, esa de retorcer las figuras, contorsionar las actitudes, poner muecas donde hay caras, pintarrajear las delicadas coloraciones del mundo? Cuando nos reímos de nuestra imagen devuelta por un espejo cóncavo ¿es que no abdicamos por un momento de toda pretensión a nuestra dignidad corporal, y esa es la causa de la risa, precisamente? A la situación de dignidad plástica de Bradomín, en los salones de la princesa Gaetani o en la corte carlista se oponen las piruetas y retorcimientos de los seres de esperpento, ya en las *Comedias,* en *Divinas Palabras* y en *La Pipa de Kif.*

Pero el arte de Valle, aunque vaya cambiando de signo, en su propósito, y ahora eche hacia los antípodas, seguirá siempre con la constante apoyatura mental en esas creaciones artísticas conocidas, a que alude Amado Alonso con su exacto

calificativo de "reestilización". Sólo que sus modelos dejaron de ser primitivos sieneses, doncellas de Botticelli, tropeles virginales de Dante Gabriel Rossetti. Y ahora se le van los ojos, en busca de aleccionamiento para sus criaturas de palabra, detrás de las extrañas crianzas del Bosco, de Brueghel, del Greco, de Goya, y hasta quién sabe, —y esto es mucho peor— del mismo Zuloaga.

Aparición y teoría del esperpento

LUCES DE BOHEMIA. Esta es la primera de sus obras a la que cuelga Valle Inclán el sensacional título. Y por boca de sus dos personajes principales, el poeta Max, y el parásito Don Latino, apunta la doctrina del género recién nacido:

> MAX: Don Latino de Hispalis... grotesco personaje, te inmortalizaré en una novela.
> DON LATINO: Una tragedia, Max.
> MAX: La tragedia nuestra no es tragedia.
> DON LATINO: Pues algo será.
> MAX: El Esperpento.

Pocas veces nos es dado asistir tan a lo vivo, al advenimiento de un género nuevo. Desde este instante hay que añadir a las acepciones que daba el diccionario de la palabra —una, persona o cosa notable por fealdad o mala traza y otra, desatino o absurdo—, esta tercera. El vocablo entra en la historia literaria, a codearse con nobles y viejos congéneres, y para designar una clase particular de obra dramática, en la que concurran de algún modo esos atributos que tenía la voz, de antiguo: lo feo y de mala estampa, lo desatinado y absurdo.

Luego, como si Max quisiera ilustrarnos hasta sobre los orígenes históricos del flamante género, dice: "El esperpentismo lo ha inventado Goya. Los héroes clásicos han ido a pasearse por el callejón del Gato". Aunque Don Latino no parece que le toma muy en serio, prosigue el viejo poeta explicando su invento: "Los héroes clásicos reflejados en los espejos cóncavos dan el Esperpento. El sentido trágico de la vida española sólo puede darse con una estética sistemáticamente deformada". Y termina esta declaración de derechos del Esperpento y Carta Magna del esperpentismo, con más signifi-

cativas aclaraciones: "Las imágenes más bellas en un espejo cóncavo son absurdas. Pero la deformación deja de serlo cuando está sometida a una matemática perfecta. Mi estética actual es transformar con matemática de espejo cóncavo las normas clásicas. Hay que deformar la expresión en el mismo espejo que nos deforma las caras y toda la vida miserable de España".

Se allega aquí Valle Inclán a ese caudal de artistas desesperados, de intelectuales desilusionadores del mundo —Ramón Gómez de la Serna con su teoría de que hay que dejarlo todo bien deshecho, es hoy día su más escandaloso y constante paladín—, que aunque tenga visos de muy moderna, han podido los españoles beber en lo clásico, en su barroco del XVII, en Quevedo y Gracián. Es como un desencanto de las princesas, y de las formas clásicas, desengaño de su pasado literario, que aunque estaba bien teñido de decadentismo, no desviaba la vista de la clasicidad, de esos dioses de la paganía que siempre adoró, entre rezo y rezo cristiano. Notorio, también otro motivo de desesperación: España, su vida miserable y deformada, a la que tiene por caricatura ridícula de la vida europea. Pero no hay que llevar el reconocimiento de esa actitud desesperada más allá de donde cumple, como lo lleva Ramón en su libro. La desesperación es el fondo de motivaciones psicológicas de donde nace el nuevo arte de Valle Inclán, nada más.

Porque si bien se mira, el esperpento en cuanto a técnica consiste en una curiosa operación de ambigüedad. Es cierto que nos entrega al mundo y a los hombres sistemáticamente deformados, y se encarniza en desequilibrar y sacar de quicio —es decir de sus normas— a las figuras clásicas, a los personajes trágicos. Pero ya nos decía el autor que ese trabajo de deformación, ha de ir ajustado a una matemática perfecta. ¿Y qué puede significar eso sino una serie o cuerpo de módulos y reglas, con sus principios implícitos, esto es un orden, aplicado sobre el desorden? Esa matemática se propone, por misión estética un poco paradójica y no menos ardua, que el horror del deformar, cause admiración, por el arte maravilloso con que se realiza. Locura, mas con normas, como tenía dicho. Monstruos quizá, pero obras de *un* arte, hechuras de arte, y por consiguiente de belleza. Así, serenos, nobles, los tremendos adefesios velazqueños, de tres siglos antes.

Tal artista, será un desilusionado del mundo y de sus prójimos, pero nunca el desesperado total, porque le queda una fe, en las potencias del arte, la cual le empuja a la obra esperpéntica con todo su afán de escritor. Fe, de la mejor ley, ya que se manifiesta en obra y en obras.

Hay que entregarse a un expolio de princesas y señorías, despojarles de sus atavíos falaces y sus caretas de embeleso, de modo que quede al aire, desnuda la fealdad. Eso quiere decir, a mi juicio, lo de llevar a los héroes clásicos frente a los espejos de la calle del Gato. Pero estas criaturas, feas en su triste realidad, pueden redimirse de su feo ser natural, de su desgracia de nacimiento, al pasar a la suprema categoría de criaturas de arte y ficciones de la palabra. La vida, que parece haber sido condenada por el artista —al verla tan deforme y horrorosa—, a destino infernal, es ascendida, salvada precisamente al trascribir estéticamente sus horrores al cielo de la perenne hermosura.

Veo así en el esperpento de Valle Inclán, un ejemplo más de la concepción y la creación artística como psicomaquia, o lucha de vicio y virtud, el mismo drama de la vida del hombre, en cuya alma se pelean el bien y el mal. En estas singulares obras que se enzarzan a brazo partido lo feo y su contrario, que es el que gana.

Divinidad del verbo

El agente nunca en reposo de estas milagrosas trapacerías del esperpento, está ya designado por Valle en el título de su "tragedia de aldea", en poco anterior a los esperpentos, *Divinas Palabras.* El final de esa obra es una dramatización impresionante de la fuerza salvadora de unos latines litúrgicos, y misteriosos para el pueblo, fuera de la iglesia. Obras de la divinidad, y autoras, ellas, de divinidades, fueron siempre las palabras para el poeta. "Ambicioné que mi verbo fuese como un cristal claro, misterioso, luz y fortaleza. . . Y años enteros trabajé con la voluntad de un asceta, dolor y gozo, para darles emoción de estrellas, de fontanas, de yerbas frescas. . . Me torturé por sentir el estremecimiento natal de cada una, como si no hubieran existido, antes y se guardase en mí la posibilidad de hacerlas nacer." *(La lámpara maravillosa).* En esa

pasión acrisolada por la palabra y sus poderes ultralógicos, inexplicablemente creadores, está la raíz poética de toda la literatura de Valle Inclán.

Vendrá la nueva época de las figuras amamarrachadas, de las escenas horripilantes, pero la obra de don Ramón, es ahora, tanto o más que en los años princesiles, creación de esteticista, sueño de poeta, alquimia de palabras. El que crea, como yo, que la literatura, en su altísimo punto, es un procedimiento de objetivo, con ánimo de salvación perdurable, las experiencias humanas mediante un uso especial, o sea un arte, del lenguaje, de las palabras, verá la supremacía de una obra no derivada capitalmente del asunto o tema dado por la experiencia y sí del acierto de la operación subjetivante o poetizadora, fuente de la hermosura. Opinión, después de todo, achacable a Perogrullo, porque lo que viene a decir es que el valor de una obra de arte está en serlo, de verdad; en ser una producción o creación del arte, diferenciada netamente de los productos naturales. Quien desee más ilustraciones, compare una expendeduría de frutas y verduras con un lienzo de pared lleno de naturalezas muertas de Cézanne, pongo por pintor.

Por eso, a despecho de la grima que dan sus agonistas convulsionados y risibles, es el esperpento creación bella. Acumulación de exageraciones, meneos de espantajo, parlamentos incrustados de palabrotas; y con todo, en el ajuste final de cuentas, extraña y segura belleza.

La clave de la hermosura de los esperpentos la encontré donde menos lo esperaba, en esta frase de un poeta que no es ciertamente de la familia de Valle, Shelley, que ocurre en su *Defence of Poetry:* "La poesía es un espejo que hermosea lo deformado". Juego, entonces el esperpento de dos espejos, espejo contra espejo. El de la calle del Gato, muda al hombre que se le pone delante en monstruo; pero si a este espejo con su figura de espantajo, a la que queda rebajado lo humano, se le mira a su vez en el otro, en el espejo de la poesía —la poesía dramática de Valle Inclán—, el monstruo en su reflejo segundo se trasmuta en criatura de arte, en ser de pulcritud casi divina. Definición estética final del esperpento: el arte de oponer al espejo en que todo se ve horrible —el del calle-

jón del Gato—, el espejo en que hasta lo más horrible se mira hermoso, el de Shelley.

Expansión y sentido total del esperpento

Indudablemente está en la voluntad primera de su autor el aplicar el nombre nuevo sólo a un género especial de sus obras dramáticas, teatro tragi-grotesco, con asunto y personas de la vida moderna de España, y con escenarios y habla de traza aparentemente vulgar y realista. (Eso es lo que engaña a Gómez de la Serna cuando califica al lenguaje del esperpento de "esperpento arrabalero", sin fijarse en que entronca con antepasados tan señores como el habla de *La Celestina* y sus secuaces). También se sobreentiende de las palabras de Max y Don Latino, que el esperpento, es una nueva técnica que se le ocurre a Valle. ¿Sospecharía don Ramón que este género se iba a hacer el amo de su literatura, y que estaba llamado a señorear toda su obra, desde 1920?

Porque el esperpento no se quedó confinado al tipo de obras dramáticas a que dió nombre. Es más que un género, es más que un estilo y una técnica: es una nueva visión de la realidad humana. Valle Inclán se ha encontrado con un nuevo enfoque de la realidad; doquiera que lo aplique se vivirá en un *medio,* un ámbito vital distinto, y todo lo que entre en la luz ésta, en el aire éste de la nueva atmósfera —cosas, personas, hechos— habrá de regirse por otras leyes, las leyes de lo esperpéntico, disparatadas y descomunales, pero leyes al fin y al cabo, tan severas y obligatorias como las de antes, dura matemática, normas de la locura. Así lo que salga de ahora en adelante de la imaginación valleinclanesca y pase por su pluma, novela, poesía, teatro, saldrá a existir y a crecer en ese nuevo espacio físico del riguroso disparate, y será, si no esperpento, por lo menos esperpéntico. Todo esperpento el arte de don Ramón, porque el mundo entero es ya, para él, puro esperpento.

No hay que volver sobre la poesía, ya que en *La Pipa de Kif* sentimos acercarse los pasos del fenómeno, que estaba para llegar. En este librito todo es caprichoso y encaprichado, caprichos del Pata de Cabra, *Caprichos* de Goya, encaprichando a don Ramón para los suyos.

Su teatro poético, antes complacido en recrearse con versallerías como *Cuento de Abril* y *La marquesa Rosalinda,* se esperpentiza de cabo a rabo, en una obra, situada en una corte y un palacio, también, pero donde la gracia y la nobleza andan grotescamente revesadas: la *Farsa y Licencia de la Reina Castiza.* Parece como si él mismo hubiera descrito lo sucedido, en esta farsa, en la *decoración* en verso con que la preludia:

En verde y rosa una floresta
de jardines y surtidores.
Los violines de la orquesta
hacen papel de ruiseñores.

Hasta ahora seguimos en el "aire suave", el rubeniano, de las princesas, y dentro de él, aun, se inicia la segunda estrofa:

Cala la luna los follajes
y albea el palacio real

para acabar con una funambulesca sorpresa:

que, acrobático, en los mirajes
del lago, da un salto mortal.

Eso es lo que pasa, en todo lo esperpéntico. El palacio cortesano con todas sus exquisiteces, da un salto mortal; y mortal de verdad. La pompa se desfigura en acrobacia, y los modos de la corte en ridícula o divertida acción circense. Los personajes, por augustos que sean, hacen volatines, y, entre burlas contorsionadas y chocarrerías, todos, del rey abajo, —depuesta la dignidad y las dignidades— actúan como muñecos apayasados. ¿Qué más burlería y fisga que la que llevan encima las gentes de la farsa, antes ya de abrir la boca, en sus nombres? Don Gargarabete, el general Tragatundas, Mari-Morena, Lucero del Alba. La operación de degradamiento, propia de lo esperpéntico, se ceba en la soberana, a la cual este gran especialista en adjetivaciones que es don Ramón, llama *repolluda,* entre otras lindezas. "La gran comadre", uno de los motes con que corre por la obra, dice al gran preboste, echándole en cara, su falta de malicia:

¡Y tú eres el gatera, el de pestaña,
el que las ve venir! ¡Valiente primo!
¡Mira que haberte dado esa castaña!

Habla de rompe y rasga, de chula bravía de Lavapiés, nada indigna del gran artista del género, López Silva. ¿Pero cómo no va que dar la realeza de la reina en ridículo, si hasta la realeza astral, el rey astro, el sol, sale también en la farsa, reducido a las dimensiones de una pelota, extraviada sobre las pardas tejas del caserío madrileño, al final de la obra?

Y en el reino de Babia de la reina castiza
rueda por los tejados la pelota del sol.

La novela esperpéntica

TIRANO BANDERAS, y *El ruedo ibérico,* las dos obras novelescas de Valle Inclán después del 1920, son aplicaciones a la narración novelesca de la nueva concepción cósmica del esperpento.

Tirano Banderas es apoteosis caricaturesca y sangrienta del desdichado tipo histórico del generalote o el generalito, que a las primeras de cambio se alza, con su espadón, contra cualquier clase de libertad civil y que mucho ha castigado a las repúblicas hispanoamericanas, aunque no tanto como a la antigua madre patria. Fanfarrioso y finchado, —fiel a la tradición del *miles gloriosus*— este siniestro personaje se pasea obsesivamente por muchas páginas de los libros de Valle. El Tragatundas, que en la *Farsa y Licencia de la Reina Castiza,* sale a escena, amenazando con sacar las pistolas de las pistoleras, y diciendo:

¡A mí los demagogos proletarios!
Uno por uno me los escabecho
y que haga la prensa comentarios!

es uno de los primeros en esa galería de variantes del mismo tipo, el militar sublevado que no guarda fidelidad más que a su persistencia en quebrantar los prestados juramentos de fidelidad.

En *Tirano Banderas* se le coloca en un ambiente ricamente exótico, de exotismo mixto y mixtificado, que sin embargo da una impresión verdadera de realidad, y siendo utópico recuerda muchos lugares, de la tierra americana. Lo que en verdad ha estilizado aquí Valle, con su patrón esperpéntico, son unas Indias, una América trágicamente ciertas.

El héroe epónimo se describe desde su presentación bajo especie de esperpento:

> El Generalito acababa de llegar con algunos batallones de indios después de haber fusilado a los insurrectos de Zamalpoa. Inmóvil y taciturno, agaritado de perfil en una remota ventana, atento al relevo de la guardia en la campa barcina del convento parece una calavera con antiparras negras y corbatín de clérigo. Tirano Banderas en la remota ventana era siempre el garabato de un lechuzo.

Esta descripción encaja en su totalidad de visión en el cosmos esperpéntico. Y se asimila al esperpento hasta en un detalle estilístico. El tirano nos dice Valle, que aparenta el "garabato de un lechuzo". Y en *Los cuernos de Don Friolera*. se designa a Doña Tadea, la beata de pueblo, con palabras idénticas: "el garabato de su silueta", primero, luego "su cabeza de lechuza". En la introducción a la tercera escena "en el claro de luna el garabato de su sombra tiene reminiscencias de vulpeja". Un poco más allá "pega a la reja su perfil de lechuza". Garabato es vocablo muy apto para la deformación grotesca de lo humano, en sus referencias a algo metálico, retorcido y ganchudo. Su empleo común en la novela y en la farsa, revelan el idéntico modo de ver, el idéntico instrumento de estilizar, la identidad de atmósfera —lo esperpéntico— que todo lo modela parejamente, por encima de las diferencias de los géneros.

Atendamos a una descripción del libro tercero del *Tirano:*

> Sobre el resplandor de las aceras gritos de vendedores ambulantes: Zigzag de nubios limpiabotas: Bandejas tintineantes que portan en alto los mozos de los bares americanos: Vistosa ondulación de niñas mulatas con la vieja de rebocillo al flanco. Formas, sombras, se multiplican trenzándose, promoviendo la caliginosa y alucinante vibración oriental que resumen el opio y la marihuana.

Es una técnica de gran telón de fondo. Estilo de acotación escénica realizado por medio de frases cortadas, que van situando cada elemento plástico del telón en su sitio, hasta que por fin, de su acción conjunta, salga completa la impresión del ámbito escénico en que se moverán los actores. Pero la acotación escénica, se queda ya, por decirlo así, sola, se hace

independiente, y es trozo descriptivo, que se salió de la obra dramática dentro de la acción novelesca.

El libro tercero de la tercera parte lo llama Valle "Guiñol dramático". El título va bien a toda la novela; es otro modo de aludir al esperpento, a la conjunción del pelele, grotesco trasunto del hombre, y a la tragedia, sino humano.

La concepción visual del remate de la novela, rezuma reminiscencias de cartel de ciego, romanzón de feria y tablado de títeres. El tirano, visto que ya no tiene escapatoria, se entra en la recámara de su hija loca, saca un puñal y ante las empavorecidas mucamas, apuñala a la infeliz, hasta quince veces, teniéndola sujeta por los cabellos para mayor seguridad, y como suele pintarse en los carteles de feria. Y luego se asoma por postrera vez al gran tablado del mundo, es decir sale a la ventana, buscándose una muerte esperpénticamente espectacular, y muere acribillado a balazos, fantoche de tragedia, delante de todos, víctima de una justicia divina cumplida con truculenta y chillona escenografía.

En algunos de los lances del Méjico de la niña Chole había ya sus presentimientos de esperpento, como si la exageración climática y natural que son los trópicos, empujara hacia él. Pero ese ambiente exótico del Méjico de la sonata se construye en torno a una princesa india y una aventura erótica refinada. Y el Méjico de ahora (Méjico es lo más tópico de esta utopía del *Tirano*) tiene por figura central a un sátrapa de cuartel, negador de toda nobleza, y los escalofríos, que en la *Sonata* nos estremecían con equívoca sensación de gozo y dolor, se tornan aquí espeluznos, terrores porque proceden de la bárbara y elemental crueldad, y no ya de una sensualidad alquitaradamente depravada.

Ruedo y teatro

El Ruedo Ibérico prometía ser la cima de todo el arte valleinclanesco. En él tocamos con el uso más amplio y efectivo de la visión esperpéntica. Nace el esperpento como obra de teatro, como espectáculo. ¿No será de notar que el ruedo, el anillo donde lidian toro y toreros, es también lugar de espectáculo, escenario de posible tragedia? ¿No autoriza eso a pensar que el gran tema ibérico está concebido como espectáculo, y según veremos, a lo esperpento?

Porque ¿quién es la criatura de esperpento, ahora, en esta forma narrativa? ¿Un tirano sanguinario de las Américas, un grupo de militares y chulos madrileños? No, toda España, la España de una época. El esperpento ha tomado tierra y fecha, carta de ciudadanía, en España; y lugar cronológico, los "amenes isabelinos", o sea las postrimerías del reinado de Isabel II, ya usada a recibir flagelaciones de Valle Inclán —recuérdese la farsa— en sus rotundas carnalidades.

En este vasto mural de España el esperpento soslaya todo lo que toca. En lo más alto, el palacio con fondos de Guadarrama, la Soberana entre un cura y una monja, "abre la pompa de su regazo" y "esperando la hora del Rosario celebra secreta merendona de compota y chocolate con el Padre confesor y la Monja de las Llagas. "El soconusco en la espiritual compañía de aquellas santificadas personas era un regalo del cielo". Ya tenemos a la Señora, enredada en los hilos de la beatería, la intriga cortesana y la abdominia. Poco más tarde, dejadas esas espirituales personas y envuelta en peinador de lazos, recibirá en su alcoba al Pollo Real, el favorito de turno que se emplea a su manera en el servicio de la Reina. Queda ya así descendida a la categoría de esperpento moral la más alta dama de las Españas.

Si nos saltamos ahora Madrid y sus alrededores, hasta ir a caer en un característico pueblo de La Mancha, Solana del Maestre, se nos designará el pueblo como "un ancho villar de moros renegados, y sus fiestas un alarde berebere, pólvora y hartazgo, vino y puñaladas... polvo de trillas y moscas tabaneras". Es uno de esos mismos pueblos tratados con todas las delicadezas de su amor y su estilo por Azorín; pero aquí se le mira al bies del esperpento, degradado por la tremenda visión desengañadora.

La gran institución política del siglo XIX, el Parlamento, sale él también, malparado, tanto como la reina y los villorrios. "Uniformes y cruces, levitas y calvas. El conde de San Luis dormita en la presidencia. Velan a los costados, anácronicos bigardones con porras de plata y dalmáticas de teatro...". Cuando habla el jefe del Gobierno le corean risas y protestas. El presidente, recordado por el bullicio, "rompe una campanilla y aquietado el jollín vuelve a dormitar solemnemente". Un secretario lee y nadie se entera. "Los señores diputados

devalijan sus pupitres de plumas, de papel y de obleas". Y en la tribuna el pueblo, o el público, se aburre.

No menos esperpénticas se ven las festividades. En la noche de gala del Teatro de Los Bufos, lo bufonesco se corre a toda la sala. Un espectador notable es un cristobalón de patillas, "un fantoche revolucionario". En un palco se lucen cinco señoritas, "cinco adefesios". Generala hay que ostenta, orgullosa, falsas pedrerías y una duquesa hace pasar por pelo a su peluca. Hay "un fantasmón de sombrero con plumas y capa blanca", grande del Reino. Los elegantes de la corte son, uno "cetrino y jaque", y otro "rubiales" y con el párpado caído. Todo termina con estrépito de can can y luces de bengala.

Si los militares mandones son, en palabra esperpéntica, "la parranda de Marte" que, con tufos de amenaza, recorre las calles esparciendo olor alcanforado, porque sus gloriosos uniformes se pasan los años muertos en el armario, defendiéndose contra la polilla, tampoco logra más gloria otra clase, muy distante, los toreros. En el poblachón manchego aguardan la hora del sacrificio en una buhardilla, vestidos sus precarios trajes de luces "sudados oropeles famélicos" y fuman, "resignados con estoica cobardía al escarnio, al hambre y a la muerte". Así quedan sopapeados, zaheridos, desde la indumentaria a la moral, dos héroes clásicos, el mílite y el taurario, cuando los sacude sin compasión la visión esperpéntica de la calle del Gato.

No hay excepción. Ni siquiera la del mayor héroe nacional, de verdad, Cervantes. Porque mirado al bies esperpéntico, tal como lo representa esa estatuilla que tiene alzada en Madrid al otro lado del Congreso de los Diputados, dice Valle "que hace un punto de baile, en calzas prietas, ante el Templo de las Leyes".

Todo lo abigarrado de esa España, sus cabos de riqueza y pobretería, su entrevero de mugre y colorismo, de bambolla y desgarro, está vuelto lenguaje descriptivo, de ese de "acotación escénica". Aquí se dan las mayores alturas que alcanzó Valle en punto a plasticidad, a policromía, a la audacia de uso de toda clase de elementos pintorescos, superando milagrosamente la vulgaridad del cromo, a fuerza de usar sin tasa, pero con genial tino el chafarrinón, el tizne, la estridencia

y las pinceladas de brocha gorda. Quisiera señalar entre las magistrales páginas de este ciclo, la soberbia descripción de la tarde de toros, en *Viva mi dueño,* aquel gentío que va a la plaza, a la corrida regia, encabezada por los monarcas —en su carretela, entre caballerizos y palafrenes—, desbordado por las aceras, mientras que, aprovechones, "alcahuetas y cesantes, pícaros y bohemios, ciegos y lisiados con donaires y lástimas, dan tientos a la bolsa ajena". Todo un pueblo, todo lo que le representa, de la reina a la chulapona, corre jacarero jubiloso, despreocupado inconsciente, desatado hacia sucesivos desastres, la Revolución Sagunto, el 98. La abundancia y el regocijo del color realza trágicamente la potencia expresiva de este gran telón de las postrimerías.

Ideas, espectros

PORQUE del vórtice de todo este guirigay y tremolina del esperpento, ya dramático, ya novelesco, sale algo más que una impresión estética. Surgen descarnados y pálidos, fantasmas intelectuales alzados entre tanta copia de sensualidad, los conceptos del 98, el complejo de la decadencia española. Esa es la significación histórica del esperpento. Y su España, vista a tuertas, es la España que les armó el *desastre* en la cabeza a los preocupados de 1900, es la España del 98.

Valle Inclán acabó por donde sus hermanos de grupo tenían empezado. "Cuánto me regocijaré el día en que abra un libro nuevo del Sr. Valle Inclán sin tropezar con princesas rubias que hilan en ruecas de cristal, ni ladrones gloriosos, ni inútiles incestos". Eso escribía en 1905 un novicio, entonces, de las letras, llamado luego a sus cimas, Ortega y Gasset. Y añadía que si algún día le era dable leer ese libro hipotético de Valle, se exclamaría: "He aquí que don Ramón del Valle Inclán se deja de bernardinas y nos cuenta cosas *humanas, harto humanas,* en su estilo noble de escritor bien nacido". Humanísimas, tan extremosamente humanas, por lo bajo, que dan en el monstruo, son las gestas del esperpento novelesco. Detrás de este magno conjunto de su obra, que forman ensamblados, poemas, novelas y farsas esperpénticas —tremebunda barraca de feria a cuya puerta el segundo manco inmortal se

desgañita voceando la entrada al gran esperpento nacional y sus fenómenos— está el sentir del 98.

España, tragedia y agonía

LUCES DE BOHEMIA descubre lo esperpéntico, pero sólo en su inicio. Por el momento no se va más allá de la tragedia de un pobre escritor bohemio, que puede valer por la tragicomedia de aquel grupo subversivo de modernistas, de principios del siglo. Pero en el diálogo de Max y Don Latino, que se trascribió en lo esencial, la nueva visión y la nueva técnica esperpénticas se nos daban unidos a conceptos de mucho más alcance y valor, a saber: el sentido trágico de la vida española, la vida miserable de España, la consideración de España como una caricatura de la civilización europea.

Todos conocen al que fué cabeza de esas ideas: el gran pensador, grandísimo sentidor de España, Unamuno. La distinción u oposición Europa-España, y el atormentado análisis del sentimiento trágico de la vida en los hombres *y en los pueblos*, él las lanza y de allí las recoge para volverla a lanzar con más ardor que nadie, a la conciencia española. Y el que pasaba, y con razón por caudillo del bando opuesto, de los modernistas exquisitos, resguardados de lo español y sus tragedias, por las grandes vidrieras de colores de su arte preciosista, Valle Inclán, resulta que se siente un día herido por el famoso dolor de España. De la herida lo que brota es el esperpento; y sus tipos son héroes grotescos de la angustia por España.

Se le puede definir, históricamente, como un desesperado modo literario de sentir lo español del presente, so capa de retrospección, —El ruedo ibérico— unas veces, o claramente puesto en su día, *La hija del capitán*, otras. Dice el Sr. Fernández Almagro en su libro sobre Valle Inclán que se encuentran "pasajes en El Ruedo Ibérico, escritos con el ánimo predispuesto al comentario de lo presente, confundiéndose los *amenes* del reinado de Isabel II con los del de Alfonso XIII". Yo creo que en efecto, lo que a don Ramón le desengaña de la Reina del general Narváez es el Alfonso XIII de Primo de Rivera. Y así, *La Corte de los Milagros* y *Viva mi dueño*, proyectan históricamente hacia lo pasado, un dolor coetáneo de Valle y cabría titularlos, mirados en lo conceptual, "los

orígenes del 98", o "los polvos de estos lodos". En aquella corte de monarcas degenerados, politicastros farolones, y generales de charrasco y cuartelazo, se perfilan todos los desengaños históricos que le aguardan a España; Valle cuenta las cosas de la Reina Isabel con un fuego satírico harto vivo para gastarlo en cosas del pasado, porque en realidad está viendo en ellas, ensayo y precurso del presente. En algún esperpento, *La hija del capitán,* hasta llegó a ver otro desengaño más: el fracaso de la obra regeneradora de los hombres del 98, puesto que las obvias alusiones a Primo de Rivera y su rebelión y al rey Alfonso, significan que España sigue doliente del mismo morbo. Que al igual que en la España isabelina, militarotes, beatas, hampa, siguen moviendo los hilos del gran tablado nacional. Las alucinadas figuras de peleles de los esperpentos, pueden leerse, a despecho de su violenta plasticidad y carácter, como alegorías deformadas de los males de España.

Vuelta final

HORA es ya de atar cabos y volver adonde se empezó, al juego de los dos factores, *Modernismo* y *Noventa y Ocho,* en la literatura contemporánea. Lo modernista se señala particularmente por su preocupación estética; el noventa y ocho tiene por cimiento psicológico la posición dubitativa, crítica ante España. Pues bien, la significación del esperpento está en haber traído al Modernismo, corporeizado en una personalidad que se crió, perfeccionó e hizo célebre en sus aulas, al servicio del noventa y ocho, sin renegar de su modo de ser, sino llevándolo a modo de afluente, a seguir viviendo, dentro del caudal total del noventa y ocho, para su mayor honra y riqueza.

Despeño del nefelibata

MÁS de veinte años vivió Valle en los paraísos artificiales del modernismo, presumiendo de hollar nubes exquisitas, producto de la gran liquidación del decadentismo europeo, y dándoselas de nefelibata contento, como su gran amigo Rubén, mientras cantoneaba con tacones torcidos por las calles, calle-

juelas y callejas que tiene Madrid. Pero un día se cae del nido, del nido de sus nubes, y va a parar en medio de sus compañeros de generación, es decir, en medio de la preocupación de España. Y el magnífico despreocupado de las *Sonatas,* se convierte en uno más de ellos.

Uno más en el sentir, dolorido y acerbo; en la preocupación, que ya no le abandona en su arte, de lo español. Pero, como cada uno es cada uno, este hombre tan otro ahora en su relación con la patria y sus congojas, es el mismo, invariable y diamantino, en su arte. No hay mengua en su amor a las virtudes secretas de la palabra, en la fe absoluta de que para un poeta sólo su camino de la palabra lleva a todas las Romas. Otro Ramón de viso, Gómez de la Serna, en su libro, riquísimo en atinos y atisbos, sobre Valle Inclán dice una cosa, de las muy pocas en que con él difiero, al tratar del esperpento: "Se veía el desengaño de las divinas palabras... Ha roto con una tradición de orfebre para lanzarse a un esperanto arrabalero y genial". No. Rompió con sus adoradas y adoradoras de ayer, testas coronadas, principalías del mundo, exotismos, depravadas exquisiteces de extranjis. Pero se abrazó, más estrechamente que nunca, a las divinas palabras, que, por eso, le correspondieron ahora con más grandes favores que nunca. Jamás ha sido tan orfebre; lo que ocurre es que ahora no emplea su diligencia en percocería, en obrillas chicas de filigrana, sino en soberbias piezas, patenas, y hasta custodias, de barroca superficie repujada y gran golpe de pedrería. Más aún; como ya se dijo antes, las palabras son el áncora de salvación a que se ase, la única en el gran naufragio esperpéntico de las cosas. Era poeta, y el poeta sólo puede romper con las palabras divinas, cuando le expiran las últimas humanas en los labios, a la hora de la muerte.

El hijo pródigo, y aclaración final del espejo

Si las tachas de la vida española son la ramplonería, la venalidad, la ignorancia, el soldadote entrometido, como se aparece a algunos, desde Larra hasta los críticos del 98 ¿qué mejor castigo de esas plagas que deformar a sus autores, exponerlos en su fantochesca verdad, ante el espejo del esperpento? Y entonces resultará que el espejo deformador, no

es un ingenio para hacer reír y sí una máquina de moralidad; un artilugio de desenmascarar, que aplicado a los culpables les arroje a la pública vergüenza, sentenciados al escarnio. Lo esperpéntico es modo de escarmiento. Y su autor, que lucía antes cínicamente, entre princesas, sus alardeos de amoralidad, profesó de moralista, el gran moralista del modernismo. Extraño moralizador, sin sermón ni sentencias; tanto que casi nadie le nota que lo es, que sus fantoches obran de ramales de disciplina; y el mundo del esperpento, es —otro cuadro tremebundo de las Animas— gesticulante aviso, y enseñanza de extraviados.

Emparentado por su manquedad con Cervantes, hermano por los espejuelos de Quevedo, es también su hermano menor, en esperpentismo y furia ética. Su obra que parecía tan poco española, tan galicista, se puede mirar ahora, desde que descubre el esperpento, enhilada con la de los auténticos grandes de España: Quevedo, Velázquez, Goya. Quevedo, castigador feroz, autor de un estilo denigratorio y flagelante; Velázquez, pintor de infantas, igual que de enanos, dando a cada cual la misma perfección; Goya, caído de los tapices a los disparates.

Por el esperpento ingresa Valle Inclán en el 98, en España, en la mejor tradición, en el santo ruedo ibérico. Desengañado de martelos con las princesas de similor, vuelve hijo pródigo del 98, al solar paterno, a su patria, a sus angustias, a la gran tragedia de España. Allí le tendrán acogido como hermano por siempre Azorín el asceta, Machado el estoico, y Unamuno, el condenado por desconfiado, a la eterna gloria.

EL REALISMO IMAGINERO

Por *Dardo CÚNEO*

The true realities, eidólons.
WHITMAN.

ESCRIBIR sobre la pampa fué para su mejor cronista aventura de imaginación. Unamuno —siempre es Unamuno seguro punto de partida para llegar a Sarmiento— lo había advertido. En el *Facundo*, dijo, "halló ancho campo el genio de Sarmiento, ejerciendo su imaginación con más o menos realidad". Primer término: imaginación. Término secundario: realidad. Sarmiento, por su parte, no había escondido su confesión. Años después que el libro ha sido lanzado por las prensas chilenas, acompaña, coronel boletinero, al ejército urquizista en marcha hacia Caseros. Entonces, recién entonces, se acerca al conocimiento de la pampa. "¡A caballo, en la orilla del Paraná, viendo desplegarse ante mis ojos en ondulaciones suaves pero infinitas hasta perderse en el horizonte, la Pampa que había descrito en el *Facundo,* sentida por mi intuición, pues la veía por vez primera en mi vida!". Confesión en las memorias de campaña del Ejército Grande. Pampa intuída, pampa imaginada. En 1868, presidente ya, reitera, urgido por su tumultuosa y contradictoria sinceridad, aquella confesión del cronista del 51. "Yo había descrito la pampa —dice en su discurso de Chivilcoy— sin haberla visto, en libro que ha vivido por esa descripción gráfica. Sucedióme después, que por las vicisitudes de la guerra civil, desde la cubierta de un vapor en San Lorenzo de Santa Fe, divisé la pampa con su vellosa frente; y descendiendo sobre ella, sentía que esa era la Pampa misma que yo me imaginaba y aun me parecía que el olor refrigerante del pasto había antes afectado mis sentidos al describirla". Párrafo este último que nos dice que el imaginador imaginaba poniendo en ejercicio todos sus sentidos. Que era manera de

hacer registro de realidades americanas. El continente estaba más en la imaginación que en la realidad. No lo conocía totalmente, su hombre, y de haberse internado en su conocimiento se habría hallado frente a su exaltada y dominadora naturaleza, y ésta no hubiera aceptado su pasivo registro sin reclamar imaginación para sentirla, para sospechar sus secretos y asistir a sus milagros. Describir a América era imaginarla.

Imaginar a América. América fué primero la utopía, el supuesto aviso; la activa imaginación. Los nombres de Brasil y Antillas fueron, primero, nombres de utopías que de tierra, islas y mar. Primero anunció de remotas e improbables —imaginadas— realidades, y después realidad, realidad que ha medido sus dimensiones inseguras en la visión inquietante de la utopía. Cuando Cristóbal Colón se lanza a su aventura lleva el propósito de alcanzar costa allá donde las cartas (la de Becario, de 1435) marcan la existencia de la imaginaria Antilla. Imaginando, Colón estaba en la verdad. La imaginación era rumbo de exactitud. Cuando llega a las costas tras la ruta que Alonso Pinzón procura, cree haber llegado no a un mundo nuevo, sino al antiguo de las Indias. La realidad que tenía ante sí lo engañaba. Donde la imaginación moría, comenzaba su error. Soñador fabuloso, le habían llamado los castellanos que de él descreyeron. Pero, Colón no era un imaginador suelto, un utopista solitario. Lo contrario. Su edad era edad de utopía y de imaginación. El mundo conocido era jurisdicción que el hombre de esa hora sabía incompleta. Por eso, imagina el mundo europeo. Imagina el navegante de Portugal, imagina el cartógrafo, imagina el aventurero que se interna en la mar tenebrosa y el hombre que se queda en la impaciente ribera. Colón ha consultado, en versión manuscrita, el *Imago Mundi* de Petrus de Alliaco, libro que le dice de espacios remotos, presentidos, de los que ya dijeron las voces viejas de Aristóteles, de Séneca y de Plinio. Según Humboldt, el aventurero conocía la utopía de Bacon. "Estaba dentro del alcance de la cultura media de su tiempo", nos advierte Carlos Pereyra que considera a su "temperamento tan literato y tan genuinamente renacentista como el de su historiador Pedro Mártir". Colón, el imaginero, el renacentista, se constituyó en el empresario de la imaginación europea. "¡Lo

que yo sabía era infinitamente más de lo que descubrí!", dice el Colón de Paul Claudel. ¿Lo que él sabía? Lo que él imaginaba. "¿Adónde me precipitas?" le pregunta Colón, en la comedia americana de Lope, a la *Imaginación,* personaje con voz, que le responde: "Dónde lo que solicitas / Veas si ha de ser ansí". La imaginación fué la savia de la aventura del mundo europeo en América. Fué la primer fuerza expedicionaria. Le faltaban víveres a la tripulación colombina el 10 de octubre y "la gente ya no lo podía sufrir; quejábase del largo largo viaje", pero a Colón le sobraba ánimo imaginero para seguir la improbable ruta del oeste dos días más. Tras la improbable ruta amanece la costa imaginada. "Atrevámonos a decir —incita Alfonso Reyes— que el descubrimiento de América fué el resultado de algunos errores científicos y algunos aciertos poéticos". Protagonista victoriosa, la imaginación. Cuando las andadoras carabelas registran las costas sorprendidas, la imaginación hace de ellas un puerto para nuevos ejercicios. La discusión abierta en torno de esas tierras halladas exige al que entra en duda o anticipa profecías, el desempeño de su actitud imaginadora. ¿Son costas de las Indias o perfiles de un nuevo mundo? Lo que no es experiencia es imaginación. Y como la experiencia es bien pobre, la imaginación es dueña de todas las rutas. La carabela del descubrimiento regresa a la ribera europea con el relato alucinado de la maravilla. El relato no dice todo, apenas dice algo que es más que poco, sólo ofrece la mínima impresión de un momento de aquel mundo hallado, de aquellas "ciertas partes de la Mar Océana", recién amanecidas. Todo está por saberse. El relato mínimo sugiere y propicia el ejercicio de la imaginación total. La nueva expectativa se acompaña de este verbo activo: imaginar. Y se inaugura la nueva fábula. Se hace paso el nuevo presentimiento. En el tercer viaje, Colón, enloquecido de profecías, cree rozar el *paraíso terrenal* en el pezón de la tierra redonda, cuando se golpea contra la nave la corriente del Orinoco. Desespera y trabaja la imaginación del cartógrafo, en la labor de registrar en aumentadas cartas marinas las costas nuevas y las tierras probables. El mundo amplía sus dimensiones; en verdad, no hacía otra cosa que tomar conocimiento de la aventura de su imaginación. El cartógrafo resume la alianza del conocimiento y la imaginación de cada uno de esos

momentos europeos. Desespera y trabaja. Y también descubre Martín Behaim, el de Bohemia, ha sido aludido como descubridor de América antes que Colón y del Estrecho de Magallanes antes que el marino portugués. Si Colón alió imaginación y audacia, sueño y acción, profecía e interés, Behaim, el comerciante cartógrafo, puso imaginación, sólo imaginación, para dibujar en su carta el mundo irrevelado y el estrecho sin descubrir. Behaim sería la pura imaginación descubridora.

La costa es realidad. La imaginación formula a los navegantes la proeza de internarse en los interiores donde, les está esperando, de cuerpo presente, la utopía. Todas las noticias que a ellos llegan despiertan una encendida sucesión de anhelos. Mundos fabulosos están más allá de la niebla inmediata. Las voces de esos mundos se internan en sus corazones con acentos inquietadores de agorería. Y los corazones son como velas apresuradas por las brisas y angustiadas por las tempestades. Todos los navegantes, los conquistadores, creen la noticia maravillosa; todos completan con los trabajos de la imaginación a las fragmentarias versiones que les llegan. Todos: los cautos y los audaces, los remisos que son muy pocos en la empresa conquistadora y los soñadores de riquezas que fueron justamente los más. Todos: el militón y el fraile, el pobre diablo y el capitán, el mozo y el viejo. Turno de la utopía. La Florida llamará con la promesa de hacer juventudes a las intranquilas vejeces cuando el inglés Mandeville suscribe este alucinado testimonio: "Al pie de la montaña hay una gran fuente, noble y hermosa; el sabor del agua es dulce y oloroso, como si lo formaran diversas maneras de especería. El agua cambia con las horas del día; es otro su sabor y otro su olor. El que bebe de esa agua en cantidad suficiente, sana de sus enfermedades, ya que no se enferma y es siempre joven. Yo, Juan de Mandeville, vi esa fuente y bebí tres veces de esa agua". Crónica del milagro, del que dió también fe Pedro Mártir: "tan notable —juzgó a la fuente— que bebiendo de su agua rejuvenecen los viejos". "Y no piense Vuestra Beatitud —escribió en las Décadas— que digan esto de burla o con ligereza". En posteriores páginas, Pedro Mártir volverá al relato de las extraordinarias bondades de la imaginaria fuente, pero hará rectificación acerca del lugar donde se la encuentra. La imaginación dibuja los mapas. La situó primero en la isla

de Boyuca; ahora la cree en la *tierra florida,* donde la ocultan y defienden los naturales que hacen uso de garras muy afiladas. *Tierra florida,* estación rehabilitadora. Turno de la utopía. Actividad de la imaginación. "Hasta el virrey, don Antonio de Mendoza, —alude Pereyra— hombre de una ecuanimidad perfecta, pareció conmovido por las sugestiones de una cierta Cibola, de una Quivira, creaciones del ensueño y de la codicia, último refugio del espíritu que no quiere aceptar la inexistencia de los países fantásticos". Ya había necesidad de lo irreal, de lo fantástico, de la maravilla. ¿Qué contraste no padecerían esos hombres rudos y solitarios, portadores de aceros y envidias, que habían sido tiernos para imaginar y crear la fábula americana, ante la comprobación rigurosa, científica, de la inexactitud de secretos y maravillas que los habían imantado, que los había hecho niños para soñar en la marcha de la descarnada ambición, del cruel recelo, de la tripulación amotinada, de la lucha contra la ola y el viento, la costa y su habitante? Ya podía existir la imagen real de la alucinación viajera, de la fantasía peregrina. Ya la habían soñado. Existía. La seguirían soñando. Seguiría existiendo. Los ojos del navegante ven más allá de la realidad misma. La imaginación es empecinada. Alonso de Santa Cruz, que viene acompañando a Sebastián Gaboto, ve frente a Pernambuco mujeres sirenas. Orellana ve amazonas y Pigaffeta monstruos. En la imaginación del navegante actúan la superstición medieval y la inquietud renacentista.

Cuando amanece América para el europeo, la novela de caballería se deja morir en España. El español no necesita alimentar su disposición imaginera —heredad del árabe— con la imaginaria relación de las hazañas de imaginados caballeros. Ahora, está América del otro lado de esa mar grande. América es el nuevo caballero de la novelería. Los libros de caballería cierran sus páginas. No se volverán a escribir. Mueren. "Toda esta enorme biblioteca —dice Menéndez y Pelayo en *Orígenes de la novela*— desapareció en un día". Fué el día primero de América.

El cronista que acompaña al conquistador y el que documentará la vida colonial —crónica del hallazgo y de la administración— harán práctica regular de ficción. Para el que

quedó en España —destino de la crónica— apurará relatos fantaseosos y no sólo por decisión de fuerzas ambientales que convocan y disponen a la fantasía, sino por cuenta e intención de la necesidad de asombrar al mundo lejano que espera de la relación americana toda suerte de enumerados milagros. No se desvincula de esta necesidad aquella de riguroso orden burocrático que es bueno anotar aquí para entender que, tratándose de América, la burocracia siempre anti-imaginera fué estímulo de imaginación. Para destacar su aventura y referirla como hazaña, para valorizar los términos de su labor, el cronista y el funcionario procedieron desplegando recursos de imaginación. Humboldt lo advirtió. Dijo el alemán que para hacerse del favor de la Corte, el conquistador, el fraile misionero y el primer colono "dieron nombres grandes a cosas pequeñas". "Sólo cuando se ha vivido mucho tiempo —indica— en las colonias españolas, y se han visto de cerca estas ficciones de reinos, ciudades y lugares, puede el viajero formar una escala de proporción para reducir los objetivos a su propio valor". Pero cuando el viajero se forja su escala de proporción para la labor de reducir exageraciones, la ficción ya ha hecho su camino, ha realizado su vida y no le sorprenderá la muerte. De cualquier manera, el acta de la interesada imaginación es minoritaria. De ella llegará a descreer el español que ha quedado en su tierra y que adopta una expresión que Quevedo recoge: "más gorda que mentira de indiano". América ha levantado nuevas actas de su auspicio imaginador: la *Utopía* de Moro y *La Tempestad* de Shakespeare. Y nunca será suficiente el gasto de imaginación del espontáneo cronista o del interesado burócrata. América es continente inenarrable. Sus civilizaciones derrotadas, sus espacios inmensos, sus promesas alucinadoras son secreto y maravilla, misterio y asombro. El cronista no dice todo por más que imagine. Y es que la realidad americana es superior a la imaginación. Esta se rinde frente a la escena y sus decorados. La escena ahoga al protagonista de la aventura. La realidad americana hace prisionera a la imaginación europea. Luis Ramírez, cronista primero de nuestro Paraná, pide crédito para todo lo que se pueda decir acerca de las bondades de esta tierra "porque yo les certifico no pueden dezir tanto como hes y nuestros mismos ojos avemos visto". Es decir, la realidad es superior a la imaginación.

España legisla prohibiciones para sus colonias. No leerán los colonos libros de *historias fingidas*. Veto a la imaginación. Pero a esa fecha —es de 1531 el veto metropolitano— ya habían llegado y por las rutas del contrabando no dejarán jamás de llegar. No será posible en las colonias un autónomo funcionamiento de prensas, ni un libre despliegue de la curiosidad lectora. La legislación metropolitana es severa, pero los funcionarios metropolitanos son olvidadizos o venales. Y los libros clandestinamente pasan y las prensas disimuladamente funcionan. Es la victoria de la imaginación sobre el veto. Es América imaginera que vence a España que la imaginó. Pasan los libros de caballería. "Leíanse a bordo —escribió un erudito español sobre los libros de *historias fingidas*— y se vendían al anclar las naos en los puertos". Llega la picaresca. Y se arraiga al punto de provocar el surgimiento de la picaresca nativa con *El Periquillo Sarniento.* Llega el *Quijote.* Cervantes se ha encantado con la lejana imagen americana que ha visto en los ojos y en los relatos de la marinería de Triana, y se hace imaginarios croquis para uso de su imaginación y su deseo: viajero él de la fantaseada travesía, habitante de aquel mundo de todas las imaginadas posibilidades que la tierra nativa no ofrece el comisario de requisos, mal pago, mal atendido, bien olvidado. Cervantes pide venia y plaza para saltar el mar y servir de funcionario en aquellas ciudades recientes. Cervantes, el imaginero mayor de los siglos castellanos, gasta imaginación pensándose en América, a la que no conocerá de otra manera que imaginándola, porque la solicitada venia no viene ni la reclamada plaza le es consentida. Queda en el huésped de los barrios sevillanos un déficit de imaginación, un sector de imaginación defraudada, de desocupada imaginación. ¿No es ella la que reaparece, para saldar impagadas cuentas americanas, en el *Quijote?* Cervantes no se viene a América. Se viene el libro. La primera edición del *Quijote* la consume América.

El mestizo de América ya había desarrollado su capacidad imaginadora. Hijo de un continente inenarrable, habitante de utopía, hace voto constante de imaginación. "Cierto de que todos los nacidos en Indias sean a una mano de agudo, trascendido y delicado ingenio" anota Juan de Cárdenas en la *Primera parte de los problemas y secretos maravillosos de las*

Indias. Concolorcorvo, mestizo viajero que desde la ribera rioplatense hace el camino hasta la vieja capital incásica, entra en polémica con la historia en defensa obstinada de la fábula. La historia es insuficiente. No lo registra todo. Es prisión de la pequeña constancia. Es enemiga de la imaginación. En su *Lazarillo de ciegos caminantes* funda su oposición y su defensa. "Supuesta, pues, la incertidumbre de la historia —advierte el mestizo americano—, vuelvo a decir, se debe preferir la fábula, porque, siendo ella parto de una imaginación libre y desembarazada, influye y deleita más". América no entra en la historia, sino en la fábula. La imaginación hace de las suyas. Viajeros ingleses del siglo XIX —los Robertson— se encontrarán con que "la imaginación del sud-americano trabaja siempre, e inconscientemente quizás está siempre entre sus paisanos, mostrando las cosas como deben ser y no como son en realidad". Las cosas como deben ser. Acto revolucionario de la imaginación. "La imaginación vivaz —anotarán aquellos viajeros en su crónica de la Argentina en los años de las guerras independizadoras— es casi natural entre los habitantes". La soledad americana promueve el ejercicio imaginador. Sarmiento, americano total, poderoso imaginero, recordará haber sido educado por el presbítero Oro "en la soledad, que tanto desenvuelve la imaginación". Solitario el mestizo de América, solitario en una geografía inaugural, se desborda en su aventura imaginativa. Un mestizo de nuestro tiempo, el boliviano Franz Tamayo, escribe en su *Creación de la Pedagogía Nacional* esta recomendación: "Necesitamos contener el frecuente desborde imaginativo, tan característico en la raza". El desborde parte de un cauce propicio: el idioma. Los que hablaba América en la víspera del encuentro eran amplios en voces de imaginación. Los Robertson llegan las provincias guaraníes y anotan en el inventario de sus marchas: "Como todas las lenguas primitivas, el guaraní admite gran cantidad de giros metafóricos". El idioma de la nación colonizadora consagra la posibilidad imaginativa. "Mina rica —lo dice Echeverría, anti-españolista— es la lengua española en cuanto a la expresión de rasgos espontáneos de la imaginación". Cuando José Hernández escribe el *Martín Fierro* no hace sino —se lo comunica en carta a sus editores— que "imitar ese estilo abundante en metáforas que el gaucho usa sin conocer". Sin conocer. Es decir, imaginando.

IMAGINAR es ejercicio americano. El Conde de Keyserling asciende al altiplano y ahí, prisionero de fuerzas telúricas que toman posesión de él y lo despersonalizan para hacerlo fracción mineral, le penetra en los huesos la antigüedad de esas alturas, y escribe: "Mientras permanecía en este mundo fantástico mi alma no pudo por menos entregarse a la imaginación de mitos". Imaginar mitos, que equivale a imaginar completos mundos. ¿No son, acaso, los mitos la síntesis mejor de sociedades, ciclos, edades, culturas? Imaginarlos es pensar en realizadas antigüedades reales o irreales, pero por igual tan maravillosas; es crear mundos. Y Keyserling nos dice eso, que América movilizando la imaginación de su habitante para tallar las siluetas de los mitos y esculpir sus máscaras, dispone de energía imaginativa suficiente para crear ciclos, edades, culturas, mundos.

América imaginadora no podrá ser sino imaginada. Sarmiento, el imaginador, ha descrito a la pampa imaginándola. Fray Mocho recorrería la pista de Sarmiento: sin que sus ojos vieran el sur argentino, escribió: "El Mar Austral". ¿Deficiencia en la creación literaria? Por el contrario, condición de ella. América sigue estando más en la imaginación que en la realidad. Geografías numerosas sin registro posible, sin inventario enunciador, sin clasificación realista. Hombres diferentes. Edades simultáneas. "La América del Sud —advierte en su trayecto americano el alemán Carlos Vossler— es un continente inmenso y la vida espiritual sobre sus anchos lomos presenta más grados y variedades que cuanto se pudiera imaginar". Que sólo es posible imaginarlos. No hay conocimiento de la realidad sin ejercicio activo de la imaginación.

Describir a América es imaginarla.

PEDRO B. PALACIOS (ALMAFUERTE)

(28 FEBRERO 1917-1947)

Por *Romualdo BRUGHETTI*

A mi padre.

CINCO lustros han transcurrido desde la muerte de Pedro Benjamín Palacios, cuya obra por medio siglo concita, en la Argentina, a defensas y diatribas, al punto que nadie, escritor, se elevó a más alto sitial y también nadie más denigrado y perseguido hasta el olvido y el insulto. La nueva crítica ha de reivindicar su verbo y su destino. "Más de un poeta argentino es igual o superior a Almafuerte; muchos rigen una retórica no menos espléndida que la suya y harto más lúcida; ninguno es un renovador de los problemas de la ética". Estas palabras de Jorge Luis Borges inician la recuperación.

Nacido en un pueblo cercano a Buenos Aires (San Justo, 1854: 13 de Mayo), su trayectoria configura un período de la historia argentina. En la segunda mitad del siglo XIX, nuestro país alcanza la organización institucional. En 1851 cae Rosas y en 1853 es sancionada la Constitución. En 1880 se establece la Capital de la República. Años antes y después de esta última saliente sindicadora, el país abre sus puertas al mundo europeo y en la tierra pródiga se asientan agricultores, hombres de empresa y amigos del soñar, y aventureros y pernoctadores del crimen: el país se hace a puertas abiertas; crece una burguesía ilustrada apta para el gobierno y las obras de progreso y a la vez fructifica una masa que si por un costado se enriquece, por el otro se arrumba en los suburbios de las ciudades y en el agro y genera un sentimiento de rebeldía y de pobreza que dan el tono de una época. La República Argentina fué formada de aluviones humanos pertenecientes a las más distintas naciones, preferentemente latinas: la tierra se pobló y en los campos cre-

cieron las maizales y crecieron los ganados, mas junto a esta promisora grandeza, la ley del más fuerte, de la brutalidad y del azar, se desarrollaron con idéntica pujanza.

Almafuerte se educó en una escuela de Buenos Aires; su madre murió cuando él contaba cinco años, pero una tía —Carolina Palacios— supo allegarle los afectos maternales al extremo que Pedro Benjamín se creía su hijo. Creció alentando un pensamiento prócer; poblaron su niñez visiones de grandeza que le hacían vislumbrar la patria naciente como suma esperanza de la humanidad redimida. Cuenta el poeta en *La hora trágica*, una de sus páginas más hondamente logradas, cómo una Biblia regalada por su tía e ilustrada con reproducciones de grandes artistas —Miguel Angel, Rafael y otros genios del Renacimiento italiano—, a la par que la lectura de los Evangelios "fueron responsables de esta doble locura de mi vida: el arte y mi amor por la desgracia ajena".

Influjo iniciales del argentino Gutiérrez y del español Bécquer, incidieron en sus primeras poesías que ostentan un tono descriptivo y amatorio. Mas poco residiría en la dulzura de sus pegadizas influencias y de sus exaltados optimismos. Carolina lo había moldeado reciamente: celebraba a los prohombres del país —Liniers, el reconquistador de Buenos Aires durante las Invasiones Inglesas; San Martín, el genio militar, fundador de libertad; Mitre, el humanista y el soldado, el espíritu de la organización y de la más alta cultura. Estos hombres, y Sarmiento alumbrado por él, junto a los nombres de los Profetas de las Escrituras y el del Cristo, forjaron en Almafuerte una idea superior donde imperaban los héroes y los santos y cuya trascendencia iba a fecundar uno de los temperamentos morales más profundos nacido en el Río de la Plata.

Su afición al dibujo, que le venía de su embelesada devoción al admirable creador de la Capilla Sixtina y de la contemplación de los personajes del Viejo y Nuevo Testamento y del mismo Jehová, que se le aparecía en su forma plástica, potente y arrebatadora, lo aliaron desde niño al estudio y a solicitar más tarde una beca para proseguirlos en Europa. Domingo Faustino Sarmiento, a quien hizo un retrato, la apoyó. Pero el pariente de un obispo de provincia, pintor, cuyo taller frecuentaba Palacios, decidió que se inclinase a su favor la balanza de la falible justicia humana, y el joven estudiante quedó des-

plazado. Mas he aquí la centella para que el espíritu de justicia y rebeldía de este hombre singular comience a echar su primer brote: Palacios concurre al taller del favorecido y rasga de un solo tajo la tela que éste en largos días había pintado.

En Almafuerte este fuego salvador que le llevaba a la tremenda resolución, se había constituído en sedimentadas etapas. La razón fundamental y en primer término, toma fuerza de sus sueños de joven hombre quebrados por la pérdida de un amor, energía pura de su vida. Nunca se sabrá exactamente qué circunstancias lo alejaron de su novia (alguna vez había citado una enfermedad que a él le atacó el rostro. . .), lo cierto es que pronto deja Buenos Aires y se marcha hacia los pueblos bonaerenses en los que iba a ser abnegado maestro de escuela y periodista combatiente; si actuaba sobre el alma de los niños, quería también modelar el alma de los hombres: a éstos atacaba duramente cuando así lo creía, y con toda la furia de su lealtad a principios nobles de la humana estirpe y de los destinos sociales. Signo ejemplar: cualquiera de los atacados podía en cualquier momento atravesarle el cuerpo a balazos.

Todo hombre es concreción de un instante de la historia de un país y del mundo. A Almafuerte le tocó decidir su existencia en horas en que la Argentina ahita de riqueza material estaba ya necesitando del alimento espiritual. Pero tuvo que andar sumido en barriadas del arrabal y en las trincheras de los periódicos de provincia, hacer frente a comisarios y malos gobernantes; el polvo y el barro de las callejas, los ranchos pobres, los comités, los compadritos "ni siquiera iletrados", fueron sus impugnadores, establecieron el proceso de su integración humana, lo formaron y quizá deformaron, lo condujeron a su soledad invencible de la que salía para fundirse con su pueblo, con su "chusma". Pudo haber sido un santo que abandona a los hombres y se aísla; Almafuerte, fiel a su arraigada moral cristiana y a su sentido del deber y de la ayuda al prójimo, se hizo descifrador de primeras letras para las almas infantiles y tuvo su casa —como un hospicio, una escuela, un hogar— abierto a los cuatro vientos del horizonte pampeano. Esas influencias rústicas y la educación doméstica, forjaron en él "un tipo representativo —según Ricardo Rojas— de su medio y de su tiempo, con todas sus calidades más ingénitas y sus defectos más genuinos".



"Almafuerte"
por Faustino Brughetti.
(*Dibujo*).

¿La historia literaria y moral de este hombre cuya obra ha de ser editada en su totalidad por la Universidad Nacional de La Plata? *

En 1893, ya en el dintel de los cuarenta años, su poema que lleva por título un *interrogante* es publicado por "La Nación", de inmediato reproducido por Emilio Castelar en "El Globo" de Madrid y presentado su autor como "el más grande poeta anónimo de la lengua castellana". Alrededor de ese poema y otros y su figura de bardo, se deslizaron rápidamente sostenidas discusiones y polémicas en las que participaron ilustres literatos: Julio Cejador y Frauca, Pérez de Ayala, Rubén Darío, Pablo Groussac, Unamuno. Almafuerte a tal punto ha sido escuchado por sus contemporáneos, que éstos llegaron a emularlo incluso con Dante, Shakespeare y Jesús... Sobre sí, por tanto la exaltación ciega, o el repudio soez.

Borges, al exponer su "teoría" de Almafuerte, evoca antecedentes eminentes para filiarlo: Kropotkin, Carlyle, Mahoma, Nietzsche, el Eclesiastés, Marco Aurelio y otros célebres. Casi todos coinciden en parangonarlo con Whitman. Se incluyen los nombres de Tolstoy, de Carducci (a quien Almafuerte dedicó un discurso de homenaje) y el portugués Guerra Junqueiro, próximos a nosotros. Arturo Capdevila lo llama "León de Dios". Y escribe: "Rugía, y era un huracán; pestañaba, y era un relámpago. Callaba, y era una amenaza del cielo". La inspiración de los profetas a él pertenecía extensamente. ¡Que lejos su *ideología,* por consiguiente, de la vulgaridad que anotó Federico de Onís en su Antología!

Evidentemente, en su poesía se pueden hallar —y se hallan— prosaísmos, neologismos, ripios, solecismos, pleonasmos hasta "miasmas del lenguaje", mas nunca el tono es inferior, ni el vate jamás dejó de alentar ideales humanos patrimonio de los espíritus primordiales.

Junto a Olegario Andrade, Ricardo Gutiérrez, Carlos Guido y Spano, Rafael Obligado, Joaquín Castellanos —sus colegas argentinos en el tiempo—, Almafuerte, tajante, marcó su

---

* OBRAS COMPLETAS DE ALMAFUERTE. Vol. 1º, *Poesías*. 390 págs. Edición ordenada por el Congreso de la Nación Argentina. Precedidas de "Palabras del Senador Palacios" y "Almafuerte y la constelación de sus contemporáneos", por Joaquín V. González. Universidad Nacional de La Plata, 1946.

unidad de estilo vigoroso y potente que se diversifica en el poema, la prosa breve o sentenciosa y el discurso o la proclama. Estaba tallado para hablar desde una tribuna: era su época la de los oradores famosos; éstos brillaban en la calle, en el club, en el Parlamento: se llamaban Aristóbulo del Valle, Leandro N. Alem, Adolfo Alsina. Mas Almafuerte aun de este lucimiento huía. El renunciamiento se afincaba en él: "No pidas más que justicia, pero mejor es que no pidas nada".

Fué un adalid del bien y del ideal: éste pudo coordinarse vago y genéricamente, pero resumía pureza. Su lenguaje artístico no era rico, mas su fuerza, su soplo de vida y de tragedia, su *pathos,* lo prefiguran único, "el más original poeta del parnaso argentino" (Rojas). Vivía en una permanente angustia, lacerado por la soledad y el mal que en su derredor crecía. No siempre la palabra le respondía y él la buscaba por meses; se paseaba desesperado, se erguía iracundo. Mas era sensible, agudo, penetrante, generoso, cuando la contradicción no le sumía a escribir las *Páginas Negras.* Era un gaucho criollo que se tenía por hombre civilizado y culto, cuyo impulso genial —culto al coraje y a la hombría y su nobleza— le condujeron al filo de su vida a mantener una perpetua milicia: atacaba y era atacado; nunca se sentía apocado ni vencido. Naturalmente, tuvo que forjarse una medida a semejanza de su yo íntimo, creerse un predestinado, un elegido, y hasta un profeta: ¿Cómo, de otra manera, ejercer el apostolado, dar cuanto disponía, habitar en ranchos de barro, paja y madera, esparcir el abecedario, sufrir y sufrir? Sarmiento lo halló en su escuelita y se lo quiso traer a Buenos Aires.—"No Señor. Yo me quedo en el desierto, y cuando la Pampa se haya poblado, me iré de maestro al Chubut". —"Tiene Ud. razón, le gritó el gran sordo. Es Ud. un apóstol. Siempre que me necesite, escríbame".

Su nombre, de *naturaleza moral,* se originó en un debate a propósito del divorcio. En el Congreso Nacional se debatía esta cuestión y, un periodista, se denominaba Alma-Viva. ¡Cómo iba a apodarse nuestro hombre si no *Alma-Fuerte!*

Cristo era su "Hombre", y lo era Job.

Mas aclara:

> No soy el Cristo —Dios que te perdona,
> Soy el Cristo mejor: soy el que te ama.

Todo cuanto rasgó con su pluma violenta lo recorría una existencial vivencia. Poseía cultura clásica: la Biblia, Dante, Plutarco, Shakespeare, le sirvieron de paradigmas. Empero había sido su instrucción deficiente y la lucha a plena acción no alcanzó a afinarle cabalmente. Mas el ritmo de recia marcha de su prédica, ritmo de las grandes llanuras de mi país, ritmo del viento Pampero, tal vez, se ordena en su modo de *sentir el hombre.* Borrascoso, intrépido, tremendo, hasta pudiera parecer despiadado; su voz es la del constante vociferador. Mercedes, Chacabuco, Chivilcoy, Salto, Trenque Lauquen, La Plata, ubicaron su marco combativo.

En 1896, como maestro de escuela es dejado cesante: carecía de título... Escribe a Bartolito Mitre: "Mi política de la vida consiste en entregarlo todo a la voracidad de los demás, en cambio de la libertad plena de mi espíritu: de una soledad profundísima habitada por mí solo y poblada a mi antojo; de un vértigo de vacío, cuya inefable sensación creo haber experimentado más hondamente que nadie. *Lo que otros persiguen, a mí me estorba".* (Subrayo adrede).

Van a designarlo Prosecretario de la Cámara de Diputados de la Provincia y, de paso por Junín, recoge un traje que le agencia un amigo. Hacia el 900 se arraiga entre la Capital Federal y La Plata. Empleado de Correos en 1903, habita en un chiribitil. "La entrada era de un fondín inmundo", escribió Manuel Gálvez, que lo visitó con Alberto Gerchunoff. Después se instala en una casita sobre el arroyo Maldonado; luego en una casucha de las afueras de La Plata que alquila por cinco pesos. En tanto anota: "Yo quiero deciros lo que significa gobernar en este continente: significa trabajar en la estirpe de un pueblo".

¿Qué le dice a Francisco A. Barroetaveña? "No me crea Ud. tan seráfico e inofensivo; sépase Ud. que he tenido tres duelos; que he trincado algunos comisarios de campaña de nuestras revoluciones; que me han tenido en la cárcel, habiendo dado y recibido golpes rudos, sin metáfora; y que he sido periodista de combate: de pobreza no le digo nada".

Su sinceridad era incontrastable. Era de los pocos que no fingen, que no mienten. Amaba a este país, y lo sentía decaer, lo veía alejarse de su esperanza. Entonces nace el extenso

poema *La Sombra de la Patria* (1893), publicado en un folleto breve (1902) y entregado a un amigo necesitado.

En *Interrogante,* en albergadas ilusiones aún, escribe:

¿Dónde vas, peregrino
de no sé qué amorosa cruzada?
¿qué pretendes, pasión sin objeto,
flechazo sin rumbo, caricia con alas?
¿Quién os echa en el mundo? ¿qué objeto
tendrán los Deseos, tendrá la Esperanza?

En *La Sombra de la Patria,* amargado y desalentado, ahito de congoja y también impregnado de bullidores despertares ante la Revolución del 90, canta a la patria afincada en él desde su más lejana juventud:

Yo la siento gemir y sus gemidos
saetas impalpables, me traspasan;
reproches del deber, me paralizan;
pregones de vergüenza, me anonadan;
vientos del porvenir, voz de los siglos. . .

Sus poemas iban a manos de los amigos y aparecían en periódicos. El libro publicado durante su vida, en el que se anunciaban sus Obras Completas (10 tomos), lo tituló: *Lamentaciones,* (1906). Este año y el de 1907 fueron cruentos, amarguísimos para Almafuerte: Estaba prácticamente sin recursos; luchas y miserias. Poemas mayores —*El Misionero* (1905), *Gimió cien veces* (1904), *Vencidos* (1904), *Mancha de tinta* (1905) y *Llagas proféticas* (1903)— incluía el pequeño volumen; traía un prólogo del crítico catalán Juan Mas y Pi, y pie de imprenta de La Plata.

En *El Misionero* ambicionaba una expresión universal. El paisaje de su tierra está ausente, pero no el espíritu mesiánico, su fervor de humanidad que brota de su "lira rústica". ¿Que vió como algo irresponsable al ser humano, la propia fatalidad *física?* Confiesa:

Por eso tengo arranques desesperados
que me llenan de sombras y cicatrices.

O:

A mí no me consternan mis amarguras,
A mí no me interesa mi propia vida:

Lloro mis admirables prédicas puras
Que pierden su prestigio con mi caída.

"Para subir hasta Jesús hay que bajar hasta Dimas"... O: "Cree, sí, en el propio San Vicente de Paúl —dice—; sí, en el apostolado de aquel sacerdote ciego de caridad, enloquecido de evangelización, que ora se lanza por los desiertos del Africa y ora se mete por los tugurios de la ciudad, que son los desiertos de la civilización, para salir de ellos, torturado de dudas, cubierto de maldiciones, carcomido de remordimientos".

A su "misionero" lo llama "desecho deleznable de la horca". Se adentra en lo triste, lo gemebundo, las lágrimas del *dolor* ("Padre de lo mejor, Amo del mundo, — Generador supremo de la Idea". *Sin tregua):*

Yo derramé, con delicadas artes,
sobre cada reptil una caricia:
no creí necesaria la justicia
cuando reina el Dolor por todas partes.

Borges aludió a la frustración en Almafuerte. Lo verdadero es que odiaba el suicidio, que desechaba la muerte. Le consolaban los niños, afirma mi padre, el pintor Faustino Brughetti, que fué su reconocido amigo. Nada le importaban las glorias mundanas. Sabía del Egoísmo, del Orgullo, de la Caridad, de la Compasión, del Amor, de lo Imposible, de Satán, de la Cruz, del Crimen, de Dios, de la Felicidad.

En sus *Evangélicas*, apunta: "El carácter de las personas se juzga por el efecto que causa en ellos la felicidad repentina de los demás". Y se volvía hacia los *dolorosos* de la tierra: "los creadores, los iniciadores, la fuente amarga de donde ha surgido todo lo bello, bueno, justo y útil que nos rodea".

Era Pedro B. Palacios hombre de costumbres sencillas. Esa misma sencillez, que sabe de la conducta incisiva, que reside en lo esencial de su propio modo de ser y de su misión, lo conduce a creer que las letras americanas en él eran salvadas "del decadentismo y el afeminamiento". Esta idea fija, que establecía la unidad de su tendencia, su vocación estallante, lo rendía ciudadano-hombre "útil y azotador de inútiles y perjudiciales". Desde luego, Leopoldo Lugones era a su juicio un talento; él, un genio... Mas "antes de dar malos informes de una persona, finge no conocerla". Lo abstracto y lo con-

creto, lo ideal y la realidad de lo práctico y el buen sentido, se unían en este iracundo "cantor de la chusma".

Sergio Bagú, que se puso a hurgar en el "Museo Almafuerte" (de La Plata), dijo que este hombre "estaba con la clase gobernante pero ya atendía el reclamo de las masas populares". La verdad es que Palacios sabía de una tentativa más ardua: para su corazón no existían ni burgueses ni proletarios; existían vicios, flaquezas, vanidades, errores, sufrimientos, llantos y pensaba que se podría enderezar al ser humano hacia lo mejor. Se cuentan innumerables anécdotas que lo retratan entero. Una madre le pide caridad, y le da cuanto tiene; a un pobre napolitano que se iba a casar le entrega sus propios muebles, para luego dormir en el suelo y cubrirse con la bandera de la escuela donde ejerce de maestro; al paisano que le reprochaba haber perdido una elección por tener al frente del comité "a un poeta", le invita a cruzar en medio de la multitud triunfante y, con el pecho descubierto, sin armas, gritando: ¡Viva el Partido Radical! Una virilidad indómita pero casta lo ceñía. Una mujer es azotada en la calle, frente a un prostíbulo. Palacios acude en defensa de la caída y pone en fuga al fornido agresor. Era de contextura recia, más bien bajo, la tez color mate, todo él revelando una probada salud.

Páginas puras —para mí muy bellas del poeta— han sido dedicadas a la Mujer. Este "ogro", este "misántropo", este "loco", la cantó en su juventud y en su edad madura. Son ejemplos: *La Reina de las mujeres* (1880), *Paralelas, Lo que yo quiero*:

> Quiero ser las dos niñas de tus ojos,
> las metálicas cuerdas de tu voz,
> el rubor de tu sien cuando meditas
> y el origen tenaz de tu rubor.

O:

> Tengo celos del sol, porque te besa
> con sus labios de luz y de color,
> del jazmín tropical y del jilguero
> que decoran y alegran tu balcón.

Hondísima la poesía *Madre*. En el *Cantar de los Cantares* (1900) engarza versículos deliciosos y, del poema total,

armonioso y lúcido, fluye un sensualismo depurado, propio de las almas sanas y amantes de la belleza. Jamas olvida que él es "como el bíblico poeta, —como el rey de los proverbios seculares— que no pasan, que no mueren, yo te canto;— sí, te canto,— hija mía, madre mía, novia mía:— con palabras que retumben seculares,— que no pasen, que no mueran,— que los hombres para siempre las profieran— como el cántico sublime del cantar de los cantares.

Sus poemas, que agrupa la Universidad de La Plata, lo esclarecen en su bregar lírico y profético:

Cual un Moisés altísimo y tonante
destacado en la luz del horizonte,
parecía que hablase desde un monte,
trágico de razón, el Mendicante.

En *Trémolo,* es la Eternidad su contrincante. Reprocha a Dios: "¿Por qué me pusiste en mis manos esta mala bujía, si no me sirve nada más que para comprobar las tinieblas?":

Tengo una luz en mí, que no se apaga,
tengo la lucidez de lo mejor. . .
y tengo el corazón hecho una llaga,
como el cuerpo de Job.

Dentro de cada uno vive un "secreto inconfesable". *Mancha de tinta* alude a este arcano.

En *La Inmortal* (1911) —"ama a tu prójimo como te amas a ti mismo"— surge y resurge su "cósmica chusma sagrada":

Mas yo sé que bajé los peldaños
por amor maternal de las llagas.

Su continente poético-ético —en el cual no cabe desechar incluso el lugar común— es de los más extensos y por lo tanto caóticos que haya tentado un poeta argentino en un siglo de existir literario. Cristiano era y de los tiempos primeros:

¡Sí! ¡Que venga la luz a raudales,
a diluvios ardientes de llagas!

En *La Inmortal:*

Jadeante, grotesca, inasible,
por tenaz, por insólita y vaga,
soportando por siglos de siglos,
minuto a minuto, la cúpula humana:
así está la misérrima plebe,
la inmortal invencible alimaña
que los tercos lebreles vigilan
y acosan y aturden y aprietan y aplastan.

Todas sus estrofas brotan de una experiencia: de su corazón dominante, de sus abismos, de sus dolidas furias, porque es la furia domada que recorre sus versos, por momentos felices, por momentos no pulidos en el vivo cristal del lenguaje.

Jesús —"la gran azucena triunfante de mi alma"—; *Confiteor Deo* —"¡Yo no siento más vida que la del Hombre!"—; los *Sonetos Medicinales* —"Si te postran diez veces, te levantas — otras diez, otras cien, otras quinientas:"—; las *Milongas Clásicas* —"Voy a cantarte a ti, —¡oh mi chusmaje querido!— porque lo vil y caído —me llena de amor a mí";— o los *Apóstrofes* (el difundido, en ocasión de la primera guerra mundial, contra el Kaiser, que recitaban los estudiantes en las calles): y Dios te salve; y tantos otros. Todos estos poemas tejen y destejen el afán que lo roe, el alma lacerada que de sí se posesiona e impreca. La luz y la sombra —leitmotiv almafuertiano— se anudan en *Gimió cien veces:*

Yo no tengo, ni tuve, ni tendré nunca,
la mirada tranquila del inocente:
soy el ser vacilante, la vida trunca,
la bestia incorregible, la luz ausente.

Directo es su verso, utilizado lenguaje del hablar criollo, del pueblo, por lo mismo no siempre evolucionado intelectualmente, pero certero en su fijación de realidades. Joaquín V. González —fundador de la Universidad platense—, quien en el Congreso de la Nación batalló para que se otorgara a Almafuerte una pensión vitalicia hacia el fin de sus días, dijo: "Es un verdadero poeta de la democracia. Este es uno de los mejores títulos a la gratitud nacional. Es un hombre que enseña en todas las formas: con su vida, con su abnegación, con sus ideas". Predicaba en el desierto, y clamaba:

Ten la más loca, la más alta mira

pues urge:

sacudir todavía, en los hombres
del ángel caído las místicas alas.

Impulsivo, violento, atribulado, "carcomido de remordimientos", y —¿por qué no?— también ególatra (no egoísta), enfático y retórico, a pesar suyo; para leer a Almafuerte no basta invocar las virtudes de la técnica y del buen gusto (aquí se detienen la mayor parte de los poetas contemporáneos). Debemos invocar otras razones, los más intensos espolones del alma humana, los infinitos y contradictorios avatares del ser, las turbulencias de las miserias y pasiones a la par que los excelsos dones de la raza; no eludir la realidad: centrarse en ella y dejar que las lágrimas toquen a nuestro corazón sufriente. Luego, muy luego, vendrá la alegría del consuelo por la libertad más detonante y la confesión amarga: Solemne, con ímpetu de borrasca, volcánica. Sí, somos víctimas de nuestros propios hábitos, de nuestras prevenciones y predisposiciones, hacia la redención. "Por eso amo a los angustiados, por eso amo a los entristecidos, por eso no condeno, no condenaré jamás a los contaminados". O: "El hombre se debe a todos, no a uno solo. . . La ilustración que no nos obliga está demás y hasta es un peligro social".

Cantera eruptiva, la de Almafuerte, junto al oro, la piedra y la greda. Mas su naturaleza es, a mi entender, vital carácter americano, en cuyo interior vive una concepción del mundo ético de permanente verdor, operante. Penetrarlo es comenzar a admitirlo viviente y fecundo, poseer su pensamiento pródigo quizá verdaderamente *argentino,* si por éste entendemos una visión universal de la especie, una fe cristiana en el hombre, un constante nacer y renacer de las cenizas del caos hacia la luz de los nuevos días que vendrán.

Oídlo aún un instante definir su condición humana:

Soy el que puso paz en la discordia,
Pan en el hambre, alivio en las prisiones
Y en la obsesión tenaz, más que razones,
Puso, sin razonar, misericordia.

DOS CUENTOS

Por *Max AUB*

ERA del Yatenga, allí cerca de Onagadougou, tierra adentro. Se decía descendiente del rey Soninké, el Kaya Magan Sissé.[1]

Estoy seguro de que me lo contó porque le propuse que se viniera conmigo a España:

—El mar es un círculo encantado y todo el que lo atraviesa, cambia o perece.

Babua-Opó se había hecho muy amigo mío. No sé por qué. La simpatía no tiene nada que ver con los pigmentos epiteliales. Babua reía siempre y me miraba con ojos pícaros. Ojos amarillos y rojos, y un labio inferior que barría con todo, como una catarata de lava. Me solía sentar a su lado y hablábamos muy largo con pocas palabras, las que sabíamos en el idioma del otro. Por eso, quizá, me figuro haber oído parte de lo que cuento: no se sabe nunca dónde acaba lo de los demás.

—Tú, negro.

Como me lo repitió varias veces supuse que era para demostrar el aprecio en que me tenía.

—Yo, negro —contestaba halagado.

—Tú no saber, pero tú: negro.

—Yo, negro.

—Todos negros.

No voy a intentar reproducir su manera de hablar porque sin la mímica sería falsa.

—Mi padre decía...

No se refería a su padre sino al abuelo de su abuelo o al tatarabuelo de su tatarabuelo: los blancos no han sorprendido nunca a los negros, ni aun aquellos portugueses primeros

[1] Título de los reyes Soninké de Ghana.

que buscaban el reino del Preste Juan, tienen la superioridad del tiempo, siempre igual; tan llano el mar como el desierto las penas y las sorpresas no tienen donde agarrarse.

Estábamos allí, en aquella rinconada del Africa, frente a Fernando Poo. El calor era lo de menos.

—Hubo una vez un negro que era un gran nadador. En el agua resistía más que nadie. Un día hizo una apuesta que a todos pareció descabellada: iría, nadando hasta la isla. Ninguno lo creyó, él se empeñaba, hizo una apuesta con el gran sacerdote. Y una mañana se fué tranquilamente mar adentro.

Mientras tuvo tierra a sus espaldas no pasó nada, pero cuando la perdió de vista se le acercó una sardina y le dijo al oído:

—Negro, negrito, si sigues adelante perderás el color...

El negro, que se llamaba Uba-Opa —lo cual equivale a Santiago— no le hizo caso y siguió nadando. Entonces se le acercó un salmonete y le dijo al oído:

—Negro, negrito, no olvides lo que te dijo la sardina. Si sigues adelante perderás el color...

Uba-Opa no le hizo el menor caso. Se sentía muy animoso y muy tranquilo y siguió nadando mar adentro. Entonces se le acercó una merluza y le dijo al oído:

—Negro, negrito, no te olvides de lo que te dijeron la sardina y el salmonete. Si sigues adelante perderás el color...

Uba-Opa se reía y nadaba, seguro de ganar la apuesta. El conocía muy bien las tretas del gran Sacerdote. Entonces se le acercó una lubina y le dijo al oído:

—Negro, negrito no te olvides de lo que te dijeron la sardina, el salmonete y la merluza. Si sigues adelante perderás el color...

Uba-Opa no se preocupaba. El estaba seguro de llegar a la isla y de ganar la apuesta. La verdad es que ya había ido antes y vuelto sin decírselo a nadie. Entonces se le acercó un besugo y le dijo al oído:

—Negro, negrito, no olvides lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza y la lubina. Si sigues adelante perderás el color...

Uba-Opa no quería oír, se sonreía porque había dejado una novia en la isla. Una novia tan bonita como la noche.

Nadie lo sabía sino él y ella. Uba-Opa nadaba cada vez más y mejor. Entonces se le acercó una lisa y le dijo al oído:

—Negro, negrito, no olvides lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza, la lubina y el besugo. Si sigues adelante, perderás el color...

Uba-Opa se hizo el sordo. Empezaba a extrañarse de no llegar a la isla, pero seguía y seguía, sin cansarse. Entonces se le acercó un delfín y le dijo, bastante fuerte, al oído:

—Negro, negrito, no olvides lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza, la lubina, el besugo y la lisa. Si sigues adelante perderás el color...

Uba-Opa no hizo caso. Sacaba la cabeza para ver la estrella y asegurarse de que iba por el buen camino. Entonces se le acercó el pez espada y casi le gritó al oído:

—Negro, negrito, no olvides lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza, la lubina, el besugo, la lisa y el delfín. Si sigues adelante perderás el color...

Uba-Opa empezó a preocuparse y pensó en las corrientes de las cuales había oído hablar, pero que desconocía. Pero como no se cansaba no se preocupó. Entonces se le acercó un tiburón que le habló a gritos, cerca del oído:

—Negro, negrito, no olvides lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza, la lubina, el besugo, la lisa, el delfín y el pez espada. Si sigues adelante perderás el color...

Uba-Opa no quiso oírle. Le daba vergüenza volverse atrás y perder la apuesta. Siguió nadando como si tal cosa, brazada va y brazada viene. Entonces se le acercó la ballena que con su vozarrón terrible y espantoso le atronó al oído:

—Negro, negrito, no olvides lo que te dijeron la sardina, el salmonete, la merluza, la lubina, el besugo, la lisa, el delfín, el pez espada y el tiburón. Si sigues adelante perderás el color...

Uba-Opa no le hizo caso. Pensaba en su novia negra como la noche, en la isla verde, y seguía nadando.[2] Nadó muchas horas, muchos días, muchas noches, meses y meses y no se cansaba nunca. Pero no daba con la isla.

---

[2] Entre las varias versiones del mismo cuento, que luego recogí, alguna acaba en este punto y con esta frase: "Entonces la ballena se lo tragó".

Aquí todos creyeron que se había muerto y se le hicieron grandes funerales y se repartieron sus bienes. Pero Uba-Opa seguía nadando y nadando hasta que una mañana llegó a una tierra desconocida y desierta. Uba-Opa descansó y luego empezó a recorrer aquella isla. Llegó a una fuente, tuvo sed y quiso beber. Pero al inclinarse se le apareció un hombre blanco y se asustó. Se volvió rápidamente para ver quién era aquel ser extraño, pero estaba solo. Se volvió a inclinar para beber y de nuevo apareció el hombre blanco. Uba-Opa abrió la boca y el hombre blanco hizo lo mismo. Entonces Uba-Opa se dió cuenta de que aquella cara era la suya y se puso a llorar.[3]

Decidió volverse en seguida, seguro de que a medida que se acercara de nuevo a su tierra recobraría su color perdido. Y así se echó de nuevo a la mar nadando día y noche, noche y día. La ballena se le acercó y le dijo al oído:

—Ya te lo dije yo, y el tiburón, y el pez espada, y el delfín, y la lisa, y el besugo, y la lubina, y la merluza y el salmonete y la sardina. ¿Qué vas a hacer ahora?

Uba-Opa lloraba.

—Tendrás que cambiar hasta de nombre. . .

Uba-Opa tenía la esperanza de recobrar su color y nadaba y nadaba cada vez con más fuerza. Se le acercó el tiburón que dando vueltas a su alrededor le susurró:

—Ya te lo dijo el pez espada, el delfín, el besugo, la lubina, la merluza, el salmonete y la sardina. ¿Qué vas a hacer ahora. . .? Tendrás que cambiar hasta de nombre. . .

Uba-Opa empezaba a cansarse de tanto nadar. Entonces se le acercaron el pez espada, el delfín, la lisa, el besugo, la lubina, la merluza, el salmonete y la sardina y bailándole en coro le dijeron:

—Ya te lo dijimos, ya te lo dijimos. . . Tendrás que cambiar hasta de nombre. . .

Uba-Opa sintió cómo el mar se le metía por los ojos y cómo sus brazos ya casi no le sostenían. Se acordaba de su

---

[3] En otros lugares del Sudán el cuento tiene este final: "Lloró tanto que allí se formó un lago. Cuando éste forzó las montañas, vino a río. Los blancos suelen llamarlo Nilo. Cada año Uba-Opa hace el viaje, cada año los peces le advierten de lo que le va a pasar, cada año Uba-Opa no les hace caso, cada año Uba-Opa llora y cada año el río se desborda".

color y le iban faltando las fuerzas. Cuando ya estaba dispuesto a morir —tristísimo de hacerlo blanco— sus pies tocaron tierra. Y se encontró en Fernando Poo. Se fué en seguida a casa de su novia, pero ésta no le conoció. Y no quería saber nada de él. Uba-Opa se miró en el agua y vió con tristeza que seguía siendo blanco. Entonces le contó a su novia todo lo que le había sucedido, y su novia le reconoció. Ella quería mucho a Uba-Opa pero le daba vergüenza su color: le parecía que estaba desnudo, dispuesto para la fiesta de la Luna Verde, y que no podía mirarlo, porque era pecado. Entonces Uba-Opa le propuso que se fueran a la isla que había descubierto y cambiaran de nombre sin decírselo a nadie. Y su novia, tras dudarlo mucho, porque quería entrañablemente a sus padres, acabó diciéndole que sí.

Y a la mañana siguiente se echaron a nadar hacia el horizonte. Esta vez ningún pez se les acercó, mientras seguían hacia la estrella fija. La novia fué perdiendo también su color. Uba-Opa la iba mirando mientras nadaba y su corazón sufría. Tras muchos días y muchas noches llegaron a aquella tierra extraña y no supieron qué hacer. Anduvieron por largas playas hasta encontrar un hermoso jardín, y en él un árbol, y en el árbol una fruta que desconocían. No se atrevían a comerla cuando una anguila se desenrolló del tronco y empezó a hablarles. (La anguila es un pez envidioso al que castigaron quitándole las aletas y que desde entonces se arrastra por el fango). Uba-Opa no quería hacerle caso, pero su novia sí.

Lo que sucedió después lo sabes tú mejor que nosotros. . .

Babua-Opó no dijo más de aquello, luego añadió:

—Los negros lo éramos todo. Pero un día vinieron los hijos de Uba y su novia que, por lo visto, conocían la verdad. Y empezaron por reclamar lo suyo. . . ¿Qué podíamos hacer nosotros?. . . Luego se hicieron los amos. Todo sucedió porque un negro no le hizo caso a los peces. El mar es un círculo encantado. Todo el que lo atraviesa cambia o perece. Tú no eres más que un negro desteñido. . .[4]

---

[4] Es curioso observar cómo la forma de los túmulos del Niger —pongamos por ejemplo la tumba de los Askias en Gao— se parece a las pirámides aztecas y mayas. Quizá Uba-Opa fué de los primeros en cruzar el Atlántico. Por otra parte existe otra versión —del Ubanga-Chari— según la cual el negro —que se llama La Yasibo— marcha

LA LANCHA

El decía que era de Bermeo, pero había nacido del otro lado de la Ría Mundaca. Lo que pasaba era que aquel caserío no tenía nombre, o varios, que es lo mismo. Esas playas y escarpes fueron todo lo que supo del mundo. Para él el Finisterre se llamaba Machichaco, Potorroarri y Uguerriz; el olimpo, Sollube; París, Bermeo; y los Campos Elíseos, la Alameda de la Atalaya. Su mundo propio, su Sahara, el Arenal de Laida y el fin del mundo, por Oriente, el Ogoño, tajado a pico por todas partes, romo y rojizo. Más allá estaba Elanchove y los caballeritos de Lequeitio, en el infierno. Su madre fué hija de un capataz de una fábrica de armas de Guernica. El padre, de Matamoros y minero: no duró mucho. Lo llamaban "El Chirto" quizá porque era medio tonto. Cuando se puso malo dejó las minas —Franco-belges des mines de Somorrostro— y se vino a trabajar en una serrería. Allí, entre máquinas de acepillar y machihembrar creció Erramón Churrimendi.

Lo que le gustaba eran las lanchillas pequeñas de vapor, las boniteras, las traineras para la sardina. Los aparejos de pescar: los palangres, los cedazos, las nazas, las redes. El mundo era el mar y los verdaderos seres vivos las merluzas, los congrios, los meros, los atunes, los bonitos. Sacar con salabardo el pescado moviente; pescar anchoas o sardinas con luz o al galdeo, atún y bonito con curricán, a la cacea.

Pero nada más poner el pie en una barca, se mareaba. No tenía remedio. Acudió a todas las medicinas oficiales y escondidas, a todos los consejos dichos o susurrados. A don Pablo —el de la botica—, a don Saturnino —el del Ayuntamiento—, a Cándida —la criada de don Timoteo—, al médico de Zarauz, que era de Bermeo. No le valió: nada más de poner el pie en una barca, se mareaba. El mismo recurrió a

tierra adentro: se le acercan diez animales para disuadirle de seguir adelante: A) Un mosquito; B) un moscardón; C) una mariposa; D) un pájaro de cien colores; E) un buho; F) una liebre; G) una gacela; H) una jirafa; I) un elefante y, finalmente, J) un tigre, que se lo come. La letanía es más o menos idéntica. Lo curioso es que el negro, que marcha hacia el oriente, se va volviendo amarillo de tanto sol y que el propio astro le va encogiendo la piel, con lo cual sus ojos se le vuelven pequeños y oblicuos.

cien estratagemas: embarcarse en ayunas, bien almorzado, sobrio, borracho, al desvelo; y aún a los ensalmos que le proporcionó la Sebastiana, la del arrabal; a las cruces, a los limones, al pie derecho, al izquierdo, a las siete en punto de la mañana, al cuarto creciente, a las mareas, a los amuletos, a las yerbas, al día de la semana, a las misas y padrenuestros, a la sola voluntad y sueño propio: "—Ya no me mareo, ya no me mareo—". Pero no tenía remedio. Tan pronto como pisaba una tabla moviente, se le revolvía el adentro, perdía la noción de sí mismo y se tenía que acurrucar en una esquina de la lancha procurando pasar inadvertido de los pescadores que lo llevaban con ellos. Pasaba unos ratos terribles. Pero el hombre no era de los que desmayaban y durante años intentó repetidamente la aventura. Porque, claro está, la gente se reía de él —poco— pero se reía de él. Luego se aficionó al vino ¿qué iba a hacer? El chacolí es un remedio. Erramón no se casó, ni siquiera le pasó por las mientes el hacerlo. ¿Quién se iba a casar con él? Era un buen hombre. Eso lo reconocían todos. Y tampoco tenía la culpa de nada. Pero se mareaba. El mar jugaba con él sin derecho alguno.

Dormía en un barracón, cerca de la ría. Aquello era suyo. Hubo allí un hermoso roble— y si digo hubo, por algo será—. Era un árbol de veras espléndido. Alto tronco, altas ramas. Un roble como hay pocos. El árbol era suyo y cada día, cada mañana, cada noche, al paso, el hombre tentaba el tronco como si fuese la grupa de un caballo o el flanco de una mujer. A veces hasta le hablaba. Le parecía que la corteza era tibia y que el árbol le quedaba agradecido. La rugosidad del tronco correspondía perfectamente a la epidermis carrascosa de las palmas de la mano de Erramón. Se entendían muy bien él y su roble.

Erramón era un hombre muy metódico. Trabajaba en lo que fuera con tal de que no fuera lo mismo. Lo hacía todo con voluntad y aseo. Le llamaban para cien faenas distintas: componer redes, cavar, ayudar en la serrería que fuera de su padre; lo mismo alzaba una barda que calafateaba o se ganaba alguna peseta ayudando a entrar el pescado. No decía que no a nada. Además Erramón cantaba, y cantaba bien. En la taberna le tenían en mucho. Una de sus canciones —en vasco— decía:

—"Todos los vascos son iguales,
—Todos menos uno,
—Y a ese ¿qué le pasa?
—Ese es Erramón,
—Y es igual a los demás".

Erramón soñó una noche que no se mareaba. Estaba solo en una barquichuela, mar adentro. La costa se veía fina y lejana. Sólo el Ogoño, rojo, estaba reluciente como un sol falso que se hundiera tierra adentro. Erramón era feliz como nunca lo fué. Se tumbó en el fondo de su lancha y se puso a mirar las nubes. Sentía en su espalda el vaivén inmortal del mar que le mecía. Las nubes pasaban veloces empujadas por un viento que lo saludaba de largo. Las gaviotas dando vueltas le gritaban su bienvenida:

—¡Erramón, Erramón!

Y otra vez:

—¡Erramón, Erramón!

Parecían palomas de orla. Erramón cerró los ojos. Estaba en el mar y no se mareaba. Las olas le hamaqueaban en su bamboleo, flujo y reflujo eterno, tumbo va y tumbo viene, en dulce remecer y cunear... Tenía toda su niñez alrededor de la garganta y, sin embargo, en aquel momento, Erramón no tenía recuerdos; ni otros deseos que el de seguir así hasta siempre. Acariciaba las paredes de su lancha. De pronto, sus manos le hablaron. Erramón levantó la cabeza sorprendido: ¡no se equivocaba! ¡Su bote estaba hecho con la madera de su roble!

Fué tal la impresión que se despertó.

De allí en adelante cambió la vida de Erramón. Se le metió en la cabeza que si hacía una lancha con su árbol no se marearía. Para no llevar a cabo ese crimen bebió más chacolí que de costumbre, pero no podía dormir. Se volvía y revolvía en su camastro, perseguido por las estrellas. Oía su sueño. Intentaba convencerse de lo absurdo que aquello era:

—Si me he mareado siempre, seguiré mareándome.

Se volvía sobre el costado izquierdo.

—Pero ¿quién sabe?... A lo mejor...

Se levantaba a mirar su árbol, lo acariciaba.

—Salgo perdiendo, ¿o qué?

Pero en el fondo comprendía que no debía hacerlo, que sería un crimen. ¿Qué culpa tenía su roble de que él se mareara? Pero Erramón no pudo resistir mucho tiempo la tentación de su sueño, y una mañana, él mismo, ayudado por Ignacio, el del aserradero, tumbó el árbol. Cuando cayó, Erramón se sintió muy triste y muy solo, como si se le hubiese muerto el ser más querido de la familia que ya no tenía. Le costaba trabajo reconocer ahora su barracón tan solitario. Sólo de espaldas, frente a la ría, estaba tranquilo.

Cada tarde iba a ver cómo su roble se convertía en lancha. Sucedía eso en la misma playa donde su amigo Santiago, carpintero de ribera y calafate, la construía. Del tronco salió todo: quilla, varengas, cuadernas, roda y bao, hasta los asientos y los remos y un mastililllo, por si acaso.

Y así fué como una mañana de agosto en que el mar no lo parecía, de tan quieto, Erramón lo surcó, hacia dentro, en su barquichuela nueva. La lancha era de maravilla, volaba al impulso virgen del hombre. Metía éste los remos con suavidad y luego echaba atrás la espalda antes de darle a sus brazos la contracción leve que la empujaba volandera. Por primera vez Erramón se sentía borracho: se le iba el santo al cielo. Se alejó de la costa. Metía el remo derecho para dar vueltas y luego el contrario para zigzaguear. Después los retiró y se puso a acariciar la madera de su bote. Lentas, las tablas, rezumaban un poco de agua. Erramón llevó las manos a su frente para remojársela. La quietud era absoluta: ni una nube, ni un soplo de viento, ni siquiera una gaviota. La tierra se había sumergido. Erramón puso sus manos en la borda y la acarició. De nuevo sacó las palmas mojadas. Se extrañó un poco: hacía tiempo que las salpicaduras habían sido secadas por el sol. Recorrió con la vista el interior de la lancha: de toda ella trazumaba lentamente un poco de agua. En el fondo había ya una ligera capa brillante. Erramón no sabía a qué atenerse. Volvió a pasar la mano por los flancos de su barca. No había duda: la madera dejaba filtrar agua. Erramón miró en torno, una ligera inquietud empezó a roerle el estómago. El mismo había ayudado a calafatear su bote y no le cabía duda que el trabajo se había realizado concienzudamente. Se inclinó a inspeccionar las junturas: estaban secas. ¡Era la ma-

dera la que exudaba el agua! Impensadamente se llevó la mano a la boca: ¡El agua era dulce!

Erramón se volvió loco. Empezó a remar desesperadamente, pero el bote no se movía a pesar de sus frenéticos esfuerzos. Miró con afán a su alrededor. Le pareció que su lancha estaba encallada entre las ramas de un enorme árbol submarino, cogida como en una mano. Remó a cuanto más podía: el bote no se movió. ¡Y ahora podía ver, ver con sus propios ojos, cómo la madera de su árbol extravenaba agua limpísima y fresca! Erramón cayó de rodillas y empezó a achicar con las manos, que no traía balde.

Pero el casco seguía manando cada vez más abundantemente. Era ya un manantial de mil ojos. Y del mar parecían surgir ramas.

Erramón se santiguó.

No lo volvieron a ver por las costas de Vizcaya. Unos dijeron que se le había apercibido por San Sebastián, otros que si en Bilbao. Algún marinero habló de un pulpo enorme que apareció por aquel tiempo. Pero de cierto, nadie pudo dar ya razón de él. El roble volvió a crecer. La gente se alzó de hombros. Corrió la voz de que estaba en América. Luego, nada.

S U M A R I O

N U E S T R O   T I E M P O

A V E N T U R A   D E L   P E N S A M I E N T O

P R E S E N C I A   D E L   P A S A D O

D I M E N S I O N   *I M A G I N A R I A*

Printed in Mexico.